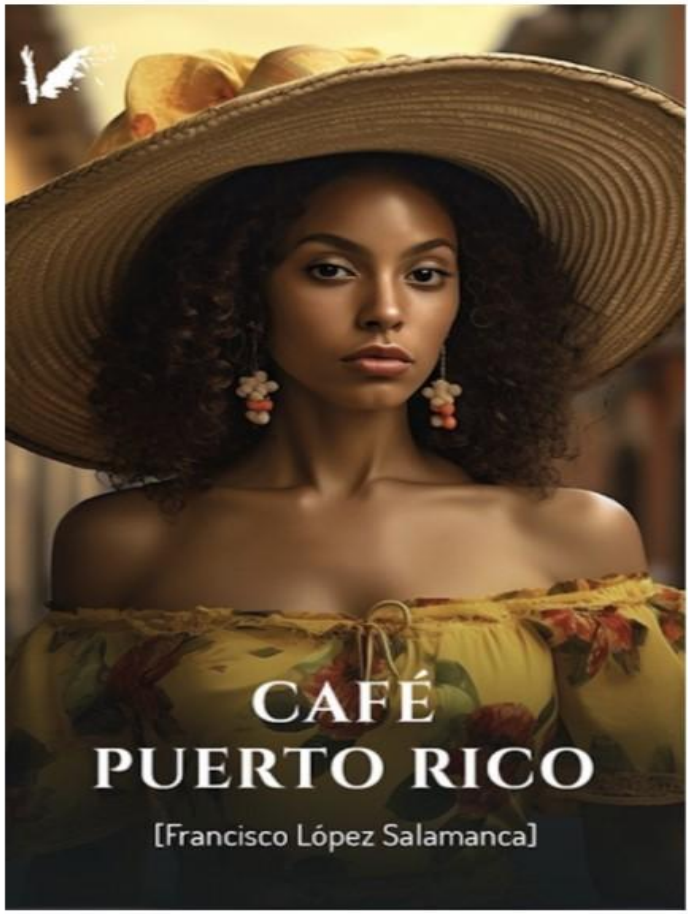
CAFÉ
PUERTO RICO
[Francisco López Salamanca]


CAFÉ
PUERTO RICO
[Francisco López Salamanca]

CAFÉ
PUERTO RICO
[Francisco López Salamanca]

Café

Puerto Rico

Francisco López Salamanca

I

Era de dominio público que desde hacía dos años el marqués don Alonso de Medina acudía de vez en cuando al Café Puerto Rico para encontrarse con quien, según se pregonaba sin recato, era su querida, la bella cubana Martirio Galán.

Más frecuentemente lo hacía a la casa que la propia Martirio poseía en una vía discreta, estrecha y sinuosa, que sólo parecía cobrar vida en las escasas tardes en las que los aficionados a las peleas de gallos acudían a un reñidero inmediato.

Previamente, como anuncio convenido de sus visitas, el marqués ordenaba remitir, a uno u otro sitio, una pequeña damajuana nueva, lacrada, de vino dulce de color de ámbar, espeso y aterciopelado, al que consideraba una de las mejores joyas de sus bodegas.

El envío incluía siempre un sobre con algunos billetes de banco y, a veces, una alhaja.

Martirio, que había llegado a esperar aquellos encuentros con una ansiedad que le recordaba los tiempos de su juventud, vestía entonces sus mejores galas y, discretamente provocativa, se colocaba al cuello, sujeto con una cinta del mismo color que el vestido, el corazón de filigrana de oro que él le había regalado un día.

—No quiero que lo consideres el botín de una conquista, sino la prueba de una entrega —le dijo cuando le anudó con manos temblorosas la cinta, mientras ella se dejaba hacer, levantándose con ambas manos la cabellera para dejar libres el cuello y la nuca.

Algo después del mediodía de aquel 15 de agosto, cuando Martirio pasó por el café, el camarero le presentó como señal la pequeña garrafa de vino. El sobre que la acompañaba contenía una nota con una frase escrita: «La verdad está a menudo tan cerca que resulta difícil de advertir. Su hallazgo es el encuentro con la liberación».

El marqués era alto y bien plantado a pesar de sus muchos años. Los llevaba con una prestancia que él consideraba propia de los nobles de sangre antigua, siempre seguros de su superioridad. A lo largo de su existencia, había conocido y sufrido desde la atalaya de su poder las asechanzas de los tradicionales enemigos del alma: el mundo, el demonio y la carne, con los que se batió intensa y prolongadamente en innumerables batallas, muchas veces como contrincante y algunas

como aliado. Había vencido en ocasiones, pero perdido casi siempre. Por suerte, decía, nunca resultó mortalmente herido y como viejo superviviente conservaba cicatrices, ninguna de ellas gloriosa, de todas las contiendas.

A bastante distancia en el tiempo, Martirio Galán se acercaba al que podría considerarse el ecuador de su vida. Las miradas de los que alcanzaban a verla cuando acudía al Café Puerto Rico, le daban a entender que resultaba aún bella y atractiva; unas veces por medio del siempre sincero lenguaje de los ojos y otras, con el más explícito de las palabras. En cualquier caso, aunque aparentaba ignorarlo, disfrutaba de aquella especie de triunfo íntimo, puramente femenino, sintiéndose como una fruta deleitosa, en el punto crucial de la sazón.

El marqués consideró providencial el encuentro con ella. En su irremediable naufragio físico, Martirio acudió en su auxilio, reconociendo el valor de los rescoldos de pasadas perfecciones, ya casi borradas por la edad. Sólo ella consiguió ofrecerle esperanza, rescatarlo del hondón de la vejez.

Plantada como un oasis en la extensa soledad de don Alonso, le aportó ternura y le proporcionó una acogedora seguridad, frente al desconcierto abrumado de los últimos años de la vida. Alivió su desamparo con una compañía tan dulce como el vino escogido que él le enviaba. Le ofreció —y él la aceptó complacido— una renovada ilusión por el porvenir, por un futuro con el que lograba hacerle soñar, aun cuando, desde el horizonte de su edad y del vacío que contemplaba cada vez más próximo, reconociera, en cuanto se alejaba de ella, que todo lo anhelado no era más que un espejismo.

Él procuró agradecerle aquellos momentos iluminados por la ilusión que ella le proporcionaba.

Aquella tarde no quiso entrevistarse con ella, como otras veces, en la sala de la planta baja de su casa, abierta al patio. Prefirió verla en el Puerto Rico.

—Vengo a confesarme —le dijo.

Martirio le respondió con una sonrisa, aceptando una vez más la ofrenda de sus confidencias. Le ayudó a subir las escaleras, hasta llegar a la antesala de la alcoba, la habitación que había pertenecido a su suegra.

Ya en la intimidad, le besó la mano, y ella, echándole los brazos al cuello, le besó largamente en la boca.

Luego, sentado en una mecedora, Martirio le sirvió, casi ritualmente, el oro oscuro de aquel vino perfecto que él le remitía.

Como otras veces, le habló de los futuros posibles que estaba dispuesta a recorrer con él como compañero. Con su acento isleño, Martirio se convertía entonces en una narradora de quimeras. Y conseguía que don Alonso viviera como si se pudieran tocar con las manos todos sus sueños, incluso los más inalcanzables; lograba transmitirle la ilusión de hacer realidad los más fervientes deseos. Mujer con experiencia en soledades, con el corazón de don Alonso abierto para ella de par en par, halló sus ensueños en el reverso de cada una de sus frustraciones. Y hacia ellos, codiciando hacerlos realidad, se dejaba conducir el marqués, prendido a ella con el lazo fuerte de su cariño.

—Podría usted ser mi padre, don Alonso, sólo que a un padre no se le quiere como le quiero yo —le decía—. Y le besaba y, a veces, le tomaba la mano para acercársela a los senos, rotundos y tersos todavía.

Y untaba con tanta verdad sus palabras que él, sediento de cariño, se aferraba a ellas como un náufrago se abraza a la tabla que le mantiene a flote en medio del mar.

La vejez le había vuelto sentimental y vulnerable. Sólo con ella conseguía sentirse seguro y arrancar a sus pupilas destellos de ternura.

Por eso él acudía a buscarla, al encuentro con su voz, ligeramente ronca, al contacto con su piel sedosa y morena, suavemente teñida por antiguos soles africanos que corrían por su sangre. El marqués la consideraba como su fuente secreta, a la que acudía, sediento, para disfrutar de su regalada frescura.

Ella lo había recibido cargado con lo que la vida le permitía llevar en el viejo zurrón de su alma: el deseo de amarla y de ser amado, como el único medio para liberarse del lastre de muchos años de soledad.

Había elegido aquella tarde para purgar la vieja herida de su corazón, dispuesto a abandonar para siempre el luto rancio con el que revistió su vida; para pedirle que le permitiese vivir a su lado. Sabía que su decisión iba a ser juzgada en el pueblo como una locura, pero no le importaba: estaba determinado a casarse con Martirio y a hacer realidad el sueño de tocar la nieve, viajar hasta la luz suave de París y llevarla de regreso a su tierra, a la primavera perpetua del trópico,

para gozar de los encuentros de sus almas, aquellos que sólo es posible alcanzar en los largos ocasos de la vida de las parejas, cuando, sin querer, son comunes los silencios, coinciden los pensamientos y se elevan al aire, a la vez, las mismas palabras.

Como declaración de amor y símbolo y prenda de su determinación, compró para ella una sortija con una esmeralda limpia, densamente verde como la isla de donde Martirio había llegado –estaba seguro— como un regalo para él.

Antes de mojarse los labios con el vino, don Alonso, ceremoniosamente y en silencio, levantó la copa para admirarlo al contraluz y buscar, como hacía siempre, en su centro, latiendo encendido, el brillo de un topacio oscuro.

—Ojalá fuera posible disfrutar siempre del amor y la belleza —dijo como si hablara para sí mismo.

—El presente es lo que importa —afirmó Martirio.

Y apretó con dulzura las mejillas entre sus manos y le besó de nuevo: primero en la frente, después en los ojos cerrados y luego, sin lujuria, en los labios, dulces aún del vino, sintiéndole subir un calor hondo, como un vaho que comenzaba a hacerle sudar. Ella se confundía:

—No me diga usted que se va a poner alegre, don Alonso.

Preso de un dolor desgarrado en lo alto del pecho, el marqués se sintió arrancado súbitamente de la viva luz de la tarde que tamizaban los visillos y, antes de perder la consciencia, advirtió que se hundía sin remedio en la oscuridad, como si cayera en un pozo.

Con un suspiro hondo, inundado de un cansancio infinito, inclinó la cabeza sobre el pecho, mientras la copa, resbalada de su mano, caía al suelo.

II

La noticia de que el marqués había muerto súbitamente en el Café Puerto Rico corrió rápidamente por la ciudad. Los comentarios sobre el suceso agitaron el aire aburrido, abrumado por la canícula de agosto, de la Sociedad Laboriosa y Recreativa de Morana. Desde allí, la novedad no tardó en llegar, con cierto revuelo, a las salas del Círculo Agrícola e Industrial, institución vinculada al partido liberal, a la que el marqués se había negado a pertenecer. Se sentía, por nacimiento y por linaje, por encima de aquella heterogénea burguesía de pequeños y medianos propietarios agrícolas, artesanos y comerciantes que constituía su nutrida masa social.

En la sede de la Sociedad, el suceso corrió de boca en boca; saltó desde los mostradores de la repostería hasta la tertulia de la calle, donde conmocionó al grupo de los socios veteranos, sentados en sillones de mimbre alineados en la acera, a la espera del primer frescor de la tarde.

En las tres salas de juego, bastante concurridas a aquella hora, la noticia no consiguió detener las partidas, aunque dio lugar a todo tipo de comentarios chuscos que volaron de mesa en mesa entre risas.

El respeto que había inspirado hasta entonces la figura de don Alonso se deshizo, como cuando un árbol seco cae al suelo convirtiéndose en una nube de polvo y astillas.

En el momento en el que se disponían a acudir al Puerto Rico algunos amigos y allegados del marqués, encabezados por don Augusto, el alcalde, que, como ellos, se hallaba en el establecimiento, un mozo, criado del marqués, llegó para informar que no estaba muerto, sino muy grave.

Rápidamente, el alcalde organizó el grupo, al que de inmediato se añadió un médico conocido, reclamado a toda prisa a la mesa de bacará de la que, dada su buena racha en el juego, se levantó a regañadientes, maldiciendo los compromisos. La comitiva atravesó apresuradamente la polvorienta plaza mayor. Luego, a través de una calle estrecha, llegó al café, la tapadera de uno de los más selectos burdeles de la ciudad desde los tiempos en los que lo regentó doña Rosa Mena, su anterior propietaria.

Uno de los camareros de la casa, apostado como un centinela detrás de los cristales, les abrió la puerta. Era alto, escueto de carnes, con largas patillas a lo Alfonso XII y mirada esquiva. Estaba

acostumbrado a bregar con clientes en situaciones difíciles.

El local estaba vacío. La escalera situada al fondo tras un cortinón, condujo al grupo a un corredor. Su mobiliario se reducía a varias sillas, un sofá y algunos cuadros con láminas de desvaídos paisajes románticos.

Les aguardaba Martirio Galán, trenzando nerviosamente las manos. Pese a la dimensión de su tragedia, que los recién llegados no fueron capaces de apreciar, embellecían su rostro unos grandes ojos oscuros, que mostraban evidencias de haber llorado.

Como medida de precaución, Flora la Melliza, la comandanta del establecimiento, había repartido a sus pupilas entre las casas de Consuelo y de María la Malagueña. No era la primera ocasión que se ponía en práctica aquel tipo de solidaridad.

En el contraluz de la ventana, la figura de Martirio estaba impregnada de grandeza, dotada de un empaque digno, de viuda dolorida. No obstante, aquel papel era inaceptable para las «fuerzas vivas» que la rodeaban, decididas a ignorar cualquier derecho que ella pudiera esgrimir en la representación de su propio drama.

El destino había escogido aquella tarde, con lejanos conatos de tormenta, para que el marqués recorriese el tramo último de su vida, empujado hacia la puerta que conduce a la ausencia definitiva, mientras que Martirio, con el íntimo orgullo de haber sido la inspiradora de un amor sincero, se enfrentaba a una representación de aquel mundo pueblerino, corto de horizonte y ancho de envidias, farisaico y cruel, incapaz de valorar el sufrimiento que le embargaba, clavado en su alma como una espina.

La carga de escándalo con la que el Puerto Rico lastraba su vida impedía que fuera reconocida como una mujer honradamente enamorada, fiel a un amor que le había dejado en el alma un calor vivo que estaba empeñada en mantener. Deseaba tejer para su futuro y el de su memoria un velo oscuro de soledad, cuya trama desharía si era preciso todas sus noches, para recomenzarla al día siguiente; una tela en la que bordaría los recuerdos de su último amor verdadero, vivo a pesar de la muerte.

Como una rediviva e indefensa Penélope, la rodeaban algunos de sus frustrados pretendientes, aquellos que buscaron el camino de un corazón que perteneció sólo al teniente Francisco Mena y luego a aquel que agonizaba respirando fatigosamente con un ronquido

irregular en una cama de hierro y latón, aún con los zapatos puestos.

Sentado en una silla, junto a la cabecera, se hallaba Frasquito, el guardés, llegado para custodiar la agonía. El hombre se levantó ante los recién llegados, pero no se retiró de su amo, como un perro fiel.

Sólo entraron en la habitación el alcalde, el médico y Martirio que, nerviosa, trataba de explicar con voz quebrada lo sucedido.

—Estaba ahí sentado en la mecedora del despacho, junto a la ventana, cuando se desmayó. ¡Quién lo iba a decir! A la casa entró por su pie, como lo han hecho ustedes.

El médico se inclinó sobre el moribundo, observó sus pupilas y le tomó el pulso con el reloj en la mano.

Martirio continuaba con sus explicaciones.

—Don Alonso tenía la costumbre de pasarse por acá de vez en cuando, antes de acercarse a la Sociedad. No subía casi nunca. Prefería sentarse en la sala baja, para platicar un ratito. Le tenía preparada su botella de vino de pasas. Era el que le gustaba, aunque apenas tomaba un sorbo.

El médico concluyó su exploración y, evidenciando el deseo de volver lo antes posible a la mesa de juego, certificó un colapso cerebral irreversible.

—Puede ser cuestión de días, horas o minutos; eso es imposible de precisar —dijo mientras, después de mirar la hora, guardaba el reloj en el bolsillo del chaleco—. Lo seguro es que la vida de don Alonso tiene un plazo corto para llegar a su final. Y no hay remedio alguno, señores —añadió encogiéndose de hombros—. Podemos consolarnos, porque no se da cuenta de nada y no sufrirá.

Las palabras del médico y su diagnóstico hundieron a Martirio en el abatimiento. Hasta entonces había albergado alguna esperanza en la recuperación del marqués, pero ésta acababa de marchitarse.

—Quizá sea más duro aceptar la muerte de un amigo que padecerla —dijo el alcalde mirando al marqués.

Luego, con un suspiro, salió de la habitación y dirigiéndose a sus acompañantes añadió:

—Señores, es lamentable que este triste suceso haya tenido lugar

aquí. Un hombre de las prendas y de la dignidad de don Alonso debe morir en su casa y en su cama, no en este sitio. Caballeros: aquí no hay nada que resolver. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos. Salgamos procurando no llamar la atención.

Luego, pese a estar convencido de la inutilidad de su recomendación, añadió: —Respecto a la presencia de don Alonso en esta casa, les ruego la mayor discreción. Nuestra respuesta a cualquier conjetura que se haga en contra de su prestigio y su honor deberá ser calificada tajantemente como un infundio miserable.

Obedeciendo a lo dispuesto por el alcalde, el traslado del agonizante se realizó del modo más discreto posible, aunque resultó inevitable que algunos curiosos se concentraran en las inmediaciones. A fin de justificar la presencia del marqués en el Puerto Rico, se acordó difundir la noticia de que el súbito y fulminante desmayo le había acometido en la calle, cuando se dirigía a oír misa a una iglesia cercana. A Martirio se le dijo que abriera el local como si nada hubiera ocurrido, de modo que tuvo que llamar a Flora para que trajera a sus pupilas a toda prisa.

La tormenta se había alejado y, cuando oscureció definitivamente, uno de los carruajes del marqués se detuvo en la plazuela, y el noble fue sacado del café sentado en un sillón que portaban entre cuatro. Le habían puesto la chaqueta. En el traslado, el cuerpo exánime tenía el trágico aire de un pelele deslavazado e indefenso.

III

A lo largo de la madrugada, en la capilla de la casa no cesaron de decirse misas de rogativa por la salud, irrecuperable a juicio y parecer de otros facultativos, de don Alonso de Medina.

Varios clérigos amigos de la familia se ofrecieron a oficiarlas, acompañados por sendos acólitos.

Días después, las misas —ahora de corpore insepulto— se multiplicarían, tanto a tenor de lo dispuesto por el marqués en su testamento como por la iniciativa particular de párrocos, capellanes y comunidades conventuales de la ciudad, que las oficiaron en reconocimiento por los muchos favores, tanto públicos como secretos, dispensados por don Alonso a lo largo de su vida.

Poco después de que le trasladaran desde el Puerto Rico con la acordada discreción propuesta por el alcalde, el arcipreste don Nicolás Mínguez, amigo personal, ocasional confidente y confesor de don Alonso, acudió con los santos óleos para ungir al moribundo, una vez certificada la imposibilidad de administrarle el viático.

En una jornada en la que el sol caía sobre Morana como un caldero de cera derretida, el arcipreste agradeció verse liberado de la cruda penitencia de acudir cubierto con la capa pluvial blanca, recamada de bordados de seda cruda, bordeada de anchos galones dorados. Aquel grueso manto le hubiera hecho sudar, a pesar de andar cubierto con los damascos deslucidos del palio carmesí portado por los sacristanes, al discurrir por las calles en medio del sonar de campanillas, que anunciaban a los vecinos que Dios acudía a confortar a un enfermo.

Con idéntico protocolo, don Nicolás regresó a la parroquia, tras administrar los óleos al marqués y rogar con insistencia a mamá Teresa, la suegra de don Alonso, ahora al frente de todos los protocolos de la casa, que le informase si —Dios no lo quiera—, se produjera el temido desenlace.

El oratorio de la mansión estaba situado en la planta principal al final de un corredor cuyos ventanales, abiertos de par en par a causa del calor de la noche, daban al patio. Sin utilizar desde que falleció la marquesa doña Mercedes, allá por el año 1857, era una pieza pequeña, sin ventilación, con puerta de dos hojas pintadas de verde, profusamente decoradas con motivos florales.

En virtud de antiguos privilegios, cuidadosamente plegados y revalidados con sellos de oblea, que se conservaban en el mueble noble del despacho marquesal, en aquel oratorio se habían celebrado los bautizos, los casamientos y las primeras misas funerales de los miembros de la familia, a lo largo de, al menos, los últimos doscientos años.

Faltaba todavía una hora para que clareara el alba.

En la capilla, a la luz de las velas, oficiaban solos el cura, revestido con un terno de terciopelo negro chafado por los dobleces, y el monago. Las llamas de los cirios arrancaban oscilantes relumbres a los viejos cristales de las sacras, y cálidos brillos a los bronces de los candeleros y los relicarios. Presidía el retablo la imagen de un Nazareno de vestir, cargado con una cruz de plata, del que se decía estaba dotado de un brazo articulado y de un mecanismo para realizar el gesto de la bendición.

A pesar del ligero frescor aportado por la madrugada al ambiente interior de la casa, en el oratorio se conservaba con terco agobio el calor asfixiante del día anterior. En aquel sofoco el acólito hacía esfuerzos heroicos por no dormirse, mientras el cura bisbiseaba el monólogo de los latines litúrgicos.

Con el fin de reforzar los efectos de las rogativas por la salud de don Alonso, de una ermita próxima, alguien había traído y colocado a ambos lados del altar, las imágenes de busto de un Ecce Homo y de una Virgen dolorosa.

Desde la cocina, a través del patio, ascendían hasta el corredor, con el rumor de las conversaciones despreocupadas de la servidumbre, los penetrantes aromas del chocolate y del café preparados a instancias de la abuela Teresa, para confortar a los amigos del marqués, que se mantenían a la espera del momento fatal.

El salón en el que aguardaban tenía el animado ambiente de los casinillos, en los que las conversaciones, ilustradas a menudo con chascarrillos, deambulaban erráticas por territorios ocupados por mujeres, toros, aconteceres políticos y la sempiterna crisis de la economía nacional. Convocados por un ineludible compromiso personal, se hallaban allí algunos amigos, contertulios de la Sociedad Laboriosa, y los más cercanos correligionarios del partido conservador, que se resistían —decían— a dejar sola a doña Teresa en trance tan amargo.

En otra sala, la abuela, reconociendo que nada podía hacer por el marqués, sino aplicarle oraciones para implorar su salvación eterna, rezaba junto a algunas mujeres un rosario interminable. Desde su fuero interno, reclamaba el inmediato punto final a una agonía que ya se acercaba a las cuarenta y ocho horas.

Cuando comenzó a clarear el día y estaba a punto de concluir la séptima misa de rogativa, en la penumbra de su dormitorio, el marqués dio un último vahído y expiró. Rápidamente, una palidez de cera invadió su rostro. El cadáver quedó con los ojos y la boca abiertos.

Entonces, Rosalía y Frasquito, los viejos guardeses de la casa, únicos testigos de aquella muerte, se levantaron de las sillas en las que aguardaban el fallecimiento y, mientras Frasquito cerraba los párpados y rodeaba con un pañuelo anudado la cara del muerto desde la barbilla a la cabeza para cerrarle la boca, Rosalía extrajo del cajón de la cómoda la convenida mortaja: la larga túnica negra con cordones de esparto crudo de la hermandad de la Santa y Verdadera Cruz de Cristo.

Después de entornar las puertas del balcón, entre los dos vistieron el cadáver; luego, con habilidad, estiraron la colcha de la cama bajo el cuerpo, enderezaron la almohada y tras colocarle unos zapatos y cruzarle las manos sobre el pecho, peinaron su cabello cano, colocándole, como toque final, entre los dedos, un crucifijo ya prevenido de antiguo para ocasiones semejantes.

Sólo entonces abrieron la puerta central de un bargueño decorado con taraceas de hueso, donde el marqués guardaba algunos papeles importantes, y tomaron dos sobres que ya conocían, cerrados tiempo atrás con una gota de lacre.

Frasquito los tomó y, sin pronunciar palabra, los entregó a su esposa, que los guardó en un bolsillo bajo el delantal. A continuación, bajaron por la escalera principal de la casa.

Ante la esperada noticia, el rosario de las mujeres se detuvo inmediatamente.

Luego, junto a la abuela Teresa, se acercaron a la otra sala. En la misma, a la ya soñolienta tertulia se habían incorporado, terminada la misa, el cura y su monago, que desayunaban chocolate con bizcochos.

Desde el marco de la puerta, con sencilla solemnidad, respaldada con el silencio de Frasquito y de Rosalía como fedatarios, la suegra del

difunto anunció el suceso con las palabras de costumbre en la casa, convenientemente aprendidas, en las que procuró no dejar traslucir la íntima sensación de triunfo, de anhelado alcance de meta, que le embargaba:

—El marqués goza ya de mejor vida —suspiró—. ¡Alabado sea Dios!

IV

El cortijo de Los Naranjos, cuya presencia señalaban destacadamente dos altas palmeras, se alzaba en una pequeña vega, situada entre una sinuosa carretera polvorienta y el cauce de un arroyo, adornado por espesos zarzales, álamos, mimbrones y sauces. La vegetación, aferrada a la humedad, formaba una ondulante línea verde que corría hacia el sur, al encuentro del río.

El camino que llegaba hasta él serpenteaba entre hileras de viejos olivos para, tras cruzar el arroyo por un vado, continuar entre macizos de higueras y más olivares a la búsqueda de otros cortijos diseminados.

La huerta, extensa y bien cuidada, surtía sobradamente con sus productos la casa del marqués.

Damián, el padre de Frasquito, había heredado de su familia la labor de aquellos terrenos, y ahora, cuando el hijo iba a contraer matrimonio, le traspasaba, con la tácita aceptación del marqués, las obligaciones y vínculos de aquella tierra. Se retiraba, después de casi cuarenta años de trabajo en el campo, para hacerse cargo de la guardianía de la casa solariega, para convertirse en los ojos y en los oídos del marqués.

Por este motivo, Frasquito pudo ofrecer a Rosalía en su boda, como arras, su trabajo en la huerta y, como hogar, la casa en la que él nació, con su corral, su noria, la masa oscura de las higueras situadas al fondo de la era empedrada y las dos altas palmeras de la entrada, rodeadas por el grupo de viejos naranjos que daban nombre al cortijo.

Llevaban ya diez años casados y no habían conseguido tener hijos. Sus palabras de amor hacía tiempo que yacían apagadas y hueras entre ellos y como un mal aire, a la pareja se le fue llenando la casa de vacíos, teñidos de oscura desilusión. Un peso, imposible de compartir, cargó sobre cada uno, acabando inexorablemente con las limpias esperanzas llevadas por ambos al casamiento, prendidas entonces como alegres lazos al ajuar de la boda.

En los primeros tiempos de matrimonio, cada vez que las cuatro lunas cerraban su infalible círculo y se confirmaba un nuevo fracaso de la vida que ambos ansiaban, Frasquito colmaba de interrogaciones sus cada vez más extensas dudas; y ella, palpando el desconcierto de sentirse prematuramente marchita, como si su vientre fuese incapaz de producir frutos, se entregaba sin condiciones a sufrir por dentro la

tenaz mordedura del desengaño.

Imperceptiblemente, ambos se instalaron en la desangelada habitación de su propia soledad, en la cual todo lo común fue importando cada vez menos. Dejaron de formularse preguntas, porque de modo simultáneo, aunque por distintos derroteros, los dos habían desembarcado en el convencimiento de que no existía lugar para las explicaciones. La frustración acabó asentándose en sus vidas sin estruendo, como una niebla helada, mediante una metástasis imperceptible. Finalmente, en los ojos de los dos se apagaron las luces de los viejos deseos, se agostó la esperanza de alcanzar el goce de su propio futuro y la envidia por los hijos de otros ahogó la última ascua en las frías cenizas del hogar.

Rosalía advirtió que el marqués la rondaba. Conforme pasaron los meses, lo sintió cada vez más cerca, rastreándola como un cazador furtivo, obsesionado con el cobro de una presa difícil, más codiciada por el hecho de ser prohibida. Reparó en su acecho a partir del día en el que llegó a Los Naranjos en compañía de unos amigos, con la confianza de entrar en territorio propio, pidiendo de beber. Aunque nunca lo comprobó, estaba segura de que Frasquito había percibido también el descarado acoso, pero ninguno dijo nada.

—¿No tendrás algo fresco para unos cazadores sedientos? —dijo con una sonrisa amplia, que impregnaba con su brillo la luz de sus ojos claros.

Preparó un vino blanco y fresco con trozos menudos de melocotón, que sirvió silenciosa en la puerta de la casa, turbada de sentirse el centro de las miradas de aquellos hombres desconocidos, sentados bajo la sombra esmeralda de la parra.

Desde entonces el marqués volvió repetidamente al cortijo, siempre solo; siempre cuando Frasquito debía acercarse ineludiblemente a la ciudad.

Ella intuía su presencia, se encerraba en la casa y se escondía en el rincón más oscuro, hasta que le oía alejarse. Otras veces, procurando escapar, marchaba a buscar refugio en la casa de su hermana, en el cercano ventorrillo del puente. Y se quedaba allí los días enteros, con el pretexto de que no podía soportar la soledad.

En el transcurso de las largas tardes del final de la primavera, cuando el silencio de la labor de costura dejaba manar sin tregua el caudal atropellado de sus pensamientos, la imagen del marqués se le

aparecía obsesivamente, y aunque procuró ahuyentarla una y otra vez, acabó por rendirse a ella con una complacencia que le causaba miedo.

Aquel día, intuyó su presencia demasiado tarde. El marqués llegó precisamente cuando ella estaba cerrando la puerta de la casa para escapar de nuevo, como un pájaro de entre la liga tendida para atraparle. No lo oyó hasta que lo tuvo cerca, amparado en la umbría del emparrado que sombreaba la entrada. Lo miró un instante y luego, turbada, apartó los ojos de los suyos, como si le quemaran.

—¿Dónde vas, mujer? ¿Por qué me evitas? Vengo a verte y tú te escabulles una y otra vez.

Ella no supo qué contestar. Al fin preguntó:

—¿Qué quiere usted? –la voz le salió ronca, impregnada de temores, pero también, él lo advirtió claramente, llena de curiosidad.

—Ya te lo he dicho: verte. Te tengo metida en la cabeza y no consigo dejar de pensar en ti. Anda, permíteme que pase. Prepárame aquel vino.

—No puedo. Tengo que irme —respondió eludiendo sus ojos—. Además, no es ahora el tiempo de los duraznos.

Él se le acercó.

—No hacen falta —dijo—. Anda. Abre la puerta y déjame entrar.

Rosalía se volvió en silencio hacia la puerta. Deseaba abrirla. Notaba que él, detrás, sin tocarla, la empujaba ansiosamente. Le sentía próximo, rozándole casi con su aliento cálido y anhelante, y su inmediatez la atolondraba como un suave narcótico, impregnado con el leve olor a sudor limpio de la piel.

Cuando le puso la mano en la espalda para animarla a entrar, Rosalía sintió un escalofrío que la sacudió de pies a cabeza y, como un galope, sintió los latidos alocados del corazón en las manos, en las sienes, en el pecho, en el vientre…

Pasado el umbral él la abrazó buscando su boca y ella se la entregó sin condiciones. Lo sintió ciego, como un potro acuciado por la sed acercándose desbocado al arroyo; lleno de un ardor que no había percibido nunca, pero que había imaginado muchas veces. Y se dejó arrastrar abrazada a él, hasta el fondo de aquella pasión que cruzó su cama como un cálido viento de julio, perfumado con el

aroma dulce y enloquecedor de las adelfas.

El sol se hallaba en su punto más alto. Por la pequeña ventana del cuarto, con la luz del mediodía, se colaba un fuerte rumor de hojas agitándose en los álamos, tremolando sus ramas en el limpio aire de mayo.

El adiós apenas necesitó palabras y en el cruce de las miradas se incluyeron, recíprocos, los más elementales agradecimientos. Antes de bajar las angostas escaleras del cortijillo, él se quitó la cadena con la cruz de oro que pendía de su cuello y la dejó sobre la almohada, junto a la dorada cabellera de Rosalía.

—No te olvidaré —le dijo.

Y añadió aplicando toda su resolución a la palabra:

—Nunca.

Ella asintió, y a su gesto se añadió, implícita, la misma determinación.

Se quedó sola y la mente se le cargó de inmediato con el recuerdo de su visita a la abuela María de la Paz en el cortijo de La Dehesa, al que acudió meses antes en busca de remedio para su maternidad estéril. También sintió en el corazón la punzada de la angustia por su mala acción, aunque la justificaba ampliamente la complacencia del deseo cumplido. Finalmente, tuvo la absoluta certeza de haberse encontrado frente a frente consigo misma, con la verdadera Rosalía, con la auténtica persona que ella se sabía que era; y en este encuentro se había sentido nítidamente como una mujer completa, sembrada por fin de vida como un campo fértil. El sembrador era lo de menos.

Se levantó de la cama revuelta y bajó.

En la sala baja encontró a Frasquito, sentado en una silla, con los ojos arrasados de lágrimas. Tenía la escopeta cargada sobre la mesa.

—He pensado en mataros y matarme yo —dijo con voz atormentada—. Y no he sido capaz de ninguna cosa.

Trataba de evitar sollozar sin conseguirlo.

Rosalía no respondió, pero reconoció en aquel hombre no sólo lo débil, sino lo tremendamente pobre que era. Lo miró a los llorosos ojos de un modo cruel, con un orgullo que él no había percibido

nunca. Y le venció.

A partir de entonces, durante los nueve meses del embarazo de Rosalía, un silencio, aún más espeso que los anteriores, acampó entre ambos como la nube de tempestad que, recostada en la sierra, aguarda el instante propicio para estallar. Sólo el día en el que la vio preparando el hatillo para la criatura, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer cuando nazca?

—No quiero a este niño, ni deseo quererlo —repuso sin mirarle.

Expresaba en voz alta unas palabras que hasta entonces se había repetido mil veces mentalmente.

—Que lo lleven a la inclusa —añadió con distante frialdad.

Era lo que Frasquito esperaba oír.

—Mejor —fue su única respuesta, antes de regresar a la labor de la huerta.

V

Había alguna distancia entre el lugar donde había pasado las últimas horas de juerga, un meublé frecuentado por empresarios y políticos provincianos de visita en la capital del reino, y la calle en la que residía, en el Madrid viejo, cerca de la Plaza Mayor.

Pese a ello, Enrique insistió tozudamente en regresar caminando, para despejarse, dijo, pero su amigo Pedro Arrasate, más terco aún, no se lo había permitido.

—Hay mucho carterista —advirtió.

—¡Tonterías! Los carteristas no madrugan tanto. Deben de estar ya durmiendo hace rato, como tendríamos que estar nosotros. Además —protestó burlón—, ¿qué diferencia hay entre ellos y vosotros? Entre tú y ésas me habéis dejado sin un céntimo. Mira —se sacó el forro del bolsillo—, no tengo ni para pagar al cochero.

—No te preocupes —respondió Arrasate—, un carterista no te lo hubiera hecho pasar tan bien. Yo pago el porte, niño.

Le llamaba niño cuando quería ironizar cariñosamente sobre su origen andaluz.

Enrique de Medina no era tan alto como su amigo, en eso había salido a la familia de su madre, pero tenía una complexión fuerte. Sus ojos, de color acerado, le otorgaban un mirar incisivo, en el que a veces surgía un brillo frío como el de una navaja. Gustaba lucir un denso mostacho, en el que ya aparecían algunas canas, y sus cabellos, algo ondulados, también mostraban reflejos de plata. Vestía de acuerdo con su condición y, a veces, cuando no las tenía empeñadas, lucía algunas alhajas de oro en los dedos y en las muñecas.

Aguardaron un momento. Por fin pasó un carruaje que se detuvo a la llamada de Arrasate. El perfil del cochero, un hombre de mediana edad, con largas patillas, se asemejaba al de las monedas con las que le pagaban. Una vez acomodado Enrique, Arrasate abonó el servicio indicándole la dirección.

Algunos comercios estaban ya abiertos. Grupos de obreros acudían al trabajo o regresaban de los turnos de noche. Hacía fresco y sobre la oscuridad gris del final de la madrugada se iba señalando, opaca todavía en el horizonte geométrico de los edificios de la ciudad, la línea clara del amanecer.

Unos minutos más tarde, el carruaje se detuvo ante el portal de un inmueble de cuatro plantas, convertido en casa de vecindad.

Allí vivía Enrique. Deseoso de libertad, había preferido aquel alojamiento, en lugar de residir en casa de amigos o deudos de su padre.

Empujó la puerta del zaguán y entró. La portería estaba abierta. Pese a su discreción, seguramente los porteros notarían que llegaba. No obstante, procuró no hacer ruido y subió a tientas la escalera.

Antes de que hubiera logrado introducir la llave en la cerradura, Gaspar, su sirviente, abrió la puerta sorprendiéndole:

—¿Es que tú no duermes? —preguntó en voz baja, mientras entraba en el salón—. ¿Qué haces levantado a estas horas?

—Por fin aparece usted —replicó Gaspar en el mismo tono, visiblemente aliviado—. Le he buscado por todo Madrid. Trajeron esta tarde un telegrama. Siento decirle que su padre se encuentra gravemente enfermo y que le esperan urgentemente en Morana.

Hacía algunas semanas que, sin saber por qué, venía intuyendo la cercanía de una muerte inminente, sin conseguir discriminar entre su padre o la abuela Teresa. Ambos, por razón de la edad, eran candidatos lógicos a un desenlace fatal. Ahora se confirmaba su premonición.

Tomó el telegrama y lo leyó. Lo remitía la abuela, informándole de la gravedad suma del estado de su padre, advirtiéndole de un funesto e inmediato desenlace.

Aunque le sorprendió, se reprochó la escasa impresión que le causaba la noticia.

Desde que era consciente de tener recuerdos, imaginar el momento de la muerte de su padre le había causado siempre un profundo desasosiego, aunque no dolor, como si le vinculara a él más la mera proximidad que el cariño.

Le sorprendían, al unísono, un tímido sentimiento de liberación, que le avergonzaba, y el largo anhelo de hacerse por fin cargo de una hacienda y de una posición que le correspondían por derecho.

Las circunstancias que ahora se le presentaban le exigirían poner fin a tantas calaveradas, regresar a Morana, a donde había prometido

no volver hasta que su padre le llamase, y vivir de manera acorde con el título que ya, legítimamente, debía ostentar.

—Le he preparado un ligero equipaje —dijo el criado—. Supongo que tomará usted el primer tren de la mañana.

—Te lo agradezco, pero va a serme imposible tomar ese tren. Cogeré cualquiera de los de la tarde o quizá el de mañana por la mañana. Ahora voy a dormir. Si has estado toda la noche en vela, a ti también te vendrá bien echar un sueño. Mañana te encargarás de recoger el resto de mis cosas y de buscar el modo de remitirlas a Morana. Te dejaré dinero y algunos encargos más. Despiértame a mediodía. Necesitaré algunas horas para dejar resueltos varios asuntos antes de partir.

El criado se retiró.

Aunque el abuso del alcohol, la intensidad de la juerga y la falta de sueño le acuciaban a irse a la cama, Enrique sacó del aparador una copa y una botella de vino viejo, amontillado, remitido por su padre, único lazo que en los últimos meses les había relacionado.

Consciente de que aquel vínculo se había roto definitivamente, llenó la copa. A la luz primeriza del día, el vino tenía relumbres dorados. Se sentó en una butaca y bebió un largo sorbo, sorprendiéndose de que irracionalmente lo hiciera a la salud del difunto.

Trató de eludir la paradoja procurando infructuosamente imaginar el cadáver de su padre. No obstante, era la de su madre la imagen que ocupaba su pensamiento y, aunque siempre la había percibido demasiado inaccesible para sus deseos infantiles de cariño, se le aparecía viva, pálida y dulce como un ángel, con el rostro iluminado por unos ojos grandes y oscuros.

Mientras ella vivió, entre ambos se interpusieron siempre dos obstáculos insalvables: su padre, en todo momento pendiente de ella, enferma irremediable, acaparándola absolutamente, y la religiosidad enfermiza y apocalíptica, triste y medrosa, que la retenía largas horas recluida en la capilla de la casa o en sus habitaciones, desgranando viacrucis y ejercicios piadosos, y que la atenazaba con penitencias y cilicios.

Mucho más tarde supo cómo su padre conspiró arduamente para conseguirle el cargo de camarera de la imagen de Nuestra Señora de la Paz, tratando de que lograse el que consideraba su último deseo.

Dispuesto a todo trance a hacer cumplir su ilusión de enferma, que era asumir la tradición de la familia de vestir aquella imagen antigua, guardar sus galas y lustrar las alhajas que luciría en la procesión de la tarde del Jueves Santo y , finalmente, verla pasar gloriosa, desde la ventana, de rodillas tras las celosías y sentir cómo aquella figura de candelero, con la cabeza y las manos de talla, revestida con el manto de tisú dorado, se convertía en un símbolo de su propio e ingenuo triunfo personal.

No había resultado fácil alcanzar para ella el cargo deseado. El marqués no tuvo escrúpulos para crear sospechas, reclamar inventarios, imaginar prendas y joyas perdidas y presionar a los miembros de la junta de gobierno, hasta conseguir su propósito y llevarle triunfalmente, para alegrar sus ojos tristes, el título de camarera expedido por el secretario de la cofradía.

La recordaba, feliz como nunca, la tarde en la que las criadas llevaron a la casa las ropas de la imagen: los mantos, empapelados en seda rosa, los corpiños y las sayas, macizas de bordados de espigas, de apretados racimos áureos, de hojarascas salpicadas de rosas...

Aquel día, en la intimidad de su alcoba, sus pálidas manos abrieron la caja forrada de terciopelo granate donde se guardaban las alhajas de la Virgen. Dentro, las sartas de aljófares cobijaban sus brillos bajo algunos broches de tumbaga, junto a unos anillos antiguos, agrupados por una cinta, y un largo rosario de filigrana de plata y cuentas de azabache. Ella acrecentaría aquel patrimonio antes de morir con sus zarcillos más preciosos, con un broche en forma de mariposa, empedrada de gemas, y con el rosario de coral, cuya cruz se centraba con una esmeralda grande, como una lágrima, que recibió de la abuela Dolores, cabeza matriarcal de la familia, el día de su boda, tal como ella la recibió a su vez de otra abuela ancestral.

Gravemente enferma, el Jueves Santo, uno de los días más grises de un marzo rigurosamente frío, había pedido que la acercasen a la ventana para ver desfilar bajo el cielo cárdeno la procesión.

Él también estuvo allí entonces, feliz de sentirla cerca.

Calle arriba venían los pasos con las imágenes, silenciosamente llevados por penitentes vestidos con túnicas negras y escoltados por hombres que portaban faroles encendidos sobre largas astas. En el paso, detrás de los turbios cristales salpicados de gotas de cera, oscilaba la luz temblorosa de los cirios.

La alegoría de la fe cristiana abría el cortejo. La primera de las virtudes teologales estaba representada por la imagen de una mujer con largas vestiduras blancas, los ojos cubiertos con una venda, llevando un cincelado cáliz en la mano derecha. Tras ella se erguía una cruz verde con nudos dorados, enorme y vacía.

Desde la ventana, febril, su madre aplicaba un misterio doloroso del rosario por cada uno de los pasos de la cofradía. Cinco pasos, cinco misterios. Le respondían las criadas de la casa, agrupadas tras ella, también de rodillas.

Los portadores de la imagen de la Virgen de la Paz, alzada sobre la dorada apoteosis barroca del trono, tallado de ángeles y flores, detuvieron su andar apenas traspasada la esquina, frente a la ventana donde rezaba ella. Agotados por el esfuerzo, tomaban aliento, húmedas por el sudor las túnicas, en cuyas cintas los amigos y parientes habían colgado como premio varias roscas de pan.

La oración de la marquesa se detuvo y, con una voz que ahogaban los menores esfuerzos, comentó con las criadas detalles del arreglo del manto, la fijeza de la corona imperial sobre la cabeza o el acierto en la colocación de los encajes que enmarcaban el rostro o adornaban el pecho de la imagen.

Aquella misma noche su salud empeoró. Nunca más llegó a levantarse. Durante las jornadas del mes de abril que precedieron a su muerte, el marqués permaneció en la cabecera, fiel como la fiebre que encendía ya sin intermitencias sus mejillas, como la tos seca que manchaba de sangre los pañuelos de hilo.

Con una voz que parecía transparente por la debilidad de sus últimos días, pidió el manto de gloria de la Virgen. Las criadas lo trajeron presurosas desde el cuarto que ella misma había mandado acondicionar para guardar las preseas de la imagen. Lo colocaron como ella dijo, sobre unas sillas donde pudiera contemplar su añejo brillo, trasunto mínimo, según ella, del dorado relumbre de la gloria que esperaba alcanzar y en la que aguardaba encontrarse con aquella cuya imagen había vestido y adornado con tanta devoción.

La mañana de mayo en la que marchó definitivamente era descaradamente hermosa, fresca y azul. La vida y sus sonidos imperaban por encima de la muerte y su silencio.

Aquel día Rosalía lo despertó.

—Hoy tiene usted que ser ya un hombre.

Traía en la mano, colgado de una percha, un trajecito negro.

—Y como un hombre se va a vestir ahora. Ya sabe que los hombres no deben llorar —concluyó en un tono que pretendía ser persuasivo, y que él sintió impregnado de sincera tristeza.

No había llorado nunca y tampoco lo hizo entonces. La luz, limpia y alegre del día, se colaba desde el patio por el balcón entreabierto y el aire traía olor de azahar. Su madre, delgada y frágil, parecía de porcelana mate. Yacía sobre la colcha de la cama, blanca como el vestido de seda con el que la habían amortajado. Los finos encajes que orlaban el cuello y las manos acentuaban la palidez amarillenta de la piel.

En su presencia sintió inicialmente el desconcierto que produce lo incomprensible; aunque luego quedó arrobado ante la belleza de aquella mujer ideal e irreal, como la de los ángeles de las estampas francesas que ella había atesorado ávidamente y que guardaba entre las páginas de sus devocionarios.

Sentado en una butaca, sombrío, en el rincón que la luz del patio hacía por contraste más oscuro, estaba su padre.

—Besa a tu madre, hijo mío —ordenó.

Él se acercó y, levemente, rozó con sus labios la mejilla, tersa y fría, como de cerúleo mármol antiguo, de la madre muerta.

VI

Era casi mediodía cuando Gaspar le despertó. Había dormido de un tirón, sin que le hubieran molestado los ruidos del tránsito que ascendían desde la calle.

Se arregló rápidamente y después de acercarse a enviar un telegrama a su abuela anunciándole su regreso, salió a buscar a Pedro Arrasate.

Cesante en su trabajo como escribiente del Ministerio de Fomento a causa del cambio de Gobierno, la vida de Arrasate no pasaba entonces por los mejores momentos, pero algunas representaciones comerciales de coloniales, vinos y licores le permitían sobrevivir rozando una mediana holgura.

Por su parte, Enrique de Medina, una vez agotados los fondos producidos por la venta de dos casas de vecindad y un almacén, heredados de su madre, que poseía en Madrid, se benefició de la salida al mercado de la Villa y Corte de los selectos amontillados y vinos generosos de las bodegas familiares. El marqués promovió aquel negocio para que pudiera atender sus gastos con las generosas ganancias que asignó a esta gestión comercial, revalorizada gracias a la cada vez más escasa oferta de vinos de calidad, derivada de la extensión imparable de la plaga de la filoxera.

El negocio del vino fue, pues, entre otras actividades, el lazo que unió a Enrique y a Pedro Arrasate. Luego se sucedieron otros motivos para acrecentar su confraternidad.

El domicilio de su amigo y la sede de su negocio de representación se hallaba al final de un callejón sin salida, en una casa de vecinos del viejo Madrid, cerca de un convento de monjas.

Enrique atravesó el largo portal, sucio, untado de mugres añosas y de un arraigado olor a humedad y a guisos, y llegó ante la puerta, al fondo de un patinillo sombrío. Golpeó con los nudillos en su madera.

No hubo respuesta.

Insistió llamando con más fuerza, ahora con la palma de la mano. A los golpes, un vecino respondió airadamente desde una ventana alta, aludiendo a escándalos insoportables y a continuadas molestias. Enrique no le contestó.

Pasaron varios minutos, hasta que por fin se abrió la puerta con un previo y escogido repertorio de palabras malsonantes. Por fin, Pedro Arrasate apareció en el umbral cubriendo parcialmente sus desnudeces con una sábana. La inoportunidad le había puesto de mala leche. Al ver a Enrique, su agrio gesto derivó hacia el de sorpresa. No era muy habitual que le visitara.

—¡Eres tú! Pero..., ¿qué haces aquí a estas horas, niño? —preguntó sorprendido, haciendo visera con una mano ante los ojos castigados por la luz.

—Necesito hablar contigo.

Arrasate se apartó a un lado y le invitó a pasar. Enrique avanzó por el pasillo en penumbras, hasta desembocar en una habitación pequeña que, por su apariencia, hacía las veces de comedor y despacho.

—Debe tratarse de un asunto importante para que tú te molestes en venir a mi casa.

Se adelantó para despejar de una silla un montón desordenado de ropa.

—Perdona, pero últimamente no ha podido venir la mujer que cuida el local —añadió—. Anda, siéntate.

Acercó otra silla para tomar asiento y con un gesto le invitó a hablar.

—Lamento molestarte a estas horas, pero mi padre agoniza en estos momentos y debo regresar a Morana inmediatamente.

—¡Vaya! ¡Cayó el Gobierno y me deja en la peor cesantía posible!: la de tu amistad! —exclamó con forzada pesadumbre—. Menos mal que a cambio tengo el consuelo de saber que por fin acabó tu exilio.

Arrasate añadió a sus últimas palabras una media sonrisa. Ante el gesto de reprobación de Enrique, rectificó:

—Perdona, niño; pero es que uno no se encuentra a menudo frente a frente con un amigo marqués.

—Y menos con esa pinta —replicó Enrique—. Pero te equivocas doblemente: en primer lugar, porque es absurdo que pienses que dejarás de ser mi amigo y, luego, porque todavía no ha llegado la hora

en la que yo tenga el título de marqués. Vengo —prosiguió— a pedirte un favor.

—Ya sabes que tendrás lo que me pidas —afirmó Arrasate abriendo los brazos.

—Te debo dinero, y adeudo también ciertas cantidades…, digamos que… algo considerables a otras personas.

—Lo mío no tiene importancia. Puedo esperar lo que haga falta.

Enrique no estaba seguro de si lo decía por cumplir. Sabía que no eran aquellos los momentos más boyantes de la economía de su amigo, pero no quiso restar un ápice a la expresión de su generosidad.

—Lo sé —concedió—. Pero el mes de abril pasado, Pascual Miralles me prestó una cantidad que debo reintegrarle sin falta dentro de dos meses. Ya conoces cómo se las gasta ese individuo.

—Sí. Es capaz de vender a su madre y a sus hermanas sin el menor escrúpulo —replicó—. Y tampoco dudaría en meterle a cualquiera la navaja en el costado por quinientas pesetas. ¿Qué digo quinientas?... ¡Por la mitad y menos! No consigo explicarme cómo te has metido en semejante lío con Miralles. ¿Y cuánto te prestó, si es que puede saberse?

—Algo más de ocho mil —respondió Enrique–. Y con los intereses, la deuda asciende a casi el doble. También debo dinero a Narváez y a Carlos Guillén. Mil quinientas pesetas a cada uno, más o menos.

Arrasate resopló, apabullado por las cifras.

—Ésos no son tan peligrosos. Si no hay más remedio podemos incluso calificarles como amigos —afirmó—. Aunque el dinero, tanto dinero, no reconoce ni a los hermanos.

Quedó pensativo un momento, moviendo levemente la cabeza como tratando de asimilar la información. Finalmente, exclamó:

—Debes una fortuna, niño. ¿Te has gastado todo ese dinero?

—Y alguno más —contestó Enrique—. Y tú has colaborado intensamente, durante bastante tiempo, en ese dispendio.

Arrasate se encogió de hombros pretextando su inocencia y

Enrique correspondió con un gesto de la mano que pretendía restar importancia al derroche:

—No te preocupes —dijo—. Bien gastado está y tengo con qué pagarlo. A fin de cuentas, sólo se vive una vez. Ahí tienes a mi padre. En estos momentos puede decirse que casi de cuerpo presente. ¡Con todo lo que tiene…! Ahora sólo se posee a sí mismo, aunque por poco tiempo. Ya le sobra todo.

Arrasate asintió.

—Así es —dijo—, nadie se lleva nada al otro mundo.

—Tengo poco tiempo. Debo procurar estar en mi casa cuando llegue su final, si no ha ocurrido ya. Trataré de tomar el tren esta tarde. En cuanto me ponga al corriente de los asuntos económicos de mi casa, te remitiré el dinero para que saldes mis deudas con Miralles y con los otros. La que tengo contigo te la pagaré allí mismo, cuando vayas a llevarme los recibos que ellos deberán entregarte.

—Descuida. Así lo haré.

Una tos ahogada, de mujer, sonó en el dormitorio contiguo.

—Supongo que la que anda por ahí no es la que te limpia el local —dijo Enrique señalando la puerta cerrada.

—Es… una amiga. Ya te explicaré —replicó Arrasate.

—No hace falta —dijo Enrique molesto— cada uno puede hacer en su casa lo que quiera, pero no me gusta que fisguen mis conversaciones. Podrías haberme advertido.

Y alzando la voz para que le oyesen dentro, dirigiéndose a Arrasate exclamó:

—Dile a tu paloma que levante el vuelo y se vaya a su palomar —luego, añadió en voz baja—. He venido aquí para hablar contigo, no a darle tres cuartos al pregonero.

—Lo entiendo, amigo, pero debes darte cuenta de que no habías anunciado tu visita —replicó Arrasate secamente.

Acto seguido ordenó:

—Ya lo habéis oído chicas: en esta casa la palabra del marqués es como lo escrito en la Gaceta de Madrid ¡A volar!

—¿Habéis? —preguntó Enrique sin poder contener su asombro—. Pero…, ¿quiénes están ahí? Acabas de salir de una juerga… –negaba escandalizado con la cabeza– y ya estás metido en otra. Eres incorregible, un auténtico crápula.

—¡Ay, niño!, por el tono en el que lo dices, crápula debe ser un insulto —repuso Arrasate mientras se levantaba y servía un jerez—. Sin embargo, te lo perdono porque hace un momento me dabas la razón. Acabas de decirme que la vida hay que disfrutarla y eso es lo que hago. Simple y sencillamente. Tómate un trago, mientras doy suelta a las palomas —añadió, y entregó una de las copas a Enrique antes de entrar en el dormitorio.

Al cabo de unos instantes, dos muchachas, una menuda y rubia y otra más alta y morena, salieron del cuarto. Sin pronunciar palabra, se marcharon manifiestamente ofendidas, con el aire orgulloso y altivo de las damas de la reina. Detrás no tardó en aparecer, ya vestido, Arrasate.

—A ésas no las conozco yo, y cada vez me convenzo más de que a ti tampoco. Eres un completo golfo.

—En realidad, y deberías reconocerlo, lo que soy es un incomprendido —repuso sonriendo irónicamente—. ¿Has olvidado las obras de misericordia? Sencillamente, abro mi casa a estas pobres.

VII

El coche se detuvo por fin ante la casa. Los grandes portones, reforzados con una densa y abrillantada clavazón de bronce, permanecían entornados en pública manifestación de luto, proclamando el fatal desenlace. Sobre la ciudad, el calor turbio de la tarde de verano arreciaba en un temporal ardiente que parecía brotar de la boca de un horno. Nadie transitaba por la plaza ni por las calles que convergían en ella, cual si una desmesurada bajamar hubiese alejado a las gentes de la siempre frecuentada orilla de la vieja casa blasonada.

Habían transcurrido ocho años desde que salió y podía reconocer que los recuerdos le habían venido traicionando reiteradamente, cada vez con mayor descaro, conforme había ido pasando el tiempo.

La imagen de su casa, que tan celosamente había conservado en la memoria, en la que aparecía ancha y luminosa, contrastaba con la realidad: ahora le parecía menos real, pequeña y sórdida.

Miró en su fachada, de zócalo de sillares, el antiguo blasón familiar campeando sobre el balcón principal, los viejos herrajes de las ventanas, las puertas con clavos de bronce…

Se hallaba por fin ante el hogar que abandonó después de una discusión con su padre —no más áspera que otras anteriores—, rompiendo las amarras que hasta entonces les habían ligado, más como dos extraños obligados a entenderse, que como padre e hijo.

Igual que en otras ocasiones, se trató de un problema de dinero.

Con veinticinco años, Enrique consideraba sobrepasado ampliamente el momento no sólo de disfrutar, sino de disponer con libertad e independencia de lo que le pertenecía y que su padre le venía negando tercamente.

En vano le había reclamado los bienes legados por su madre que, como esposo, usufructuaba. Y aunque una y otra vez evitó enfrentarse a su negativa, en aquella ocasión insistió, pues necesitaba disponer de dinero con urgencia.

Unos negocios fracasados que le había ocultado, en los que invirtió ciertos préstamos conseguidos a intereses excesivos, y numerosas deudas por conceptos menores e inconfesables que debía saldar sin dilación, le empujaron al despacho paterno para reiterar la

petición.

Fue una entrevista en la que tanto las preguntas como las respuestas, los ruegos y los reproches se repitieron una vez más, como obedeciendo a un guion ya escrito, y tampoco en aquella ocasión Enrique se atrevió a confesar los motivos de su insistencia.

—¿A qué esas prisas para hacerte cargo de un patrimonio que ha de ser… que es —puntualizó—, del todo tuyo? Tienes lo preciso para vivir en completa libertad, de acuerdo con lo que eres y lo que representas… Aunque…, muchas veces traiciones a tu obligación —su padre le recriminaba como solía, con severidad, mirándole fijamente a los ojos—. No estoy dispuesto a que tires en unos meses lo que tanto tiempo y esfuerzo costó reunir y mantener.

—Necesito disponer de lo que madre me dejó —replicó.

Un silencio hiriente como una astilla de vidrio se instaló entre los dos.

—Es mío —insistió. Y para justificar la reclamación, por primera vez tan directa, mintió—. Tengo a la vista algunos negocios… No tardaré en mostrarle las ganancias. Crea usted en mí.

—¿Negocios? ¿Qué negocios? ¿Y de haberlos, qué garantías ofreces de que esas ganancias van a producirse? Hasta ahora, ¿has podido darme algunos resultados de tus negocios que no sean escándalos? ¿Has obtenido algún resultado positivo invirtiendo las rentas de las casas de Madrid que estás encargado de administrar? Sé de sobra cuáles han sido tus negocios y en qué has empleado las rentas que percibes de los bienes que la casa te ha encomendado.

El marqués hablaba de la casa como si ésta tuviese vida propia; como si se tratase de una entidad superior que sobrepasaba el tiempo y a las personas, y que englobaba el espacio físico de la vieja casona y las posesiones, vinculadas a ella por las leyes del mayorazgo. La casa era también la familia, entendida como una totalidad, que abarcaba sus generaciones, presentes y futuras, enaltecida por sus privilegios, su fama y su grandeza, pero también menguada por sus miserias y desastres. La casa era entendida por el marqués como una entidad que, desde un origen mítico, se mantenía imperturbable a través de los siglos, con el objetivo de cumplir un destino inconcreto e imposible de predecir, aunque forzosamente glorioso.

—Locuras de juventud —repuso Enrique—. Agua pasada que usted no puede estar teniendo siempre en cuenta. ¿Hay alguien que

esté libre de culpa? Ahora es otra cosa. Tengo muchos proyectos.

En los ojos azules del marqués, siempre fríos, fulguró la llama de una irritación que Enrique conocía. La réplica llegó contundente, buscando acabar pronto con la discusión:

—¿Locuras de juventud?, ¿agua pasada?... Puedo señalarte qué fecha tiene tu última escandalosa francachela —el índice paterno le señalaba amenazante—. ¿Proyectos?... ¡No son más que fantasías! No te das cuenta de que el negocio más seguro está en la tierra; en las viñas, en los olivos, en las encinas, pero sobre todo en el trabajo constante sobre ello. Todo lo demás es incierto.

Enrique comenzó a sentirse una vez más a merced de la autoridad convencida de su padre y replicó sin demasiada convicción, tratando de exponer argumentos sacados de artículos de prensa, leídos a salto de mata, y de conversaciones de tertulia.

—También en las máquinas, en el vapor, en la electricidad... Sólo le estoy pidiendo a usted confianza.

—Yo no te la otorgo —repuso cortante—. Ninguno de esos proyectos, si es que de verdad los tienes, merece mi confianza. No creeré en ellos, hasta que no los vea en papeles, me los expliques… y yo los entienda. Entonces, ya hablaremos. Mientras tanto, insisto: tienes lo suficiente para vivir con la dignidad que te corresponde. Cuando llegue el momento, podrás disponer de todo, de lo tuyo y de lo mío, y hacer con ello lo que te venga en gana. La historia de nuestra casa valorará tu responsabilidad; pero ahora te toca esperar. Consuélate pensando que yo también aguardo desde hace tiempo a que sientes la cabeza y todavía no has sido capaz de darme una satisfacción.

—¿Qué entiende usted por sentar la cabeza?

Subió el tono de sus palabras, molesto con el reproche, repetido últimamente con insistencia.

—Sencillamente, vivir como debes, por tu edad y por tu posición —replicó don Alonso.

Al brillo del hielo de sus ojos se añadió ahora el fulgor del orgullo de casta.

—No, padre. Creo que se equivoca usted: sentar la cabeza no es vivir como debo, sino vivir como usted quiere que yo viva.

El disparo de su afirmación había tocado carne. El marqués guardó silencio. Se replegaba, pero no mostraba la menor intención de rendirse. Enrique advirtió una vez más que, a pesar de la herida, aquella vieja voluntad, curtida en tantas negaciones, alzaba ante él su silencio, como una muralla inexpugnable para sus razones; un baluarte contra el que se había estrellado ya demasiadas veces.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es marcharme de aquí —exclamó con desolación—. Donde no hay agua es inútil excavar un pozo. Sólo buscaba comprensión y ayuda.

Su reproche abría brecha en el fortín inquebrantable de su padre, pero la decisión estaba tomada:

—No volveré a pisar esta casa, hasta que usted me llame.

Después de una fugaz indecisión, le alcanzó, irónica, la réplica:

—Dudo de que cumplas tu palabra. Te adjudico a lo sumo el retiro de un par de semanas de cacerías en La Dehesa. Puedes llevarte a tus amigotes.

Lo dijo con su acostumbrado tono dominador y con absoluto convencimiento de que el vaticinio se cumpliría inexorablemente. Al cabo, sentenció con desdén:

—Puedes irte a donde te dé la gana, pero has de regresar como te marchas. Volverás por tu propia iniciativa para reconocer que tengo razón. Recuerda que no hago otra cosa que protegerte.

—¿De quién? —preguntó con amarga ironía.

—De ti mismo.

—No hace falta. Es absurdo lo que dice. Sé protegerme solo y se lo demostraré.

—Volverás sin que te llame —insistió el marqués.

—No le daré a usted ese gusto —aseguró ahora Enrique con determinación—. Si cree que conseguirá humillarme, está equivocado. Puedo ser tan terco como usted —concluyó.

—Nunca buscaría humillarte, hijo. Pero vendrás —afirmó sin mirarle—. Eso es todo —dijo como para sí mismo, dando por zanjada la discusión.

Antes de que su padre acabara de hablar, Enrique había salido del despacho. Más que indignación, sentía el peso muerto de la decepción oprimirle el pecho, como si le faltara el aire.

Aquella tarde abandonó Morana sin despedirse de nadie, después de malvender una botonadura de oro y esmeraldas pequeñas, recibida de mano de la abuela Teresa. Eran veintidós piezas que nunca pudieron ser ofrecidas a una imagen sagrada de la ciudad, en demanda de salud para su madre, porque lo impidió su anunciada muerte.

Aunque con anterioridad se había resistido a desprenderse de aquellas alhajas, no le dolió su pérdida. El importe fue suficiente para saldar las deudas que había contraído en Morana.

Ahora que estaba de regreso, veía con claridad que se cumplía lo vaticinado por su padre: se encontraba allí, sin que él le hubiese llamado. En una complicidad no buscada con la muerte, había logrado salirse con la suya, imponer su voluntad, como en otras muchas ocasiones.

La entreabierta cancela de hierro separaba el zaguán en penumbras del corredor empapado con la luz tamizada que dejaba pasar el toldo que cubría el patio.

Entró en la casa, consciente de estar cumpliendo con un obligado acto de dominio, y lo hizo despaciosamente. Todo, en los corredores, en el patio entoldado, ocupaba el sitio de costumbre, tal como lo había visto siempre; de manera que después de ocho años de ausencia le hubiera sido posible descubrir, en el caso de haberse producido, cualquier cambio, por menudo que fuese. Todos los objetos: los veladores con sus floreros vacíos, las mecedoras y las sillas, las jardineras, los viejos platos cincelados de cobre o de cerámica vidriada colgados de las paredes, los espejos de marcos oscuros, los reposteros, las cornucopias…, se mantenían en su emplazamiento habitual, obedeciendo a una permanente inmovilidad, como las gentes y las cosas representadas en la pintura de un cuadro.

El viejo jazminero trepaba por el muro encalado, entre los balcones del corredor alto, aguardando la llegada de la tarde para abrir sus flores. La fuente continuaba dejando caer incansable su imperceptible hilillo de agua desde la taza alta, de rizado mármol, al pilón; y el reloj, el gran reloj de péndulo dorado, permanecía al pie de la escalera, detenido dentro de su labrada caja de madera oscura, detrás del cristal, con sus agujas inmóviles, señalando tercamente la

hora en la que su padre lo detuvo para que se recordase permanentemente, el momento de la muerte de su esposa.

Comprendió que aquel reloj parado era el símbolo perfecto de la existencia inmutable que su padre había querido para la casa, en la que el silencio había pasado a formar parte consustancial; como si brotara de allí mismo, en un manantial que se derramaba, cimientos arriba, sin rumor alguno, fuera de su seno, y que había acabado anegándola totalmente, amordazando los sonidos, los ecos y todas las voces posibles.

Enrique se detuvo ante el reloj, abrió la puerta de la caja y, con un leve impulso, hizo oscilar el péndulo. Con aquel gesto anunció a la casa, a todos los que la habitaban y a lo que contenía que comenzaba un tiempo nuevo.

Luego, subió por la escalera rica hasta el corredor, y lo hizo disfrutando de la frialdad del pasamanos de mármol, sintiéndolo deslizar por su palma.

El cuarto en el que su padre durmió su larga viudez, una vez que abandonó para siempre el dormitorio principal, estaba al fondo de la galería, tras el cierre acristalado de la antesala; pero el ataúd con su cuerpo ocupaba ahora la capilla, como era de rigor en la tradición familiar.

Entró. Como había dispuesto en su testamento y comentado repetidamente, estaba amortajado con la larga túnica negra de hermano de la cofradía de la Santa y Verdadera Cruz, con el cuello y la cintura ceñidos por el cordón de esparto crudo. Contempló su cadáver y le pareció frágil y pequeño, como un náufrago que flotaba a la deriva sobre el inmenso vacío del mar de la muerte, a punto de hundirse definitivamente en él.

Cuatro cirios verdes montaban guardia en torno al féretro. Enrique permaneció largo rato ante él. Con las manos en los bolsillos contempló aquel ser inerte que se había mostrado siempre irreductible y orgulloso, capaz como cualquiera de todo lo bueno, pero también de lo malo, incluso de lo perverso. Sólo su esposa había logrado someterle, con la fuerza del amor, incluso desde más allá de la muerte. Quizá —pensó— aquel sentimiento era lo único que le podía salvar de la derrota inevitable que constituye el fin de la existencia; de ampararle, si es que fuera posible, después de morir, cuando estuviera a merced del viento del olvido, helado y aterrador.

Hablaba mentalmente con el cadáver, como si pudiera escucharle desde la orilla sin retorno en la que se hallaba.

—Ya estoy aquí, padre. Míreme: más viejo y roto…, incluso, como usted se temía, más malo y más pobre. Ocho años ocupado en vicios inevitables, mientras que usted, convencido de que era su obligación, gastaba en mí su dinero, sacándolo del capital de la casa; cuidando no tocar para nada el que me corresponde, el que me dejó mi madre, que ya es mío, sin obstáculo alguno. He regresado..., y como casi siempre, como otras muchas veces, ha vuelto usted a salirse con la suya, a costa de pagar el precio más alto posible. Se marcha; ocurre lo inevitable: me deja su sitio, para que yo lo ocupe. Es la ley de la vida, pero también la ley de la casa; ese ser poderoso al que pertenezco, pero que me necesita para seguir existiendo y que aguarda lo mejor de mí mismo. Me imagino a usted, ya incorporado a la saga de nuestros muertos, de los que tanto me habló. Estará situado en esa galería ideal de espíritus expectantes, al acecho de que la rama fructifique para dar sentido a su historia. Por fin ha llegado, ya lo ve, el momento de que siente la cabeza. Creo que pronto comenzará usted a estar satisfecho.

El crucifijo que el cadáver tenía entre sus dedos se inclinó y las manos, pálidas como la cera, destrenzaron lentamente los dedos, al tiempo que los ojos del marqués parpadearon, como molestos por la luz, ante la sorpresa horrorizada de Enrique, que en su angustia no conseguía gritar.

Despertó. El tren retenía su marcha con un agudo y doliente chirrido de frenos, para detenerse en la estación de Córdoba, arrojando nubes de cisco con el humo negro de la chimenea de la locomotora. Miró, todavía con el espanto de la pesadilla asomado a los ojos, a su único compañero de viaje, un viejo magistrado jubilado de regreso a Málaga, que le preguntó si se sentía mal. Negó con la cabeza. Sudaba copiosamente y tenía la boca completamente seca. Sentía además un agudo dolor, causado por la tensión, en la espalda y en los brazos. Desorientado aún, se levantó del asiento para asomarse a la ventanilla tratando de ahuyentar y arrojar por ella su mal sueño.

En el andén, como un cuadro vivo, se sucedían, múltiples, episodios efímeros, con la presencia fija de los figurantes del lugar, y los cuadros, repetidos una y mil veces, que originaban las llegadas y las partidas de los viajeros, cada una de ellas envueltas en sus propios sentimientos: anhelos, tristezas, felicidades, dolientes melancolías, soledades, rupturas como la que él mismo protagonizó con su padre, y reencuentros como el que acababa de vivir en su sueño. Comprendió que volver a repetirlo estaba a punto de ser imposible y deseó que el

tren arrancara rápidamente y le llevara junto a él, antes de que fuera demasiado tarde.

Media hora después, con entrecortados y profundos jadeos de vapor, lentamente, el tren arrancó dejando atrás el confuso ajetreo de la estación. Poco después pasó sobre el Guadalquivir, en aquellos momentos desangrado por el estiaje, con su caudal reducido a dos venas estrechas de agua que corrían entre fangosos juncales. Luego, tras atravesar un cañaveral espeso, que llenó el convoy con un rumor de viento, avanzó rápidamente por la campiña a través de los campos resecos, alucinados por el calor, colmados de una desolación absoluta, sólo alegrada por la masa ondulante de la vegetación de la ribera de un río que, a trechos, corría paralela al trazado del ferrocarril. A pesar del aliento tórrido de la mañana, Enrique permaneció asomado a la ventanilla para tratar de reconocer algo familiar en el paisaje. En los linderos de lo que habían sido viñas, se apilaban miles de oscuras cepas arrancadas, destinadas a convertirse en combustible. El aire turbio impedía ver con claridad los detalles más lejanos. Se anunciaba un día abrasador.

VIII

Entre súbitos bufidos de vapor de la locomotora, detenida unos minutos en la estación, Enrique descendió del vagón al andén desierto.

Acogidos a la sombra de la marquesina le aguardaban Frasquito, el anciano guardés, y un joven, desconocido para él, que se presentó como el cochero de la casa. Ambos le saludaron reverentemente. De inmediato advirtió, proclamando el luto, las anchas fajas de tela ceñidas a las mangas derechas del blusón de los sirvientes, como la evidencia de que su padre había fallecido.

El viejo le dio la bienvenida. Luego confirmó el suceso con palabras ensayadas:

—Don Enrique, siento ser yo el que le diga que su padre murió esta mañana temprano. El pobre llevaba ya dos días agonizando. Dios ha querido recogerlo ya.

— Gracias Frasquito. Así son a veces las cosas de Dios — respondió Enrique, añadiendo entre dientes—. Estamos contentos con ellas, sólo cuando son como queremos.

El joven tomó las maletas. Abandonaron el andén y, a través de un estrecho pasillo enlosado, abierto entre el edificio de la estación y un cercado de oscuras traviesas, salieron a la polvorienta explanada que se extendía ante el edificio, apenas sombreada por escuálidas moreras y acacias. En las ramas, las cigarras rasgaban obstinadamente con su opresivo canto el aire quemador. El secarral se extendía por las hazas y los vallados inmediatos.

Mientras el cochero situaba el equipaje en la red de la trasera del coche, Enrique contempló un momento la ciudad, asomada por encima del desolado contorno. Le pareció extraña a su memoria, aunque reconocible, y mucho más insignificante de lo que la recordaba. Deslumbraba en su blancor el caserío, salpicado de iglesias. Se extendía por el valle, recostándose por los suaves declives del pie de las colinas. Por sus laderas se combinaban irregularmente los alineados olivares, salpicados con las calvas resecas de las viñas diezmadas por la filoxera.

Subió al coche, un sociable de color oscuro, tirado por dos mulas que, con paso ágil, haciendo oscilar levemente el vehículo sobre las ballestas, emprendieron el camino de regreso.

Mientras avanzaban, cobijado en la sombra de la capota, Enrique continuó con el ánimo apresado por la sensación de hallarse fuera de lugar y, aunque se adentraba en un paisaje conocido, no alcanzaba a percibirlo como propio. La luz cegadora, los aromas que la tierra le ofrecía le resultaban extraños, hasta el punto de que llegó a preguntarse si no estaría sumergido otra vez en un mal sueño o preso de una alucinación.

Se sentía indefenso, atenazado por el desamparo inevitable de los que llegan a un lugar extraño. Le desasosegaba hallarse a merced de unos acontecimientos cuyo desarrollo anterior no le era conocido del todo, y cuyo futuro y evolución le resultaban imposibles de controlar.

Después de su despreocupada ausencia de ocho años, le inquietaba el encuentro con la realidad a la que debía incorporarse. Había permanecido demasiado tiempo al margen de aquel mundo pueblerino al que se acercaba y, aunque durante años anheló el instante de tomar las riendas del destino que por fin le aguardaba, temía tomar decisiones que pudieran resultar erróneas por no estar al corriente de los acontecimientos. Por encima de todo deseaba acertar en sus determinaciones y era consciente de que para lograrlo no podía dejarse vencer por la intranquilidad angustiosa que, con fuerza creciente, le afligía, tal como le mortificaba el aire quemador e irrespirable de la tarde de agosto.

No había sido —no había querido serlo— testigo en los últimos tiempos de los hechos de su casa. Tampoco de los de Morana. Precisaba conocerlos por lo que hubieran podido afectar a lo suyo. Por ello necesitaba poseer información. Le urgía, antes de llegar a su casa, encontrar a alguien de confianza capaz de ponerle al corriente y de alumbrarle con alguna claridad el camino por el que avanzar.

Repasó mentalmente la lista de sus amistades, tratando de hallar el que podría ser el mejor de sus posibles confidentes. Finalmente, se decidió por recurrir a Simón Espinosa, Monsito.

Algo mayor que él, había sido compañero de muchas de las aventuras de su primera juventud. Su curiosidad, que rozaba con la cotillería, le había permitido siempre estar al cabo de la calle de todos los aconteceres de Morana; le vencía una inclinación casi enfermiza por estar al corriente de los rumores y las murmuraciones consustanciales a las conversaciones de casinos, tabernas o fuentes públicas, y su conocimiento de las personas, sus nombres, apodos y circunstancias era extraordinario.

Hubo un momento en el que las habladurías se volvieron cruelmente contra Monsito y, como consecuencia, se desarrolló tal desconfianza hacia él, que se quedó sin amigos. Aquel mal progresivo le mantuvo en un angustioso temor a imaginarias traiciones. En los peores momentos de aquella paranoia, Monsito se volvió casi intratable. Quizá por el carácter autoritario de su madre, el suyo derivó hacia una radical misoginia, que conjugaba el temor y el odio a las mujeres. Nunca manifestó intención alguna de casarse. Su actitud reticente en situaciones explícitamente carnales con las que trataron de probarle algunos amigos le hizo sospechoso de afeminamiento.

Sólo Enrique le había defendido de las maledicencias que, en este sentido, corrían sobre él. Y lo hizo hasta que advirtió que su posicionamiento generaba los mismos equívocos recelos hacia él por parte de las amistades de siempre.

Poco antes de su marcha a Madrid, se confirmaron las sospechas. Con cruel regocijo, los malpensados que sostuvieron tenazmente que Monsito cargaba abiertamente a popa, lo proclamaron públicamente. El hecho era que, a pesar de la discreción casi absoluta de sus relaciones, la venganza de uno de los perjudicados por su desconfianza permitió conocer el trato íntimo que mantenía con un oficial llegado a Morana con un destacamento de caballería destinado a la persecución de un bandido, que había convertido el término municipal en campo de sus correrías.

Pese a todo, Enrique se decidió a entrevistarse con él. Una vez en la entrada de la ciudad, cercada por la cinta polvorienta de una ronda flanqueada de viejos árboles, Enrique ordenó al cochero que detuviese el carruaje y se apeó, tras indicarle que acudiera a recogerle transcurridas dos horas para llevarle a casa de su abuela Teresa. Luego, buscando protección contra el rigor implacable del sol, caminó por el lado en sombra de la calle, mal empedrada y sucia, adentrándose en la población.

Una vez más regresó a la sensación de estar atrapado en las redes de un mal sueño, de hallarse en un lugar irreal que no reconocía, de caminar por un decorado sin color, feo y humilde, con una humildad triste y menesterosa.

La calle estaba desierta. El rigor del sol de agosto, con el cielo empañado por la calima, se dejaba caer como un castigo sobre gentes y cosas. Todo aquel que había tenido la posibilidad de resguardarse, había huido del calor sofocante para esperar, cada cual en su refugio, la llegada del primer aire fresco de la tarde.

Por fin se halló ante la casa de Monsito: un inmueble grande, de labradores medianamente ricos y aspecto severo, pulcramente encalado. Defendían sus cuatro grandes ventanas espesas rejas de hierro y en el balcón central aparecía sujeta con cintas una reseca palma, bendecida el último Domingo de Ramos.

Una de las hojas de la puerta se hallaba levemente entreabierta y Enrique penetró en la agradable penumbra del zaguán. Llamó. El toque de la campanilla se extendió rebotando largamente por el silencio de la casa. No tardó en abrir una anciana, cubierta su falda negra con un gran delantal gris. Era la madre de Espinosa, doña Manolita, y aunque le miró escrutadora, de arriba abajo, pareció no reconocerle, acaso por la poblada barba que ocultaba parte de su rostro, pero también por los años transcurridos al unísono por las vidas de ambos.

Preguntó por su amigo, y ella, después de invitarle a pasar, entró a buscarle.

Al poco apareció Monsito, el cual, tras un gesto de exagerada incredulidad, se mostró admirado por la inesperada visita. No se esforzaba en disimular un amaneramiento que a Enrique le pareció desproporcionado y que entendió como un modo de afirmación personal, una manera de dársele a conocer tal como verdaderamente era, sin necesidad de otras explicaciones. Desde que se marchó no habían vuelto a verse.

—¡Qué bien estás! —repetía con asombro.

Por el contrario, Enrique le encontraba demasiado viejo y marchito. Pensó que la vida, que a veces castiga cruelmente a los suyos, se había ensañado con él. Estaba notoriamente más delgado, con delgadez y mal color de enfermo. Evitaba sonreír para ocultar, sin lograrlo, las mellas de algunos dientes y entonces su boca se fruncía en una mueca ridícula. Bajo los ojos presentaba bolsas oscuras, y el pelo, prematuramente gris y mate, incluso en la crecida barba, dejaba ver desnudas amplias zonas rojizas de su cráneo. No obstante, el destello de su alegría brillando en los hundidos ojos al verle, era sincero. Prodigaba exclamaciones de sorpresa y preguntas que no exigían respuesta.

—Acabo de llegar de Madrid —aclaró— y necesito hablar con alguien de confianza, antes de presentarme en mi casa.

—Te lo agradezco. Es un honor que me haces —le reconocía ya

como marqués—. ¡Ah, la capital: Madrid, Madrid… ¡La Villa y Corte! —suspiró afectadamente—. Cómo me gustaría cambiarlo por esta Morana asfixiante, y no lo digo por el calor que sufrimos hoy, sino por el humazo pegajoso de las habladurías con las que nos asfixiamos unos a otros. Tú quizá me entiendas, porque ya has pasado por la huida. ¡Ojalá yo pudiera desaparecer un tiempo, como tú hiciste, sin dejar rastro…!

Luego, como si se hubiera dado de bruces con un olvido, tratando de acertar con el tono apropiado, agregó con cautela:

—Supongo que sabes que tu padre ha fallecido esta mañana.

—Lo supe apenas bajé del tren… O tal vez antes… —repuso pensativo.

—De verdad que lo siento... Pero era lo que se esperaba desde hacía días —aclaró. Intentaba infundir una conformidad que Enrique no necesitaba.

—Muchas gracias —respondió Enrique—. Entenderás que dadas las circunstancias tenga prisa por llegar a mi casa. Voy a ir al grano.

Monsito abrió los brazos en un gesto de comprensiva invitación.

—Necesito que me proporciones alguna información, antes de enfrentarme con lo que me espera. Creo que tú eres el único que puede proporcionármela imparcialmente.

Monsito esbozó una sonrisa.

Tomaron asiento. La sala baja era fresca. Tenía suelo de ladrillo pintado de almagra. La luz brillante del mediodía pugnaba por introducirse en ella, a través de las rendijas de las persianas y los postigos.

A la oferta de algo de beber, Enrique pidió sólo agua fresca. Requerida por Monsito, su madre no tardó en acercar en una bandeja algunos vasos y dos jarras, una de agua y otra de limonada.

Cuando se retiró, después de entornar con cuidado la puerta de la sala, el anfitrión ofreció con un gesto cortés sus confidencias:

—Bien: aquí me tienes. ¿Qué quieres saber?

Entrecruzó con afectado empaque los dedos de las manos sobre el

pecho, echándose hacia atrás en la butaca.

—Ya te lo he dicho: todo lo que puedas contarme sobre mi padre y mi casa. Lo que se comenta en Morana al respecto, tanto si es verdad como si se trata de simples habladurías. Quiero estar al corriente; tener respuestas para manejar acertadamente las situaciones que se me presentarán y, ya te he dicho, nadie mejor que tú para informarme.

Monsito sonrió halagado. Mostró, ahora sin recato, los amplios huecos de su dentadura.

—Supongo que sabes que tu padre sufrió un ataque, se dice que una congestión cerebral, en el Puerto Rico.

Enrique negó con la cabeza.

—Sólo sé que ha agonizado durante dos días y que esta mañana ha muerto —repuso.

—A pesar de los esfuerzos, fue imposible ocultar el lugar del suceso —prosiguió Monsito—. Sabes igual que yo cómo somos los de este pueblo. Dicen que aquí no se critica, sino que se comenta. Llegamos a creernos que somos el ombligo del mundo, pero esta seguridad no alcanza más allá del cerco de la ronda. Fuera de ella, se convierte en una pose que otros desprecian. Por eso se mantienen y se recalientan aquí tanto tiempo los chismes y las habladurías, porque no pueden escapar. Inmediatamente que aquello ocurrió ya lo sabía todo el mundo. Además, con todo lujo de detalles, unos ciertos y otros inventados. Tratar de encubrirlo, además de inútil, fue un esfuerzo ridículo. Era como poner diques a una riada. Sabes que en este patio de vecinos en el que vivimos no existe mejor distracción que la contemplación y el disfrute morboso del mal ajeno. Tarde o temprano a todos nos toca. Por más que se quiera, resulta imposible evitar que incluso los menores motivos de escándalo corran de boca en boca, adornados con todo tipo de comentarios, muchos de mal gusto, y siempre aderezados con la guindilla de la crueldad. Lo sé por propia experiencia —en aquel desahogo se advertía, nítido, su rencor de perseguido por la maledicencia—. No hay amigos, Enrique. Todos tienen, mejor dicho, todos tenemos, bien afilada, la navaja en el bolsillo y la hipocresía en el corazón. A más de uno le sorprendería conocer cuáles son las malas lenguas que le despellejan. Donde menos se espera…

Enrique movió la mano dando a entender que, en aquellos

momentos, no le interesaba conocer los detalles que trataba de ofrecerle y Monsito retomó el hilo de su información.

—Hace varios años que estaba encaprichado con Martirio Galán, la cubana dueña del Puerto Rico, nuera de doña Rosa Mena. Sé que tú la conocías —puntualizó y esperó una respuesta que no se produjo. El silencio le hizo dudar si proseguir sus explicaciones.

Enrique le invitó a hacerlo.

—En realidad, lo que se le reprochaba no era el hecho de tener una querida, que aquí el que más y el que menos…, sino de manifestarlo tan a lo vivo, sin encubrir bajo el pudor hipócrita al que en Morana estamos acostumbrados, que era la propietaria de una casa de trato. Tu padre podía haber mantenido sus encuentros de un modo más discreto, como se ha estilado siempre y hacen otros, pero resulta claro que no estaba dispuesto a ello. Las habladurías le importaban un rábano, actitud que yo todavía le alabo y que, en cierto modo, le envidio; pero el gesto de pasarse todo lo que se dijera de él bajo el puente de las maravillas, era precisamente lo que causaba aún más escándalo… Un escándalo farisaico, como casi todos los que se producen en esta desgraciada ciudad.

Enrique conocía a Martirio Galán. Conservaba imágenes suyas, nítidas a pesar del tiempo transcurrido, como si hubieran sucedido ayer. Recordaba cómo, desde su llegada a Morana, sin parecer pretenderlo, con una involuntaria voluptuosidad a la que por la circunstancia de su exótico origen pocos pudieron resistirse, avivó el fuego de numerosas voluntades e hizo soñar a muchos, con caricias y gozos imaginarios. Realmente, hubo momentos entonces en los que le hubiera gustado conocerla mejor.

En alguna de sus visitas al Puerto Rico, como tantos otros, deseó descubrirla; ansió explorar unos territorios de los que sólo existían las descripciones apasionadas de los escasos afortunados que, según decían con presunción, pudieron recorrerlos; junto a los relatos, claramente imaginarios y, en consecuencia, más ricos en pormenores y detalles, del tropel de los ilusos o de los despechados por sus rechazos.

Como ellos, él también soñó en aquellos tiempos con sus largas y esbeltas piernas, con la morenez cálida de su piel ligeramente dorada, con el largo cuello que dejaba ver cuando se recogía el cabello, intensamente negro, sobre la nuca, con el anillo de su cintura, con la hermosa redondez de sus hombros y la soñada tersura delicada de sus senos generosos, todavía firmes…

Por eso galleó como el que más y llegó a introducirse una noche en su despacho para conseguir unos favores que ella otorgaba —tal como le dijo con una heladora sonrisa, mientras le apuntaba resueltamente con un pequeño revólver con las cachas de nácar— a quien le daba la gana, y por motivos que iban mucho más allá del dinero: «¿Lo entiende usted?» —le advirtió con una desconcertante sonrisa y una mirada que expresaba su resolución de apretar el gatillo.

Él respondió que sí, porque aquellas razones, en especial el cañón oscuro del arma, eran sólidas como escollos. Contra ellos, como otros encandilados, Enrique se retiró antes de estrellarse.

Tenía su imagen, grabada en algunas páginas del libro de su memoria, pese a que había optado por ignorarla, como la zorra a las uvas, sin llegar a conseguirlo del todo.

—¿Qué sentía mi padre por ella?

—Se comenta que, desde que se inició la relación, hace quizá ya cinco años, ella le ha guardado una fidelidad a toda prueba. Desde entonces, por decirlo de algún modo, su tienda en el Puerto Rico, que estuvo abierta al parecer, aunque no estoy del todo seguro, exclusivamente para clientes selectos y escogidos, echó el cierre. Lo sé por algunos que cuentan que trataron de entrar a comprar algo y se dieron con un canto en los dientes.

—¿Pero tú crees que hubo amor entre ellos o se trató de un simple capricho? —insistió Enrique.

—No lo sé. Dudo que un capricho dure tanto tiempo, aunque puede que sólo se tratase de necesidad. Para todo el mundo, pero especialmente para los hombres de la edad de tu padre, la soledad es una mala compañía. Debe resultar muy duro apurar a solas los últimos tragos de la vida... Tú le habías abandonado.

El reproche de Monsito Espinosa, siendo verdad, le mortificó, pero no llegó a ofenderle. Lo asumió como nacido de su propia conciencia y, juez y reo al mismo tiempo, se reconoció y se declaró culpable, aunque no logró dar con sus remordimientos. En el fondo, lo que más le dolía no era haberse comportado como un mal hijo, sino que los demás le acusaran como tal y le reconvinieran su comportamiento.

—Se comenta que tu padre la ha beneficiado en su testamento.

Aguardó con malsana curiosidad el efecto de sus palabras en

Enrique, pero al advertir que no se conmovió lo más mínimo, añadió con estudiada timidez:

—Pero no debes hacer caso; sin duda se trata de habladurías.

—No me extraña. Mi padre siempre fue generoso. En algunos casos hasta extremos más allá de lo razonable. Cuando el río suena… ¿Y cuál dicen que es el beneficio? —preguntó imaginando ropas y alhajas.

—El usufructo del cortijo de La Dehesa. Todas sus rentas son ahora suyas.

—¿Estás seguro? —exclamó Enrique aturdido por la confidencia.

La revelación le había golpeado con dureza, aunque sin causarle dolor. Pensó que tal vez fuera aquella la misma sensación que percibiría alguien al que un impacto se lleva por delante un brazo o una pierna, dejándole un angustioso vacío helado, inicialmente indoloro. No respondió. Valoraba la certeza de lo que Monsito contaba y se convenció de que la respuesta era demasiado concreta para que se tratase del eco de meros comentarios sin fundamento.

—¿Estás seguro? —insistió, con voz opaca.

Era evidente que lo estaba, pero prefirió eludir la respuesta.

—Esas cosas… Hasta que no se ven escritas... —dijo Monsito encogiéndose de hombros.

Enrique sintió cómo la herida comenzaba ahora a sangrar abundantemente y a doler de manera insufrible. Aquella novedad le infectaba el alma como una imparable gangrena, pero con un tan extenso amargor culpable por su deserción que no podía indignarse.

El reproche de Monsito Espinosa debía ser idéntico al que sin duda le hacían en los círculos sociales a los que pertenecía y ello le hacía sentirse humillado, aun antes de encontrarse con la asamblea pueblerina de sus iguales, donde, seguramente, debía ya ser mostrado como un perdedor. Sabía que no hallaría perdón en aquel senado implacable, que le presentaría como un ridículo eccehomo, despojado de sus bienes por una cortesana.

Acababa de embarrancar en la ribera de aquel ambiente natural suyo, encogido y cruel.

—¿Se conocen los albaceas?

—Se dice que son el alcalde, que ahora es don Augusto Pantoja, don Nicolás el párroco, y don Jerónimo Andrade.

El silencio se adueñó de la estancia. Espinosa aguardaba una reacción que no se produjo.

—Háblame del campo —dijo al cabo Enrique.

Monsito se sintió aliviado del desvío de la conversación. Como agricultor, en ello se encontraban también sus propios problemas.

—No sé lo que conoces de este asunto, pero se trata, por lo menos en esta zona, de un desastre mayor de lo que se comenta: una auténtica tragedia.

Su lamento, sincero, tenía tintes de verdadera desolación.

Enrique se sirvió y tomó un trago de limonada. No podía apartar de su mente la imagen de Martirio Galán; y no la veía en el Puerto Rico, sino en la propia mansión de los Medina.

Espinosa entonó durante un rato sus lamentaciones de agricultor vapuleado por el desastre de la filoxera.

—Yo, en buena parte, creo que estoy a salvo de esa catástrofe —afirmó Enrique.

—No creas —dijo Espinosa con gesto burlón—. ¿Sabes que poco después de tu marcha tu padre buscó el consuelo de tu ausencia en una ocupación constante y ordenó la saca de los olivos de muchas de tus fincas para plantar viñedos?

Perplejo, Enrique no respondió. Su ignorancia le hería tanto como le avergonzaba.

—Hoy esas fincas son un erial; pasto para las cabras. Tu padre jugó y perdió.

—¿He perdido mucho?

—Bastante, quizá tal vez demasiado —aseguró Monsito; luego añadió—: amigo mío, muchos han caído ya hace tiempo en la miseria y otros nos deslizamos inevitablemente hacia ella. Tú todavía tienes a qué agarrarte; has gozado y aún disfrutas, a pesar de todo, de mucha más suerte que la mayoría. Esta situación, lo he pensado muchas veces, se ha instalado en nuestra tierra como un castigo bíblico —insistía en el carácter compartido de la desgracia—. La plaga ha convertido nuestras cepas, la base de una riqueza tan antigua como la propia Morana, en leña para las chimeneas y los hornos. Los lagares se cubren de polvo desde hace cuatro años. Tú quizá tengas más suerte que el resto de los propietarios. Estoy seguro de que podrás sostenerte en este vendaval con el apoyo de otros bienes, pero la ruina de mi casa y de mi vida —plañió con desgarro—, que dependía exclusivamente de los viñedos, no tiene solución ni perspectivas de futuro por ahora. Al menos hasta que el viento de la fortuna mude, si es que cambia alguna vez. Mi madre y yo sobrevivimos gracias a las

escasas rentas de un par de destartaladas casas de vecinos, que a duras penas puedo mantener. Nos salvan los intereses de los préstamos que doy, sacados de los ahorros de la familia.

Esperaba un comentario de Enrique, que no se produjo, respecto a aquella mal vista actividad, que causaba tantas y tan lamentables víctimas.

—Para las viñas —prosiguió—, por desgracia, no parece haber solución, por lo menos por ahora. Dan ganas de llorar al contemplar los majuelos abandonados a los cardos y a los jaramagos. De los que todavía pueden soportar el lastre de este infortunio, los más optimistas confían en el éxito de los injertos sobre los pies de las vides americanas, pero hay muchos otros que, sin perspectivas, han desistido para siempre de cultivar la viña y se han empleado a plantar olivos. Eso sin contar a la gente menuda, aquellos a los que la filoxera ha arruinado completamente y que, desesperados, están vendiendo lo único que les queda: la tierra. En ocasiones, fincas que eran espléndidos viñedos de albariza hace unos pocos años, se pueden adquirir al precio de la tierra calma.

—Es la ocasión de comprar —dijo Enrique—, si se pudiera.

—O de colgarse de una viga —concluyó Monsito.

IX

Enrique se detuvo un momento en el domicilio de su abuela para asearse y vestir el obligado luto.

En el momento en el que supo que su nieto no tardaría en llegar, mamá Teresa hizo una pausa en la atención a las visitas para aguardarle impaciente, sentada tras la celosía de la ventana.

Cuando le vio acercarse a la puerta, abierta de par en par para él, la anciana, menuda y todavía ágil, salió a su encuentro al corredor para abrazarle. Rebosaba alegría.

—¡Hijo de mi vida!, ¡corazón mío! ¡Ya te tocó!, ¡ya llegó tu hora! ¡Bien sabe Dios que yo no quería que tu padre se marchara, pero tenía ganas de que llegara tu momento!

Le tocaba el rostro y repetía sus exclamaciones con insistencia, añadiendo a las expresiones de su cariño incondicional los mismos reproches que, sin duda, le había formulado incansablemente en sus largos desvelos:

—¡Ya llegó tu hora! —repetía—. ¡Mi marqués, por fin! Estás aquí, ¡gracias a Dios!, preparado para tomar lo que es tuyo y recuperar lo que te han arrebatado. ¡Que es demasiado, ay, Dios mío! Has vuelto para reparar los daños de tu casa, de donde no debiste marchar. ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué le dejaste cuando menos cabeza tenía?, ¿cuando no le quedaban fuerzas para defender lo suyo?, ¿cuando estaba a merced de una mujer llegada para nuestro mal, seguramente desde el infierno?

Semejante sucesión de preguntas le ratificó la información que acababa de proporcionarle Monsito, mientras balbuceaba rebuscando excusas para defenderse de aquella avalancha de recriminaciones que, no obstante, sabía perdonadas de antemano. Y se dejaba abrazar por la abuela, que le tocaba amorosamente los rizados cabellos y le tomaba las manos para ponerlas entre las suyas y besarlas repetidamente.

Le entregó los lutos. Mientras los vestía advirtió la enorme distancia que mediaba entre el momento en el que Rosalía le despertó para presentarle su primer traje negro, el día de la muerte de su madre, y éste, en el que se preparaba para entregar a la tierra el cuerpo de su padre.

En ningún caso notó herido el corazón. Añoraba un sufrimiento que el destino no había hecho posible, entonces a causa de la inconsciencia de la edad y ahora porque los años y las circunstancias lo habían endurecido demasiado.

La servidumbre le esperaba formada en el corredor bajo y Enrique la revistó, aceptando las mudas condolencias de aquella menguada tropa signada por el luto de la casa con anchos brazaletes de tela negra. La percibía expectante, aguardando descubrir de una ojeada en qué punto el nuevo marqués había situado sus exigencias de sometimiento.

Sentía que le analizaban y que los que le habían conocido percibirían en su aspecto, como él lo estaba advirtiendo en ellos, las marcas de casi una década de ausencia.

Se dirigió a la escalera rica para visitar la capilla ardiente donde se hallaba su padre y, durante un instante, se detuvo ante el reloj parado. Un momento pensó que su sueño, al menos en aquella parte que ahora revivía, había sido una premonición y se decidió a abrir la puerta e impulsar el péndulo inmóvil. Sin embargo, sintiéndose observado, reprimió su deseo y subió.

Aquella tarde, ante el umbral de una de las salas bajas de la casa desfiló la multitud de los que se sintieron obligados a expresar con una ligera inclinación de cabeza sus condolencias al nuevo marqués.

Solitario, de pie, desde el fondo de aquella sala, Enrique de Medina asumió hasta el hartazgo tanto pésame protocolario de gentes que en su mayor parte no conocía.

Después, en el camino hasta el camposanto, por la calle Larga, en el declive de la tarde, don Augusto el alcalde y don Jerónimo Andrade le acompañaron en la cabecera del duelo, caminando tras el carro mortuorio, solemne y oscuro, adornado con altos penachos de plumas negras, tirado por dos caballos enlutados con largas gualdrapas.

El pueblo, siempre amante de los espectáculos, acudió en gran número para ver pasar el entierro, con la satisfacción de comprobar, por encima de la música de capilla, de la proliferación de capas clericales y mangas negras, la veracidad del poder igualitario de la muerte; pero también y muy especialmente para reconocer al heredero, con la intención de evaluar de una ojeada sus valores y sus defectos, así como determinar el rumbo de sus comportamientos futuros.

Al largo cortejo, en cumplimiento de la voluntad del finado, se sumaron las niñas huérfanas de un colegio de la localidad, acompañadas por varias monjas. Les seguían las comunidades de frailes de los dos conventos de Morana, aleccionados no sólo por un sincero agradecimiento a las secretas prodigalidades del finado, sino por la limosna previstamente señalada en el testamento y por los estipendios de las abundantes misas que, con toda seguridad, estaban encargadas oficiar por el difunto en los diferentes altares de ánimas de la ciudad, en rogativa por el descanso eterno de su espíritu.

Cerraban el desfile, sumergidos en el rigor de horno de las capas pluviales, un grupo numeroso de párrocos y capellanes, a los que presidía don Nicolás Mínguez como arcipreste y cura propio de la parroquia mayor. A lo largo del recorrido, don Augusto, en una discreta media voz, como privilegiado conocedor del asunto, tanto por alcalde como por albacea, le confirmó definitivamente la voluntad de su padre a favor de Martirio Galán.

Ya de regreso a la mansión, y después de algunas cavilaciones, Enrique desembocó en la única solución que, de entrada, consideró factible para sacar a su hacienda del atolladero económico en el que se hallaba: un matrimonio provechoso.

Se creía obligado a paliar el estropicio causado por su padre sustituyendo los viejos olivares por los viñedos a los que había diezmado la plaga e inconscientemente pretendía repetir la maniobra efectuada con anterioridad por otros miembros de la familia en situaciones semejantes.

De hecho, todas las viejas sagas locales, distinguidas en distinto grado por la riqueza y la hidalguía, habían atravesado a lo largo de su historia por momentos de quebranto económico, que lograron soslayar gracias a meditados y ventajosos enlaces matrimoniales.

En un manuscrito titulado Promptuario de sucesos memorables de la Casa de Medina, cuya redacción inició un venerable tío abuelo que, pese a su apasionado fervor por las mujeres, aceptó sin propósito de enmienda la tonsura para disfrutar de unas capellanías vinculadas a la familia, se aludía en un estilo épico y casi providencialista a las mejoras que determinados casamientos habían aportado a las arcas, exhaustas en varias ocasiones, de la familia.

En realidad, fuera de una movilización bélica que no se llevó a cabo por haberse terminado la guerra, las hazañas que acrecentaron las glorias de la familia y multiplicaron el brillo de sus blasones,

parecían estar constreñidas casi exclusivamente a más o menos honrosas batallas de alcoba, todas por vía de varón. Por el contrario, las pérdidas más cuantiosas habían sido generadas merced a los desvaríos y despilfarros de algunos de sus miembros o por la necesidad de matrimoniar o recluir de por vida en los claustros a las hijas, en ambos casos acompañadas de una dote acorde con la dignidad familiar.

Entre las gestas de Gonzalo de Medina, el antepasado iniciador del árbol genealógico, se hallaba la conquista en el campo del tálamo de los bienes propios de una abuela ancestral y rica, doña Mencía de Algar, mayor que él, aunque no lo suficiente para que, antes de abandonar el mundo terrenal de resultas de un mal sobreparto, le dejase un hijo como heredero y una nutrida serie de bienes inmuebles y rústicos.

Aquel Gonzalo de Medina, buscavidas afortunado, había arribado a Andalucía en los comienzos del siglo XVII. Entre su escaso equipaje traía el dinero producido por la venta de sus propiedades y, dentro de un canuto de hoja de lata, una probanza de hidalguía y el diseño del blasón esculpido en la fachada de una casona en ruinas, en un poblacho casi desierto del norte de Castilla la Vieja.

Apenas puso los pies en Morana, ambos documentos le permitieron entablar relaciones provechosas y ocupar cargos de relevancia en la política municipal, que le permitieron incrementar su nueva y entonces escueta hacienda y, al mismo tiempo, librarse de todo tipo de contribuciones tributarias.

Otros Medinas fueron añadiendo páginas más o menos memorables al Prontuario. Al último de sus redactores, un tío abuelo de Enrique, correspondió la sucinta narración de la trayectoria vital del segundo de los marqueses, don Miguel de Medina, liberal acérrimo, que malbarató su hacienda en aras de sus ideales políticos luchando contra el rey felón, el séptimo Fernando, y que estuvo a punto de poner punto final a su azarosa vida y a la de la descendencia que el destino le tenía señalada, por obra de las cinco balas preparadas para él por un pelotón de fusilamiento del que escapó milagrosamente.

Al regresar del exilio, allá por el año 1834, demasiado enfermo para ocuparse en restaurar su menguado patrimonio, resolvió el problema por la vía ejecutiva de un casamiento con la hija única, aunque ciega y sorda a causa de una meningitis que sufrió en su adolescencia, de uno de los más poderosos hacendados de la localidad.

De su suegro, después de intensas negociaciones, logró percibir como dote el cortijo y la huerta de Los Naranjos, las gentes y las bestias vinculadas a la propiedad y un par de corrales de vecinos en Madrid, heredados de una abuela de su mujer, una madrileña con la que el abuelo había matrimoniado en los agitados años del fin del Siglo de las Luces y que se trajo como botín final de sus correrías en la Villa y Corte.

De este matrimonio, que falleció sin hijos, recibió don Alonso de Medina, segundón de la familia, el título y la hacienda que acababa de transmitir a su único heredero, Enrique, habido de su sacramentada coyunda con doña Mercedes, que transitó a la otra vida, también en edad temprana, allá por la mitad del siglo.

La tarde del entierro de su padre, Enrique vivió sus primeras horas junto a la abuela Teresa, que había decidido quedarse aquella noche en la casa para disfrutar de su nieto.

Después de la cena, una vez descorrido el toldo, y refrescado con un riego el pavimento enchinado del patio, los primeros vahídos de frescura se dejaron caer consoladores desde un cielo aclarado por una luna grande, en medio de la locura fragante de los jazmines.

Sentados en sendas mecedoras de rejilla paladearon el silencio vivo de la vieja mansión.

Fue la abuela la que sin saberlo acertó con sus palabras en la diana de los pensamientos de Enrique. Tenía guardada aquella recomendación desde hacía años.

—Debes casarte —dijo.

Él no respondió, aunque también estaba convencido de que ya debía hacerlo.

—Esta casa necesita una vida nueva. Y tú tienes la obligación de traerla.

—Seguro de que usted habrá pensado ya en una esposa para mí —repuso Enrique con cariñosa ironía.

—Naturalmente, pero eso es una cuestión que sólo a ti corresponde resolver.

Sonaba, tenue, el gotear del agua de la fuente, cayendo al pilón grande.

Como respuesta, Enrique ofreció a la abuela la nómina de aquellas mujeres que, según recordaba, podrían poner remedio de la ruina de la casa.

Mamá Teresa lo hizo también.

Según las fue nombrando, con una lucidez impensable en una mujer nacida el año del dos de mayo, añadió a cada una de las candidatas a gozar del título de marquesa, su particular etiqueta, en la que hizo constar sus objeciones de mujer, respaldadas con argumentos cargados de razón que convencieron a Enrique: muchas de ellas estaban casadas, otras habían tomado hábitos religiosos, algunas habían sido reclamadas a gozar de la otra vida, y varias eran ya demasiado viejas o estaban tan sobradas de achaques, que les era imposible garantizar la descendencia que el título exigía.

La relación quedó agotada por eliminación, sorprendiendo a Enrique ante el vacío de posibilidades ofrecidas por Morana para tomar estado.

—Tengo ya treinta y cuatro años —dijo—. He sobrepasado largamente la línea establecida por la naturaleza y la costumbre para casarme y ahora no encuentro con quien. Soy un mocito viejo, así decimos aquí, ¿no? Lo único que falta para dar que hablar es casarme con alguien mucho más joven que yo. Pero lo cierto es que no hay donde escoger y tampoco estoy dispuesto a servir platos en las comidillas del Círculo y la Sociedad.

El sonido del agua de la fuente ocupó el silencio que se estableció entre ambos. Enrique lo rompió con sorna, descargando tensión:

—No voy a tener más remedio, abuela, que regresar a Madrid y traerme de allí una mujer que sea capaz de pasar la criba fina de las ideas matrimoniales que usted tiene para mí.

—Puede ser una solución, pero aún te queda la comarca —arguyó ella.

La cara de la luna, que alumbraba con intensidad una de las fachadas del patio, comenzó a asomarse por el alero del tejado. Mamá Teresa prosiguió:

—Has perdido mucho tiempo. Ocho años son demasiados para una mujer en edad de casarse. Llega un momento en el que no sólo la familia, sino el cuerpo y el alma te piden hijos… Es la respuesta a la fuerza de la vida. Ten presente que contar con descendencia es el

único modo de eludir el olvido, ya que es imposible evitar la muerte.

Enrique no respondió. Se incorporó, se acercó al reloj de la escalera y, abriendo la puerta acristalada donde relucía el péndulo, lo impulsó poniéndolo en marcha.

X

Unos días después del entierro de don Alonso de Medina, el notario remitió al heredero, aunque a la atención nominal de los albaceas, en sobre cerrado y lacrado, el testamento. Señalaba en una nota adjunta que estaba dispuesto a concurrir en el momento que se le indicara para proceder a la apertura.

Enrique, después de comprobar que sus respectivas ocupaciones les permitían asistir, los convocó mediante un atento saluda, en su casa al día siguiente a las diez de la mañana.

Don Jerónimo Andrade llegó por equivocación casi una hora antes de lo previsto. Viudo como el marqués desde hacía muchos años, perteneció al círculo de sus amigos más inmediatos y estaba vinculado a él no solamente por intereses comunes y afinidades políticas, sino por repetidos lazos familiares de los que frecuentemente se jactaba.

Hablador hasta el derroche, sin el menor constreñimiento alardeaba de sus convicciones políticas y religiosas que, normalmente, no coincidían en el primero de los casos con su militancia conservadora. Aunque era un canovista convencido, no tenía reparos en discrepar abiertamente, en las reuniones de la camarilla, con algunas de las directrices del partido, especialmente con las relacionadas con la Iglesia.

Tenía a gala vestir a la antigua. Habitualmente llevaba calzón corto de paño oscuro, ceñido por debajo de las rodillas con presillas y botones esféricos de plata. Completaban la vestimenta de las piernas unas medias de color crudo. Asimismo, portaba una especie de blusón sin solapas, abotonado hasta el cuello. Sobre el corazón, prendía una medalla con el escudo de la monarquía, colgante de una cinta de seda con los colores nacionales. Se trataba de un galardón concedido por su colaboración entusiasta —mediante apoyos de índole económica— en la restauración borbónica a la que se adhirió, según decía, «después de seis años de inauditas tropelías cometidas por gentes de medio pelo», a partir del manifiesto que, en diciembre de 1874, el hijo de la destronada Isabel II, remitió a la nación desde la academia militar de Sandhurst.

Mientras aguardaban al párroco y al alcalde, la conversación con Enrique, casi un monólogo de don Jerónimo, fue y vino repetidamente desde la agricultura y sus graves problemas, hasta la política mayor y menor. Como propietario de tierras de olivar, cultivo que constituía

entonces un valor en constante alza, don Jerónimo se ufanaba de vivir prácticamente al margen de la crisis a la que la plaga de la filoxera había llevado a la población.

La conversación deambuló también por los aconteceres cotidianos de Morana y recaló finalmente en los detalles familiares, pasando como de refilón sobre la existencia de Constanza.

—¿Constanza? —le interrumpió Enrique—. Me comentó mi abuela que se había metido a monja.

—Todavía no. Es una idea que tiene metida en la cabeza desde hace tiempo. Ya ves la contradicción: yo, que soy un anticlerical convencido, tengo una hija que mantiene su habitación decorada como una iglesia. Creo —dijo con cierto aire de artificial confidencialidad— que si no ha entrado en el convento es porque ya me ve demasiado viejo y teme dejarme solo. Le preocupa mi soledad. Ya has visto por dónde tiró tu padre y lo que te ha perjudicado —incidió—, pero tengo pocas dudas de que tomará los hábitos en cuanto este viejo falte.

En aquel momento se presentaron el notario y don Nicolás Mínguez el párroco que, dada la importancia de la cita, había dejado colgado en la sonora oquedad oscura de la parroquia el ite missa est varios minutos antes de lo habitual.

El clérigo arrastraba detrás de la sotana un confuso olor a cerrado, a tabaco rancio, a polvo de legajos y a incienso. Después de los saludos, junto al notario, se sumó con entusiasmo al desayuno que se hallaba preparado en una mesita.

Don Augusto, el alcalde, se retrasó todavía un rato más. El «político astuto», como don Jerónimo le llamaba, mantenía la misma posición ideológica que el difunto marqués y, al decir de sus muchos enemigos, ésta le había sido adjudicada, como las creencias, por la más estricta casualidad. Militaba en las filas conservadoras como podía haberlo hecho en las liberales, pues en Morana, las dos fuerzas aglutinaban gentes de idéntica posición social.

Político nato, su vocación, por encima de todo, era el poder, ya viniera del pueblo o del sursum corda. Los más honestos de entre sus propios correligionarios le recriminaban su falta de escrúpulos y para confirmarlo habían llegado a demostrar, apelando a hechos irrefutables, que era tan capaz de defender una idea como, llegado el caso, abogar de manera implacable por la contraria.

En los momentos en los que ocupó el poder municipal, la prensa adversaria le acusó insistentemente, sin haber podido llegar a demostrarlo, de corrupción. Nada por otra parte extraño, porque, llegado el caso de permanecer los conservadores varados en el incómodo arenal de la oposición, igual denuncia realizaban en su prensa adicta de los políticos contrarios. Las acusaciones de amaños y fraudes en los procesos electorales solían ser recíprocas y, aun siendo ciertas, apenas si sacudían alguna conciencia. Se había llegado a aceptar que casi todo era lícito para procurar mantener a los votantes en la seguridad de los respectivos rediles, sujetos por compromisos de todo tipo, cuando no por el miedo.

Uno de los cronistas del periódico Libertad democrática, órgano oficioso del partido liberal de Morana, que acaudillaba por añeja tradición familiar otro de los nobles de la localidad, más que oculto, apoyado en el seudónimo de Rousseau, le había colocado a don Augusto en letras de molde el alias con el que era conocido: El Enterrador de la Justicia, calificativo en el que colaboraba eficazmente su aspecto taciturno. Lo que más molestó a don Augusto fue que el uso cotidiano del mote lo hubiera reducido al escueto apelativo de El Enterrador.

Cuando entró en la sala, amagó una disculpa por el retraso y, después de tomar un café solo sin azúcar, añadió su aquiescencia a la de los demás, para proceder a la apertura del testamento, dictado, según se vio, tres años y medio atrás.

En el documento, tras una solemnísima protestación de fe católica, don Alonso de Medina encarecía a los albaceas a que cumplieran fielmente con sus disposiciones, en especial aquellas relacionadas —según expresaba— con la tranquilidad de su conciencia y con la salvación de su alma, rogándoles que abonaran los actos religiosos que en este sentido ordenaba celebrar.

Declaraba heredero universal a Enrique, salvo, como ya se conocía, el disfrute de por vida por parte de Martirio Galán, del cortijo de La Dehesa.

En cuanto a la huerta de Los Naranjos —la cláusula testamentaria resultó ser una verdadera sorpresa para todos— manifestaba tenerla cedida in pectore desde hacía más de treinta años, en propiedad libre y absoluta a favor de Francisco Cerezo y de su mujer Rosalía Lopera.

La revelación del contenido de esta disposición provocó en los presentes, después de las interrogaciones acerca de la identidad de los

beneficiarios, que Enrique trató de esclarecer sin conseguirlo, una riada de exclamaciones de asombro y de indignación.

En un santiamén, la asamblea se puso de acuerdo en la valoración de aquella propiedad desvinculada de los bienes de Enrique y de si llegaba a menoscabar la legítima parte que le correspondía. Acto seguido, aunque esta vez sin la unanimidad precedente, los albaceas se lanzaron a navegar por el mar de las conjeturas, aventurando las más diversas explicaciones para aquellos términos misteriosos con los que don Alonso había justificado su determinación: «En pago de una deuda secreta que tengo contraída con ellos».

Dispuesto a descubrir la naturaleza de aquel débito que merecía en pago la entrega de una valiosa finca, Enrique salió del despacho para buscar a los beneficiados, dejando a los albaceas en una animada confrontación de hipótesis.

No tardó en regresar. A los gestos inquisitivos de los presentes respondió encogiéndose de hombros, en demostración de una sorprendida ignorancia:

—Han desaparecido de la casa. Se han ido esta madrugada llevándose todo lo que tenían.

Entre las invocaciones a la divinidad por parte del clérigo, que procedía a encender otro cigarrillo, el alcalde y don Jerónimo intercalaron exclamaciones de carácter profano, incluso vulgar, pero igualmente expresivas.

Por fin, don Augusto Pantoja, con estudiada severidad, atusándose los extremos del bigote, puso orden en el despacho, alegando prisas por atender obligaciones ineludibles que todos afirmaron comprender.

El notario prosiguió la lectura del testamento y, concluida ésta, se despidió cortésmente y se marchó.

Inmediatamente, para informar a los albaceas acerca de las cuentas y la gestión económica de la casa, mediante el toque de una campanilla, Enrique llamó al administrador que, según afirmó —consultó previamente su reloj de bolsillo—, llevaba ya hora y media aguardando en una habitación inmediata.

Sonaron unos discretos golpes en la puerta y, después de solicitar permiso, el empleado entró portando un aparatoso rimero de libros, cuadernos de pautados folios cosidos con hilo rojo y carpetas.

Enrique le señaló una silla ante la mesa. Después de sentarse y remover hábilmente algunos papeles el administrador dijo:

—Señores: las cuentas están claras. En este informe, cuya copia me permito entregarles, he procurado resumir con la mayor claridad los ingresos y los gastos de los que he tenido constancia en los últimos cinco años. Deberán ustedes reconocer que ha sido un lustro especialmente lamentable en lo económico —añadió—. Yo diría que catastrófico.

—Ahórrate los detalles y, especialmente, los calificativos —dijo Enrique—. Lo que aquí interesa ahora es, sobre todo, el resultado.

El administrador acató la orden con un leve asentimiento y prosiguió su explicación, tratando de imprimirle cierto matiz didáctico:

—Como ustedes verán, los resultados son bastante negativos. La plaga acabó con la principal fuente de ingresos de la casa; tanto los viejos como los nuevos viñedos desaparecieron en un par de años, y los olivos que, a toda prisa, se han ido plantando en su lugar tardarán todavía unos años en producir beneficios. Don Alonso confió en que aquí no alcanzaría el azote de la filoxera y se equivocó.

—¿Hay dinero disponible? —preguntó el párroco, que buscaba infructuosamente el dato en el papel.

—El metálico efectivo con el que cuenta la casa está especificado en el penúltimo párrafo. La cifra corresponde sólo a las últimas rentas cobradas, aunque hay algunas que se especifican todavía pendientes. Como verán ustedes, el total es claramente insuficiente para atender los proyectos de los nuevos plantíos y reponer algunos viñedos, en el caso de que den resultado los injertos que se ensayan sobre pies de vides americanas.

—¿Nada más?

—Hay que restar los gastos que conllevan el entierro y el cumplimiento de las mandas piadosas que dictó don Alonso, así como las obvenciones de las misas funerales.

—Demasiadas misas y demasiadas obvenciones son ésas —objetó bruscamente don Jerónimo, analizando la cifra reflejada en el papel—. Un gasto inútil, siendo, como dicen que es, infinita la misericordia de Dios.

El párroco aparentó no haber oído la opinión que don Jerónimo. Conocía perfectamente sus aparatosas tendencias anticlericales. Por su parte, Enrique manifestó con un leve asentimiento y una sonrisa cómplice su adhesión a la opinión de don Jerónimo, aceptada igualmente y del mismo modo por el administrador.

—¿Deudas?

—Que yo sepa —dijo—, las del gasto diario y corriente. Nada más.

—Está claro, señores —concluyó el alcalde—, que los débitos generados por el sepelio y los funerales, así como aquellos derivados de las intenciones caritativas de don Alonso requieren ser abonados sin dilación, en el momento de su cumplimiento. Una persona de su posición no puede aparecer como morosa, y mucho menos en semejantes minucias. La dignidad va más allá del paso a la otra vida. Tomaremos su importe del fondo disponible. En cuanto al usufructo del cortijo de La Dehesa, será necesario efectuar un completo inventario, antes de proceder a su entrega a esa tal Martirio Galán. Llegará el momento, esperemos que sea pronto, en el que todo revertirá a su legítimo propietario y es justo que esté completo y en el mismo estado en el que se halla a su entrega.

—O mejorado, si es posible —puntualizó el párroco.

—Es de todo punto lamentable —prosiguió el alcalde sin prestar demasiada atención a las palabras del cura— que un hombre cabal, como don Alonso, que en gloria esté, perdiera la cabeza, hasta el punto de privar a su único hijo de unos bienes cuyo valor roza el completo de la legítima.

Sin proponérselo le brotaba, innata, fluida y caudalosa la vena del político de oficio, obligado por la propia necesidad de su supervivencia a convencer.

—Y lo que es peor —concluyó el cura— para entregarlos a una mujer y a unos sirvientes, a los que ni por derecho ni por justicia debieran pertenecer.

XI

Habían transcurrido dos días desde que, con el mayor sigilo, Frasquito y Rosalía, amparados por el silencio y la oscuridad de la madrugada, abandonaron la casa del marqués con sus escasas pertenencias envueltas en un hatillo. Habían resuelto no regresar jamás. Era una fuga premeditada, que ponía punto final a un ejercicio de resignada paciencia que había durado casi treinta años.

El mismo día, antes de la hora del almuerzo, Frasquito se pasó por el Café Puerto Rico. En aquellos momentos ya lo habían ocupado algunos clientes, ociosos consuetudinarios, que charlaban animadamente sobre temas insustanciales.

Se acercó a uno de los extremos del mostrador y preguntó a un mozo por Martirio Galán:

—Traigo un recado importante para ella. Dígale que soy Frasquito, el guardés de la casa de don Alonso de Medina.

El camarero traspasó el cortinón que ocultaba la escalera y al momento regresó.

—Sube conmigo. Te espera en su despacho.

El despacho de Martirio Galán era en realidad la antesala de su alcoba; el lugar de su último encuentro con el marqués. Allí, además de unos sillones y una mecedora de rejilla, tenía un mueble que le servía de escritorio y de archivo. Bajo su cerradura, guardaba algunos papeles entre los que se hallaba el preceptivo registro del estado sanitario de sus pupilas, al que obligaban las normas municipales sobre casas de lenocinio. Igualmente, en una cartera de cuero con algunos periódicos y otros papeles personales, guardaba, cargado, un revólver Lefaucheux de siete milímetros y caño octogonal, con las cachas de nácar.

Martirio vestía una bata clara, que realzaba la morenez de su piel.

—Pase usted —dijo con una leve sonrisa.

Frasquito entró y ella cerró la puerta, invitándole a sentarse. Luego, le ofreció una copa de vino que él rechazó.

—No crea que porque no vista luto no he sentido la muerte de don Alonso. Quizá no exista ninguna persona sobre la faz de la tierra a

la que le haya dolido su ausencia más que a mí.

Por su voz aterciopelada de cubana oriental, las eses se deslizaban suaves, como mojadas. Se sentó.

—Don Alonso también la quería a usted —repuso el guardés. Le he visto sufrir por usted… Pero también disfrutar.

Martirio le escuchaba con atención complacida. El guardés prosiguió:

–Hace tiempo que me encomendó que, si ocurriera algo que le impidiese hacerlo personalmente, le entregara esta carta. En su interior hay una llave.

Sacó del bolsillo de su blusa y le ofreció un sobre membretado, con una gota sellada de lacre rojo.

Ella lo recibió con una emoción que le apretaba la garganta como un suave nudo y leyó lo que había escrito en el sobre. Se trataba de una de sus enigmáticas notas. En aquel caso la que, conscientemente, había escogido para ser la postrera. La leyó en voz alta: «El amor supera la propia voluntad de amar y es capaz de reunir a sus elegidos salvando todas las contrariedades».

—Es la verdad —reconoció Martirio—. Nada puede oponerse al amor. Ni el tiempo ni la distancia. Ni siquiera la muerte puede apagar el verdadero amor. Podrá impedirse que dos amantes se vean, que estén cerca uno del otro, pero nada ni nadie conseguirá que se sigan amando.

Frasquito no respondió. Envuelta cuidadosamente en un papel de seda, le ofreció la sortija que, como muestra de entrega y compromiso, don Alonso llevaba, dispuesto a entregársela, el día de su último encuentro.

—Tenga. Estaba en el bolsillo de la chaqueta del marqués aquella tarde. La traía para usted.

Martirio deshizo el envoltorio y admiró la alhaja.

—¿Está seguro de lo que dice? —preguntó.

—Completamente. Lea lo que hay escrito en el interior del aro.

Martirio leyó la inscripción en menuda letra cursiva: «En prueba

de mi amor. Alonso. 11-VIII-1884».

Más tarde supo que aquella fecha era la del cumpleaños del marqués. Elegida para iniciar junto a ella, lejos de Morana, una vida nueva.

Ajustó la sortija en su anular. El símbolo que constituía aguzaba el dolor por el amor perdido y, durante un momento, lloró en silencio.

Frasquito, atrapado por un extraño pudor, eludía mirarla. Al cabo, Martirio se disculpó con un esbozo de sonrisa.

—Perdone usted —dijo—. El amor casi siempre acaba en luto y en lágrimas. Lo sé por experiencia.

—Yo la entiendo.

El guardés se levantó. Antes de marcharse, como una forma de consuelo mudo y sincero, le tendió su mano abierta.

—Quede usted con Dios, señora.

Cuando quedó sola rompió el sello de lacre rojo que protegía el sobre. Contenía, como dijo el guardés, una llave pequeña y dorada junto a una carta que, según la fecha, don Alonso había redactado dos años antes, en un momento en el que su salud se había resentido notablemente:

Querida mía:

Esta carta llegará a tu lado en el caso de que yo no pueda hacerlo. Será la señal de que una fuerza necesariamente superior a mi voluntad me aparta y me retiene lejos de ti.

Me decido a escribirla al comprobar que la madeja con la que la vida aglutina a las gentes de parecida edad a la mía se está deshaciendo cada vez más rápidamente. Por la calle apenas si conozco a nadie, pero el cementerio está repleto de gente a la que he tratado. Compruebo que con esta vida que siento escapar tan rápidamente se esfuman mis ilusiones de marchar contigo para conocer París, para que puedas no sólo tocar, sino jugar con la nieve, pero también, y sobre todo, para convertirte en mi esposa y regresar juntos, para morir allí, a la hermosa tierra que gracias a ti he visto tantas veces en mis sueños.

Nuestro encuentro, que siempre bendeciré, ha tenido lugar por

desgracia demasiado tarde para mí. Es triste comprobar que cuando han dejado de encadenarme las circunstancias y se me han abierto de par en par las puertas de la libertad, el peso de los años y el lastre de la debilidad me retienen y esclavizan. No obstante, debo agradecerte el amor con el que has llenado los últimos días de un pobre corazón enfermo de soledad. Gracias a ti he podido saborear de nuevo la felicidad.

El notario te confirmará mi voluntad de que disfrutes mientras vivas del cortijo de La Dehesa.

Nada desearía más que abandonases para siempre el Puerto Rico.

Te he querido con toda mi alma. Aprovecha la vida y, de vez en cuando, piensa en mí.

Tuyo siempre: Alonso.

Al día siguiente por la mañana, Rosalía y Frasquito acudieron a la notaría con la intención, premeditada hacía tiempo, de dejar constancia de sus últimas voluntades. Debieron aguardar un buen rato en la antesala, hasta que fueron recibidos.

—Queremos hacer testamento —dijo ella en cuanto el notario les invitó a sentarse, anticipándose a cualquier pregunta.

Hacía muchos años que Rosalía esperaba aquel momento y estaba impaciente por saldar una deuda antigua, resuelta a vaciar del todo el pus de una llaga enquistada y dolorosa que la consumía como una mala calentura, infectada por los remordimientos.

—Tenga —dijo colocando sobre la mesa el sobre lacrado, conservado durante años en el cuarto del marqués.

El notario lo abrió y repasó detenidamente el codicilo. Llevaba incluso una hoja escrita que leyó en voz alta:

—En justo agradecimiento por lo bien y fielmente que me han servido a mí y a mi casa durante muchos años, y en pago de una deuda secreta que tengo contraída con ellos, segrego de mis bienes el cortijo llamado de Los Naranjos, con dos fanegas y media de huerta y frutales y ocho aranzadas de olivar nuevo, y lo lego a Francisco Cerezo y a su mujer Rosalía Lopera, a fin de que lo disfruten como dueños y poseedores, ellos y sus descendientes.

Guardó de nuevo los papeles en el sobre, los miró por encima de

las gafas y preguntó:

—¿Tienen ustedes hijos?

—No —repuso Frasquito—. Sólo algunos parientes; primos segundos… Nosotros queremos dejar esa finca a una niña…

Miró a Rosalía y rectificó:

—Bueno…, a una mujer.

—A Soledad Lozano Ríos —apostilló ella—. Es…, podría decir que casi una hija. Pero… tome usted nota, no sólo la finca, también queremos que sea suya una casa de nuestra propiedad y todos los dineros que tenemos. Todo.

—No hay ningún problema —dijo el notario—, si ésa es su voluntad, aunque es necesario redactar un testamento y que ustedes lo firmen. Tardará unos días. Quizá una semana.

—Cuanto antes mejor —repuso Rosalía.

Soledad había nacido treinta años antes, una noche de enero, cuando la helada más negra del invierno se presentó en el ocaso como una sombra dañina, extendiendo silenciosamente un tapiz de escarcha sobre la tierra. En el cielo sin luna, las estrellas mostraban una luz cuajada de frío.

Rosalía la había llevado en su seno con el orgullo de sentirse fértil, pero, como se había repetido muchas veces, estaba resuelta a no querer a aquel ser que sentía movérsele en las entrañas.

Cuando llegó la hora, antes de que las primeras señales del parto le recorrieran con sus relámpagos de dolor la cintura, Frasquito la acercó a la ciudad para alojarla en la casa de su madre, con la intención de que el momento le llegase al amparo de la proximidad de unas manos hábiles, en el cobijo del calor de otras mujeres con las que compartir la angustia y el desgarro del trance.

Rompió aguas a las seis de la tarde y al instante la criatura comenzó a abrirse paso rumbo a un mundo nuevo, a golpes de hirientes zarpazos de dolor.

A la espera del momento, Frasquito aguardó en la sala baja, sentado al calor del brasero, junto a la abuela inválida, hierática como una estatua antigua. Cada vez que por las estrechas escaleras se

precipitaba desde la planta superior, el grito estremecido de Rosalía, los ojos de la abuela se iluminaban como si en la hondura de sus recuerdos hallara y reviviera momentos semejantes.

El tiempo transcurrió lentamente, retenido hasta la desesperación por los dolores de la primeriza. Fueron horas repletas de idas y venidas de las mujeres, afanadas en preparar ollas de agua caliente, de aprontar toallas y telas limpias.

Conforme avanzaba la noche, las quejas de la parturienta bajaban por el aire oscuro de la escalera cada vez más debilitadas por el agotamiento, por la final entrega sin condiciones a la tortura del parto. Cuando de pronto los lamentos cesaron, en la mirada oscura de la abuela se avivó un rescoldo de inquietud, que parecía inquirir las razones del silencio.

Y se quedó así, un momento, anhelante, con la barbilla adelantada y los ojos muy abiertos, hasta que, lanzado desde las orillas imprecisas entre la muerte y la vida, el grito dolorido de la parturienta proclamó la entrada de la criatura en el mundo helado de aquella madrugada.

Para que la conociese, la instaron repetidamente a que regresara desde la sima de un cansancio infinito.

—Es una niña —oyó que le decían.

—Dádmela —pidió al fin—. Dejadme verla.

Y la sostuvo un momento en sus brazos. A pesar de sus propósitos de rechazarla, sintió que su corazón estaba atado a aquel ser, y le dolía, aún más que el parto, saber que estaba a punto de arrojarlo de su vida, que no lo vería nunca más.

Rehusó besarla. No sentía limpios sus labios de madre, pero antes de separarse de ella pidió que le colgaran al cuello la cruz de oro que le había regalado el marqués.

Fue la comadrona la que se ocupó de hacerla desaparecer de su lado y ella se quedó huera no ya de la vida que acababa de alumbrar, sino de esperanza.

La pérdida de su hija —«la niña» la llamó en adelante— se instaló en la vida de Rosalía; la perseguía torturadora y obsesivamente, y hasta el último instante de su existencia continuó haciéndole daño, lacerando cruelmente su corazón con el amargo sentimiento de la

culpabilidad.

A la fugaz visión de la niña había quedado indisolublemente adherida la imagen de unos ojos apenas entrevistos, que una triste melancolía identificó como garzos, iguales —quizá algo más oscuros— que los del marqués.

Su mayor pesadumbre era imaginarla preguntándose por su madre —algo que jamás ocurrió—. Entonces Rosalía se echaba a morir.

Los remordimientos la acosaron de tal modo, que lloró sin cesar durante tres días y tres noches. Incluso en los breves duermevelas a los que la llevaba el cansancio, gemía desgarradoramente.

Por eso aceptó como una merecida penitencia la tensión dolorida de sus senos reclamando la entrega a una boca anhelante; rebosando una leche que sentía agriársele en su interior. Y cuando pensaba en los ausentes labios a los que estaba destinada, tornaba a llorar inconsolable.

Varios días después de lo anunciado por el notario, tras dos intentos infructuosos de firmar y recoger una copia del testamento, Frasquito y Rosalía consiguieron plantar al final del mismo, como firma y aprobación del texto que les fue leído, él su firma titubeante bajo una cruz, y ella, la huella entintada de su dedo índice.

—Ya pueden ustedes estar tranquilos —dijo—. En el momento en el que, como es natural, falten los dos, Dios quiera que sea dentro de muchos años, Soledad recibirá los bienes que ustedes poseen.

Rosalía sintió en aquel momento como si le aflojaran unas ataduras que le habían mortificado durante décadas.

Aquella noche, cuando se acostaron, sin poder dormir, cada cual anduvo largamente a solas con sus pensamientos, hasta que, poco antes de que clareara el alba, como si regresara de una penosa búsqueda, Frasquito proclamó en voz alta su verdad, una verdad que había encontrado tiempo atrás y que celosamente guardó hasta entonces. Aunque por distintos motivos, Rosalía se unió también a aquella certeza aceptándola plenamente:

—Ya lo único que nos falta es morirnos —exclamó.

—Eso es —repuso ella.

Como cuando escaparon de la casa del marqués, aún de noche, se levantaron.

Rosalía se despojó de las pocas alhajas que portaba y las colocó en la mesa de la cocina: los zarcillos de oro, finos, con su roseta pendiente, la cadena y la medalla de la Virgen patrona y la alianza, que deslizó trabajosamente fuera del anular.

—Esto también para la niña —dijo apiñando las escuetas preseas.

Frasquito añadió a aquellos dones, su cartera, una navaja ahocinada y el reloj de bolsillo. Luego, como siempre, después de comprobar que todo quedaba en orden, cerraron la puerta de su casa, en uno de los barrios extremos de la ciudad y, sin apresurarse, se dirigieron hacia la calle Larga para salir al campo.

La madrugada estaba todavía oscura y sólo cuando cruzaron el puente sobre el arroyo, a la salida de Morana, comenzó a despuntar la claridad del nuevo día sobre el recortado horizonte amoratado de las sierras. Como el anuncio del despertar, la brisa hacía rumorear la espesura de los cañaverales. Pasaron luego junto al cementerio y alcanzaron la vía férrea.

—Éste es el camino —dijo Frasquito.

Comenzaron a andar despacio, con cuidado de viejos, a la orilla de la vía, entre vallados densamente cubiertos de hierbas resecas por el ardor del estío. Avanzaban, por primera vez en muchos años, cogidos de la mano.

También por primera vez retomaron una conversación interrumpida tiempo atrás. Hablaron de la niña. Rosalía se preguntó:

—¿Qué pensará de nosotros?

—No lo sé. Quizá que hemos estado locos.

—Otros nos han hecho perder la cabeza —repuso Rosalía sin rencor en sus palabras—. Ojalá ella lo supiera. Podríamos haberle dejado una carta.

Frasquito tardó en responder.

—Ya no puede ser.

Al cabo, como si lanzara al aire su pensamiento, Rosalía exclamó:

—Todo para ella. No sé si tendrá bastante.

A lo lejos se oyó el largo silbido del tren correo.

Él trató de distraerla.

—Mira, cuando lleguemos a la altura de aquel almendro, en la curva, veremos el sol asomado ya por encima del monte. Ya lo tengo comprobado.

Frasquito tenía la costumbre de saludar cada día al sol naciente y lo hacía santiguándose, en un gesto de sencillo agradecimiento. Aquel día no lo hizo.

—Es la hora —dijo.

Y se tendió sobre los raíles. Ella hizo lo mismo. Se tomaron nuevamente de la mano.

En el lecho de piedras sobre el que se asentaban las vías podían percibir con creciente intensidad la vibración provocada por el convoy que se acercaba jadeando por el esfuerzo de subir la pendiente.

—¿Llegará a quererme algún día? —se interrogó a sí misma en voz alta.

La pregunta, que no aguardaba respuesta, resumía todo el caudal de angustia culpable que había acumulado a lo largo de más de treinta años, en los que deseó y rechazó con igual fuerza un encuentro con su hija.

—¡Cómo acertó aquel que le puso por nombre Soledad! ¡Pobre hija mía!

Rosalía apretó la mano de Frasquito y miró en la curva, aureolada la espesura verde de un almendro por la lumbre del naciente sol.

El tren silbó de nuevo muy cerca. El bufido de sus calderas se sentía ya inmediato, jadeante, arrollador, como una fiera que se acercaba irrefrenable.

XII

Después del parto, a Rosalía le resultó imposible levantarse de la cama durante varios días. Le faltaban las fuerzas del alma, más que las del cuerpo. Como una laguna que el calor deseca de la noche a la mañana, sus hermosos ojos perdieron por completo el brillo, la vivacidad que los había encendido hasta entonces, y en las hebras doradas de su cabello, a las que la luz proporcionaba a veces hermosos reflejos cobrizos, se habían intercalado, numerosos, los hilos de las canas.

Durante los meses siguientes, de nuevo en el cortijo de Los Naranjos, Rosalía cargó con el sinvivir de una tristeza creciente.

Arrastraba un pesar tan grande, que notó sin poderlo evitar cómo día tras día la iba aplastando, hasta casi aniquilarla bajo su masa oscura.

Una tarde gris, en la que los huesos de los viejos anunciaron con un clamor doliente la llegada definitiva del buen tiempo, Rosalía fue arrastrada por un torbellino negro y se hundió sin remedio en el pozo vacío de la tristeza. Subió a su cuarto y se metió en la cama para huir del mundo y de sí misma. Permaneció acostada cuarenta días, sin querer hablar ni ver a nadie. A las preguntas de su marido y de su hermana, como única respuesta, acudieron siempre a sus ojos, dos regueros desatados de silenciosas lágrimas.

Para cuidarla y atender a Frasquito, pero también por el temor a que se quitase la vida arrojándose al pozo como había anunciado, su hermana se vino al cortijo a vivir una temporada.

Pasado casi un mes y medio, poco a poco, con el sentimiento de haber vivido un tiempo estéril, Rosalía fue levantando cabeza.

Su recuperación coincidió con el momento en el que su hermana, que ya tenía recogidas todas sus pertenencias, justificando su intención de marcharse aquella misma mañana, dijo a Frasquito:

—No puedo quedarme más tiempo. Yo también tengo marido, hijos y casa que cuidar. No creo que sea capaz de quitarse la vida. En cierto modo ya está muerta… ¡Ojalá reviva! —concluyó con un suspiro.

Al día siguiente, Rosalía revivió y abandonó la cama. Había envejecido tanto, que cuando se miró al espejo no se reconoció.

—No soy yo —exclamó para defenderse del horror que su propia imagen le inspiraba.

Y huyó de su figura reflejada, asegurándose a sí misma:

—Ésa que te ha mirado es la loca que consintió perder a su hija. Lo único verdaderamente suyo que poseía. ¡Mala madre y mala mujer!

Lo decía con una crueldad insólita, autodestructiva; con una malignidad que, no obstante, aceptaba como un martirio.

Como si súbitamente hubiera perdido la razón, a partir de entonces se sustrajo al pasado reciente, como si en el mismo su propia persona fuese una extraña que campaba por su vida haciéndole daño. Dialogaba interiormente consigo misma refiriéndose a la otra. Y se compadecía de su desgracia con una lástima distante, objetiva y fría, como si no fuese suya.

Aunque Frasquito puso en ello todo su empeño, no logró comprender la tristeza infinita, el alejamiento de la realidad vividos por Rosalía durante los cuarenta días que había permanecido postrada. Sin embargo, justificó la posterior enajenación de su mujer, que se desdoblaba en dos seres abiertamente enemistados, entendiéndola consustancial a su condición de hembra que ha perdido la cría.

—Es natural —se decía—. Es la única manera que tiene de defenderse del vacío que le ha quedado en el cuerpo y en el alma.

Al fin Rosalía recuperó por completo el raciocinio y, con ello, el sentido exacto de la realidad. Aquel día, muy temprano, salió a la puerta trasera del cortijo, la que daba a la huerta, al rectángulo empedrado, sombreado por las frondas nuevas del emparrado. Allí se encontró cara a cara con don Alonso.

Fue tal la impresión que le causó verle, que sintió como el paisaje inmediato se aclaraba de pronto, cual si una niebla se levantase para mostrarlo en toda su pureza, o como si le hubiesen retirado de pronto un velo de delante de los ojos.

Sintió como si el corazón quisiera escapársele del pecho, con unos golpes que le resonaban en la garganta, en la nuca, incluso en las yemas de los dedos.

Él también se sorprendió al verla. Y compadeció sinceramente su aspecto avejentado y el aniquilamiento físico y anímico que emanaba

su figura. Asimismo, percibió la inquietud y la angustia que le provocaba su presencia.

—No te asustes —le rogó—. ¡Por favor! Siéntate. Sólo un momento. Tengo que hablar contigo. Tu marido sabe que estoy aquí. Él mismo me pidió que viniera.

Ella dudó si intentar escapar y refugiarse en la casa, pero no encontró fuerzas para moverse.

—Siéntate, por favor —insistió el marqués.

Obedeció. Tomó asiento en la bancada que separaba la zona en sombra del emparrado, de la tierra del huerto. Al fondo se alzaba la densa y palpitante muralla verde de la alameda, ceñida al cauce del arroyo, rumorosa con la más suave brisa. Y se quedó, muda, con la mirada baja, en una tensa espera.

—Sé que has estado muy enferma. He esperado a que te recuperases para venir.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó Rosalía con una voz rugosa y amarga.

—He venido para verte, y para recordarte algo que parece que has olvidado: la niña también es mía.

La expresión de aquel reconocimiento la turbó. Sus manos temblaban manifestando la agitación de su espíritu. Nunca hubiera imaginado que el marqués compartiese con ella cualquier responsabilidad. Consideró sus palabras como la expresión de un compromiso adquirido por azar, reforzado por su sentido de la propiedad o por el innato orgullo de su casta, pero desprovisto por completo de sentimientos. No obstante, quiso saber si era capaz de compartir su pesadumbre y sólo pudo expresarlo mediante un reproche.

—Entonces, ¿por qué ha consentido usted perderla?

—No la he perdido —replicó, negando con la cabeza.

Rosalía lo miró asombrada. En su mente comenzaron a bullir las preguntas, pero no pudo formular ninguna.

—No he hecho otra cosa que cumplir tus deseos —prosiguió el marqués en un tono suave que pretendía ser persuasivo—. Comprendo

que no quisieras mantener a la niña a tu lado. En un matrimonio es posible admitir una infidelidad, pero resulta insoportable mantener ante del agraviado la prueba de la misma. Se puede aparentar el olvido de una traición, pero jamás perdonarla.

—Nunca me perdonaré haberla abandonado. Dije que no la quería, es verdad, pero perder para siempre la esperanza de tenerla, no saber de ella, es una amargura que no me deja vivir, que me muerde el corazón como un perro.

Su desolación emocionó a don Alonso.

—Debes estar tranquila —repuso—. Está en buenas manos.

Rosalía cerró los ojos asimilando aquellas palabras y el marqués pudo percibir el alivio que le proporcionaba su revelación.

—La niña, Soledad es su nombre, necesitaba unos padres algo más que meramente carnales. Una familia que, si somos sinceros, ni tú ni yo hubiéramos sido capaces de proporcionarle. Como tú, sufriría mucho en esta casa en cuanto tuviera uso de razón. En ella, tarde o temprano, se vería convertida en el motivo permanente para el reproche de Frasquito, si es que Frasquito hubiera seguido a tu lado hasta ese momento. De la misma manera, padecería en la mía. En Morana hubiera estado señalada con un estigma del que es inocente. Y eso no estoy dispuesto a consentirlo.

—Soledad… ¡Qué nombre tan triste…!, ¡pero, qué bien le cuadra a una niña sin madre! ¿Con quién está y dónde?

—Ahora mismo no lo sé —mintió el marqués—. Pero no tardaré en conocerlo y en su momento, aunque discretamente, podrás verla.

En el fondo de los ojos de Rosalía, hundidos en unas oscuras ojeras, fulguró, sólo un momento, un tímido destello de ilusión.

—Por lo que a mí respecta puedes estar tranquila de que nada le faltará —prosiguió el marqués—. Tengo decidido que cuando llegue mi hora, esta casa y esta tierra sean tuyos y de Frasquito para que las disfrutéis y, luego, si es vuestra voluntad, para que los herede Soledad.

—Puede usted estar seguro —repuso ella.

Don Alonso se levantó. A Rosalía habían dejado de temblarle las manos y parecía navegar por un mar interior, plácido por fin, accesible sólo para ella.

—Frasquito ya lo sabe y está de acuerdo. Creo que lo mejor que podéis hacer es olvidar.

Rosalía lo miró de hito en hito.

—No creo que pueda.

El marqués supo que nada más podía argumentar y añadió:

—A partir de hoy cuidáis de algo que será vuestro. Está definitivamente escrito —latía en sus palabras una sensación de alivio —. Me marcho. Si permanecer aquí os pesa demasiado, sabed que las puertas de mi casa están abiertas para vosotros.

Miró la huerta. En sus cuidados bancales se percibían, ya en ciernes, los resultados de la labor de Frasquito.

Luego, rodeó la casa y se dirigió camino adelante, hasta llegar a donde le esperaba un carruaje. Nunca más regresó al cortijo de Los Naranjos.

XIII

Durante su última noche en el mundo de los vivos, tendida en la cama junto a su marido, Rosalía rememoró con una lucidez insólita, como si las estuviera volviendo a vivir, algunas escenas cruciales de su pasado.

Nunca hubiera llegado a imaginar que María de la Paz, la curandera del cortijo de La Dehesa, la madre de Paulina Ríos elegiría a su hija adoptiva, a Soledad, para tratar inútilmente de convertirla en la depositaria de unos saberes que ella confesaba heredados, pero que reconocía que para resultar eficaces requerían de una especial disposición del espíritu, así como del disfrute de ciertos dones innatos, recibidos —según afirmaba con la mayor convicción— como un obsequio de la naturaleza.

Era una mujer delgada, a la que la vejez había ido achicando. Su boca, rodeada de arrugas, sonreía siempre, pero sus ojos claros, casi grises, eran duros e inquisitivos. Cuando miraba fijamente lograba inquietar al destinatario de su observación.

—Dicen que lloré en el vientre de mi madre —explicaba para justificar las prodigiosas habilidades que se le reconocían.

Entre otras gracias, María de la Paz poseía la de reintegrar a su sitio natural los huesos descoyuntados. Cuando se le presentaba en el cortijo, o le traían, algún paciente, arrastrando su padecer a causa de un miembro dislocado, sostenido con temerosa precaución, ella tomaba un trozo de manteca salada y después de derretirla con el calor natural de sus manos, frotaba larga y suavemente la zona afectada: la muñeca, el codo, el hombro, el tobillo..., mientras hablaba de cosas intrascendentes o preguntaba por la familia del lesionado, a la que, directa o indirectamente casi siempre conocía, dando además detalles de ella a veces ignorados por sus pacientes. Luego, súbitamente, con una fuerza insospechada en unas manos tan pequeñas, con un hábil y enérgico movimiento, reinstauraba los huesos en su emplazamiento habitual. Un desesperado alarido del lesionado era la señal de que el hueso volvía a encontrarse en su coyuntura.

—He visto desmayarse a hombres fuertes como torres, cuando les he puesto el hueso en su sitio —solía decirles como forma de consuelo —. Si tuvieran que parir...

Los despedía recetando moderación y suavidad en los

movimientos de las articulaciones lesionadas, así como friegas cotidianas con alcohol de romero. No cobraba por sus servicios, porque, según afirmaba, de haberlo hecho, aunque fuera una sola vez, habría perdido el don.

—Dale gracias a Dios —aconsejaba siempre— y busca a quien darle alguna limosna.

No era infundada su fama. Además de conocer las virtudes terapéuticas de muchas de las plantas que ella misma recolectaba y dosificaba en sus recetas, era capaz de hacer arrojar las piedras de los afectados por el mal de orina, a los que prescribía sumergirse hasta la cintura, con el agua caliente hasta el límite de lo soportable, en una densa infusión de malvas. También podía contener, y aun sanar, las quebracías de los niños; remediar sus insomnios y proporcionar con ello descanso a sus madres, desesperadas por las continuas noches en vela. Curaba los cólicos, prodigando unos suaves masajes de aceite de rosas en la barriga y, llegado junio, maceraba en aceite la flor amarilla de la hierba de San Juan, que luego recetaba para curar las heridas. Pero le reconocían especialmente el mérito de conseguir en ocasiones convertir en realidad el sueño de muchas mujeres estériles: hacer prender en su vientre el milagro deseado de una nueva vida.

En los tiempos en los que todavía anidaban en su corazón la esperanza y el deseo vehemente de ser madre, Rosalía acudió en busca de María de la Paz reclamando ayuda. Su hermana se lo había recomendado como último recurso para remediar la tristeza que cada vez más frecuentemente le arañaba el ánimo y le robaba las fuerzas.

Nada dijo a Frasquito. Aprovechando que él estaría fuera unos días, acudió muy de mañana a La Dehesa.

Se sentó frente a la abuela, a la sombra del viejo naranjo amargo, en un rincón del patio junto al arriate en el que crecía un denso haz de cañas indias. La abuela le exigió ante todo sinceridad, y cuando Rosalía se la otorgó con sólo una mirada, la interrogó concienzudamente sobre la regularidad de sus ciclos menstruales y la coincidencia de éstos con determinadas fases lunares. También le preguntó sobre las pleamares de sus apetencias de varón.

Le miró las uñas e inquirió sobre su olor corporal y el estado de sus cabellos en determinados periodos. Le preguntó incluso acerca de la naturaleza de sus sueños y de sus pesadillas más reiteradas.

Rosalía fue respondiendo a aquel cuestionario puntualmente,

procurando no omitir detalle alguno, con la certeza de que de la exactitud de sus respuestas se derivarían el acierto en el diagnóstico y el remedio a su desdichada infertilidad.

—Pierde cuidado, mujer: desecha la idea de que tienes el vientre seco —dijo al fin María de la Paz—. El hecho de que la vida prenda y prospere es un misterio. De cada cien, con suerte, una. Y es, sencillamente, porque para otorgar la recompensa del primer aliento, la naturaleza es muchas veces demasiado exigente. Hay mujeres que se quedan preñadas como por ensalmo, sin quererlo ni buscarlo, a pesar de todos los impedimentos; con la misma firme determinación con que crece una brizna de hierba sobre una piedra. En ocasiones, estos embarazos son como una especie de mala señal o como un castigo. Pero también hay mujeres que viven como locas por alcanzar a sentir un hijo en el vientre y padecen hasta conseguir tenerlo. Mujeres que olvidan definitivamente todo lo sufrido, apenas lo tienen junto a sí o lo acunan en los brazos. Para ellas, como para ti, el logro de este sueño se hace de rogar en ocasiones hasta la desesperación.

Rosalía asentía suscribiendo aquellas palabras. La abuela prosiguió:

—Quizá sólo sea cuestión de dar tiempo a que el cuerpo se abra y se entregue a la semilla.

Como primera medida terapéutica, María de la Paz procuró tranquilizar a Rosalía. Le proporcionó en un saquillo de tela una calculada mezcla de tila, azahar, yerbaluisa y semilla de adormidera, recomendándole tomar una tisana densa, cuando sintiera que los nervios se le desmadejaban. A continuación, formuló un largo repertorio de consejos para conseguir que abandonara la espesa frustración en la que se hallaba sumida y que, según aseguró, incapacitaba completamente sus posibilidades de engendrar la nueva vida que deseaba. Así mismo, con el fin de darle ánimos, sutilmente acabó justificando la falta de éxito en su búsqueda de descendencia: «Ten en cuenta, que muchas veces no es culpa de la gallina que sus huevos resulten hueros. Hace falta también que el gallo tenga simiente y que consiga ponerla en su sitio en el momento oportuno».

Y añadió:

—No es justo, hija mía, que una carga que corresponde a dos la lleve uno solo. Cada cual con lo suyo. Solamente con venir aquí te has exigido dar un paso que también podría haber dado tu marido. Acudes cargada con demasiada responsabilidad y ése es un trabajo agotador,

sobre todo si falta el fruto que lo compense.

Aquellas palabras le proporcionaron un gran consuelo. Se sentía redimida de un peso que llevaba ya más de un año gravitando sobre ella.

—Ojalá fuera posible trasvasar a tu corazón la paz. Es, quizá, lo que te falta para que esa criatura que deseas encontrar prenda en tu seno. Dos son los principales remedios para conjurar tu mal: hallar la paz y, luego, vivirla.

En la atenta mirada de Rosalía se hallaba ya, buscando la salida, una pregunta que la abuela se adelantó a responder:

—No esperes nada del día de mañana. Vive el de hoy como si el futuro no existiera. Déjate llevar por la ola del tiempo, muchacha.

Lo decía con la seguridad de que era el tiempo el portador de los seres.

—Hace ya tres años que aguardo y el tiempo se me escapa… —contestó Rosalía.

—Puede que sea verdad —repuso la abuela—, pero contra eso, hija mía, no hay remedio que valga. Al menos, yo no lo tengo.

—Sólo quiero tener un hijo —repuso, y la expresión de su deseo estaba levemente teñida de desesperación.

—Probablemente lo tengas. Confía en ti —dijo la abuela poniendo sus manos entre las suyas.

—Si lo consigo y es una niña, llevará su nombre.

XIV

Todo pareció conjugarse favorablemente para que se cumpliera el deseo de Paulina Ríos de adoptar una niña.

Al respecto de la maternidad, frustrada repetidamente, nada había podido hacer por ella su madre.

—He llegado a la conclusión de que el don no sirve para los allegados. Para ti lo único que tengo son consejos —le dijo.

Cuando María de la Paz vio a Soledad por primera vez en los brazos de Paulina, intuyó que la criatura venía alumbrada por una buena estrella.

—Has hecho una obra de misericordia sacando a esta niña de la inclusa —dijo mientras la reconocía detenidamente.

Deseaba tan fervientemente encontrar una depositaria de sus dones benéficos, saberlos prolongados más allá de su muerte, que determinó convertirla en su discípula.

—Veremos si será capaz de señalar lo que es bueno para ofrecerlo a los demás, y de detener y ahuyentar la maldad con sólo desearlo —exclamó.

La idea de la adopción rondaba por la cabeza de Paulina desde hacía años y había acabado convirtiéndose en una obsesión íntima que la hostigaba constantemente, hasta el punto de que en sus ensoñaciones ya había puesto rostro y presencia a aquella niña.

Una noche, en la oscuridad de la alcoba, después de haber consumado rutinariamente el acto matrimonial, a Paulina la esperanza se le hizo voz resuelta y dijo:

—Mateo: quiero que adoptemos a la niña.

Él pensó en un desvarío momentáneo de su mujer.

—¿Qué niña?

—La que yo quiero. Tenemos que ir a buscarla.

No hubo más. A partir de entonces los silencios de Paulina se tornaron parlantes y, sólo con verla, ya sabía Mateo que reclamaba ser la madre de aquel ser ignorado.

Una conversación casual con el administrador de don Alonso, llegado al cortijo para aforar los caldos de la bodega, les empujó a solicitar la adopción.

—Yo me encargo —les dijo.

Días más tarde, de vuelta para revisar algunas medidas, les confesó que se había tomado la libertad de confiarle su intención al marqués y que éste se había conmovido, hasta el punto de que, utilizando sus influencias, estaba dispuesto a allanar cualquier dificultad, a fin de abreviar el tiempo que el proceso requería para su resolución. Añadió finalmente que don Alonso le había pedido que los acompañara para que, en caso de presentarse dificultades, les ayudase a resolverlas.

En marzo, en vísperas de pascua florida, les avisaron que debían acudir a la capital para recoger a la niña.

Paulina lo había intuido días antes, cuando se hallaba enfrascada dirigiendo el deshollino y la limpieza de las zonas habitadas de la casa, y lo confirmó en el momento en el que Rosario, una de las mujeres del cortijo, que por su avanzada gestación sólo realizaba la limpieza fina de muebles y cristales, se puso de parto.

—Ya está señalada la que ha de darle de mamar a la niña —se dijo Paulina—. Nacerá para mí el viernes.

A lo largo de su vida Mateo había ido a Córdoba en dos ocasiones. La primera, con varios jóvenes de su edad, a hacer realidad el deseo de repetir las aventuras narradas por otros. De esta experiencia regresó con una venérea leve, cuyas vergonzosas molestias sufrió ocultamente durante algunos meses. Y la segunda, unos años después cuando, ya casado, acompañó al marqués junto a dos hombres más de confianza para garantizar la seguridad de una suma importante de dinero en metálico, que don Alonso debió ingresar ineludiblemente en la oficina provincial del Banco de España.

A Mateo, acostumbrado a los horizontes abiertos del campo, la densidad urbana de la capital y el tráfago de gentes desconocidas le agobiaban. Todo le parecía hostil. El ambiente del centro, en torno a la plaza de La Corredera, a lo largo de las primeras horas de la mañana, le resultaba tan estridente y bullicioso que, pese a la compañía de sus amigos, se sintió como bestia en corral extraño, incómodo y desconcertado. Por ello, mientras don Alonso culminaba sus asuntos, él, para evitar el gentío, buscó escapar del centro de la

ciudad.

—No lo puedo aguantar. Tanta gente me aturde —dijo a sus compañeros.

Y se marchó a la ribera a contemplar el río.

Paulina, criada en una casería distante de La Dehesa casi una legua, salvo sus visitas ocasionales a Morana, nunca había traspasado la línea marcada por los horizontes que desde niña podía abarcar con su mirada.

Por eso, cuando con el administrador y su marido viajaba hacia Córdoba, experimentó el asombro del descubrimiento del mundo nuevo que, sólo para ella, la única capaz de apreciarlo, se abría ante su mirada; un mundo que quizá jamás había sido visto así por otros ojos, que nunca había sido respirado de aquel modo por otros pechos y que jamás, con igual emoción, habían hollado otros viajeros. Para Paulina era aquel un mundo virginal e inédito que, en su corazón, entendió como un regalo de la providencia y el anuncio del encuentro con la niña en cuya búsqueda lo recorría.

Pernoctaron en una pensión próxima a la estación del ferrocarril. Paulina no consiguió conciliar el sueño. Las horas se le alargaron tanto, que hubo momentos en los que perdió la esperanza de que llegase el nuevo día. Cuando por fin amaneció, estaba agotada y dolorida.

Entrada la mañana se acercaron a la inclusa, un edificio grande y gris, en cuyo portal, siempre abierto, se encontraba el torno. Sobre éste, un rótulo proclamaba ser aquella la hijuela de expósitos y, al lado, se hallaba una campana para dar aviso a la portera del depósito de los infantes.

Ésta les abrió la puerta, salida del resguardo de un portalillo desde donde controlaba el zaguán. El administrador de don Alonso preguntó por la directora y le hizo entrega para ella de un sobre cerrado.

—Pasen y aguarden un momento —dijo.

Se alejó unos pasos por el corredor pavimentado de ladrillos, y luego, después de golpear suavemente con los nudillos en una puerta, desapareció tras ella.

Regresó poco después invitándoles a pasar al despacho. La

regente del establecimiento era una monja alta, magra de carnes y de voz algo ronca. Les atendió de pie.

—Les esperábamos —dijo.

Sin disimulo, analizaba con mirada escrutadora a los padres adoptivos, sin mostrar ni aceptación ni rechazo. Dirigiéndose al administrador añadió:

—Mientras los padres pasan a la secretaría para concluir los trámites y completar el expediente, me gustaría hablar con usted un momento.

Paulina y Mateo salieron. Les impactaba haber pasado a ser considerados padres, sin haber recorrido el tránsito de los meses de embarazo. La portera aguardaba en el pasillo y los acompañó a otra sala. Allí, otra monja les invitó a sentarse ante la mesa que ocupaba. Luego fue anotando en el libro de registro, sus nombres, la edad y algunos otros detalles. Al conocer el lugar de procedencia del matrimonio dijo:

—De allí vino la niña.

—Pues allí vuelve —respondió Mateo.

Paulina estaba tan emocionada que no era capaz de articular palabra. Cuando la monja acabó de rellenar algunos formularios, les presentó un documento para que lo firmasen. Mateo lo hizo resueltamente, dibujando cuidadosamente la rúbrica, y Paulina se limitó a signarlo con una cruz puesta al lado del nombre de su marido.

—La niña tiene ya tres meses. Ha sido criada por una de nuestras mejores amas —explicó la monja a Paulina—, y aunque durante el viaje deberá usted darle otra leche que nosotros ya le hemos preparado, sería conveniente que cuando llegue a su casa, sea otra mujer, sana y robusta, la que la amamante. Aquí tienen ustedes —dijo entregando un sobre cerrado a Mateo—. Es una alhaja que la niña traía al cuello cuando fue depositada en el torno. Se trata de una cruz de oro con su cadena. Su valor puede denotar, aunque eso nunca es seguro, la situación social de la que procede.

—Eso ya no nos importa. La niña es ahora nuestra, ¿no? —preguntó Paulina.

Mateo firmó el recibo de la joya y la guardó en el bolsillo. Después la monja tocó una campanilla. Al momento apareció una

mujer con la cría, envuelta en una toca nueva.

—Aquí tienen ustedes a su hija. Es preciosa —aseguró sonriente, después de mirarla y comprobar la certeza de su afirmación.

Se la entregó a Paulina que la tomó en sus brazos contemplando, con el arrobo de las madres primerizas, sus ojos azules.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mateo.

La monja consultó el registro y respondió:

—Soledad. María de la Soledad.

Al oírlo, Paulina dijo en voz alta, pero como si lo hiciera para sí misma:

—Hoy es viernes. Es un nombre hermoso, el más acertado para una hija nacida para nosotros un viernes.

XV

Los trámites ante don Nicolás Mínguez como párroco, previos a la boda de José el Gazapo y Soledad, se encomendaron, como era costumbre con los asuntos familiares de aquel género, al tío Roque, quien, unas semanas después, cumplido el encargo, informó que la ceremonia había quedado fijada para las nueve de la noche del último sábado de abril, en la parroquia.

El tío Roque era de baja estatura, tan hablador como risueño, aunque se comentaba entre la familia que su mal genio, cuando se presentaba, era de temer. La gordura le hacía respirar con dificultad. Vestía siempre pantalones de color gris oscuro y un blusón negro abotonado hasta el cuello.

Había perdido el cabello en su juventud salvo en una franja, próxima a la nuca, que el paso del tiempo había ido estrechando. Salvo en casa o en la iglesia, que frecuentaba, usaba permanentemente sombrero.

El tío Roque, casado en segundas nupcias con Encarna Salas, una viuda diminuta y agradable, vivía cerca de un antiguo convento de frailes, convertido por sus propietarios en casa de vecinos.

La lejana desamortización de Mendizábal, aquel ministro de hacienda que el tío Roque había oído nombrar frecuentemente en las sacristías y que calificaba —contagiado por las voces unánimes del clero— de ladrón y colaborador eficaz del diablo, había depositado aquel vetusto edificio en manos de una sociedad en la que participó el Marqués Don Alonso de Medina. Contrarió con ello las recomendaciones del párroco que, para que desistiese de colaborar «en la consumación del expolio», esgrimía sin resultado, cada vez que tenía ocasión, las convicciones conservadoras y «la solidez católica» del marqués.

—Usted no puede negar que yo sea parte de la Iglesia —replicaba —. Y dígame, don Nicolás: ¿qué es mejor para la Iglesia, que los bienes que Dios otorga a sus criaturas estén en manos amigas o en poder de herejes?

El cura hacía oídos sordos a aquellas justificaciones tintadas de socarronería del marqués y replicaba invariablemente, pese a ser consciente de la ineficacia de sus admoniciones:

—En manos de bautizados o en manos de herejes son bienes

adquiridos injustamente.

Luego, añadía con aire doctrinal en un llamativo latín andaluz: «Iustitia omnium est domina et regina virtutum». Y apostillaba:

—Si la justicia es la reina y señora de todas las virtudes, la injusticia, digo yo, ha de serlo de todos los males y defectos. Con eso ya está todo dicho.

Registrada con el nombre de Progresiva Moranesa, la sociedad se había constituido con la única finalidad de adquirir al Estado, que lo enajenaba en pública subasta junto a otros bienes desamortizados, el viejo monasterio contiguo a la casa del tío Roque. Se le agregaban además los terrenos de una huerta aneja con su agua de pie, todo ello libre de cualquier tipo de gravámenes y cargas.

Tras la adjudicación, la sociedad abonó prácticamente la totalidad de su importe, mediante la entrega de un enorme fajo de devaluados vales reales, conseguidos a un precio irrisorio de unos propietarios desengañados de cobrarlos. La beneficiosa operación había sido posible gracias a ciertas confidencias, que permitieron conocer con anticipación la intención del Gobierno de vender el edificio.

El tío Roque, cuya pequeña fortuna procedía de su primer matrimonio, sin hijos que le heredasen, tenía ya previsto secretamente que a su muerte aquella casa fuera entregada a los frailes, en el caso de que, como se rumoreaba con insistencia, uno de los mayores terratenientes de la localidad, carlista convencido y exiliado durante algunos años, en los que rodó dichosamente por varias de las más hermosas ciudades extranjeras, lo adquiriese para entregárselo a los que consideraba sus legítimos propietarios.

Mientras tanto, la casa, unida a la generosa amabilidad del tío y de Encarna —el título familiar de tía se lo había llevado consigo a la tumba la primera mujer, la tía Carmela—, eran la referencia para la familia de Mateo cuando visitaba la ciudad.

—Si alguna vez me entero de que tú o cualquiera de los tuyos venís desde el campo a Morana y no llegáis por mi casa, que es la vuestra, os desheredaré —amenazaba seriamente cada vez que tenía ocasión.

Cuando el tío Roque murió súbitamente, meses después de enviudar de nuevo, y se abrió el testamento, Mateo que, como único sobrino y familiar más directo, era el exclusivo heredero, sufrió uno de los mayores desengaños de su vida.

Esperaba recibir en herencia aquella casa y algunos pequeños viñedos dispersos, inmediatos a la ciudad, así como un capital del que su madre le había hablado en un tono mítico en ocasiones, pero la casa se incorporó, como estaba previsto al convento.

Para entonces el caprichoso prócer que pretendía devolver el monasterio a la Orden, logró, tras costosísimas gestiones ante las más altas instancias políticas del país, las autorizaciones necesarias y era —se decía que inminente— la llegada de los frailes para tomar posesión del inmueble, que el donante, invirtiendo el costo de algunas buenas fincas que enajenó, lo entregó perfectamente remozado.

Respecto a los viñedos, algunos años después, como todos los demás de los contornos, fueron diezmados por la filoxera, con lo que se convirtieron en depreciados terrenos improductivos. En cuanto al dinero del tío Roque, para sorpresa de todos, resultó bastante más escaso de lo esperado, hasta el punto de que no bastó para atender los exagerados mandatos postreros del difunto de misas y responsos en sufragio «de su ánima, las de mis padres Mateo y Micaela, y las de mis amadas esposas Carmela y Encarna», por lo que fue necesario sacar a la venta algunas de las mejores viñas.

Mateo, de mejor conformar que Paulina, trató en lo sucesivo de convencerla de que era mucho más provechoso para la tranquilidad del espíritu —ella se alteraba ostensiblemente con sólo recordarlo—, aceptar lo inevitable.

Cuando sobre este asunto quería dar por terminada la conversación, en la que la opinión de Paulina era siempre enriscada y agria, Mateo exclamaba:

—Mira, mujer, cada uno es libre de disponer de lo suyo como le da la gana. Y mi tío, que en gloria esté, también. Y no le des más vueltas. Amén, Jesús.

A pesar de aquel colofón, era ella la que colocaba siempre a la conversación la última palabra:

—¿Que en gloria esté…? —preguntaba enojada—. Un descastado mala persona es lo que ha sido contigo. Regalarles tu casa… —recalcaba el posesivo—. Es que veo un fraile y se me revuelven las tripas.

Precisamente en casa del tío Roque se alojó la familia durante dos días, hasta que se celebró la boda. Desde allí saldría la novia, del brazo de Mateo, camino de la iglesia, entre la curiosidad de los

transeúntes y los vecinos del itinerario.

Faltaba la abuela María de la Paz, lastrada por la edad y las cataratas, que quedó encomendada a Rosario, la mujer del aperador, encadenada siempre al cortijo por su hija Esperanza.

A José el Gazapo no le quedaba familia que pudiera interesarse por su casamiento. Se hospedó el día anterior en el mesón de La Espada, un establecimiento muy concurrido por trajinantes y cosarios, que se encontraba cerca de donde vivía el tío Roque. Paulina, que sería la madrina, se había encargado de arreglarle para la ceremonia una chaqueta de su marido.

Días antes, a media mañana, en el despacho parroquial, los novios habían tomado los dichos. El acto fue breve y José y Soledad rubricaron con sus firmas el compromiso. Luego regresaron rápidamente al campo, para proseguir los preparativos del que había de ser su hogar, una casa propiedad del novio, situada en una larga ladera, volcada hacia el sur, a medio camino entre la hacienda del marqués y la aldea.

Mateo aprovechó su presencia en Morana para comunicar la inminencia del casamiento a don Alonso. Hacía tiempo que le insistía en que no dejase de avisarle. Después de almorzar como era obligado, en la casa del tío Roque, se acercó a la mansión.

Don Alonso le recibió en su despacho. La noticia le sorprendió.

—Bueno, al fin llegó el momento —dijo—. Lo que el destino tiene señalado ocurre inevitablemente. El tiempo pasa demasiado deprisa, Mateo. Entre la hierba seca crece rápidamente la nueva.

—Es ley de vida —repuso el casero.

Con su habitual gorra gris en la mano mostraba el pelo erizado y espeso, como el de un caballo. Contrastaba la palidez de su frente con el resto de su rostro, curtido por el sol del campo.

—¿Quién es el afortunado que se la lleva? —preguntó don Alonso.

—Se llama José, y tiene un cortijillo con algunas aranzadas de olivar y un trozo de huerta cerca de La Dehesa. A mí no me disgusta. Es serio y honrado. Lo conozco desde niño. Cuando su hijo, don Enrique, iba por el cortijo, eran inseparables. Además, ha trabajado como destajero en la hacienda en muchas ocasiones. Por eso se

conocieron. Hace más de cuatro años que pretende a Soledad.

—Lo importante es que se quieran —dijo—. Y, además, que la vida les trate bien. Cuando hay cariño y se es joven, casi todo sobra. Dile que mi deseo es que sea siempre, siempre… —insistió— muy feliz.

—Muchas gracias. Usted descuide. Se lo diré de su parte.

El marqués se quedó dubitativo un instante. Luego exclamó:

—Debe ser una alegría ver cómo se nos casan los hijos. Hay un momento en la vida en el que se comienza a echar de menos contemplar las ramas nuevas de la familia.

—Lleva usted razón —repuso el casero—, pero una boda tiene también algo del sabor amargo de las separaciones. A la hora de la verdad no hay manera de echar fuera la desazón por lo que se pierde.

—Ésa es la señal de que la quieres —dijo don Alonso—. Y estoy seguro de que la querrás aún más cuando te haga abuelo. Los nietos son un premio que otorga la vida. Por ellos se alcanza el futuro.

Mateo calló. Notaba la tristeza que impregnaba las palabras del marqués.

—Si no te importa… Tengo gusto —continuó— en ofrecerle un detalle a la novia. No tiene importancia, pero lo que se hace con los hijos, se hace con los padres —añadió para completar la justificación de su gesto.

Abrió una gaveta disimulada de su escritorio y le entregó, «para Soledad, mi presente de bodas», en una cajita, envuelto en un trozo de suave gamuza amarilla, un delicado broche de oro. Tenía forma de ramo de flores de trinitaria. Sus pétalos semejaban, como los de los pensamientos, una mariposa. Combinaba los colores, morados y amarillos, de las piedras engastadas: amatistas y topacios.

Mateo se sorprendió ante el obsequio, sin saber qué decir. Finalmente, alegó torpemente que le parecía innecesario. El marqués restó importancia al presente y sofocó las tímidas protestas del casero con un gesto de la mano. De inmediato desvió la conversación hacia temas notoriamente banales relacionados con los trabajos de la hacienda. Antes de despedirse añadió:

—Como seguramente os alojaréis en casa de tu tío Roque, os

mandaré un poco de vino para que en el convite del casamiento os acordéis de mí.

Cuando marchó Mateo, el marqués se asomó a la ventana para verlo alejarse por la calle abajo. Luego, se sintió obligado a transmitir la noticia a Rosalía. Aquella misma tarde la mandó llamar.

En los primeros momentos de la llegada de Rosalía a la casa desde Los Naranjos, le había inquietado su presencia. No obstante, la aceptó como una más de las penitencias impuestas por su confesor. Quiso tenerla cerca como forma de ampararla, de asegurarle una vida cómoda, al nivel de lo que creía eran sus necesidades y las de Frasquito, convertida, así lo quiso él, en el recordatorio permanente de una deuda que consideraba obligado saldar para salvaguardar el valor de su honra; en un compromiso de honor, contraído más firmemente con Soledad que con su madre.

Trataba también así de tranquilizar los escrúpulos de su conciencia.

Rosalía llamó a la puerta. Él la invitó a entrar.

—Acércate, mujer, sin cortedad —nunca la había llamado por su nombre—. Tengo que darte una noticia.

Rosalía se aproximó y se quedó de pie ante la mesa, con las manos enlazadas ante el delantal. En su actitud de sometimiento no se hallaba incluida su mirada; había en ella una especie de modesto desafío.

El marqués la veía con frecuencia, pero siempre más allá del segundo término que marcaba la servidumbre. Ella deambulaba por el mundo que se había adjudicado a sí misma en la casa, situado en torno al traspatio, donde se hallaban los almacenes, los cuartos hondos, los lavaderos, la puerta falsa… Era la guardesa del meollo de la casa, pero siempre instalada en una especie de horizonte gris.

Al verla, el marqués advirtió hasta qué punto había envejecido. Le sorprendió tanto su aspecto que, durante un instante, dudó de que la mujer que casi a diario, durante tantos años, había visto en su casa, hubiera sido un ser real, sino otro distinto al que, con mirada dura, se hallaba ahora ante él.

—Debes saber que la niña se casa el último sábado de este mes —dijo.

Rosalía recordaba la última vez que don Alonso le había hablado de Soledad. Fue el día en el que los llamó, a ella y a Frasquito, para mostrarles un sobre lacrado, en el que, según dijo, se hallaba escrita su última voluntad.

Entonces, sus palabras estuvieron dirigidas exclusivamente a ella:

—Como te prometí —le dijo— aquí tienes ya escrito, la parte de mi testamento que os concierne: queda para vosotros la huerta de Los Naranjos.

A Frasquito se le iluminaron los ojos con una luz impregnada de fascinación. Amaba tanto aquella tierra oscura de la huerta, las frondas espesas de la orilla del arroyo, ancladas en su untuosa greda, que no podía imaginar quererla más, aun siendo suya. Para Rosalía, era evidente que se encontraba ante el pago de una deuda impagable. No obstante, el matrimonio guardó silencio y don Alonso, con el sobre cerrado entre los dedos índice y corazón, añadió:

—Como no tenéis hijos, por el amor que sé que le profesas —se dirigió nuevamente a Rosalía— no me cabe duda de que la huerta pasará a propiedad de la niña.

Rosalía asintió y don Alonso, dando por zanjada la cuestión, concluyó mostrando ostensiblemente el sobre:

—Tomadlo del bargueño de mi dormitorio, cuando yo ya esté de cuerpo presente.

Eso fue todo.

Ahora, animada por un inocente orgullo al que los años habían ido limpiando de remordimientos, Rosalía estaba convencida por encima de todo de que aquella muchacha de diecinueve años, a punto de contraer matrimonio, era exclusivamente suya y de que constituía su única riqueza. Por eso le incomodaba compartir aquel cariño con el marqués.

—Me lo dijo Mateo esta mañana —prosiguió don Alonso—. Creo que debes saberlo, por si quieres acudir a la ceremonia. Por supuesto, discretamente —puntualizó—. Será el último sábado de este mes a las nueve de la noche.

Llegó a apreciar el fulgor de la sorpresa cruzando como una centella por los ojos oscuros de Rosalía y aguardó una respuesta que no se produjo.

—Muchas gracias. ¿Manda usted algo más? —preguntó con altivez—. Tengo cosas que hacer.

—Lo dicho. Creí que te gustaría verla de novia —respondió él, desconcertado.

—No estoy segura, pero le agradezco que se haya acordado de mí —dijo desde el umbral, antes de salir y cerrar cuidadosamente la puerta.

XVI

El día que Frasquito y Rosalía abandonaron la huerta de Los Naranjos, ella acababa de cumplir veinticuatro años. Acudieron en cuanto el marqués reclamó su presencia para ocupar el puesto de guardeses en la mansión solariega en sustitución de Damián, padre de Frasquito.

—Hace más de una semana que tu padre desvaría —le informó uno de los criados, desplazado al cortijo para agilizar su traslado a la mansión—. No hemos tenido más remedio que atarlo y encerrarlo. El marqués quiere que tú y tu mujer os ocupéis de él y del puesto que ya no es capaz de atender.

Sin un hijo que le sucediera en la labor de la huerta, tal como él había reemplazado a su padre, el día en el que se vio forzado a abandonar el cortijo, Frasquito sintió su ánimo impregnado con tal pesadumbre que anduvo como loco recorriendo aquellos terrenos, despidiéndose de los árboles, de las cuidadas tablas de verduras, de las regueras por las que el agua del arroyo se acercaba a la huerta... Luego, ya en Morana, durante un tiempo, sintiéndose prisionero de la casa y de la ciudad, cada vez que recordaba Los Naranjos se le llenaban los ojos de lágrimas y se escondía, porque no quería que le viesen llorar.

El matrimonio trasladó su escaso ajuar y ocupó un cuarto en el ala del segundo patio dedicada a una servidumbre que en épocas anteriores había sido bastante más numerosa. Al lado de su dormitorio, en una alcoba, permanentemente encerrado y atado a la cama, el padre de Frasquito, ágil aún para su edad, sucumbía cada vez con más frecuencia a los ramalazos de una locura intermitente, furiosa e incontrolable, que le dejaba caer luego en una postración absoluta.

Las infusiones de semillas de amapola real fueron el remedio que Rosalía utilizó para apaciguarlo. No obstante, una noche en la que no podían dormir, porque oían al viejo bregar con sus ligaduras en la cama, gritando toda clase de obscenidades, Rosalía dijo:

—Lo que tu padre necesita ya es una buena jícara de chocolate espeso todas las noches. Lo mejor que puede ocurrir, a él y a nosotros, es que Dios se lo lleve y una mañana no se despierte.

Frasquito no respondió, y Rosalía, a partir de entonces, cada día, para la cena de su suegro, preparaba un tazón hondo de chocolate, dulce y tibio, que su hijo le administraba, antes de la infusión de adormidera, con las últimas luces de la tarde.

Sesenta y tres días después, los mismos años con los que contaba, el sol no amaneció para el viejo guardés. Como había vaticinado Rosalía, la muerte le había sorprendido durmiendo.

—¡Ojalá fuera así la mía! —exclamó con ánimo de consolar a Frasquito.

Después del entierro, ella rompió el cuenco del chocolate y enterró los tiestos en un arriate del patio, junto a las ventanas de la cocina.

En adelante, el matrimonio jamás volvió a referirse al suceso, como si éste nunca hubiera ocurrido.

Aunque no podía olvidar la huerta, que había sido arrendada a una familia de forasteros, poco a poco Frasquito se fue adaptando a la vida de la mansión y de la ciudad, y su mujer se convirtió en el ama de llaves de la casa. Siempre distante y oscura, daba la impresión de estar en todas partes.

Sin embargo, conforme se acercaba la fecha del casamiento de Soledad, Rosalía sintió tambalearse aquella especie de orgullosa ausencia en la que había vivido permanentemente. Percibía en el fondo de su corazón el eco lejano de sus propios sentimientos en las vísperas de su boda con Frasquito. Y con la misma intensidad con la que durante años, por un temor que no supo explicar, se había negado a ver a su hija, sentía ahora el impulso irresistible de hallarse lo más cerca posible de ella.

Imaginaba las dulces inquietudes que debían embargar el ánimo de la muchacha, y en su corazón nuevamente cobró vigor la frustración de no ser para ella la madre que podría alentarle y proporcionarle consejo.

Sólo en una de las escasas ocasiones en las que Soledad estuvo en la mansión, se atrevió, oculta en la sombra, a contemplarla desde el fondo oscuro de una de las ventanas del patio.

—Es ya una mujer —se dijo con cierto orgullo al verla.

Aquella certidumbre le bastó para abandonar la preocupación que le había acompañado durante casi dos décadas.

Desde entonces dejó de pensar en ella como la niña que tenía en su mente y que en su pensamiento había ido creciendo a un ritmo mucho más lento que ella misma y que los demás.

El día de la boda, Soledad tuvo la sensación de estar enferma, aunque percibía los síntomas como un gozoso mal; algo así como un parto deseado, cuyos dolores están endulzados por la esperanza. Los nervios la atenazaron con tan fuerte nudo en el estómago, que no pudo probar bocado.

Tampoco consiguió hacerlo José el Gazapo, al que había acudido a acompañar en el trance de la boda un amigo de toda la vida, soltero, hablador y chistoso, que recurrió al vino para alegrarse y de paso alegrar al novio, y sólo consiguió aturdirse de tal modo que mientras José debía partir hacia la parroquia para la ceremonia, él se quedó durmiendo la borrachera en la fonda.

Soledad estrenó un vestido gris oscuro. Sobre la cabeza, ciñéndole la frente, su madre le colocó una diadema de menudas flores de seda. Llevaba un ramito de delicadas rosas blancas, luneras, conseguidas a instancias del tío Roque del jardín de las monjas de Santa Clara y lucía en la solapa el broche de pasionarias regalo del marqués.

Fue un día hermoso, repleto de las más densas fragancias de la primavera, y en el aire, todavía encendido con los últimos resplandores del sol, raudas bandadas de ruidosos pájaros iban y venía tejiendo las últimas redes de sus vuelos.

El marqués no acudió a la ceremonia. Sí lo hizo Rosalía, que entró en la iglesia un rato antes de las nueve. El templo estaba desierto y oscuro. En los momentos en los que la algarabía enloquecida de los pájaros se alejaba, se podía oír el lento tictac del reloj de péndulo en el altar.

Sonaba pausadamente el último cuarto, cuando un sacristán comenzó a encender con un largo pabilo algunos cirios, alzados sobre candeleros de latón.

Poco después entró José el Gazapo, con aire despistado e indeciso. Avanzó por la nave de la iglesia donde aguardaba Rosalía y llegó hasta el altar de las Ánimas. Allí, ante la hornacina del arcángel San Miguel, latían, encendidas, las mariposas, con su círculo de cartón flotando en cuenquecillos repletos de aceite. Luego, con prisa, volvió a salir a la calle.

Oculta tras uno de los pilares del templo, Rosalía pudo contemplar a su hija; y lo hizo cargada con el orgullo de sentir —lo percibía por primera vez— que aquella muchacha hermosa, coronada de flores de seda, que se acercaba al altar del brazo de Mateo era suya a pesar de todo y de todos; carne alimentada por su propia sangre.

Recordó una vez más su boda y deseó, y lo rogó a un Dios inconcreto que lo era todo, con un fervor casi doloroso, que fuese feliz y que tuviese hijos. Después, súbitamente, sintió una impetuosa urgencia por escapar, llevándose bien grabada en su corazón la

imagen de su hija. Así lo hizo. De regreso a la casona, se encerró en su dormitorio y se acostó, aunque no durmió en toda la noche.

Cuando el nuevo matrimonio apareció en la puerta de la parroquia, en el cielo, de un hermoso azul oscuro, brillaba como una gema el lucero de la tarde.

En el patio principal de la casa del tío Roque, bajo un naranjo cuajado de azahar, los recién casados celebraron el acontecimiento con una cena en familia, a la que pusieron punto final las copas de anís dulce y una bandeja de almendras garrapiñadas.

Para José y Soledad no fue aquella su deseada noche de bodas. Era demasiado tarde para emprender el regreso al cortijo, traslado que en el mejor de los casos les hubiera llevado cinco o seis horas; y el tío Roque, «lo mismo que hubiera hecho cualquier persona sensata» –dijo–, descartó que los recién casados pasaran aquella noche en una fonda. Por otra parte, Soledad se negó rotundamente a instalarse con su marido en uno de los dormitorios de la casa, situado, según a ella le pareció, demasiado cerca del que iban a ocupar sus padres.

Ya bien entrada la noche, José abandonó la casa, dispuesto a compartir borrachera con su amigo. Se llevaba el triste aire de un mutilado. El tío Roque, sin mirar a Soledad, que regresaba de despedir a su marido en el portal, exclamó como hablando para sí mismo:

—Hambre que espera hartura…

Luego, dirigiéndose a Paulina y Mateo, añadió con aire casi clerical:

—Contener los impulsos es ganar en fortaleza y en pureza. Así, cuando por fin se alcanza el premio, se disfruta mejor.

Soledad no contestó. Alegó que estaba cansada y que le dolía la cabeza, y se fue a su cuarto, como había hecho Rosalía, a llorar.

XVII

En el pasado de Martirio Galán, la cubana de ojos grandes que el marqués calificaba de arrebatadores y cuya piel describió en sus apasionadas cartas como untada de olor y color de canela, existían rincones en los que don Alonso en ningún momento intentó penetrar.

Con la prudencia que le otorgaba la edad, señaló a su curiosidad unos límites que se propuso respetar en todo momento, con el deseo de no remover unos fondos desconocidos que pudieran turbar a Martirio y, mucho menos, ensombrecer el agua limpia de la felicidad que gracias a ella disfrutaba. También, porque no estaba dispuesto a mortificar su orgullo con indeseados hallazgos sentimentales.

Pudo, de haberlo querido en algún momento, iluminar algunas de las zonas en sombra de la vida de Martirio. Contaba con medios y con las influencias necesarias para conseguirlo, pero prefirió ignorarlas. De ella conoció tan sólo lo que quiso conocer. Y en sus averiguaciones se detuvo en el momento concreto en el que había tomado posesión del Puerto Rico unos meses después de que falleciera su suegra y anterior propietaria doña Rosa.

El marqués, que la había oído nombrar, la vio por primera vez un día en el que ella regresaba —lo supo mucho después— de visitar a un viejo caballero de la localidad, que deseaba ardientemente conocerla y que, después de remitirle numerosas tarjetas en las que le rogaba una entrevista, cuando ella accedió, le pagó a precio de oro dos horas de conversación intrascendente, mientras tomaban café, bebían un par de copas de vino generoso y fumaban sendos cigarros habanos, todo para contradecir, sin omitir ninguna, las prescripciones médicas decretadas contra el caballero.

—¿Qué quería? —preguntó don Alonso la tarde en la que ella le refirió el suceso.

—Que le hablase de Cuba; era lo que me rogaba en todas sus tarjetas, aunque, al cabo, resultó un pretexto. En realidad, pretendía manifestar su protesta contra lo que consideraba una tiranía de los médicos, que le habían prohibido cualquier contacto con el tabaco, la bebida y… ¡fíjese usted! las mujeres —Martirio se reía con una risa contagiosa y clara que embelesaba al marqués.

—Para conocer Cuba podía haberse comprado una enciclopedia —comentó.

Don Alonso conocía, por sus señalados caprichos, al excéntrico comprador de aquellas horas de tertulia con Martirio Galán.

—Sólo pretextos para tenerte cerca, aunque le alabo el gusto. En cuanto a las prohibiciones médicas —añadió—, a partir de cierta edad no queda otra salida que resignarse con esa tiranía. No obstante, es justo reconocer que un buen cigarro, un vino selecto o una mujer hermosa, constituyen, en muchos momentos, remedios perfectos contra muchos males.

—Lleva usted razón, pero no olvide que muchas medicinas se elaboran a partir de los más potentes venenos.

—Dulce veneno, tormento que se ansía, enfermedad incurable… Contra la voluntad de un enfermo que no desea la salud, como es mi caso, no existe remedio alguno —contestó galante.

Y ella respondía abriendo nuevamente al aire una sonrisa limpia, que él ya había comparado repetidamente en sus secretas cartas con un cristal limpio, con una música deliciosa o con una aurora de verano.

Aquella primera vez, el marqués tuvo de Martirio Galán una visión fugaz. La vio cruzar, acompañada por Flora la Melliza por uno de los paseos de la población. Un brusco viento de otoño, desatado la noche anterior, había cubierto el suelo de hojas secas. Tropezó con sus ojos, —pozos oscuros de su mirada dulce—, y desde entonces, ya nunca volvió a ser el mismo. El cruce casual de sus miradas fue suficiente para que no pudiera dejar de imaginarla, para que no consiguiera eludir el deseo de volverla a ver, con un ardor que ya tenía casi olvidado. Y se dejó llevar sin resistencia por aquella obsesión, que le fue robando insensiblemente la serenidad ya asentada de su vejez, llevándole a cruzar sin sueño las largas noches de muchos días. Herido por aquel amor súbito, una fiebre creciente del alma empezó a consumirle. Se retrotrajo a su juventud, a la inquietud apasionada de sus mejores años y ésta le devolvió una ilusión que no había sentido desde hacía muchos lustros y que a partir de entonces impregnó todos sus quehaceres.

En vano buscó olvidarla sumergiéndose en la amplitud serena del campo, en el trajín de las tareas agrícolas de su hacienda o en los largos paseos a caballo por la dehesa. Todo fue inútil: la imagen de Martirio Galán le acompañaba a todas partes con una fijación enfermiza, de manera que tuvo que regresar tres días más tarde a su casa, porque había alcanzado el punto en el que ya no podía vivir sin

verla.

Con la intención de encontrarse con ella otra vez, cada tarde daba un largo rodeo para pasar por la plazuela en la que se hallaba el Puerto Rico, desviándose de su camino habitual hacia la sede de la Sociedad Laboriosa y Recreativa, donde, en todo caso, buscaba pretextos para regresar lo antes posible a su casa. Sin embargo, en ningún momento satisfizo su pretensión de alcanzar el premio de atisbar la soñada figura de Martirio.

Finalmente, un domingo de enero, en una madrugada de insomnio y frío, se decidió a escribirle. Llegada la mañana, le remitió una nota, que Martirio confesó guardar celosamente desde entonces, como recuerdo y primera prenda de un amor que —según reconocía— también estaba a punto de prender en ella.

El mensaje estaba escrito en los términos siguientes:

Distinguida señorita: hay gozos en la vida que no me perdonaría dejar pasar sin saborearlos. Para mí, tan sólo verla, hablar con usted, sería el mayor placer.

Acudiré cuando usted me lo diga. Si mañana por la tarde me ofrece una señal en su balcón, entenderé que accede a mi petición.

Le beso la mano y aguardo su respuesta.

Al día siguiente, atrapado por una desazón que le secaba la boca y una inquietud que le socavaba las entrañas, don Alonso dirigió sus pasos a la plazuela y observó, como respuesta a su mensaje el signo prometedor que le anunciaba la posibilidad de un encuentro. Atada con un lazo a la baranda de hierro del balcón de Martirio Galán ondeaba en la brisa una cinta roja.

Entró. Ella le esperaba y le recibió en la culminación de la escalera con una sonrisa que él consideró un regalo del cielo, otorgado sólo a los bienaventurados. Se dejó besar la mano y, llena ya por completo la boca con una gloriosa alegría, recibió entre risas agradecidas los galantes cumplidos del marqués.

—Con usted en la insurgencia cubana no habría batallón que no se le rindiera. Los españoles no tendríamos nada que hacer allí.

Don Alonso advirtió que no le agradó el cumplido. Aquella señal le permitió deducir que se acababa de asomar a un espacio amargo de la existencia de Martirio.

Charlaron largo rato sentados en la antesala de su alcoba. Martirio le habló de su futuro, en el que contemplaba «quizá me decida algún día» —dijo— regresar a la luz hermosa de la isla. La vida empujará mi regreso. Quiero volver, aguardar allí la llegada de la última hora. Conforme pasan los años veo más claro que los míos, que allí dejé, me aguardan. Con esa esperanza de volver me conformo. Pero la realidad es que ahora estoy aquí y, antes de embarcar para allá, me gustaría poder cumplir algunos sueños.

—¿Y puede saberse con qué sueña usted?

—Pues verá, antes de regresar a mi tierra, quiero conocer París. Suspiro por pasear por esa ciudad que dicen maravillosa. Pero antes —añadió después de pensarlo un momento— me gustaría tocar, sentir la nieve en mis manos, aunque para ello tenga que subir a la cima de una montaña.

Su voz estaba impregnada de una nostalgia misteriosa para el marqués que, en aquel instante, se aseguró íntimamente que un día no lejano aquella mujer lograría hacer realidad sus sueños.

Luego, según discurría la tarde, deambularon por las callejas de las confidencias.

Él le confió retazos tristes de un pasado al que permanentemente se hallaba de regreso. Le habló de su soledad, de la sombra, aferrada a su memoria, de su eterna ausente, la marquesa Mercedes.

Martirio le ofreció ron viejo de su isla y él le prometió su mejor vino dulce.

Cuando se despedía, antes de dejar sobre la mesa un sobre con un billete de banco que ella pretendió inútilmente rechazar, albergando el temor de una negativa, con una timidez de adolescente, formuló el deseo de volver a verla.

Martirio Galán le respondió:

—Con gusto. Siempre que usted quiera, pero, por favor, no deje de avisarme.

Don Alonso abandonó el Puerto Rico, y por primera vez en muchos años rehusó acercarse por la sede de la Sociedad Laboriosa y Recreativa. Temía que la feliz agitación de su ánimo pudiese ser advertida. Sus compañeros habituales supusieron que se hallaba enfermo.

Regresó a su casa dispuesto a añadir a la satisfacción del encuentro, el delirio jovial de haber hecho realidad, después de muchos años vacíos, sus sueños de enamorado.

Aquella misma tarde concluyó la primera de una larga serie de cartas de amor, fechada el sábado 11 de mayo de 1889. Eran misivas que tenían a Martirio Galán como destinataria y argumento, pero que tardarían algunos años en llegar a su poder.

XVIII

Había transcurrido una semana desde que visitó por primera vez a Martirio Galán en la antesala de su alcoba.

Después de aquel encuentro, pasada la euforia inmediata, el marqués se sintió repentinamente acosado por un padecimiento que, aunque le afectaba al cuerpo, según dedujo, no podía proceder más que de una afección del espíritu. Sufría una profunda desazón interior, una inquietud del alma que le impedía reposar los pensamientos un solo instante. Por más que lo procuró, su cabeza volaba invariablemente hacia la bella cubana. Su turbación hacía oscilar su ánimo, desde episodios de un desbordado entusiasmo, del que luego se avergonzaba, hasta instantes de pegajosos desánimos, por los que notaba deslizarse hacia un abismo la esperanza de sentir alguna vez, cercanos, la presencia y el calor de aquella mujer.

Abrumado por unos sentimientos tan intensos como contradictorios, calmaba su desasosiego mediante la redacción febril de largas cartas, en las que invocaba con encendidos calificativos al objeto de su tardío enamoramiento.

En ellas aparecía como el protagonista activo de aquella historia; gozoso unas veces, sufriente otras, aunque también como espectador de sí mismo, situado pasivamente en el margen de su propia existencia, viviendo en otra realidad distinta a aquella en la que se encontraba; atrapado en la red que habían tendido sus propios sentimientos.

No fue suficiente desahogo para salir de la confusión en la que malvivía una nueva escapada a sus propiedades en el campo, pues con la misma urgencia con la que se había marchado de la ciudad regresó a su casa desde el cortijo para, una vez allí, sintiéndose perdido en un laberinto de contradicciones, preguntarse por qué se le había ocurrido volver tan precipitadamente.

Sentía clavado en el alma el garfio de una inquieta desazón y no hallaba el modo de evadirse de ella. Su vida se había convertido en un espacio tomado por Martirio Galán. En todas sus estancias se hallaba instalada su imagen. La esencia y la existencia de aquella mujer le perseguían, le acosaban lo mismo en los voluntarios y breves exilios en la hacienda, que en los dilatados encierros meditativos de su despacho. Con una obstinación desesperante, la imagen de la cubana estaba presente en sus largas noches insomnes. También en sus días.

Incluso en la tertulia vespertina de la Sociedad, en la que a duras penas lograba seguir los dispersos hilos de la conversación, amarrado como estaba al objeto permanente de sus pensamientos. Todo parecía haber dejado de interesarle. El resplandor de la vida de Martirio, creada por su encendida imaginación, anegaba todos los rincones de su existencia.

Conforme iba pasando la semana, cada vez con mayor claridad, tuvo conciencia de haberse extraviado en un laberinto en el que nunca imaginó perderse y del que le resultaba imposible —él tampoco lo deseaba— escapar.

Hubo momentos en los que consideró una debilidad personal aquel enamoramiento que encarcelaba su voluntad. Para mortificarse, y mediante una renuncia que valoró como una penitencia, intentó refrenar sus sentimientos y se resistió cuanto pudo a solicitarle otra entrevista. No obstante, le persuadía la certeza de que llegaría el momento en el que se daría por vencido.

A pesar de sus propósitos, la mañana del sexto día, después de haber redactado dos breves y apasionadas cartas, sintió hallarse a punto de percibir como dolor físico su ansiedad por volverla a ver. En aquel momento su voluntad se derrumbó; febrilmente, redactó una nota pidiéndole volver a verla y se la remitió junto a una damajuana con el mejor de sus moscateles.

Sintió entonces como si su determinación le hubiera devuelto la vida y la libertad; como si el mundo se ensanchara en todas direcciones y recuperase la limpieza y nitidez del día de su primer encuentro. También, a la sombra de sus dudas, se aseguró a sí mismo que aquella entrevista, en el peor de los supuestos, le serviría para despedirse definitivamente de ella y que, verla de nuevo, tal vez lograría deshacer la ilusión que habían forjado los delirios de un amor imposible.

—En todo caso —pensó—, si esto ocurre, me trasladaré durante unos meses a la capital.

Y quiso convencerse de que la vida social cordobesa, algunas corridas de toros y otras diversiones, incluso otras mujeres, conseguirían librarle de su sufrimiento.

Regresaba a su despacho, cuando avistó el reflejo de su figura en el gran espejo del corredor, situado frente a la culminación de la escalera principal. Se vio a sí mismo avanzar mirándose fijamente,

hasta detenerse escrutando su figura, retratada por el cristal. Inesperadamente, la realidad se le hizo presente hasta el extremo más cruel. Se descubrió decrépito y frágil, cargado de años, desprovisto de fuerzas salvo la de la voluntad y reconoció que aquel que le miraba desde el fondo del espejo se hallaba ya irremediablemente próximo al final de la carrera de la vida.

Más de cerca aún del cristal, advirtió el hundimiento de sus ojos, con el azul claro de las pupilas disuelto en un fondo acuoso, de anciano. Reparó en el triste gris de sus cabellos, en su piel mate como de fruncido pergamino, y en su cuerpo, rindiéndose ya sin condiciones al paso del tiempo.

El encuentro le conmocionó. La decadencia que los años habían ido cargando sobre él se le evidenció con tan dolorosa crudeza que, por primera vez desde la infancia, sintió miedo.

Bajó apresuradamente las escaleras y buscó con urgente desesperación a Frasquito. Luego, cuando el guardés apareció, le reclamó la devolución del sobre con la nota para Martirio, anulando su encomienda. Después, taciturno, se retiró a su cuarto para permanecer recluido durante varios días, en los que tuvo la impresión de sentir el tiempo pasar, demoledor y ciego, por encima de aquel momento de su vida, triturándola sin piedad.

Una mañana Frasquito llamó a la puerta de su cuarto y le entregó una carta.

Era de Martirio. El mensaje se reducía a dos líneas, pero para don Alonso en ellas se resumía el único remedio capaz de devolverle la existencia. La leyó varias veces y en cada ocasión sintió como si su corazón hubiera rejuvenecido.

«Desde que marchó aguardo una nueva visita. ¿Cuándo disfrutaré nuevamente de su grata presencia en mi casa?

Suya afectísima: Martirio».

La garrafita lacrada, llena de vino dulce llegó a sus manos poco después, y con ella la respuesta: «Esta tarde, a las cinco, estaré ahí. Creo que es demasiado tiempo para mi anhelo. ¡Gracias!».

A partir de entonces, después de cada encuentro, de regreso a la soledad de su despacho, don Alonso volcaba sus sentimientos en las cuartillas de papel de arroz de sus cartas. Llegó a redactar más de sesenta. En ellas, a modo de diario sentimental, trató de poner voz

escrita a aquel irresistible amor que sentía crecer impetuosamente en su alma, pero también, para su gozo, en la de Martirio Galán.

Disfrutaba no solamente de sentirse amado, sino de amar de nuevo con una intensidad antigua, que había supuesto olvidada. Todo en su existencia cotidiana se convirtió en una ofrenda permanente para ella.

Fue en aquel momento cuando tomó la determinación de no preguntarle nunca sobre su historia. Deseaba ignorarlo todo acerca de su pasado, borrar de su mente incluso lo que ya conocía. Luego, para rellenar el vacío en el que había dejado la existencia pasada de Martirio exclusivamente para sí mismo, le urdió un imaginario pretérito en su lejana isla, en el que, según su estado de ánimo, modificaba los paisajes, de acuerdo con una sucesión de primaveras y otoños radiantes —que allí no existían—, pero en los que siempre aparecía como fondo, invariable, tenso y brillante, como pintado, el mar Caribe verdeazul y tibio.

Y era porque ella, en más de una ocasión, con su acento almibarado en el que las palabras se hacían suaves como la brisa del atardecer en la costa frente a Manzanillo, la villa marinera de la que ella le hablaba a veces, le había dicho:

—Don Alonso, ¡me gustan tanto sus ojos! Cuando los miro, dejo de echar de menos el mar.

Para Martirio el mar era lo más hermoso que había conocido nunca; más que nada en la tierra.

—He visto muchos preciosos paisajes —decía—, pero nada hay más bello, más cambiante y al mismo tiempo más eterno que la mar.

Don Alonso le inventó una infancia y en ella la retrató con unos ojos grandísimos, siempre sorprendidos y alegres; luciendo largas trenzas morenas adornadas, más que sujetas con anchos y vaporosos lazos de organdí, como el que también le rodeaba la cintura, semejantes a nubes de hielo.

Para sus quince años creó un mundo adolescente, en el que la imaginaba paseando por avenidas coronadas por penachos verdes mecidos por la brisa en la cima de su columnata de enhiestas palmeras reales tan en flor como ella; o a través de paseos adornados con hileras de flamboyanes de grandes flores llameantes, mostrando su primera esbeltez de muchacha, cargada todavía con el desgarbo de las niñas a las que acaba de sorprender y sobrepasar súbitamente el

tiempo, pero luciendo ya, orgullosamente, junto a los extremos de sus trenzas, los frutos prietos de sus nacientes senos, la gracia caminante de las iniciales redondeces de sus caderas.

Fraguó también su imagen viviendo con derroche la rotunda plenitud de su naturaleza de mujer. En aquella estampa, ella habitaba una casa hermosa, con anchos corredores abiertos al aire caliente del trópico, rodeados de barandas pintadas de blanco, asomados a una plaza a la que sombreaba la gloria de una ceiba gigante, como un monumento, plantada no se sabía cuándo y venerada desde siempre como un objeto sagrado.

Estaba aquella casa soñada densamente rodeada de hibiscos de flores rojas y de cañas de ámbar, florecidas con un enjambre de perfumadas «mariposas» blancas.

Igualmente, la soñó rumbo a Europa, dejando atrás el suelo de su isla, posada sobre una alfombra de espumas de olas, vestida de blanco, a bordo de un velero que casi volaba sobre el agua profunda para traerla a su lado, en un encuentro que, estaba seguro, había sido planeado por el destino.

Finalmente, se vio con ella, en una quimera urdida en los primeros momentos de su relación —cuando todavía era capaz de soñar sentirse joven—, llevándola de regreso a su isla verde, anclada en la mitad del mar de las Antillas, para disfrutar juntos, realmente, del abanico todo de su existencia: de la ingenua ternura de su infancia, de la flor encendida de su adolescencia, del fuego ardiente de su plenitud de mujer y, de su madurez, en un largo y dorado crepúsculo, siempre en una casa de barandas pintadas de blanco, asomada al mar.

Martirio Galán no llegó a saber nunca que había tenido otras vidas imaginadas en la mente de don Alonso y que tardaría algunos años en recibir, escrito para ella, un rimero de más de sesenta cartas de amor. Tampoco supo que, sin dejar de ser ella misma, el amor del marqués la inventaba constantemente para encontrarle facetas insólitas, hallándole sin esfuerzo motivos nuevos para amarla, para desearla todavía más.

Como una prolongación de aquella pasión antigua que sintió por su mujer muerta, la dulce criolla de voz de azúcar era para don Alonso de Medina sencillamente una fase nueva del amor total de su vida, florecido ahora como el árbol de la majagua, del que Martirio contaba que tenía la madera azul. Por esta razón, la relación entre el marqués

y ella llegó rápidamente a ser la propia de un viejo matrimonio, de regreso ya de toda la pasión, instalado en la confortable seguridad de la costumbre, cuando los encuentros responden a la necesidad de eludir el vértigo de la soledad, una vez alcanzado al punto en el que ya han sido ganadas o perdidas definitivamente todas las batallas por la independencia.

XIX

Decidido a ponerse al día en todo lo relativo a los asuntos de su hacienda, Enrique permaneció una semana y media sin salir a la calle, recluido prácticamente desde el alba hasta el ocaso, en el despacho, que sólo abandonaba para comer y dormir.

Empleó cinco días en el repaso minucioso de los libros y los cuadernos de cuentas de la administración de la hacienda marquesal, a la que consiguió seguir el hilo de su complicada madeja y confirmar que los tiempos habían sido malos para la economía que acababa de heredar. Aparte de los capitales muertos que constituían los bienes raíces: casas y fincas, mermadas tanto por él mismo como por los proyectos frustrados y las disposiciones testamentarias de su padre, su riqueza estaba basada casi exclusivamente en el cultivo de los viñedos, ahora arrasados desde la raíz por un demoledor insecto, y en el comercio de vinos, producto al que las circunstancias habían condenado ya desde hacía varios años a una previsible extinción.

Los resultados en los que desembocaban las cuentas le acobardaron. A través de los balances anuales que consultó pudo evaluar el costo aproximado que, para su hacienda, había significado su larga estancia en Madrid; ello sin considerar la venta de los dos corrales de vecinos y de un local alquilado como almacén de maderas.

En las primeras semanas de su estancia en la Corte sobrevivió con el dinero que llevaba y luego con el que, sin haberlo pedido, le fue remitiendo su padre, y que él no rechazó. Más tarde, su situación mejoró gracias al negocio de representación de los productos de sus bodegas que don Alonso procuró establecerle, para que viviera con la dignidad que juzgaba propia de su casa. No obstante, quizá por su desidia, la empresa había sido tan ruinosa que las pérdidas excedieron con creces a todas las ganancias, habiendo llegado al punto de que, en algunos momentos, a fin de mantenerlo —a él más que al negocio—, don Alonso se vio precisado a acudir a la vía de los préstamos, hipotecando algunos inmuebles, cuyos plazos de amortización e intereses se mantendrían todavía durante algún tiempo.

El encuentro con aquellas evidencias le reveló, aunque demasiado tarde, la infinita paciencia de su padre, la indignidad de su comportamiento y lo reprobable de su caprichosa terquedad en mantenerse lejos de su casa. Bastantes gastos reflejados en las largas columnas de anotaciones deudoras procedían de su estancia en Madrid y todos, como el dolor que adivinaba en su padre por su ausencia,

hubieran podido evitarse. Reconoció que falto de fondos, sin duda, hubiera regresado antes y que la resolución paterna de no humillarle había resultado demasiado costosa en todos los sentidos.

Tres días más tarde, Enrique concluyó el repaso de las cuentas. No obstante, todavía hallaba en ellas puntos oscuros de cuyos resultados positivos desconfiaba. En su mayor parte procedían de la sustitución de fincas de olivar por viñedos.

Emprendió luego la lectura de las innumerables cartas y memoriales acumulados en los archivadores, a través de los cuales, a veces inútilmente, se esforzó por esclarecer las circunstancias que los produjeron.

Se trataba, en su mayor parte, de documentos intrascendentes, a cuya lectura se aplicó no obstante con gran voluntad.

A través de ellos se le fue apareciendo nítida una parte de la realidad de Morana, a la que las misivas e instancias se referían; y aunque en ocasiones resultaba fácil deducir la respuesta, en otros casos le era imposible completar el argumento.

Aquellas cartas, como las mariposas disecadas por un entomólogo, insertas en los aros metálicos de los archivadores, contaban historias generalmente triviales, aunque todas ya marchitas y, seguramente, olvidadas.

Estaban intercaladas frecuentemente con otras comunicaciones, que respondían a formulismos sociales, retratos de momentos fugaces que aparecían como instantes congelados de una parte de la vida de la ciudad, reflejados en ceremoniosos saludas, excusas, protocolos, invitaciones o esquelas.

A través de aquellos documentos, Enrique pudo escudriñar, aunque sin captarlo del todo, una parte de la vida de Morana, perdida para él durante los ocho años de su ausencia; un tiempo irreversible, que alcanzaba un ámbito aún más antiguo en el que, a pesar de haber estado él presente, le había pasado desapercibido. Por medio de ellos, titubeante, pudo seguir, aunque en ocasiones perdiese su pista, las huellas de su padre.

Para su sorpresa, en una pequeña carpeta halló un conjunto de cartas del que, hasta que él mismo se despidió, había sido el administrador de los inmuebles de Madrid. En las últimas había informado a su padre sobre la venta —dilapidación la denominaba— de aquellos bienes. Estimó entonces el prudente silencio de su padre al

respecto, como una muestra de un cariño que ya le resultaba imposible agradecer.

Cuando se hallaba repasando unos informes, nada optimistas, sobre las tentativas de hallar un remedio contra el arrollador avance de la filoxera, conoció la noticia del suicidio de Frasquito y Rosalía.

La brutalidad del suceso le impactó tanto, que le fue imposible continuar con la labor que realizaba. Le resultaba inexplicable que precisamente en el momento en el que habían pasado a ser propietarios de una finca a la que Frasquito amaba especialmente y cuyas rentas les hubieran permitido vivir sin agobios económicos el resto de sus vidas, hubieran decidido poner el punto final a las mismas de un modo tan terrible.

Los detalles del suceso corrían de boca en boca por Morana, y la servidumbre de la mansión estaba especialmente conmocionada. De no estar en vigor el luto de la casa, Enrique hubiera mandado entornar durante algunos días las puertas de la calle en señal de duelo. Conocía desde la infancia a los guardeses y su aprecio por Frasquito y Rosalía había sido siempre sincero.

En la ciudad, los motivos del suicidio dieron lugar a todo tipo de habladurías. La prensa local también se hizo eco de la tragedia. En una columna de su penúltima página, en la que se comentaba el suceso, el decenario «Libertad», en un alarde de sentimentalismo que la prensa conservadora calificó de obsceno y casi blasfemo, y que dio lugar a un aluvión de indignadas respuestas, un anónimo colaborador hacía especial hincapié en el gesto de indisoluble solidaridad matrimonial de los suicidas, «colocados —escribía— ante el terrible altar de la muerte a la que la pareja se había ofrecido, prolongando hasta el exceso el compromiso adquirido in facie eclessiae, de permanecer perdurablemente unidos en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad, incluso en la muerte —indicaba—, como un triunfo de la sacrosanta libertad más allá de los límites de lo vedado por la Iglesia».

Al entierro civil, sin otro protocolo que cubrir de tierra los féretros que contenían los restos de los difuntos —introducidos por un portillo trasero en el corralillo del cementerio reservado a los suicidas y herejes—, acudieron varios sirvientes de la casa y algunos familiares lejanos, cuyos vínculos les permitían albergar algunas esperanzas de participar en la supuestamente menguada herencia de los suicidas.

La tarde del entierro, Enrique, por más vueltas que le dio al

episodio, no logró desentrañar los móviles de aquella autodestrucción que los forenses declararon voluntaria. Le intrigaba que los beneficiados de su legado hubieran renunciado a su disfrute. El enigma testamentario, que su padre se había llevado a la sepultura, alcanzaba ahora una dimensión de mayor oscuridad y más denso misterio.

Al día siguiente, vuelto a la tarea de exploración sistemática que realizaba en los papeles de su padre, tocó el reconocimiento de los conservados en el mueble más hermoso del despacho, un armario grande de nogal, con puertas acristaladas y remates y molduras de talla, en el que se conservaban los documentos más preciados de la familia, aquellos que probaban la antigua hidalguía, los viejos títulos con sellos de oblea y añejas cintas de seda, las patentes de los privilegios respaldados por extensas declaraciones colofonadas por complejas rúbricas bajo el inevitable lema «en testimonio de verdad», junto a prolijos árboles genealógicos; las innumerables y rancias escrituras en ilegible y compleja letra procesal, los testamentos encabezados por la señal de la cruz y la invocación, repetida como una jaculatoria: «En el nombre de Dios Todopoderoso…». Todo ello cuidadosamente ordenado y catalogado en grupos de legajos atados con cintas rojas.

Entre aquellos papeles encontró Enrique el «Prontuario…», redactado por su antepasado el capellán don Manuel Antonio de Medina, manuscrito legiblemente en un cuaderno, a cuyo texto, como se podía deducir por la diferente caligrafía, se habían unido otras informaciones relativas a la dinastía, menos afortunadas en cuanto a estilo literario, pero igualmente jugosas e interesantes. Al documento, de evidente intención didáctica, habían acudido repetidamente varias generaciones de Medinas deseosas de conocer la historia —a veces reducida al nivel de una colección de escuetas anécdotas— de la ascendencia principal de la familia.

Enrique se sumergió apaciblemente en sus páginas durante varias horas y, aunque lo tenía decidido desde la noche del entierro de su padre, cuando concluyó su lectura, mientras saboreaba una copa de un vino viejo, al que la luz dotaba de cálidos relumbres, después de meditar en qué términos lo haría, se decidió a escribir a don Jerónimo Andrade pidiéndole autorización para optar a la mano de Constanza.

Juzgó que una carta actuaría eficazmente como embajadora de su proyecto y, asimismo, previa concesión de la pretendida audiencia, como anticipo de una visita. El sentido de la respuesta le permitiría determinar su posterior plan de actuación.

Tomó el papel, timbrado discretamente con la corona abierta de marqués y, después de fechar su carta, escribió:

Estimado don Jerónimo:

En mi situación actual, mi condición me exige tomar estado prontamente, no sólo con el fin de dotar mi vida de la estabilidad y el equilibrio que conlleva el matrimonio, sino para tratar de proporcionar a mi casa la garantía de un heredero que continúe la familia.

Con ello cumplo uno de los deseos más fervientes de mi padre (Q.S.G.H.), el cual, sin duda, aprobaría esta decisión que tomo hoy.

Nada me agradaría tanto como contar con su aquiescencia para iniciar relaciones con su hija Constanza, pues he llegado a la conclusión de que nadie mejor que ella podrá compartir conmigo el título que hoy ostento y la vida que le ofrezco.

Puede estar seguro de que espero sus noticias con verdadera impaciencia.

Suyo siempre afectísimo: Enrique.

Al día siguiente, temprano, el cochero recorrió los tres cuartos de legua que separaban la ciudad del cortijo de El Gamonal, para entregar en mano la carta a don Jerónimo. Éste, personalmente, salió a la puerta, al oír la llegada del coche.

—De parte de don Enrique de Medina —dijo el sirviente, mientras hacía entrega del sobre cerrado—. Me ha dicho que, si a usted no le importa, vuelva mañana a recoger la respuesta.

—Pues vuelve mañana, hijo —concedió don Jerónimo, sorprendido por la urgencia.

XX

No fue necesario que el cochero regresara al día siguiente a El Gamonal para recoger la contestación. La recibió Enrique aquella misma tarde.

Apenas se marchó el emisario, bajo el frondoso almez de tronco encalado que proporcionaba densa sombra a la fachada durante las tardes del estío, don Jerónimo leyó detenidamente la carta.

La inesperada pretensión del marqués provocó en su ánimo efectos contradictorios: inicialmente le embargó una inquietud inconcreta que, al cabo, se concretó en un gozo que inundó su alma con la satisfacción de hallarse ante la posibilidad de ver cumplido un anhelo que siempre había juzgado inalcanzable.

La oportunidad de conseguir ver a Constanza casada con el marqués despejó rápidamente cualquier recelo y, sólo imaginar que tal circunstancia llegara a producirse, le hacía sentirse feliz. Y aunque estaba seguro de que, dadas las ventajas que el mismo reportaría a la hacienda de Enrique, era el interés el que movía la pretensión de aquel casamiento, aceptaba gustoso, incluso justificaba, lo que podría constituir un acertado intercambio de bienes patrimoniales. Entendía que le compensaba ampliamente ver a su hija convertida, no sólo en marquesa, sino en la madre troncal de los sucesores de un título que, en cierta manera, a través de ella, estaba dispuesto a sentir como suyo.

Como en otras ocasiones, para convencerse a sí mismo y respaldar sus decisiones, don Jerónimo desplegó mentalmente una secuencia de pensamientos basados en frases hechas, en las que estaba convencido de que estaba condensado el saber de las generaciones anteriores y que colocaba, como etiquetas, a las distintas circunstancias que le tocaba vivir. En aquel momento acudieron a proporcionar sabio respaldo a la idea de aquel enlace varias certezas: la de que una mano lava a la otra, que el amor nace, pero sólo prospera si se le alienta; que el dinero y los títulos se necesitan y que ambos, unidos, conducen a la gloria; que es el amor el motor del Universo, pero es el dinero el que sostiene la Tierra, y que la verdadera cima de la sociedad se encuentra allí donde se reúnen armónicamente el poder y el prestigio.

Llegado a la edad en la que cada vez son más claras las convicciones, para don Jerónimo Andrade el único poder realmente efectivo en el mundo era el del dinero. «Todo lo demás son romanticismos enfermizos» —sostenía—, aunque no podía dejar de

reconocer que el valor de éste crecía con el lustre y el brillo que podían proporcionarle determinados apellidos.

Subió a la intimidad de la habitación que hacía las veces de despacho, en la que solía recluirse para leer libros de historia. El mobiliario se reducía a un escritorio, una vieja jamuga con asiento y respaldo de cuero y al armario donde guardaba algunos de muchos de sus volúmenes favoritos, incansablemente releídos, junto a varios paquetes de papeles viejos. Tras la mesa, sobre la pared encalada, un antiguo lienzo representaba oscuramente a su santo homónimo, un San Jerónimo penitente, de mirada enfebrecida, envuelto parcamente en harapos que, arrodillado, sostenía un crucifijo con una mano y una calavera en la otra.

De espaldas a la ventana para aprovechar la luz que entraba por ella, don Jerónimo volvió a leer la carta. Luego discurrió algún tiempo acerca del modo de hacer saber su contenido a Constanza, y especialmente sobre la manera de inclinar su ánimo a una respuesta, si no claramente favorable en un principio, al menos abierta y comprensiva ante la oferta de Enrique de Medina.

No obstante, albergaba el temor de que, dado su apego a la idea de tomar los hábitos monacales, rechazara tan radicalmente la proposición, que no le quedase ninguna oportunidad de argumentarla y defenderla.

Aguardó a que pasaran las primeras horas de la tarde y a que llegase el momento de penetrar, como lo hacía habitualmente, en el mundo casi hermético que Constanza se había construido en una de las alas del cortijo; un universo, como de niña consentida, por enferma y única, repleto de ordenados detalles banales, recogido y silencioso, en el que el tiempo se hallaba puntualmente regido durante el día por las siete horas canónicas dictadas por el salmo quinto y, en la noche, por las tres vigilias de los maitines.

Constanza parecía feliz en el amparo de aquel mundo que se había reservado. Rezaba con rigurosa puntualidad el breviario, vestía niños Jesús como si fueran hijos, bautizados todos con nombres escogidos; cuidaba un sinnúmero de macetas con atento primor, bordaba manteles y paños para los altares y los ajuares de las escasas amigas que le quedaban con perspectivas de contraer matrimonio, y, finalmente, desde su piano, hacía acudir cada tarde las notas de Chopin y, a veces, de Brahms al aire de su encierro. Sentía cómo la música la purificaba, impregnando su espíritu con un sentimiento de bondad que la acercaba místicamente al infinito. Y a semejante goce

regresaba cada tarde, convocándolo con las yemas de sus finos dedos desde aquel instrumento, mandado traer por su padre desde Madrid, para aventarlo al aire dorado que se colaba en la sala desde el campo, cuando el sol caía hacia el poniente, con don Jerónimo como único y rendido público.

Pese a la presencia de su padre, Constanza interpretaba las piezas de su reducido repertorio para sí misma, como alimento de sus sueños y nostálgica y despedida de otros, nunca revelados, que había dado ya por imposibles.

Como su cuidada caligrafía, la aceptable conversación y redacción del francés, el dibujo, el arte del bordado y las buenas maneras, aprendió a tocar el piano durante su estancia, a lo largo de cuatro años de su adolescencia, en el primer internado para señoritas abierto en la capital.

Era delgada, alta y elegante. Sin ser del todo bella, el rostro resultaba atractivo y agradable; en él resaltaban los labios, de color cereza y, especialmente, los ojos, hermosos, grandes y oscuros, de un mirar melancólico y dulce, como de cierva cautiva. En su compostura tenía el aire recogido y humilde de las novicias. Sin embargo, cuando se sentaba ante el piano, con el pelo recogido sobre la nuca, Constanza se transformaba; su aspecto delicado y frágil desaparecía; transfigurada, se sumergía en la pasión romántica de la música que interpretaba. Entonces, parecía arrojarse a volar con ella sobre paisajes de mundos soñados, más hermosos por haberlos considerado siempre como imposibles, en los que —sólo ella lo sabía— se encontraba Enrique de Medina.

Con la última nota, el mi bemol sostenido y lánguido del segundo nocturno de Chopin haciendo vibrar todavía las cuerdas del piano, su padre dijo:

—Me ha escrito hoy el nuevo marqués.

Ella se volvió a mirarle y don Jerónimo pudo detectar un destello de sorprendida curiosidad en los oscuros ojos de su hija.

—Enrique…

Don Jerónimo esperaba una pregunta, pero ella pronunció el nombre como un asentimiento, como la confirmación de un hallazgo mucho tiempo buscado, como si de pronto se hubiera abierto una ventana en la estancia de sus recuerdos.

—Sí. Desea casarse… Contigo… Quiere conocerte. Ésta es su carta. La recibí esta mañana. Léela.

Don Jerónimo había ido dejando caer, gota a gota, el caudal de sus palabras.

Azorada, Constanza tomó la carta. Trataba de ocultar el rostro a la mirada de su padre. Dándole la espalda, se acercó a la ventana, buscando la última claridad que transmitía la tarde. Don Jerónimo la observaba. Notó que mientras leía la carta, se ruborizaba levemente y que le temblaban ligeramente las manos.

—No quiero el convento para ti —dijo.

Un tono de honda súplica se adhería a sus palabras. Luego, tras una pausa, añadió:

—Hija mía: no puedes imaginar con qué gusto te acercaría yo al altar de los Medina. Tienes derecho a ser feliz. ¿Quién mejor marquesa que tú?

—Es que yo ya soy feliz —proclamó Constanza con un esbozo de sonrisa.

Era imposible percibir en su afirmación la rotundidad plena del convencimiento.

—Lo creo —repuso su padre concesivo—. Pero no todo lo feliz que yo quisiera.

El silencio se prolongó más de lo que don Jerónimo esperaba.

—Tengo que pensarlo —afirmó ella al cabo.

—Por supuesto.

En la expresión de aquel aplazamiento, intuyó don Jerónimo haber logrado abrir un portillo en la muralla de la voluntad de su hija. Sin embargo, no advirtió que aquellos muros que suponía tan sólidos, a prueba de toda suerte de tentaciones mundanas, estaban a punto de derrumbarse.

—Pero… Es que Enrique debe tener una respuesta mañana —añadió.

Constanza pareció pensarlo un instante.

—No me importa verle. Dígaselo usted. Aunque seré yo quien decida el momento.

—Como quieras, hija mía —le besó las manos con ternura y evidente gratitud—. Muchas gracias. Quédate con la carta. En el fondo está dirigida a ti. Estoy seguro de que no te arrepentirás de tu decisión.

Y salió dispuesto a escribir de inmediato al marqués, informándole sobre la, para él felizmente inesperada, respuesta de su hija.

La noche adentró a Constanza en un confuso torbellino de cavilaciones. Contrastaba con la agitación de su espíritu la serenidad del campo cuyos esporádicos sonidos esculpía nítidamente el silencio, proporcionándoles una consistencia firme y limpia.

El desvelo la arrastró hacia los últimos confines de la madrugada y la hizo rodar arrastrando su desasosiego desde un extremo a otro del lecho, revolviendo las sábanas, poblando la alcoba de suspiros.

Tan pronto se sentía elevada al gozo de la felicidad más completa, como hundida en un abismo poblado de sombrías dudas. Su mente bullía incontrolable y, a pesar de que trató desesperadamente de dirigir sus atropellados pensamientos en la dirección serena de sus noches más tranquilas, le resultó imposible alcanzar la calma. Finalmente, no le quedó otro remedio que dejarse llevar a la deriva por el mar agitado del insomnio.

En el transcurso de aquellas largas horas, la imagen de Enrique de Medina, que ella había ido construyendo con los retazos reunidos de sus visiones reales y de sus sueños, se le aparecía obsesivamente perturbadora.

El inevitable poder corrosivo del tiempo transcurrido desde que le conoció, un día de verano de hacía algo más de veinticinco años, en aquella misma casa, había ido desdibujando en su memoria su apariencia infantil, visión primera sobre la que construyó el edificio de sus recuerdos, con la particularidad de que, a medida que la figura comenzaba a desdibujársele, difuminada por la labor incansable y tenaz del olvido, ella la había ido rehaciendo al antojo de su deseo, congelándola en momentos que también le había ideado, de manera que cuando pensaba en aquel niño con el que no llegó a hablar siquiera, distanciada de él entonces por su propia adolescencia, plagada de soledades y ensoñaciones, se le aparecía una criatura que

no era Enrique, sino que, nacido de sí misma como un hijo deseado, resultaba completamente distinto, al que en realidad habían visto fugazmente sus ojos.

Además de aquel retrato imaginario, amorosamente conservado, que encabezaba el álbum que la memoria de Constanza tenía dedicado a Enrique, el marqués ocupaba otras muchas páginas con escenas más concretas y próximas.

Vivía para ella en una rica colección de instantes que, sin duda, él había olvidado por completo, pero que Constanza conservaba fiel y tiernamente, como se guarda un rimero de cartas repletas de sentimientos compartidos o se conservan las flores secas de la ofrenda apasionada de un ser querido, mantenidas entre las páginas de viejos libros, cuajados de subrayados versos de amor.

En las ocasiones en las que la casualidad permitió el encuentro de ambos, Constanza se había mantenido siempre en una distancia que, entre los que fueron capaces de apreciarlo, pudo entenderse como un orgulloso desdén. Sin embargo, su actitud constituía la expresión pura de un miedo cerval al rechazo; un temor insufrible a perderle para siempre, incluso de alejarle del ámbito íntimo de sus ilusiones.

Aquella inquietud y su propio carácter retraído la mantuvieron siempre al margen o por encima de las turbulencias creadas en torno a él por otras mujeres, de todos los estados, que no habían dudado en rondar al futuro marqués con afán de caza, con un descaro consciente, como mariposas en torno a la llama.

Constanza nunca se sintió capaz de entrar en aquel juego, en el que contemplaba incluso a algunas amigas, entregadas a la afanosa búsqueda de un marido provechoso; enfrascadas en el juego de atraerlo mediante sugerencias e insinuaciones que él parecía aceptar para ignorarlas después, y que habían sido dictadas, tanto por la innata intuición de ciertas mujeres en el juego del enamoramiento como por las recomendaciones de meditadas conveniencias familiares.

Por su parte, para Enrique de Medina, Constanza había sido, en los años previos a su marcha a Madrid, una más de aquellas muchachas que decoraban con regular fortuna y en un discreto segundo plano, el retablo de su mundo social, por el que había pasado casi inadvertida a causa del distanciamiento —hubo quien la diagnosticó como afectada de una aguda misantropía— a la que le habían empujado su timidez y sus temores.

Con el fin de llenar de algún modo las muchas horas vacías de su juventud, Enrique se aplicó a veces, con otros jóvenes desocupados de su generación, a la práctica de un pasatiempo burlón, consistente en adjudicar a personas conocidas de la ciudad, incluidos ellos mismos, el carácter de alegorías. A lo largo de numerosas tardes, elaboraron un largo catálogo en el que quedó señalada Constanza como la representación de la Altivez Desdeñosa, aunque también, en una segunda acepción, alguien, quizá más piadosamente generoso, la había vinculado a la Prudencia.

Para ella, Enrique había constituido un sueño, al que no se atrevió a acercarse por miedo a despertar. Una ilusión a la que el paso de los años aseguró como imposible.

Aquella noche, el espejismo que había sido Enrique de Medina en el desierto sentimental recorrido por Constanza, cobró inesperada vida real. Después del largo extravío de ocho años por los vericuetos de una aventura en Madrid de la que ella había pensado que no regresaría indemne, le salía al encuentro para ofrecérsele.

Pensando atropelladamente en él le sorprendió el claror del alba, con la luna creciente y fina pasando con solemne lentitud por el hueco de su ventana, como colgada de un hilo invisible, en el azul frío del cielo.

El cansancio le rindió por fin y, olvidados los rezos de los maitines, se quedó dormida.

XXI

La luz otorgaba a la mañana un suave resplandor de nácar. Entre las nubes, el cielo mostraba a retazos un azul diluido, como acuoso. En opinión de los expertos, señal y anuncio del tiempo que haría en el año siguiente, las cabañuelas de agosto habían traído durante la noche una leve lluvia y la humedad refrescaba por fin el ambiente de la calle.

Ante el portón de la puerta trasera de la mansión, esperaba el carruaje, reluciente de charoles y herrajes pavonados.

Impacientes, los caballos golpeaban con los cascos el pavimento, agitando las cabezas en el aire, mientras el cochero, con chaquetilla corta abotonada, aguardaba apoyado en una de las ruedas traseras, de finos radios oscuros. La portezuela estaba ya abierta y extendidos los dos peldaños del escalerín de acceso al vehículo.

El postigo abierto dejaba ver en el centro del patio una fuente de piedra, con la culminación de la esbelta columna del subiente en forma de cestilla recubierta de verdín. Junto a la pared, tapizada de hiedra, en la que se abrían las ventanas de las cocinas, se alineaban varios naranjos, cargados de frutos todavía verdes.

Sonó, próxima, la campana de una iglesia. Tras un agitado repique, dio el tercer y último toque, llamando a los fieles a la misa de siete.

No tardó en salir Enrique de Medina, consultando su reloj de bolsillo. Una gruesa leontina de oro le cruzaba sobre el chaleco. Portaba en la diestra el bastón de bambú negro con puño de plata, funda de un estoque, que había pertenecido a su padre, y se cubría con un sombrero hongo de color oscuro.

—Antes de llegar a La Dehesa pasaremos por el cortijo de El Gamonal —dijo escuetamente al cochero, al tiempo que subía al carruaje.

El criado cerró la portezuela, subió al pescante y luego, arreando el tiro, dirigió el milord al paso, calle arriba, buscando la vía de salida de la población.

Desembocaron en la plaza. El mercado de las verduras se hallaba entonces en el apogeo de sus menudas operaciones. Los puestos de los hortelanos, bajo la arquitectura efímera de unas grandes sombrillas de

lienzo blanco, imprimían al lugar cierto aspecto de zoco moruno.

En el paseo próximo, sombreado por el rizado follaje de las melias y los plátanos de Indias, los jornaleros sin trabajo se agrupaban en nutridos corrillos, en los que alguien solía leer en voz alta la prensa obrera o los panfletos libertarios, desde los que se les llamaba a la ruptura total con aquella sociedad que tan mal los trataba.

Al verlos, Enrique pensó en la situación de los jornaleros de Morana: «Para desgracia de todos, no hay trabajo ninguno en el campo —se dijo—. Y será muy duro esperar que llegue el invierno, para que, si los cielos quieren, cuaje la cosecha de aceituna».

Mientras se alejaba, recordó que, en una reciente tertulia en uno de los salones de la Sociedad, un viejo político con cierta influencia en la comarca había comparado aquellos grupos de hombres desocupados con el pasto reseco, «propicio —decía— para que prenda en ellos la llama de la rebelión».

Bamboleándose sobre sus ballestas de acero, el carruaje ascendió por una calle abierta al campo, flanqueada de casas bajas con ventanas angostas y cubiertas de tejavana. Por el centro de la vía corría un caño de aguas negras y fétidas.

Casi en la culminación de la acusada pendiente, ya en el campo, se alzaba la Ermita del Calvario. Tenía las puertas cerradas. Ante ella, en la umbría que proporcionaban varios viejos olmos, se levantaban tres desiguales cruces de piedra. Desde los olivares inmediatos bajaba a veces, atropellado y jovial, el canto de los pájaros. Por el camino, cuyas márgenes polvorientas había asentado la ligera lluvia de la madrugada, venía un hombre cargado con un haz de ramas secas de retama.

El marqués tocó levemente el hombro del cochero con la punta del bastón y éste detuvo el carruaje. El hombre se paró haciendo visera con la mano para defenderse del contraluz.

—Oiga, ¿está siempre cerrada la ermita? —preguntó Enrique.

El hombre soltó el haz de leña en el suelo. Se quitó la raída gorra como señal de un respeto aprendido y respondió:

—Sí señor. Menos los días de misa. Pero hace dos semanas que no se ve a nadie por aquí. Antes no faltaban los santeros. He oído decir que los han llevado al hospital.

—Se comenta que con viruela —terció el cochero—; dicen que hay muchos más enfermos en la ciudad.

—En el caso de la viruela —repuso Enrique— la desgracia no se busca: suele presentarse sola. Es la ignorancia la que se confunde con ella; es el resultado de su propia necedad. Resulta absurdo morir de viruela en estos tiempos. Sólo los estúpidos se niegan a ser vacunados.

Su experiencia le permitía imaginar a los afectados por la terrible enfermedad cubiertos de pústulas, tal y como aparecía en su memoria la imagen de Baltasar Cují, aquel criado negro, hijo de esclavos traídos de Cuba, que vivió desde su nacimiento en casa de su abuela y que le levantó muchas veces sobre sus hombros para que alcanzara las frutas maduras de los árboles de los últimos patios.

Cuando Baltasar contrajo la viruela, la abuela ordenó su aislamiento en la gran pieza situada sobre las cuadras, el llamado cuarto hondo, al final de la casa, utilizado como pajar y trastero. Por temor al contagio, nadie tenía el valor suficiente para acercarse allí.

Una vez cada día, por la mañana, en cuanto amanecía, uno de los mozos se acercaba para dejarle apresuradamente, en el primer peldaño de la escalera, la comida: un trozo de pan, una loncha de tocino y un par de naranjas, junto a una jarra de agua.

Enrique recordaba la tarde en la que, a pesar de las recomendaciones de la abuela Teresa, se acercó, atraído por el imán de lo prohibido, al lugar donde Baltasar deliraba consumido por la fiebre. Sus apagados lamentos le orientaron hacia las escaleras del pajar. En el rincón más oscuro, entre inútiles cachivaches, sobre un montón de bálago y tapado con una vieja frazada, el negro se quejaba, tiritando frenéticamente.

Enrique le llamó. Al verle, el criado comenzó a gritar disparates, suponiéndole una aparición, en el delirio de la calentura. Tenía el rostro, incluso los párpados, como todas las partes visibles de la piel, densamente salpicados de pústulas blanquecinas.

La visión le aterrorizó, impidiéndole cualquier movimiento, pero cuando Baltasar se incorporó y, pidiendo perdón, avanzó de rodillas hacia él, golpeándose el pecho con todas las fuerzas de sus puños cerrados, huyó despavorido, bajando las escaleras de tres en tres.

Nunca reveló su aventura a la abuela.

El negro Baltasar falleció al día siguiente, aunque él llegó a

saberlo mucho tiempo después.

Como si espantase con la mano un insecto que revoloteara sobre su frente, el marqués trató de ahuyentar los recuerdos y luego tocó nuevamente en el hombro del cochero con el bastón.

—Vámonos —ordenó.

El látigo restalló en el aire y el carruaje arrancó subiendo el resto de la cuesta hasta coronar el lomo del cerro, hendido por el surco amplio y blanco del camino. El horizonte se extendía ahora dilatado hacia el sur. A la derecha, como un pasillo polvoriento entre vallados cubiertos de musgos resecos, se abría paso un sendero que ondulaba en medio de una larga ladera cubierta de viñedos abandonados, con las cepas muertas, en medio de la hojarasca reseca de los cardos.

El cortijo de El Gamonal se levantaba entre olivares en la mitad del largo y tendido declive de un cerro de tierra casi blanca, rasgado por los hondos cauces de dos o tres arroyos, secos en aquel momento del año. Sombreada por un gigantesco almez, la fachada principal de la casa, con altas ventanas enrejadas, miraba hacia la puesta del sol, y tenía, anejas, la almazara, con su grueso muro de apoyo para la prensa de viga, y la bodega, repleta de grandes tinajones para conservar el aceite, enterrados hasta los cuellos. En la parte trasera, al otro lado del patio, se hallaban cuadras, almacenes y pajares. Anejos a la casa se hallaban el jardín y la huerta, rodeados de altas tapias, en torno a las cuales durante la primavera prosperaban, elegantes y oscuros, los acantos. Por encima de la cerca, los naranjos asomaban parte de sus copas oscuras; los cipreses, sus afilados husos, y las palmeras sus plumeros esféricos, de un verde azulado, casi glauco.

Mucho antes de que el coche llegara junto al cortijo lo anunciaron los perros, de manera que, cuando el marqués descendió, ante la puerta principal, a la que proporcionaban un vistoso encuadre varios rosales trepadores, ya esperaba don Jerónimo.

—¡Hombre!, ¡hombre! ¡El joven marqués! ¡Mi querido Enrique! —exclamó efusivamente—. ¡Qué alegría! ¿Tan temprano por aquí? ¡Ah!, la juventud, siempre con sus urgencias. ¡Qué hermosa edad siempre asomada a la alegría, en la que el amor es el principal deber!

Había en sus exclamaciones y en el tono en el que las decía, un aire de cosa ensayada. Le abrazó.

—No hagas mucho caso —dijo— a mis reflexiones de viejo —luego, bajando la voz, añadió con una sonrisa, buscando la

complicidad de Enrique—. Supongo que te trae nuestro..., asunto familiar.

—Sí, don Jerónimo. El asunto de las faldas —respondió también sonriente y con el mismo énfasis el marqués.

—Descartados los curas ¿no? —bromeó, y añadió cordial dándole palmaditas en la espalda—. Pasa, estás en tu casa. En la sala baja hablaremos tranquilos.

Don Jerónimo era un hombre alto, de anchas espaldas y cabellos canos y revueltos, ágil a pesar de su edad. Debía aproximarse a los setenta. Caminaba con una leve oscilación que recordaba el andar torpe de los jinetes. En el portal, enchinado con menudos cantos, dio una orden ya convenida al casero, un hombre menudo y oscuro, firme al pie de la escalera.

—Bernabé, di a tu mujer que nos traiga el chocolate a la sala.

La estancia era sobria. Tenía el pavimento de losas de barro concienzudamente enceradas. Delante del escalón de piedra de la chimenea, situada en un rincón, se extendía una gran estera de pleita de esparto. Varias sillas y sillones bastos de madera de olivo, con los asientos de anea, se distribuían por la habitación. En el centro había una mesa cuadrada y baja. Completaba el mobiliario, junto a la ventana con postigos, un escritorio y, sobre él, un velón de latón reluciente.

Don Jerónimo cerró la puerta y comenzó a hablar apenas tomaron asiento.

—Francamente, no puedes imaginar la alegría que me produjo tu carta. Tanta, que la leí varias veces. Creo que me la sé de memoria. Cómo te agradezco que hayas elegido a Constanza por esposa. Ella lo sabe y accede a que os veáis. Dale algo de tiempo para asimilarlo. Estoy seguro de que aceptará tu proposición y de que contigo será feliz. Tú también con ella, por supuesto —añadió risueño.

En su manera de hablar era posible percibir que participaba plenamente de la felicidad que auguraba al futuro de su hija.

—De realizarse —prosiguió—, será un matrimonio que afirme una vez más las relaciones entre nuestras familias. Yo mismo llevo tu apellido dos veces, tú lo sabes, por vía materna y paterna. Precisamente por esa razón, quiero ser honrado y leal contigo —su voz adquirió ahora un tono íntimo—. Creo que debo advertirte que

Constanza, desde que nació estuvo frecuentemente enferma. Tardó más de lo corriente en hacerse mujer y, aunque ha ganado en fortaleza y salud, sigue siendo débil y delicada de cuerpo, aunque no de espíritu. Por ello, debo advertirte que es probable que quizá le falten fuerzas para darte los hijos que, sin duda, tú deseas y que tu casa y la mía necesitan. Llevo varios años aguardando inútilmente contar con unos nietos que mis nueras y mis hijos me niegan. Además —concluyó para completar la relación de las condiciones adversas a sus anhelos —, Constanza es unos años mayor que tú.

—Le agradezco de corazón tanta sinceridad, pero no me importa —contestó el marqués—. No es la primera vez que en mi familia los hombres tienen menos edad que sus esposas. Está decidido. Si usted lo consiente y ella me acepta, me casaré con Constanza. En relación con su salud, seré tan capaz como usted de cuidarla, y respecto a los hijos… no dude de que los buscaremos. Luego, que sea lo que Dios quiera.

La alegría de don Jerónimo era visible. Sus ojos brillaron un momento, como si estuviera a punto de llorar.

—Para un hombre de mis años, marcharse de este mundo dejando a sus hijos en la posición que les desea, supone una gran satisfacción. He de confesarte que el claustro no me gustaba en absoluto como destino para Constanza. Y aunque ella ha considerado con interés en varias ocasiones las ofertas que desde los dos conventos de Morana se le han hecho de tomar los hábitos y profesar, temo que esa salud que parece haber recuperado no tardaría en deteriorarse, conociendo la dureza de la vida y las privaciones por las que pasan las monjas en los pobres conventos de hoy en día. En mi testamento, Constanza tiene un tercio de mejora respecto a sus dos hermanos, decisión que estoy dispuesto a mantener y —añadió tras pensarlo un momento—, en relación con la dote, te aseguro que seré todo lo generoso que me sea posible.

—Gracias —repuso el marqués. Le apretó el brazo como expresión sensible de su agradecimiento—. Yo tampoco le defraudaré. Si acepta, llegado el momento, le pediré a usted oficialmente su mano. Mientras tanto, le ruego que le transmita que me autorice a visitarla.

Unos discretos golpes sonaron en la puerta.

—Adelante. Andrea, pasa y sírvenos —don Jerónimo acompañaba las palabras con gestos visiblemente exagerados.

La mujer traía una bandeja con la chocolatera de cobre y una jarra con agua fría. Alrededor, las tazas, un cuenco repleto de terrones de azúcar, una cestilla con bizcochos, vasos y servilletas de hilo. Hábilmente, la casera agitó el chocolate con el palo y llenó cuidadosamente las tazas. Luego salió de la habitación sin pronunciar palabra.

—Es sordomuda —aclaró don Jerónimo.

—Entonces, ¿cómo le oyó cuando le dijo que entrara?

—Estaba Bernabé con ella —dijo con un guiño, y añadió con generoso entusiasmo—: permíteme que te insista para que así lo consideres siempre en adelante: mi casa es la tuya. Y ahora, vamos a celebrarlo, querido futuro yerno —dijo recalcando las palabras.

A continuación, levantando un bizcocho tras introducirlo en la taza brindó—. ¡Por ti, Enrique!

—¡Por Constanza! —apostilló el marqués alzando la taza humeante.

—¡Por los dos! —cerró el brindis don Jerónimo.

Antes de que Enrique partiera hacia el cortijo de La Dehesa quiso mostrarle El Gamonal.

—Le llamo nuestro cuartel de verano —aclaró—, pero aquí permanecemos desde que pasa la Semana Santa hasta el día de Santa Teresa, en el que regresamos a Morana. Le hemos hecho importantes mejoras.

Visitaron la almazara, la bodega y los patios, las cuadras y los pajares. El viejo le mostraba dependencias y estancias con orgullo, pero también con un gesto de donación, de entrega tácita y agradecida

Subieron al piso principal por una escalera de baranda de hierro. La iluminaba un alto óculo. En su último rellano, en una alacena de puertas acristaladas —el chinero— se mostraba toda una colección de distintas figuras de porcelana, platos y tazas de café. Hermosos restos de los naufragios de antiguas vajillas y adornos. Todo estaba limpio y reluciente.

Las antesalas y las habitaciones principales poseían un toque de delicadeza fresca e inmediata en su decoración. Desde sus búcaros, los ramos de flores frescas, rosas y nardos, llenaban de fragancia los

aposentos. El marqués tuvo entonces la certeza, a pesar de que don Jerónimo le había dicho que el día anterior se había desplazado a Morana, de que Constanza se encontraba allí, en algún lugar de la casa que él no había llegado a visitar. La adivinó en los leves rastros de perfume que latían por los pasillos y las estancias y, con cierta incomodidad de ánimo, la intuyó observándole desde el fondo oscuro de las ventanas que daban al patio, con el resol verde de la parra extendiéndose sobre él como un toldo.

Con el convencimiento de ser espiado y analizado por ella, salieron al campo por la puerta principal, enmarcada por un espeso rosal de pitiminí.

—Habrás oído en alguna ocasión —dijo don Jerónimo mientras paseaban— algunas fantasías relacionadas con esta casa. Hay quienes aseguran que vivimos aquí poco menos que revueltos con fantasmas, los «asombros» como dicen las gentes ignorantes y supersticiosas de por aquí. Eso es de agradecer, porque nos ahorra muchas visitas indeseables.

—Algo sé sobre ello, pero no creerá usted que hago caso a esos cuentos.

—Por supuesto que no. Todo tiene una explicación natural. No se sabe por qué, la cañada que forma el arroyo que pasa junto a la huerta transmite los sonidos de tal forma que lo que suena o se dice allá abajo, junto a la carretera, se escucha aquí tan claro y próximo que te asusta si no conoces el prodigio.

El día, hermoso y limpio, esparcía su cálida belleza, como un abierto surtidor, en todas direcciones.

Después de las despedidas, cuando estaba a punto de subir al coche, una voz de mujer, llegada en las alas del asombroso fenómeno, sonó diáfana. Sus palabras sonaron impregnadas de un suave eco, entre los olivos, como pronunciadas allí mismo:

—No está aquí. Ven a buscarla.

Don Jerónimo sonrió satisfecho de haber probado su aserto, pero Enrique sintió como le recorría la espalda una corriente glacial y espesa.

XXII

José el Gazapo tenía unas aranzadas de olivar al pie del Cerro Redondo, lindantes con las tierras del marqués.

El cortijillo, heredado de su padre, que lo había construido con sus propias manos, estaba situado junto a un camino de tierra que, sencillamente, desaparecía unos cientos de pasos más allá, apenas llegado a la falda de un cerro recorrido por hileras de escuálidos olivos, a los que asediaban extendidas matas de alcaparras y cuya coronación estaba constituida por la boina oscura de un manchón de acebuches y coscojas.

La casa era pequeña, pero tenía dos plantas y un entresuelo que servía de pajar y almacén. Exteriormente, junto a uno de los muros se encontraba un pozo, siempre con su espejo de agua al fondo. En la parte trasera, traspasado un patinillo en el que se incluían la cuadra, un corral y, más lejos, la porqueriza, se extendía un huertecillo con algunos frutales, todo cercado con un espeso seto de saúcos y espinos. Para su riego tomaba el afortunado hilo de agua de un venero permanente e inmediato, nacido al abrigo de unas piedras.

El perro anunció con antelación la llegada de Adela, de manera que cuando apareció en el recodo del camino, llevando al brazo un cesto y en la mano un hatillo, ya estaba Soledad esperándola, regañando al animal, atado ante la tinaja acostada que le servía de cobijo. Le hablaba como a una persona.

—¡Calla escandaloso! A ver si ladras de la misma manera a los zorros y a los ladrones. ¿Dónde estabas cuando nos robaron los membrillos?

El animal ladraba ahora a Soledad, como si entendiera.

—Debía darte vergüenza. ¡A callar!

El perro obedeció; luego, cuando llegó la muchacha, se tendió perezosamente a la sombra.

—Me mandan contigo un par de días —aclaró después de los saludos.

—Ya lo sé. Padre estuvo aquí esta mañana temprano, antes de ir al herradero de los potros.

Entraron en la casa. A la derecha del portal estaba la cocina, iluminada por la luz que entraba a través del ventanuco enrejado. En un anafe, sobre las brasas de la chimenea, se cocinaba la olla del almuerzo.

—Viene don Enrique, el hijo del marqués.

Lo dijo con enfado, mientras colocaba sobre una mesa baja arrimada a la pared, una cesta tejida con varas de olivo, en la que traía como presente unos huevos, colocados sobre una cama de paja menuda.

—Dicen que es muy guapo… y listo —añadió con ironía—. Tú le conoces, ¿verdad?

—Por supuesto. Desde hace muchos años. Cuando le vi por primera vez era todavía un chiquillo un par de años más chico que yo. Venía con su abuela Teresa al cortijo, a pasar temporadas, y muchas tardes tuve que cuidar de él. Cuando creció, José se convirtió en su amigo inseparable. Después, venía a veces de cacería o acompañaba a su padre en sus visitas al cortijo. Cuando me casé, le perdí de vista...

—Dicen que le gusta vivir la vida —afirmó Adela.

—¿Y a quién no cuando es joven, si puede? Con dinero, seguro que no faltan quienes le animen. Aunque creo que la juventud se le está empezando ya a quedar atrás.

—Tampoco le faltarán mujeres que le ofrezcan diversiones, ¿verdad? —preguntó Adela.

Soledad la miró sorprendida. De pronto se dio cuenta de que se hermana era ya una mujer. Asintió.

—Así es.

Tras un corto silencio, la muchacha dirigió la conversación hacia otro punto.

—¿Y José?, ¿y los niños?

—José fue esta mañana al cortijo del vado, con Julián, a moler en la aceña unos sacos de grano. Los chicos andan por ahí poniendo trampas a los pájaros. El otro está todavía durmiendo.

Soledad era una mujer guapa y delgada, no muy alta y

ligeramente rubia; los ojos azules imprimían serenidad y dulzura a su semblante. Desde que se casó hacía catorce años, sólo había tenido hijos varones. La suerte —aseguraba con un punto de frustración— no le había acompañado con las hembras.

El cortijo de El Gazapo, apodo del suegro que no llegó a conocer y del que su marido heredó el mote, fue su hogar desde que contrajo matrimonio.

Desde que tuvo uso de razón, había sabido que fue la esterilidad de Paulina, culminando ya la primera década de su matrimonio, la que la sacó de la Hijuela de Expósitos con apenas unos meses.

Luego, cuando ya su madre adoptiva había perdido toda la esperanza de alcanzar la maternidad, y ella era ya una adolescente, nació Adela.

—Te he preparado el cuarto. Vamos a subir para que coloques tus cosas.

Por la puerta entreabierta al huerto se colaba en la casa el fragante y dulce aroma de los primeros nardos, nacidos en un arriate.

Subieron por la estrecha escalera. La muchacha dormiría, como otras veces, en el cuarto hondo.

Sobre la cama deshizo el hatillo y extendió sobre ella una camisa y una falda oscura.

Soledad le abrió una arquilla con olor a alhucema, para que guardara las medias, el camisón de tela blanca con ligeras puntillas en los bajos y alguna ropa interior.

—Me hubiera gustado verle. No sé por qué motivo no puedo quedarme en mi casa.

—La razón principal eres tú misma, paloma —contestó Soledad sonriendo maliciosamente—. Y además, porque, gracias a Dios, tienes añadidas otras razones más que es necesario tener en cuenta: tus diecisiete años, tu cara bonita, tu cuerpo en flor y…, tu cabeza llena de gorriones. ¿Te parece poco? Según padre, es lo necesario para que don Enrique pueda sentir, al verte, la tentación de encapricharse contigo y te convenza de que te vayas a su casa para servirle como doncella o como lo que haga falta.

—¿Me cree capaz?

—No, no es eso..., pero…. ¡ya sabes!: ¡ojos que no ven, corazón que no siente!

Al gesto inconformista de Adela, Soledad añadió:

—¡Son dos días nada más, mujer! Y vas a hacerme compañía, que buena falta me hace.

—Lo que me duele es la desconfianza.

—Algún día, si tienes hijas, lo entenderás —agregó—. Padre ha visto y conocido demasiados abusos y se previene. Ya tendrás ocasión de conocer al marqués y estoy segura de que no te gustará, porque no hay amo bueno.

—¿Intentó el marqués algo contigo?

Soledad lanzó un instante la mirada hacia un punto inconcreto de su memoria. Al cabo repuso:

—He pensado en ello muchas veces y creo que sí. Alguna vuelta me buscó —añadió riendo—. Fue hace tiempo, quizá veinte años, porque ahora estoy segura de que se mea en los calzones. Más de una vez le sorprendí observándome de un modo que no sabría explicar. En una ocasión, todavía no habías nacido tú y yo tendría catorce o quince años, me llamó para pedirme que le dejara verme de cerca. Me dijo que estaba muy guapa, me tomó de la mano y me la besó. Me sentí incómoda y avergonzada, pues estaba en plena edad del pavo. Nunca se lo dije a padre, porque estaba segura de que no le hubiera gustado, pero desde entonces, cada vez que venía al cortijo, procuré evitar cualquier encuentro con él. Sé que preguntaba por mí e incluso que me buscaba. Cuando cumplí veinte años, no sé cómo lo supo y lo tuvo en cuenta, me hizo traer de Gibraltar, así me lo dijo, como regalo, un corte de tela para que me hiciera un vestido. Cuando padre lo vio estuvo a punto de mandarlo a su casa, de vuelta, pero temió ofenderlo y no lo hizo. Luego, en víspera de mi casamiento, le entregó para mí, como regalo de boda, el broche de oro de las trinitarias que tanto te gusta. Esta vez, la edad de don Alonso y el hecho de que yo iba a convertirme en una mujer casada, fuera ya del redil paterno, deshicieron las desconfianzas. Como ves, todo ha sido, y es, un batallar constante de padre defendiéndonos, quizá de peligros imaginarios, pero que no son más que verdaderas pruebas de cariño. Lo que ahora hace contigo, lo hizo antes por mí.

Se oyó el llanto del pequeño en el dormitorio.

—Ya lo hemos despertado —dijo Soledad—. Baja cuando termines. Voy a vestirlo y a sacarlo ya del cuarto.

La madre entró gritando carantoñas al crío, que dejó de llorar.

—¿Dónde está ese gorrioncillo pión? ¿Dónde está mi tesoro, mi niño chico? ¿En qué rincón se habrá escondido? ¿Se habrá marchado con su padre a trabajar? —preguntaba mirando desde el umbral de la habitación. Luego, ante el silencio del chiquillo, añadía—. ¡Ay, madre mía, que no está, que se han llevado al niño para hacer manteca!

Sofocadas bajo las sábanas, se oían las risas. La madre insistía:

—¡Ay, que han entrado por la noche y me lo han quitado! ¿Qué voy a hacer ahora sin mi niño?

Por fin, el chiquillo se descubría y repetía, risueño con media lengua:

—¡Aquí!, ¡estoy aquí!

Y Soledad fingía enfado diciéndole:

—Pero ¿cómo puedes ser tan malo con tu madre? ¡Ay, este niño me va a matar a disgustos! ¿Dónde estabas escondido?

Y lo cogía y lo besaba y decía que se lo iba a comer.

En su habitación, Adela se colocó la pollera oscura y se arremangó la camisa. Después, en la antesala, se detuvo un momento para mirarse con coquetería en un espejillo apulgado, atusándose aún más su estirado pelo negro. Hasta hacía poco tiempo había tenido la conciencia difusa, subterránea, de ser una mujer hermosa, oculta bajo el sentimiento de vergüenza infantil que le causaban las miradas, a veces lujuriosas, de algunos hombres. Ahora, sin embargo, advertía que había madurado. Se sentía segura de sí misma, orgullosa de su atractivo. Inevitablemente, sin saber por qué, se le vino a la cabeza el irisado relumbre dorado de la vieja colcha de la marquesa muerta, que el día anterior había visto colocar a su madre, cuando preparaban la cama del dormitorio que acogería a Enrique de Medina.

Soledad salió con el niño en los brazos y Adela repitió carantoñas y gritos. Luego callaron las dos. En el silencio del campo, un instante, los sonidos se recortaron precisos. Por el sur, los montes ocultaban las tierras llanas, antes de precipitar sus laderas hacia la curva abierta del río.

Ante aquel paisaje, Soledad no podía evitar que sus recuerdos volaran hacia la Ermita de San Miguel, con su espadaña enhiesta sobre una enorme roca; hacia la pequeña iglesia, oscura a pesar del enjalbegado purísimo de cal de los muros adosados a la piedra viva; hacia el lienzo que representaba el santo arcángel, gallardo y rubio, cubierto con una cimera coronada de plumas, dorados tanto la coraza como el sol flamígero del escudo, con el pie apoyado sobre la figura del diablo, representado con las fauces abiertas, feo y fiero, tratando, sin conseguirlo, de arañar la pierna del guerrero celeste.

Gentes de los contornos, incluso de los pueblos de más allá del río, acudían, una vez acabada la vendimia, a la romería, para encender los cirios prometidos a las ánimas del Purgatorio o prender las finas láminas de plata de los exvotos con una cinta, en las carnosas hojarascas barrocas del marco, en el altar mayor.

Aquel día señalado, después de la misa, el viejo santero, dando fe, los señalaba uno a uno, avalándolos con las circunstancias del prodigio:

—Éste, porque un niño salió de unas fiebres que le estaban consumiendo; aquél, porque quitó un dolor de costado; ése, por el alivio de cruel zaratán que consumía un pecho; ése otro, porque la mula o el cerdo no se murieron…

Y había quienes al oírlo se santiguaban y daban gracias a Dios por la intercesión del arcángel bendito.

Los peregrinos solían reunirse luego a almorzar bajo las encinas centenarias, en la larga ladera orientada al norte, plagada de aromáticos lentiscos y romeros, sentados sobre mantas multicolores extendidas, mientras las caballerías, trabadas, pastaban sueltas la hierba reseca.

De aquellas fiestas, a las que acudía con su familia, Soledad recordaba el primer encuentro con las tímidas miradas de José el Gazapo, cuando en la era de la ermita, ante los músicos —violín, guitarra, laúd, bandurria y castañuelas—, bailaba con otras mocitas, en el corro encerrado dentro del círculo de jaleadores y curiosos. Miradas que escapaban en cuanto advertía que ella ponía también, furtivamente, sus ojos zarcos en él, turbado en medio del grupo de amigos que, advertidos, prodigaban burlas y risas.

Evocaba las frecuentes promesas de la abuela, María de la Paz, a las ánimas del Purgatorio. La abuela asumía siempre como propios los

problemas ajenos; cargaba con ellos y reclamaba su solución a la mediación de aquellos espíritus que tenía siempre presentes. Para el cumplimiento de sus votos, Soledad la acompañó muchas veces siendo niña desde el cortijo de La Dehesa, vadeando el arroyo del Cuchillo, hasta alcanzar la ermita cerrada tras el triple arco de su pórtico.

Mientras la abuela, después de pedir la llave a los santeros, una vez agotadas todas sus oraciones, permanecía sentada en un viejo escaño, dormitando en el frescor oscuro del templo, ella gustaba ascender a la cumbre del cerro, asediado por las retamas y los lentiscos, para otear los pueblos cercanos, pero especialmente para contemplar la cinta del río, brillante, en el hondón de su cauce. El verdor salvaje y permanente de sus orillas le fascinaba, en contraste con el aspecto del contorno que variaba según las estaciones: la aridez parda que imprimía al campo el final del verano, la desolación del invierno, con la esperanza anunciada tempranamente en los almendros o la gozosa eclosión vital de la primavera.

Soledad tenía un sitio preferido en aquel río. Era la poza oscura, situada ribera arriba del vado, densamente rodeada de tarajes, cañas y álamos blancos, a la que gustaba a veces arrojar piedras, con el solo objeto de escuchar el quejido grave del agua y contemplar cómo las ondas rebotaban, chapoteando, en las orillas verdosas.

Desde la ermita, a lo largo del camino de vuelta, la abuela y ella, según la época, iban recolectando plantas cuyas virtudes la anciana reconocía:

—Los matagallos reales me los escoges sanos, de hojas grandes, que no tengan la flor abierta, pero mira bien que no haya cerca un torvisco. Toma mi navaja: la vara en flor del hinojo, la cortas larga, de bien lejos del camino; cuanto más difícil te sea alcanzarla, mejor. Reza un avemaría, mientras tronchas la rama en flor del romero. Nunca la cortes. Tráeme una corteza de aquella higuera, pero cuida que no sea de la parte del tronco que mira a lo seco. Mira: allí tenemos salvia; coge sólo las flores. La alhucema está allí, en aquel repecho; tráeme flor que tengamos sahumerios para el invierno. Volveremos por esas achicorias bien de mañana, cuando sus flores azules estén abiertas, porque a estas horas no sirven para nada...

Y la hepática y el poleo y la cola de caballo y la vulneraria y el llantén, cada planta en el momento apropiado, iban pasando al hueco del delantal de la abuela, atados en manojos con pequeños trozos de tomiza que llevaba preparados. Luego, en el cortijo, desgranando jaculatorias, los ponía a secar en un desván, pulcramente limpio y

oscuro, presidido por un grabado antiguo, iluminado con vivos colores de acuarela, de la Virgen del Carmen sacando con su escapulario las ánimas de papas, prelados, reyes y príncipes, de entre las llamas del Purgatorio.

Para aquellas almas en pena, en días señalados, la abuela encendía algunas palomillas votivas, agrupándolas en pequeñas tacillas de aceite.

Los dos niños regresaron portando algunos higos en el cuenco elaborado con varias hojas y un hacecillo de resecas ramas de retama para la chimenea. Soledad les advirtió:

—Hay que traer, ya os lo dijo padre, cañas para la huerta.

Marcharon ambos, sendero abajo, bordeando un largo lindero, apedreando las frondas, buscando el acierto ocasional a un conejo o a una liebre. A lo lejos, las adelfas anunciaban con el vivo color de sus flores rosas algunas ramblas inmediatas al tajo del río.

Sentada a la entrada del cortijo, junto al saúco que daba sombra a la explanadilla empedrada, Adela se dispuso a extraer de su jaspeada cáscara, los gajos, densos, rojos y brillantes como gemas, de unas granadas. Vertía sus granos hermosos en una fuente colocada en el regazo. Por sus pensamientos aparecían y se esfumaban, como las nubes en un cielo de verano, las imágenes, imaginadas, del joven marqués.

Mientras tanto, Soledad trajinaba dentro hablándole a voces al niño.

XXIII

Desde que tuvo uso de razón, cada vez que su madre sacaba aquella colcha de la cómoda grande para cubrir el lecho del marqués, Adela se maravillaba ante sus tornasoles. Contemplarla era para ella como recorrer l0s lugares hermosos de un sueño perfecto. En aquella ocasión, ya tenía quince o dieciséis años, la voz de Paulina la sacó del ensimismamiento:

—Vamos, chiquilla. No te distraigas. Desenfunda los muebles de la sala y prepara el agua de limón. No es bueno mirar con ansia lo que nunca se podrá tener. Anda.

La muchacha musitó una tímida protesta y salió.

La sala era amplia, con una gran chimenea de piedra caliza roja, abrumada de fósiles acaracolados. En el techo, la viguería trazaba un ritmo que pretendía ser paralelo y el suelo era un damero, en el que se combinaban losas de pulidos barros rojizos y amarillos.

Una estera de cáñamo enmarcaba la gran mesa con sus diez sillas en torno. Dos días más tarde las ocuparían los caciques de la política local.

Adela descorrió las cortinas de los dos balcones, abrió sus puertas y postigos y se asomó al patio principal, empedrado con grandes cantos de río. Desde allí vio a Rosario, la mujer de Félix, el aperador, enjuta, vestida con el hábito nazareno, sacando agua del pozo. Su única hija, inocente desde el nacimiento, hacía saber en ocasiones al mundo cerrado del cortijo la realidad de su existencia, con un grito inquietante que rebotaba largamente en las cuatro esquinas del patio.

Aquella hija —Paulina lo repetía a menudo—, «hermana de leche de mi Soledad», era la cruz con la que Rosario cargaba. Por ella, desde que vino al mundo, más de treinta años atrás, andaba permanentemente vestida de morado, con la cintura y el cuello ceñidos con los cordones de esparto amarillo, jalonados de nudos, de los hermanos de Jesús Nazareno.

En aquel momento, el umbral del portón, como enmarque de un cuadro costumbrista, dio paso al panadero, que acudía al cortijo desde la aldea próxima cada cinco o seis días, jinete en un enorme caballo, con los serones repletos de redondos panes, protegidos de la sequedad del aire con un lienzo moreno.

Rosario dejó la cuba rebosante de agua del pozo en el suelo y, después de entrar en la casa, salió con dos grandes talegas de tela blanca en las manos.

—¿Para cuántos días? —preguntó.

—Esta vez para seis —respondió el hombre.

—Entonces ocho —dijo Rosario.

Y alzando una tras otra las talegas abiertas, fue recibiendo en ellas las piezas de pan, calculadas para cubrir el gasto de los días siguientes.

Cuando apareció Paulina para recoger el pan previsto para los días señalados, el jinete preguntó:

—¿Sigue sanando la abuela María de la Paz?

—No. Ya no puede. Apenas tiene vista y hay horas en las que se le va la cabeza.

—¡Lástima! —se lamentó el panadero.

—¿Por qué?

—Porque mi hijo tiene unas anginas malignas y me han dicho que ella las curaba.

—Es verdad. Las estrangulaba cortándoles el nervio en las muñecas. Y debía ser así, porque al que ella sanaba, no regresaba nunca más con anginas. En fin. Estará de Dios. Ya no puede ser. La salud y la vida están tasadas. Y ni su hija ni su nieta han heredado la gracia.

Paulina excluía de la posible transmisión de los dones de la abuela a Soledad.

De vuelta al trabajo, en el aire casi siempre encerrado de la sala, los muebles, ocultos bajo fundas de lienzo crudo, tenían un aire fantasmal que hasta hacía poco había sobrecogido a Adela.

Sobre el aparador, situado entre los dos balcones, un fanal de vidrio protegía la imagen de una Virgen del Carmen, con su escapulario pendiente del mismo brazo con el que sostenía al Niño. A sus pies aparecía una guirnalda de flores de plumas, elaborada por pacientes manos monjiles. Aquella era una de las reliquias que dejó en

la casa, que visitó en contadas ocasiones, la corta vida de la marquesa: Mercedes había sido su nombre.

Adela retiró las fundas de los muebles y mostró los opacos brillos del nogal y el damasco verde del tapizado de la sillería. Desde una vitrina, colocado al frente de las ordenadas filas en las que estaba dispuesta una vieja cristalería, un angelote pagano, desnudo y coronado de pámpanos, recostado sobre un caracol de concha verde, se asomaba al cristal con una pícara sonrisa. Le acompañaban varios antiguos frascos de cristal, cajas de porcelana y diversos platos decorados.

La voz de su madre le instó nuevamente desde el dormitorio a no distraerse. Adela tomó una jarra del aparador. Los vasos besaban ya con sus redondas bocas los bordados del mantelillo que cubría la bandeja dispuesta por Paulina. Bajó las escaleras y se acercó a la cocina. Rumoreaba el agua, hirviendo sobre el fuego, del guiso del día. Sobre la mesa, prestándole su color, se hallaban los limones en una cesta.

Con ellos preparó el refresco, añadiéndole una espesa lluvia de azúcar. Luego lo envasó en una botella grande, envuelta en una funda de esparto y salió al patio. En la luz blanquísima de su brocal encalado, el pozo dejaba adivinar su frescor. Colgados sobre su hondura sombría, entre las piedras, los culantrillos tejían su delicado encaje, mientras los verdines, desde sus oscuras barbas, dejaban caer de vez en cuando gotas como lágrimas al agua invisible del fondo, que las acogía con un sonido hueco.

Para robarle el frío al agua, Adela ató el recipiente a una cuerda y lo hizo descender, hasta dejarlo sumergido en las frescas entrañas del pozo.

Aquellas operaciones se habían repetido, como un insoslayable protocolo, en las ocasiones en las que don Alonso había pernoctado en La Dehesa.

Unos meses antes de morir se presentó de improviso. Fue la última vez que estuvo en la hacienda.

La tarde en la que llegó era hermosa y fragante, con la primavera abierta de par en par, cálidamente asomada ya al comienzo del verano.

Tiempo después de aquella visita, Mateo supuso que el marqués había acudido al cortijo a despedirse de su tierra, entonces plenamente viva y magnífica; a dar su adiós definitivo a la casa y a los que en ella habitaban. Sin embargo, ignoraba que el adiós de don Alonso no obedecía al presentimiento de la muerte, sino a su decisión de casarse con Martirio y a marchar con ella para siempre.

Aquel día, y el siguiente, don Alonso recorrió la hacienda morosamente, paladeando la despedida.

Quizá para gozar sin testigos de su propia emoción, pidió a Mateo que le dejara solo en sus lugares favoritos: en el frescor, anegado de aromas, de la bodega; en el soto espeso, recorrido por el rumor suave de la brisa o en la soledad de la altura de la colina perfumada de gamón, retama y lentisco en flor, desde donde gustaba recrearse contemplando el fluir del río, cuando se adentraba bajo la bóveda, cual la de una catedral viva, resonante, de los álamos inclinados sobre el cauce.

Mateo se encontraba en el llano, dirigiendo el herrado de los potros nuevos, cuando le avisaron de la llegada.

Encomendó las faenas a Félix, el aperador, y regresó al cortijo. A través del portón abierto del patio, descubrió el coche, el elegante milord encapotado, apoyado en las finas varas del tiro, estacionado bajo el voladizo que precedía a la puerta del almacén.

—Don Alonso te espera arriba —le dijo Paulina.

Mateo subió a la sala. En la luz tamizada por las cortinas de blonda, el marqués apagaba la sed con un vaso de agua fresca de limón, sentado en una mecedora junto al balcón. El casero saludó respetuoso desde el umbral.

—Pasa Mateo. Acércate. Toma asiento.

Ante su indecisión, insistió:

—Siéntate aquí, hombre. Cerca. Frente a mí.

Mateo obedeció. Traía consigo el áspero olor del trabajo, y la corta distancia con don Alonso, en el territorio vedado de la sala alta, le hacía sentirse incómodo. El marqués lo advirtió:

—No te preocupes, traes el olor de la honradez —dijo—. Bebe un poco de refresco —le sirvió un vaso de limonada. Nunca lo había hecho, y se lo entregó—. Llegas del herradero, ¿no?

—De allí vengo. De con los potros —repuso Mateo, algo aturdido por la insólita amabilidad del marqués.

—Hace mucho tiempo que no he acudido a esas tareas. ¿Con cuántos podremos contar este año?

—Si no se pierde ninguno, veintiocho… Y algunos son de calidad… Debería verlos. Podrían haber sido más —se lamentó—, pero el otoño pasado no fue demasiado bueno. La sequía ha hecho mucho daño.

El marqués hizo un leve gesto de comprensivo asentimiento.

—Como nuestros políticos… Es lo que tiene el campo: demasiadas veces cumple con menos de lo que promete —replicó.

Se mecía levemente en el asiento y bebía la limonada a pequeños sorbos. La luz que entraba por el balcón prestaba su claridad al líquido mate e irisaba el cristal del asa de la jarra, con su gota de aire inmóvil en la densidad del vidrio.

—He visto a Paulina —dijo—. Está muy bien. Por ella no pasan los años con la misma crueldad que por nosotros.

—Pero pasan —afirmó Mateo.

—¿Y tus hijas?

—Soledad con cinco hijos y, como están los tiempos, bregando, luchando por la vida. Su marido es un hombre bueno, trabajador a carta cabal. Gracias a Dios, van todos saliendo adelante. Nosotros les ayudamos en lo que podemos. Adela está ya hecha una mujer.

—A ver si en la próxima ocasión que venga, está aquí Soledad. Me gustaría verla.

Mateo no respondió. Comprendía que el marqués no había venido al cortijo ni le tenía sentado allí para preguntarle por la familia. En cuanto a la información sobre los potros bastaba con que hubiera preguntado al administrador.

En el silencio que siguió se hallaba implícita la pregunta. Don Alonso la intuyó:

—He venido, porque necesito contarte algunas cosas.

Lo dijo en voz baja, buscando la complicidad de Mateo.

—Habrás oído decir que aquel que revela secretos pierde su libertad. Sin embargo, estoy seguro de que mañana cuando regrese a Morana, incluso hoy mismo, me sentiré infinitamente más libre que ahora. Pensarás que lo que estoy haciendo es descargar el corazón. Es verdad. Soy ya un viejo casi caduco y me doy cuenta de que apenas puedo con un peso que me agobia desde hace mucho tiempo. Sé que tú me comprenderás. Lo que quiero revelarte es importante, incluso para ti.

Le costaba iniciar su confesión. Antes advirtió:

—Tienes que prometerme que me guardarás el secreto.

Mateo se rebulló en la silla. Le inquietaba que el marqués le hiciera partícipe de sus problemas, mediante un forzado compromiso. Rumiaba su respuesta, hasta que don Alonso se inclinó hacia él y asiéndole del brazo le conminó:

—Tienes que prometérmelo Mateo.

Le miraba fijamente a los ojos. Luego rectificó. El tono de sus palabras se suavizó:

—¡Por favor!

—Usted sabe perfectamente que siempre ha podido confiar en mí —contestó confuso.

—Es verdad, y confío. Siempre lo hice, pero ahora debes prometerme que lo que necesito contarte, tienes que saber que para eso he venido, quedará entre nosotros. Asegúrame que no llegará a saberlo ni siquiera tu mujer… —tras una pausa, añadió—. Al menos, hasta después que yo haya… desaparecido.

—Se lo prometo —aceptó por fin Mateo.

Don Alonso suspiró con alivio. Se recostó de nuevo en la mecedora y otorgó al casero una sonrisa que impregnó un momento de luz sus ojos garzos.

—¡Gracias!

Era la primera vez que el casero oía aquella palabra, otorgada como un premio, de labios del marqués. Sin embargo, en aquellos momentos no supo darle otro valor que el de una moneda fuera de curso, encontrada al azar.

Don Alonso respiró hondo y luego explicó a Mateo su determinación —«cuando me muera», puntualizó— de legar aquella hacienda en usufructo y de por vida a Martirio Galán.

Repetía una vez más, como lo había hecho para sí mismo, unos argumentos largamente meditados y era consciente de que jamás, ante nadie, salvo ante Martirio, iba a manifestar su corazón tan a lo vivo.

—Creo que no ignoras quién es Martirio Galán. Seguramente habrás oído hablar de ella.

Buscó la tímida afirmación del casero, antes de proseguir:

—También sabes que llevo más de treinta años solo. Durante este tiempo he cargado con el amor que le tuve a mi mujer; un amor —suspiró hondamente— en el que traté inútilmente de alentar un fuego, cuyas ascuas se habían extinguido irremediablemente entre las cenizas heladas de su ausencia. Conocer a Martirio me convenció, aunque tarde, de que he estado demasiado tiempo empecinado en mantener la

llama imposible de un amor perdido.

Cerraba los ojos. Se esforzaba en encontrar la expresión exacta de sus sentimientos. Sus reflexiones parecían errar quizá por el fondo de su memoria y de sus recuerdos.

—Durante muchos años —prosiguió— estuve engañándome a mí mismo. Establecía comparaciones entre la realidad y la imagen de un sentimiento, sublime en su pureza, en su exigencia de fidelidad y de entrega, pero que no consistía más que en un espejismo, una alucinación creada por mi fantasía. Ha sido necesario que un amor nuevo y verdadero, tan auténtico como el de entonces, cuando aquél estaba todavía vivo y ardía como una hoguera, llegase por fin a ocupar el sitio del antiguo. Hace cuatro años y medio que ese amor se me reveló como un regalo y me devolvió la ilusión por la vida. Lo sentí crecer en mí, como el fuego sobre un pasto seco; alzó mi alma, hasta alturas que nunca había soñado, aunque también me hundió en la desolación, cuando advertí que he perdido buena parte del tiempo tasado que nos presta la vida. Me he dado cuenta de que mucho de lo mejor que la existencia ofrece, tasado también: la alegría, los sueños, las ilusiones, la felicidad…, por lo menos a mí me han llegado demasiado tarde.

Había en su voz un tono de resignación, un amargor de rendición y de despedida, que el casero no sabía cómo compadecer.

—Pero usted ha dicho que tiene un amor nuevo...

—Sí. Martirio, una luz inesperada a mi vida. Y la quiero para mí el tiempo que me resta. Indudablemente mi relación con ella ha sido, es… y seguramente será motivo de escándalo en Morana. Ha durado demasiado tiempo para ser considerado un amorío disculpable. Habrás oído lo que se dice de mí, pero no me afectan en absoluto las habladurías. Ni siquiera lo que pienses tú. En realidad, ya debería haberme casado con ella, porque sólo ella me interesa. Sin embargo —añadió con tristeza—, habiéndome atrevido a desafiar a la gente, no he sido capaz de pedírselo. He tenido miedo. Como si fuera un adolescente, me ha paralizado la posibilidad de su rechazo. Cualquiera diría que con la edad el corazón se endurece. No es cierto: ha sido el temor a perderla, a que se alejara de mí, el que ha establecido una barrera que no he tenido… todavía… el valor de salvar. Ignoro cuánto tiempo me queda, pero supongo que estoy agotándolo y no quiero dejar perder la oportunidad de rehacer mi vida.

Tenía la mirada perdida en el vacío de su propio ensueño.

—Sea como sea —prosiguió—, moriré antes que Martirio y, cuando eso ocurra, aquí, en París, en Cuba o en algún lugar donde se pueda tocar la nieve con las manos, tengo dispuesto que se convierta en el ama de esta hacienda y que disfrute de por vida de todas sus rentas.

Su voz recuperó el tono autoritario que Mateo había conocido siempre:

—Quiero para ella, si es que decide venir a vivir aquí, el mismo respeto, ayuda y fidelidad que siempre habéis mostrado tu mujer y tú, y Félix y Rosario, hacia mi persona. Luego, cuando Dios quiera, La Dehesa pasará de nuevo a mi casa, a mi hijo o a mis nietos, si Enrique es capaz de tenerlos. Eso es todo lo que tenía que contarte respecto a mí.

Suspiró hondamente, como si las revelaciones hubiesen agotado sus energías.

—Se hará como usted diga —dijo Mateo.

— Es lo que deseo, pero no he acabado: hay algo en mi historia que forma parte de tu vida y de la de Paulina, y no quiero marcharme sin que lo conozcas.

Mateo se removió en la silla, con el vaso vacío en la mano.

—Usted dirá.

—¿Cuántos años tiene ya tu hija?

—¿Cuál de ellas? —preguntó incómodo.

—Soledad.

—Creo que treinta y cinco —repuso.

—Exactamente. Hace treinta y cinco años una mujer tuvo una hija… mía. Esa niña es la misma que, tres meses más tarde, tú y tu mujer adoptasteis en Córdoba.

La revelación tuvo en Mateo el efecto de un golpe.

—Nos dijeron que la habían llevado a la inclusa desde aquí — pudo responder.

—Fui yo el que quiso que Soledad fuera vuestra. De no haber

empeñado mi palabra a su madre natural, de no haber querido a esta hija mía como lo he hecho, desde una distancia a la que me obligaba el respeto a Paulina y a ti, quizá ahora no estaría descubriéndote una historia que, sin que lo supierais, nos ha mantenido vinculados tantos años.

—Esa niña fue para nosotros un regalo —repuso Mateo—. Es nuestra —proclamó.

Había en sus palabras un tono defensivo y orgulloso, la afirmación rotunda de una propiedad intangible.

—Lo sé —concedió el marqués—. Habéis tenido todo el río de su vida para vosotros; yo sólo he sido, casualmente, la fuente lejana de la que ella procede. Mira mis ojos azules y verás, aunque éstos son más tristes, los ojos de tu hija. Vosotros, Paulina y tú, habéis sido lo mejor que he podido darle. Al menos eso creí siempre, aunque los años acaban por hacerte dudar de todo.

Don Alonso había cerrado nuevamente los ojos. Parecía recorrer algún lugar de su pasado que le hacía sufrir. Mateo lo observó. Le calentaba el alma una compasión hacia él que jamás había percibido y por primera vez se sintió superior a aquel hombre poderoso.

Después de una larga pausa, el marqués añadió:

—Debo agradeceros haber sido unos padres buenos y generosos para ella y al mismo tiempo lo habéis sido para mí.

El casero no hallaba palabras con las que responder. Don Alonso continuó:

—Habéis añadido a la vida de Soledad mucha más vida de la que yo le di, pero sobre todo le habéis proporcionado algo que yo no he sido capaz de darle: un verdadero cariño; ese amor que se advierte en las palabras, en los labios, en la piel, en el aire que rodea a los que se quieren... En la distancia, en la soledad y en el silencio, el amor se muere. Yo perdí a mi hija y ahora no sabes hasta qué punto lo lamento, porque ella nunca podrá quererme.

A Mateo sus reflexiones le parecieron tan dolorosas como inútiles. Junto a su mujer, se sentía el único y afortunado poseedor del amor de Soledad.

Soltó el vaso sobre la bandeja y preguntó:

—¿Puedo irme ya?

Aleteaba en la pregunta el anhelo de una respuesta afirmativa.

—Como quieras.

Se levantó. Cuando estaba a punto de salir de la sala, el marqués le llamó. Mateo se detuvo en el umbral.

—Gracias de nuevo —dijo—. No volveremos a hablar de esto nunca más. Lo que no estoy seguro es de haber hallado la libertad que deseaba. En cualquier caso, siento que quizá haya sido a costa de tu paz. No sé si podrás perdonarme.

Mateo no respondió. Tampoco supo apreciar la expresión de aquel agradecimiento. Ni siquiera albergaba rencor suficiente para reclamar perdón alguno. Sólo deseaba escapar de allí.

Salió. En aquel momento, una nube ocultó el sol y la sala se oscureció bruscamente.

XXIV

Al velatorio de la abuela María de la Paz concurrieron todos los caseros de los contornos de La Dehesa. Llegaron con las últimas claras del día, una vez concluidas las faenas, oliendo a limpio y a agua de limón.

El guarda Carmelo Barragán había hecho correr la voz anunciando el óbito, agradecido a las buenas artes de la abuela. Siempre que tenía ocasión relataba que le hizo el prodigio de librarle de una abrasadora culebrilla que llegó a rodearle cruelmente la cintura, y cuyo doloroso escozor le calaba hasta los huesos.

Carmelo hizo correr el suceso por todas las caserías y los cortijos, incluso por las más inaccesibles casillas de techados de retama diseminadas a lo largo de la orilla del río.

A Carmelo Barragán lo tirotearon varios años después del fallecimiento de la abuela, un lunes, 29 de febrero de 1904, cuando ya casi oscurecido regresaba a la aldea, después de haber recorrido los partidos rurales, cuya vigilancia le estaba encomendada.

A juzgar por las heridas, se dedujo que debieron haber sido al menos tres o cuatro los que le tendieron la emboscada. Conocían que, para llegar a la aldea, el guarda solía atajar, bajando hasta el nivel del río, por una sendilla que corría paralela al cauce, seco entonces, de un arroyo. Sus asesinos le aguardaron escondidos detrás de un espeso macizo de cañas para pegarle varios tiros, casi a bocajarro, que le hirieron mortalmente.

Aquel crimen anegó la aldea con una oleada de miedo, como las riadas que, a veces, traía el río. Para el vecindario, los asesinos habían sido, sin ningún género de dudas, gente azuzada por el interés del dinero, y su fechoría tenía como único objetivo callar bocas disconformes y propiciar oscuros intereses políticos. Se decía que sólo unos sicarios, que jamás fueron descubiertos, porque habían llegado expresamente desde muy lejos, habrían sido capaces de añadir al crimen la dramática orden de silencio que, para general conocimiento, dictaba la lengua cortada del cadáver, colocada sobre su mano abierta.

También en la voz baja que imprime el terror, se comentaba que en poder del juez se hallaba una carta, encontrada en la casa de Carmelo, en la que éste, barruntando quizá su dramático fin, señalaba con nombres y apellidos a los instigadores de su muerte, así como sus voluntades —éstas sí fueron cumplidas— de que su casa se destinase a

escuela y de ser enterrado fuera del perímetro del cementerio consagrado por la Iglesia.

Mateo asistió al entierro de aquel hombre, al que siempre consideró, por encima de todo y pese a sus rarezas e ideas, honrado a carta cabal.

Para compensar el ardor que la tarde tórrida de agosto puso al velorio de María de la Paz, el patio recién regado proporcionó algún alivio al calor del cotarro de los condolientes recién llegados.

Las mujeres se acercaron solícitas primero a Paulina y a Soledad después. Todas exhalaban un aroma dulce de jazmín, desde las macizas biznagas que traían prendidas en el pecho, y ofrecían sus ósculos gestuales, reclamando al mismo tiempo conformidades y resignación ante la muerte. Los hombres, acaso porque, según había sostenido siempre la difunta, rehusaban cualquier trato con aquel último trance, saludaban desde lejos, con una ostensible inclinación de cabeza, expresando su adhesión al sentimiento.

Para participar en el ritual del duelo de la familia, los asistentes al velatorio se fueron situando en un círculo elaborado con los más variopintos asientos. Pronto, con el fin de aliviar el calor que mantenía tercamente la noche, comenzaron a circular entre los presentes las copas de blanco anís aguado y las jarras de limonada, refrescada en la umbría del pozo.

Paulina y Soledad, como contagiadas de una inocente avaricia, hacían acopio de pésames. Para ellas, aquella abundancia de condolencias constituía una especie de sutil medida de las virtudes que había atesorado la difunta, un modo de recompensa por el bien que aquella había efectuado a lo largo de su vida, y ello servía para enorgullecerlas.

El ritual de acompañamiento en el pesar de los dolientes era tan viejo como inmutable, repetido a fuerza de muertos.

Como si se hallaran ante un descubrimiento tan inesperado como deslumbrante, ambas mujeres se maravillaban del brillo de devoción al que había dado lugar la presencia de la abuela en el mundo. Conforme transcurría la vela del cadáver, sobre la multitud de los comentarios de los presentes, la personalidad de la difunta se encendía, se alumbraba como el último fulgor de una candela, con una luz más viva que la que había iluminado sus últimos años, en los que la edad le había hecho perder la vista tras los densos visillos de las

cataratas y la cabeza se le había ido por senderos impracticables. Para la hija y la nieta, aquel brillo en la memoria de tantos constituía un premio merecido que ya disfrutaba María de la Paz, un galardón que la mantendría durante años, como un resplandor sobre el olvido, antes de ser alcanzada y envuelta poco a poco, hasta difuminarse, por la niebla de la ausencia.

Como hallazgos preciosos para todos y confirmación de lo que ya se sabía acerca de ella, muchos de los presentes fueron descubriendo a lo largo de aquella noche estampas secretas, íntimas e insospechadas, de su larga historia y degustaron, una vez más, sus bondades, disfrutadas también por sus beneficiarios presentes y ausentes.

Se pusieron de manifiesto virtudes que hasta entonces sólo habían sido intuidas, avaladas por las declaraciones de muchos testigos. Hechos para los que ella, en vida, había reclamado silencio, eran ahora proclamados por la gratitud y la admiración.

Antes de la hora del rezo del rosario, muchos de los presentes salmodiaron repetidamente la retahíla de sus reconocimientos:

—Mi hijo encarnó justamente cuando me lo anunció. Sólo ella me pudo alcanzar lo que más deseaba. Y como yo, infinidad de mujeres. Vengo a despedirla, porque le debo la mayor parte de mi felicidad.

Y se enjugaba una lágrima con una punta del pañuelo.

—Sus manos eran de seda para los huesos extraviados de las coyunturas.

—Con sólo mirarte ya te conocía los males.

—Era de verdad una buena mujer, amiga de los pobres. ¡Cuántas veces se quitó el pan de la boca para matar el hambre de otros!

—Nunca pidió dinero por ejercer las gracias que Dios le dio.

—¡Cuánto saber!, ¡cuánta bondad se pierde con ella! ¡Y cuánto la echaremos de menos!

Un asentimiento coral, unánime, acompañaba todas las afirmaciones.

Cuando una densa y prolongada lluvia de estrellas fugaces recorrió el cielo oscuro de aquella noche, todas las mujeres y algunos hombres se santiguaron respetuosamente. A su vista, entendieron que

algún ser omnipotente acudía a corroborar, con una especie de ovación celeste, las virtudes de la difunta.

No obstante, faltaba a la cita con la despedida de la abuela la auténtica nieta, Adela, la heredera de sus ojos y de sus gestos, aunque no de sus dones. Un enamoramiento súbito e irresistible, que no consiguieron extinguir ni Paulina con ruegos y razones, ni Mateo con amenazas, la habían alejado de Morana.

Una madrugada, Adela desapareció de La Dehesa. Se llevó consigo un ajuar mínimo, en el que ocupaban el lugar más importante sus recuerdos infantiles.

A Paulina aquella huida de la que llamaba «la niña chica», le dejó el mismo vacío que un mal parto, más doloroso aún que el que le causaba la muerte de su madre.

Durante dos días y dos noches, Mateo, arrepentido de haberla amenazado, sumido en una especie de silenciosa locura interior, recorrió infructuosamente la ciudad con la conciencia de estar pregonando la pérdida de su honra. Preguntó por ella en las cuatro esquinas de Morana, desde las tabernas y pensiones del centro de la ciudad, hasta los ventorrillos confinantes con los ejidos.

Desolado, roto por dentro, una tarde, ya oscurecido, regresó finalmente al cortijo con la sensación de tener el corazón vacío. Tan sólo había conseguido saber que Adela se había marchado con un militar, soldado de una compañía destinada por el gobierno para patrullar los términos del sur de la provincia, en persecución de ciertas partidas de cuatreros.

Para su alivio, pero también para concretar su preocupación y su dolor, medio año después, una mañana temprano, el guarda Barragán entró en el cortijo para entregarle una carta de Adela, matasellada en un lugar perdido en las sierras de Albacete.

Por este medio se supo que se había casado, que se hallaba en el cuarto mes de embarazo y que itineraba siguiendo los destinos militares de su marido. Como conclusión, antes de reiterar la sinceridad y la vastedad del cariño que les seguía profesando, pedía perdón por su marcha y aseguraba que era feliz.

Mateo releyó incansablemente la carta, tratando de dar en sus líneas con informaciones que no contenía. Se preguntó por el nombre de su yerno, que no constaba en ella, pero sobre todo por los motivos de aquella huida que no lograba justificar.

Seis meses más tarde se recibió en La Dehesa una nueva misiva, dramáticamente escueta, fechada en el lugar de Villarluengo —del que Mateo sólo pudo saber que pertenecía a la comarca, remota para él, de El Maestrazgo—, en la que Adela manifestaba que había perdido a su hijo, como consecuencia de unas fiebres.

En aquel tiempo sintió Mateo cómo le crecía en el alma una amargura que comenzaba a no dejarle vivir. Un día ya no pudo aguantar más y comunicó a su mujer que había decidido ir a buscarla. «Para comprobar —dijo— que es una mujer decente, pero sobre todo para asegurarme de que ya no nos necesita y de que es verdad que es tan feliz como declara».

Rosario detuvo en seco su decisión. Estaba tan dolida, que daba la impresión de que más que ofrecerle razones a su marido, se las arrojaba:

—No vas a ir a ninguna parte —repuso con una autoridad que no permitía apelaciones—. Te quedas aquí conmigo. Adela ya no es una niña y sabe lo que hace. Se fue porque quiso. Ha construido su vida lejos de nosotros y no le hacemos ninguna falta. Si quiere o necesita volver, aquí tiene su casa. Sólo si nos reclama y lo pide iremos a buscarla.

A partir de entonces, durante los años que permanecieron sin noticias de ella, el matrimonio estableció entre sí un silencio tácito, voluntariamente amordazado, que no osaban romper. No obstante, era inevitable que por los extensos territorios de aquel mutismo discurrieran, invariablemente, los recuerdos.

Soledad también renunció a referirse a su hermana, porque no quería ver sufrir a sus padres.

En aquel permanente y mudo soliloquio, lleno de preguntas, en las que estaba sumido Mateo, demandándose a sí mismo explicaciones acerca de los motivos para la fuga de Adela, siempre desembocaba en una conclusión que le enloquecía: la falta de noticias sólo podía deberse a que estaba muerta.

El mismo día del fallecimiento de la abuela María de la Paz, para aligerar el rigor de su pesadumbre, lo comentó a su mujer.

—La niña chica debe haber muerto.

Paulina contestó:

—¿No te das cuenta de que los que estamos muertos somos nosotros para ella? En cuanto a lo que dices, no sé si es peor que una esté muerta de verdad o que haya muerto para otros, estando viva.

Mateo no respondió, pero estaba seguro de que su mujer aguardaba una respuesta.

La rumió durante semana y media y por fin, una noche, en la oscuridad de la alcoba, le respondió, y lo hizo manifestándole un presentimiento:

—Vive. Me da el corazón que un día se atreverá a regresar.

—En ese caso… —contestó ella con una voz turbia— habrá que perdonarle dos cosas: la marcha y el olvido. Pero aquí estaremos para recibirla.

Aquella noche, después de algunos años, Mateo la durmió de un tirón.

XXV

Antes de acompañar a Enrique en su visita por las dependencias del cortijo, Mateo las recorrió para revisar su estado y anticiparse a cualquier contingencia del inventario.

El hallazgo se produjo por casualidad, en el transcurso de su inspección de la bodega. Se trataba de una cajita de madera fina, de cedro crudo, con la corona de marqués marcada a fuego sobre la tapa, depositada junto a la percha de las venencias, en la vitrina de las copas de catar. De ella sobresalía un sobrecito en el que don Alonso —reconoció de inmediato su letra— había escrito: «Para Paulina y Mateo, por Soledad».

Mateo la abrió con cuidado. En su interior, finamente tapizado de terciopelo granate, colocados en una canaleta, formando un brillante cilindro, había diez amadeos de oro, de cien pesetas, perfectos, recién acuñados.

Dentro del sobre, en una tarjeta timbrada, con su elegante caligrafía, el marqués había escrito: «En prueba de mi gratitud, aunque imposible como pago de mi deuda con vosotros y con Soledad.

Llegará un momento en el que por mano de su madre natural reciba lo que, como hija, también mía, le corresponde.

Si alguna vez deseas que ella y yo descansemos en paz, dile que también la hemos querido».

Leyó varias veces el mensaje sin entenderlo del todo y dedujo que el marqués pudo haberlo colocado allí meses antes, el día que le reveló su paternidad sobre Soledad.

Desde entonces, durante muchas noches, a caballo de sus desvelos, recorrió el campo de su desconcierto. Asomado al pozo de su memoria, no consiguió vislumbrar claridad alguna en unos sucesos lejanos en los que habían muerto los protagonistas.

Soledad y Adela, por distintos motivos, le habían proporcionado preguntas para las que no tenía respuesta. Sus largas batallas con los problemas se entablaban y, a veces, se resolvían durante la noche. Insomne, una madrugada, por fin, con la aparente facilidad con la que se resuelven algunas cosas difíciles, halló la afirmación liberadora.

—Un muerto no puede disputarnos nada, y mucho menos a

nuestra hija.

Fantaseó sobre la desgracia en la que había vivido don Alonso, sin aquella hija a la que declaraba haber querido. Por el contrario, él se consideraba un ser afortunado. Se dejaba acariciar por el deleite de gozar una riqueza a la que nadie podía poner precio: el cariño que recibía de Soledad y que él devolvía acrecentado, en una gozosa reciprocidad.

La tarde de su última visita a La Dehesa, el marqués fue en su busca, una vez liberado su corazón de una parte de su carga, después de depositar sus secretos en el costal de Mateo. Sentía que permanecer junto él, y que le hablase de Soledad, era el único modo de sentirla suya.

Mateo se hallaba sentado en la cocina, contemplando absorto el fuego encendido de la chimenea. Se arrobaba ante el baile de las llamas; le fascinaba su poder y su entrega, nunca sumisa, al hombre. Era una especie de seducción, que alguien le había dicho que también ejercía el mar. Paulina suponía que era aquella su manera de liberarse de las preocupaciones. Como si arrojase —decía— los pesares a la candela.

Don Alonso lo llamó desde la puerta. Al oírlo, Paulina se asomó desde el umbral del cuarto hondo. Mateo le pidió las llaves.

—Vamos a ver la bodega —dijo.

Unos pájaros se detuvieron encelados en la baranda del balcón, piando arrebatadamente. El marqués se detuvo para mirarlos, hasta que emprendieron de nuevo su vuelo ondulante hacia la fronda de los nogales que se asomaban sobre los tejados. Preguntó al casero, mientras se encaminaban hacia el lagar:

—¿Qué se ha hecho con la viña nueva de La Loma?

—Lo que usted dijo. Por ahora, meter las cabras y sacar las cepas.

—¿Conoces si se ha salvado alguien de la plaga?

—Que yo sepa, nadie. Muchos están desesperados, en la más completa ruina. Sólo los que tenían algún vino pueden ir tirando. Usted sabe que ahora hay precio.

—Porque es el último, Mateo —afirmó con tristeza, mientras se acercaban al portón del lagar. La llave gimió al girar en la vieja

cerradura. Antes de entrar, el marqués abrió una nueva vía a sus confidencias. Era como si hablase consigo mismo:

—Hace unos años, mi hijo me habló del progreso, de lanzarse hacia adelante aun sin tener clara la meta, de enfrentarse a la realidad y cambiar el futuro con decisión. Sustituir los olivares por viñedos, fue la consecuencia de aquella conversación y, como ves, de una parte, importante de la ruina que nos aflige. Perdí primero a mi hijo y después las viñas. Antes se decía que las desdichas ocurrían a causa de nuestros pecados… Hoy pienso que quizá sea verdad.

Calló un momento. A Mateo le parecía que procuraba asumir lo que había dicho. Luego añadió:

—Respecto a este vino, como el que se guarda en la bodega de Morana, lo mantendremos mientras sea posible. A ver qué se saca. Espero que sea mucho más de lo que vale ahora. Y respecto a ésos que me dices, a los que no les ha quedado más que la tierra, no tienen otro remedio que buscar otras salidas, mal hipotecados como, seguramente, están.

—Por aquí se comenta, y usted debe saberlo, que hace dos años que se están haciendo pruebas con injertos en pies de vides americanas…

El lagar resonaba con el eco de las grandes estancias vacías.

—Eso son naderías para sostener la esperanza —repuso—. Pasatiempos en los que yo colaboro. Una especie de mentira piadosa; embelecos para distraer del vértigo que causa la nada en la que nos encontramos. ¡Vides americanas que dan uvas ácidas del tamaño de cagarrutas de conejo! Otras madres. Con ellas, si es que son capaces de crearlo, el vino ya no será el mismo, contando con que de tales experimentos resulte algo. El cultivo de la vid es ya un cadáver y no se ha visto que ningún muerto resucite.

Recorrieron el lagar. Ajeno desde hacía años a las faenas de la vendimia, semejaba un museo blanqueado por el polvo: los trujales vacíos, los aros de las prensas cubiertos de óxido y las canaletas secas, por las que, en los cinco últimos septiembres, no había corrido el dulzor de los mostos.

Pasaron entre las grandes tinajas empotradas en el suelo. Sólo sus gruesos brocales, con tapas de madera, asomaban a la superficie. El marqués golpeó con la punta del bastón sus embocaduras para escuchar el sonido hueco y vibrante de los enormes recipientes vacíos.

Mientras tanto, Mateo preparó el farolillo de hoja de lata, con un cabo de vela en su interior acristalado.

—Convendría saber quiénes venden tierra y a cuánto —dijo don Alonso.

Mateo no estaba seguro de que el marqués estuviera dispuesto a comprar tierras asoladas por la filoxera. Se inclinaba a pensar que aquel era simplemente un pretexto para la conversación.

—Que yo sepa, hay pocos dispuestos a vender sus fincas —repuso —. Cuesta trabajo perder definitivamente lo que se ha poseído durante mucho tiempo. La tierra se llega a querer como una criatura propia.

El marqués sonrió tristemente, al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Criatura propia dices…? Te equivocas. La tierra no puede ser jamás como un hijo, ni siquiera como una esposa. En todo caso podríamos compararla a una querida por la que uno hace cualquier locura, más por necesidad que por cariño, pero que, tarde o temprano, puede acabar poniéndote los cuernos. Y hoy por hoy, en relación con la tierra, unos más y otros menos, todos somos unos cornudos y estamos, además, apaleados. Ésta no ha sido la primera vez. Ya verás cómo el que no pueda mantener a una querida que no tiene nada que ofrecerle, la abandonará.

Pasado el almacén del lagar, detrás de un patinillo empedrado en el que campeaba contundentemente una higuera, se hallaba el edificio de la bodega a la que, desde el exterior del cortijo, daban frondosa sombra los enormes y viejos nogales.

—¿Cuánto vino tenemos aquí?

—Unas seis mil arrobas. Ya le daría cuenta el administrador que se vendieron quinientas en Córdoba.

—Vamos a verlo.

Chirrió también la cerradura del postigo. Al abrirse, un aliento fresco les aleteó en la cara. Bajaron por la rampa, larga, suave y empedrada, que descendía hasta el suelo terrizo de la bodega. En el umbrío espacio, los bocoyes se alineaban oscuros. Sobre los círculos de sus tapas, escritas con tiza, había noticias acerca de la vida de los vinos, cabalísticos signos que proclamaban su edad o el imperio de su fuerza, como expresión de la calidad de las tierras blancas, albarizas,

que eran su origen.

Al fondo, casi oculto por el esterón de esparto, un óculo enrejado permitía el paso de una línea de sol, tamizada por el polvo y las telas de araña, que se precipitaba en un rayo continuo por la penumbra azulada de la bodega, para moverse despacio por ella a lo largo del día.

El marqués, silencioso, buscaba perderse por las calles flanqueadas de altas andanas de botas, a través de la fragancia profunda, con aromas a flores conocidas, aunque imposibles de identificar, y a almendras algo amargas, que emanaban las soleras.

Mateo aprestó una copa y, hábilmente, hundió la venencia en el vientre de un viejo bocoy de frontal reforzado con traviesas de roble. El vino, como de pálido oro, espumeó al golpearse contra el vidrio.

Desde lo oscuro, el marqués advirtió:

—No. De ese vino, no. Ya lo conozco.

Mateo se quedó un instante indeciso, con la copa en la mano, sin saber qué hacer. Luego hizo ademán de arrojar el contenido al suelo, hacia un rincón. Don Alonso ordenó:

—¡No! ¡No hagas eso! Por favor, no lo tires. Tómalo. Bébelo despacio. Aprecia lo bien que resuena en la boca. Es fino, capaz de producir perfume. Recuerda que, seguramente, dentro de poco no gozaremos nunca más la suerte de tener un vino así. En cierto modo se parece a mí: es un viejo sin mucho tiempo ya para vivir, al que su escaso futuro se le escapa demasiado deprisa. Y detrás de ese corto porvenir, me temo que no hay nada.

—Usted tiene un hijo que le sucederá, don Alonso —se atrevió a decir Mateo.

Entre ambos se instaló, un momento, un silencio más denso que el de la propia bodega. Al cabo, el marqués repuso:

—Mi hijo hace muchos años que está ausente. Seguramente aguarda mi muerte para regresar. Lo que yo tengo, Mateo, es un descendiente; un Medina más en la cúspide de nuestro árbol. La casa cuenta con un marqués heredero. Algo que mi estirpe me exige. Yo he cumplido.

Hablaba con desolación. Después, como ahuyentando un

pensamiento molesto, añadió:

—Vamos a lo nuestro. Anda, bébete esa copa, saboréala y después dame que pruebe el último.

Mateo paladeó lentamente aquel viejo vino.

Cuando lo apuró, chasqueó la lengua dándole al gesto el valor del beneplácito. Después, tomó otra copa del anaquel y con ella trepó por una escalera hasta la última andana de toneles. De allí bajó con el vino para el marqués. El noble, con soltura de experto, contempló primeramente el líquido al trasluz, buscando algún reflejo verdoso en su alma limpia. Aspiró el aroma después de haberlo agitado en la redondez del cristal y luego lo acercó, levemente, a los labios, dejándolo extenderse sobre la superficie de la lengua, degustándolo con los ojos entornados, procurando evitar distracciones a los sentidos.

—Es fino —dijo al cabo—. Tiene detrás los siglos y delante…, la nada. Para mí vale más que el oro, pero es un vino triste. ¡Vámonos!

XXVI

Treinta días después de la muerte del marqués, aún había mucha gente en la ciudad, que no sólo no le había olvidado, sino que lo tenía continuamente presente. Su amigo y albacea el párroco afirmaba que, «para bien o para mal estaba entonces más en boca de sus paisanos que nunca».

En cumplimiento de lo prescrito en su testamento, se había celebrado ya la primera tanda de las innumerables misas aplicadas en sufragio de su ánima: las del mártir San Lorenzo en su altar votivo de la parroquia de la Asunción, y las preceptivas treinta gregorianas distribuidas equitativamente por los restantes templos y ermitas de la localidad; cantadas las de la iglesia mayor, con el entusiasta acompañamiento de la capilla de música, que con ello añadía unos ingresos extraordinarios a los escasos emolumentos fijos de sus miembros.

Una vez concluidos los oficios religiosos, prescritos como inmediatos en lo posible a su fallecimiento, estaba previsto dar comienzo al reparto de las dádivas señaladas específicamente por don Alonso como «limosnas para los pobres».

El vicario don Nicolás fue designado el depositario de varios cientos de lotes de medios jornales que el marqués había señalado como «descargo de su alma», para entregar a las familias más necesitadas de la ciudad.

Una vez que se divulgó el contenido de esta cláusula, y que se procedía a elaborar un padrón de pobres, una turba de menesterosos, tanto oficiales como oficiosos de Morana, comenzó a hacer ostentación de sus miserias, procurando hacerse acreedores de los socorros legados por el noble. El patinillo de acceso al despacho parroquial se convirtió, diariamente, desde muy temprano, en un apostadero de indigentes, que aguardaban ser los primeros en recibir el donativo testamentario.

La presencia de tantos menesterosos, reales o fingidos, mayoritariamente mujeres, en tan reducido espacio, dio lugar, con el transcurso de los días, a disputas y altercados. En bastantes ocasiones don Nicolás se vio obligado a mediar y a asegurar a los que airadamente reclamaban sus tres pesetas, que aún no había llegado el momento del reparto. No obstante, un día las trifulcas alcanzaron tal violencia que el clérigo se vio forzado a pedir al alcalde que enviara

algunos guardias, a fin de disolver aquella turba a la que la impaciencia o la necesidad hacía incapaz de entrar en razón. La llegada de los municipales fue recibida con un diluvio de improperios, que cayeron tanto sobre los agentes del orden como sobre los eclesiásticos y funcionarios parroquiales, de modo que, para evitar semejantes alborotos, se ordenó amarrar con cadena y candado las puertas de hierro que cerraban el patio de la iglesia.

Esta medida, criticada agriamente por los afectados, no impidió que, durante las misas habituales, muchos de los que esperaban la limosna, respaldados por la certeza de reclamar algo suyo, ocupasen con sus sillas, traídas de sus casas, las partes de las naves laterales inmediatas al presbiterio, tratando de hacer evidente la dimensión de su necesidad.

El retraso en efectuar el reparto propició la extensión de toda clase de rumores malintencionados que trascendieron a varios artículos de la prensa liberal, y a algunas hojas clandestinas que circulaban por los habituales corrillos de jornaleros sin trabajo. En ambas se acusó al nuevo marqués y al propio párroco de detener con torcidas intenciones el reparto de lo que se decía era «el pan de los pobres».

El denominado en la prensa como «el escándalo de los medios jornales» creció hasta el punto de que los albaceas agilizaron el pago de las limosnas señaladas en el testamento del marqués. El problema se consideró zanjado, aunque no se satisfizo a nadie: una mayoría de los que se consideraban a sí mismos candidatos al legado, porque quedaron excluidos del reparto, y los que tuvieron la suerte de percibir su parte, porque consideraron la cantidad inferior a sus expectativas.

Los enigmas que el trágico fin de Frasquito y Rosalía planteaban a Enrique seguían sin respuesta, aunque lo que realmente le interesaba de aquel asunto era conocer a quién iría a parar la huerta de Los Naranjos.

Interrogó a la servidumbre de la casa y averiguó que los herederos de los suicidas eran todos parientes de Rosalía, seis sobrinos, hijos de una hermana ya difunta.

La certeza de hallarse ante la posibilidad de una venta rápida por parte de los legatarios, para hacer efectivo cuanto antes el reparto del valor de la huerta, le hizo ilusionarse con la recuperación de la propiedad a un precio razonable. Ejercería su derecho de retracto

sobre Los Naranjos, y estaba dispuesto a entramparse para hacerlo revertir al patrimonio familiar.

Con objeto de conseguir más información al respecto, solicitó algunas confidencias al notario y, para su frustración, en contra de lo que esperaba, consiguió saber que los ancianos habían otorgado testamento.

Mediante una esquela, el notario le informó que lo habían firmado la jornada anterior a su muerte.

Tan intrigado como sorprendido, Enrique le rogó más información y unos cuantos días después, el notario le citó en su despacho a última hora de la tarde.

Lo recibió cordialmente y, tras los saludos, trató de justificarse:

—Estoy de acuerdo, por lo que te afecta, en que tienes derecho a conocer el destinatario final de esta última voluntad de tu padre, pero, francamente, comprenderás que no es lo debido. Oficialmente todavía no se puede abrir el testamento, dadas las trágicas circunstancias que se han producido. Ello no es obstáculo para que tratándose de ti pueda aclararte algo.

Entraron en el despacho, una pieza alargada con balcón sobre la calle principal. La luz en retirada de la tarde, tamizada por los visillos, mantenía en penumbras la estancia. Se sentaron. El notario encendió un quinqué y luego ofreció, de una caja forrada de cordobán, un cigarro fino a Enrique.

—Es verdadera flor de tabaco de Cuba. Obsequio de un buen cliente.

Enrique lo tomó, aspiró su aroma y lo encendió. El notario hizo lo mismo y aludió banalmente al humo, azul y aromático, que ascendía en delicados tirabuzones. Luego, abrió un cuaderno de notas por una página señalada:

—Aquí tengo el nombre: la heredera se llama Soledad Lozano Ríos. Recuerdo que aquellos viejos dijeron que era para ellos como una hija. Le legaron todo lo que tenían: la huerta de Los Naranjos, una casa en la calle del Aljibe, en la parte alta de Morana, y unos ahorros.

Al oír el nombre, el corazón de Enrique se aceleró.

—¿Soledad Lozano?... Ésa es hija de Mateo y de Paulina, los

caseros de mi cortijo.

Se esforzaba mentalmente en hallar un vínculo entre los guardeses y Soledad, a la que conocía desde la infancia, pero no lo encontró.

—¿Hay algún parentesco u otra relación entre ella y los difuntos? —preguntó.

El notario buscaba datos en otros papeles, sin encontrarlos.

—Ella está casada con José… No encuentro ahora el apellido. Creo que le apodan el Gazapo.

—Creo que también lo conozco —aseguró Enrique—. ¿Pero sabe qué relación...?

—No. Para justificar su decisión, la consideraron como una hija. Algún vínculo debió existir entre ellos que ignoro. Pero no olvides que es tu padre el impulsor de todos estos efectos. Se diría que vivió una doble o quizá una triple vida. Su relación con esa Martirio, cuyo resultado ha menoscabado tu patrimonio, es una de ellas. Las consecuencias de la tercera pueden ser éstas. Y también te perjudican. De verdad que lo siento.

—Es para lamentarlo. Creo que mi padre se volvió loco —concluyó Enrique apagando el cigarro en el cenicero y poniéndose en pie.

—Es posible, pero no hubo nadie que, estando cerca, lo diagnosticara para aplicarle algún remedio.

Enrique ignoró la puya.

—Conozco a Soledad. Es casi de mi edad. Y también al Gazapo: los traté muchas veces siendo niño, durante mis estancias en La Dehesa.

—Va a resultar que es cierto que el mundo es un pañuelo —repuso el notario aplastando también concienzudamente la punta de su cigarro—. Lo lamento, pero es todo lo que puedo decir —concluyó, cerrando el cuaderno—. De lo que te he informado, te ruego absoluta discreción; la muerte de los guardeses está siendo investigada y es al juez al que corresponde determinar el momento de hacer cumplir su última voluntad.

Le acompañó hasta la puerta, reiterándole discreción antes de despedirse.

Enrique acababa de ver desarbolado el proyecto de recuperar para su patrimonio la huerta. Sus ilusiones estaban arruinadas por completo.

Ensimismado en sus pensamientos, cruzó apresuradamente la plaza mayor. Un viento racheado, inesperadamente frío, levantaba espesas nubes de polvo. En una esquina, junto a la parroquia, ya cerrada, un empleado municipal, sobre una escalera, procedía a encender un gran farol de petróleo. Fue en este itinerario hacia su casa, cuando se propuso visitar lo antes posible La Dehesa.

Se había resistido a hacerlo hasta entonces para evitarse un sufrimiento inútil, dado que, en este caso, los hechos estaban ya definitivamente consumados. Le empujaba la necesidad de verificar el inventario, ya elaborado por el administrador, pero también y especialmente su voluntad de hacer notorio con su presencia el derecho de propiedad y de dominio sobre la hacienda. Asimismo, la posibilidad de encontrar la justificación del legado de Frasquito y Rosalía a favor de Soledad.

La niebla densa de la madrugada había dado paso, con un suave fulgor, a la mañana señalada para visitar el cortijo. El cielo del día, en sus primeras horas, fue añadiendo tintes de un color cobalto cada vez más intenso al débil y acuoso primer azul, y por fin, antes del mediodía, todo el aire abarcable con la mirada había logrado adquirir, aun en los horizontes más lejanos, una transparencia tan pura que, de haber existido quien pudiera apreciarla, la habría considerado casi un milagro.

Como ajustándose poco a poco a la curvatura de una lente, el paisaje acabó por enfocarse, situando en sus justas distancias y en sus exactas dimensiones los montes lejanos, matizados de delicados tonos violetas. Los cerros se mostraban nítidos, como islas sobre el mar del llano, coloreados con los matizados verdes de los macizos de lentiscos, con el rojo de los terebintos o el vivo amarillo otoñal de las higueras bravías.

Pese a tanta hermosura ofrecida por el paisaje, Enrique permaneció taciturno durante todo el viaje, abstraído en sus pensamientos. Sólo le distrajo, ya próximo a La Dehesa, el encuentro fortuito con José el Gazapo en el camino de la aldea. En otras circunstancias tal vez le hubiese alegrado aquel tropiezo con el que

había sido su compañero de juegos infantiles. Sin embargo, ni siquiera la noticia del suicidio de aquel pobre hombre, agobiado por la miseria, al que el Gazapo se refirió, logró distraerlo de la indignación que le produjo encontrarse con el marido de Soledad, también beneficiario de su despojo.

Días antes, don Jerónimo se había presentado en su casa. Como albacea le había sido encomendada la comprobación del inventario de la hacienda, antes de que Martirio la ocupase.

—Nadie mejor que tú para garantizar que sea completamente exacto y exactamente completo —dijo traspasándole la tarea.

Como solía, había preparado cuidadosamente la frase.

—No quiero desearle el mal a nadie, pero ojalá que lo que te ha sido arrebatado regrese cuanto antes a tu propiedad —añadió.

Con la intención de consolarle, lo repetía cada vez que se encontraban, pero también para patentizarle su solidaridad.

—Ha sido una gran desgracia, pero sobre todo una gravísima injusticia.

—Mi padre ha ignorado los derechos que, como heredero, me corresponden. Él me hablaba constantemente de la dignidad de la casa. Y la casa, ahora, soy yo, indignamente desposeído. Quizá sus nietos, si es que llego a tener hijos, alcancen a disfrutar de lo que me pertenece.

Sus palabras conmovieron a don Jerónimo. Desde que conocía la voluntad de Enrique de contraer matrimonio con Constanza, se sentía también perjudicado, por la que llamaba arbitraria e irreparable decisión de su amigo.

—He calculado que el repaso del inventario te ocupará como mucho un par de jornadas. Se trata simplemente de comprobar el listado que hemos encomendado realizar al administrador. Los otros albaceas también han declinado su presencia a tu favor. En el caso del párroco y del alcalde por lo ineludible de sus ocupaciones, y en el mío..., como prueba de mi confianza plena en ti.

Apenas conoció el cambio de dueño del cortijo, Paulina se sumió en un estado de desorientación tal que, por primera vez en muchos años, aturdida por un aluvión de confusos pensamientos, comenzó a equivocarse incluso en las actividades más rutinarias, sorprendiéndose

de hallarse en distintos sitios de la casa, sin recordar por qué motivo se encontraba allí.

Llegó a contagiar a su marido de su enfermiza inquietud, a pesar de que Mateo se hallaba desde hacía meses al corriente de los acontecimientos que se iban desarrollando. A él también, como a su mujer, le desazonaba no tener claro quién debía ser el destinatario de su fidelidad.

Después de darle muchas vueltas, un día, en uno de los momentos en los que, estando juntos, cada uno deambulaba por sus propios pensamientos, Paulina expresó su conclusión definitiva:

—Nosotros obedeceremos al marqués cuando estemos delante del marqués, que es, en el fondo, el verdadero propietario de la finca, y a esa Martirio Galán la respetaremos como dueña provisional, pero dueña al fin y al cabo, cuando la tengamos aquí. No creo que los veamos nunca juntos. Así no hay dilema.

El silencio de Mateo vino a significar que estaba de acuerdo. Sin embargo, en aquel momento el matrimonio, de tácito mancomún, no se planteó decidir cuál habría de ser su actitud, en el caso de producirse órdenes contrapuestas. De hecho, unos días antes de su llegada habían recibido un aviso del marqués mandando que nada en la casa, en los graneros, en los almacenes, en el lagar o en la bodega se moviera de su sitio, hasta ser rigurosamente inventariado; y aunque el mandato fue cumplido escrupulosamente, ni Mateo ni Paulina estaban seguros de si la orden lesionaba o no los derechos de la propietaria temporal de La Dehesa, otorgados ya de manera firme por la última voluntad de don Alonso.

Finalmente, después de meditado largamente, Mateo dijo a su mujer.

—Es inútil preocuparnos. Esa Martirio es bastante más joven que nosotros. Si Dios quiere, tendremos ama todo el tiempo que nos quede de vida. A ella es a la que tenemos que guardar la cara. Cuando esto vuelva a poder del marqués, él estará ya casi tan viejo como nosotros ahora, y nosotros, como no puede ser de otro modo, estaremos ya criando jaramagos.

Para recibir a la nueva señora, los días anteriores a su llegada, las mujeres de la hacienda se afanaron, en medio de un laborioso silencio, en la limpieza de las estancias: la sala grande, el despacho y las alcobas, una de las cuales, la del marqués, que había sido ocupaba

también hacía tiempo por Enrique, estaba destinada a acoger a Martirio.

No había ni una nube en el cielo y, por primera vez en varios meses, la luz entraba rotunda por el balcón abierto del dormitorio.

Para vestir la cama, Paulina había sacado de los cajones de la cómoda grande, de los que guardaba la llave, las sábanas finas, delicadamente perfumadas con un suave aroma de membrillos maduros, para plancharlas. Tras dudar un momento, extrajo también la colcha chinesca de fondo claro, que perteneció a la marquesa doña Mercedes, bordada con sedas multicolores, con densa decoración de pagodas, lagos, dragones, llamas, flores raras y pájaros imaginarios; recorrida toda por suavísimos fulgores cambiantes, como los de la cola de un pavo real.

Paulina recordó, con una melancolía que el tiempo no había logrado impregnar de resignación, la última vez que Adela se extasió ante aquel lienzo exótico que desplegaba con mimo.

En aquella oportunidad, contra su costumbre, el viejo marqués permaneció casi una semana en el cortijo, tratando de organizar una reunión conjunta de dirigentes de su propio partido político y del partido liberal, con el fin de apaciguar tensiones mutuas, de apagar rencillas tan viejas como encendidas, de conciliar diferencias y, si fuera posible, de establecer pactos positivos para el futuro de Morana. Había ofrecido a ambos grupos el tranquilo apartamiento de La Dehesa —así lo definió— para negociar y firmar, si era posible, una concordia política para el gobierno municipal.

El acuerdo entonces buscado había resultado imposible en los últimos años. Las enconadas luchas entre los dos partidos dominantes habían estado a punto en varias ocasiones de dar en la cárcel con alcaldes y concejales de ambos bandos, mientras que el ayuntamiento, calificado por don Alonso como una nave a la deriva, repetidamente denunciado y sometido a sectarias y rigurosas inspecciones, quedó paralizado, obstaculizado en el cumplimiento de sus obligaciones por la justicia. La institución sufrió con ello un notable agravamiento de su ancestral ruina económica, hasta el punto de hallarse al borde mismo de la bancarrota.

En la apertura de aquella reunión, antes de que el marqués abandonara la estancia para dejar a los políticos solos ante unos problemas de los que ellos mismos, sin reconocerlo o, en el mejor de los casos, sin advertirlo, formaban parte fundamental, dirigió a los

compromisarios unas palabras de bienvenida y de ánimo en su tarea conciliadora.

Todos los asientos de la sala grande estaban ocupados. Como intermediadora, la Iglesia también se hallaba representada en aquel concilio civil, por la figura del arcipreste parroquial.

Ante los que a menudo le jaleaban para que se decidiera a tomar el poder local, petición que se repitió allí mismo, apelando a su ecuanimidad y a sus dotes conciliadoras, el marqués expuso que si en ninguna circunstancia quiso aceptar el honor de la alcaldía —«nada más honroso para un ciudadano que trabajar por la felicidad de sus vecinos» —alegó—, había sido porque durante muchos años, demasiados, el verdadero sentido de la política se hallaba arrinconado en el desván del descrédito.

—Espero de la sensatez y recto proceder de todos ustedes que busquen recuperar la confianza del pueblo y que de aquí salga un acuerdo fecundo para el presente y el futuro de nuestra ciudad.

Añadió también que, basado en la confianza que los presentes le inspiraban por motivos de proximidad física, de profunda amistad e incluso de entrañables lazos familiares, les exigía la paz y la concordia inmediatas. Luego, con cierto aire iluminado concluyó solemnemente:

—Señores, espero convencerles de que, desde la más depurada lealtad, desde un entendimiento profundo y firme entre liberales y conservadores, que debería ser trasladado a las más altas instituciones del país, lograremos favorecer la serenidad social necesaria para el logro de la prosperidad que nuestra patria se merece.

Paulina había concluido de preparar el lecho. Sobre la cabecera, en un óleo con marco dorado, una dolorosa, con las manos entrelazadas a la altura del pecho, herido por siete puñales, manifestaba su pena con tres lágrimas redondas y brillantes, detenidas en su rostro desencajado.

Cada vez que la miraba, Paulina se sentía asaltada por la necesidad irresistible de rezar; se le venía a la cabeza una oración, primitiva y pura, que no se resolvía en palabras, ni siquiera mentales, sino en un sentimiento intenso, en una especie de condolencia universal, viva y sincera, que quería abarcar, en un abrazo consolador, a todas las mujeres sufrientes del mundo y, en especial, a su hija, a Adela, cuyo recuerdo se le clavaba como uno de aquellos puñales flamígeros del cuadro, en el centro del corazón.

XXVII

Habían pasado casi nueve años desde que estuvo en La Dehesa por última vez. Lo hacía ahora para verificar el inventario de los bienes que, gracias a su padre, iba a gozar en usufructo Martirio Galán.

Tras el encuentro con el Gazapo, en las inmediaciones de la hacienda, mandó al cochero retener el paso de la caballería y se asomó a la ventanilla para divisar el cortijo. Desde que Simón Espinosa le puso al corriente de la situación, no había logrado comprender por qué, en la balanza de la justicia paterna, había tenido menos peso la obligación debida a la sangre que la inclinación caprichosa —de viejo verde, se decía con sorna en los mentideros locales—, hacia una mujer a la que el pueblo señalaba como una meretriz.

Los caseros le recibieron con sorpresa y con una frialdad respetuosa y expectante, que Enrique entendió como desapego.

Imaginaba que Mateo y su mujer ignoraban el legado que Frasquito y Rosalía habían dispuesto para su hija. En este sentido decidió guardar silencio. Sin embargo, tenía la certeza de que las disposiciones testamentarias de su padre sobre La Dehesa eran sobradamente conocidas en el cortijo. Por eso, resuelto a evitar malentendidos y a dejar claro que, pese a la irrevocable voluntad paterna, aquella hacienda seguía siendo de su propiedad, apenas puso los pies sobre el empedrado del patio, tras unos escuetos saludos que marcaron claramente la distancia a la que quería mantener a los caseros, los reunió en la sala alta.

—No creo que haga falta que recuerde que mi padre ha dejado en usufructo La Dehesa a Martirio Galán.

Intentaba dejar clara su condición de víctima.

Los dos viejos matrimonios se hallaban de pie ante él, al otro lado de la gran mesa.

—Se trata de una cubana que regenta un local muy conocido en Morana… —aclaró.

Buscó, sin encontrarla, alguna reacción en los rostros de los caseros.

—La decisión de mi padre, sólo disculpable por sus muchos años,

ha sido una locura. Pero quiero que tengáis presente que, a pesar de todo, continúo siendo el dueño de esta propiedad. Esa señora la disfrutará, pero sólo como un préstamo… mío, mientras viva.

En contra de lo que esperaba, tampoco advirtió reacción alguna.

—Eso…, es todo —dijo confuso—. He venido a reconocer lo que me pertenece. No lo olvidéis. Aunque dejé esto durante un tiempo, estaré atento a lo que aquí ocurra. Espero contar con información. Es todo. Ahora, Mateo, quiero que dejes abiertas todas las puertas de la hacienda; deseo recorrerla completa. Solo.

—Como quiera.

El capataz abandonó la sala seguido de Paulina y de los otros caseros.

Enrique ignoraba que repetía una acción que meses atrás había realizado su padre. Era otra manera, ahora dolorida, de decir adiós.

Comenzó por las habitaciones ya destinadas a Martirio. Por ellas flotaba el olor inequívoco de lo limpio, de las cosas listas para ser disfrutadas. Buscando crear un ambiente agradable, Paulina había distribuido por las habitaciones varias cestillas repletas de membrillos y camuesas, que perfumaban el aire con sus aromas.

Bajó, atravesó el patio silencioso y entró en los almacenes, sonoros de tan vacíos. Se asomó a las trojes y a los pajares repletos y anduvo despaciosamente por el lagar y la bodega. Finalmente salió al huerto repleto de frutos, al que el otoño comenzaba a teñir de colores dorados y ocres.

En aquellos lugares habían transcurrido muchos de los más hermosos momentos de su vida de niño. La seguridad del aislamiento de la hacienda había servido a los suyos para librarle de inconcretos peligros y ponerle a salvo de realidades consideradas demasiado duras.

Lo llevaron a La Dehesa en la primavera de 1857, con el fin de evitarle respirar la tristeza que alcanzó su casa, cuando murió su madre. Allí permaneció, entregado como un hijo por la abuela Teresa, a Mateo y Paulina, y como un hermano a Soledad, hasta que llegaron las primeras lluvias de octubre, mientras su padre se hundía en una tristeza que oscureció su alma y amenazó con tiznar también a todos los que le rodeaban.

El aire limpio del cortijo sirvió igualmente para mantenerle a salvo, en los márgenes amplios del campo, de las epidemias de cólera o de viruela que asolaron con saña reiterada la ciudad, alborotada ante la muerte y aferrada a una fe fanática y extensa. Apenas se presentaban aquellas calamidades, él era conducido a la hacienda; por eso nunca presenció cómo, en los momentos álgidos del ataque de las epidemias, la ciudad penitenciaba enfebrecida tras sus santos, implorando una salud que le negaban el mal estado de las conducciones de agua y la carencia absoluta de cloacas.

En aquellas retiradas, a veces le acompañó la abuela Teresa, como una segunda madre, cómplice con sus caprichos y favorable en todo momento a sus aventuras infantiles.

En la hacienda, su existencia, libre de las ataduras de la vida en Morana, se abrió a toda clase de juegos, de correrías repletas de peripecias.

Bajo los naranjos amargos de la entrada del cortijo recordó sus juegos infantiles con Soledad, cuando en las lentas tardes del verano, recién lavados y arreglados por Paulina como para ir de paseo, con su trozo de pan blanco, regado de aceite y salpicado de azúcar, se asomaban a la puerta grande, al sencillo atrio empedrado, adornado con aquellos mismos naranjos y palmeras, de cara a los azules y rosas de las tardes del sur.

Como entonces, las palomas volaban en círculos en torno a la torre del palomar, henchida de zureos incesantes.

Evocó igualmente las breves noches del verano, pasadas con Mateo junto el frescor fragante del huerto, en el cobijo de una choza, acostado en una vieja cama de hierro con el colchón henchido de bálago. Custodiaba unos frutos que todavía no había percibido como suyos, germinados en su propia tierra. Así los sentía ahora, aunque demasiado tarde. Permanecía despierto, hasta que, vencido por el sueño, se dormía con el primer albor del día, cuando la luz titubeante de la mañana suele ser fría y de color perla.

Pensó que, de tener hijos, no contarían con la posibilidad de gozar como él de aquellas experiencias y emociones. Los años pasados le resultaban tan perdidos como los futuros.

La realidad continuaba tirando del hilo de la memoria y Enrique revivió el ambiente de la hacienda en la culminación del verano, agitado por las faenas de recolección de las cosechas que traía

septiembre, cada una con su aroma, con sus deleites de color y sabor: las moras, las uvas, los higos, las nueces, las manzanas, las mazorcas tiernas, asadas en las ascuas, las cidras…

También rememoró el bullicioso ambiente del lagar, con los muchachos pisando rítmicamente los racimos dorados en la cuba enrejada, para sacar el primer mosto, el que se convertiría en el vino de yema. Pisadores que parecían bailar y que se animaban en su tarea con cantes y ocurrencias, mientras el jugo dulcísimo se deslizaba en oleadas hacia el pilón, a la búsqueda de los panzudos vientres de las tinajas, en donde bulliría entusiásticamente durante unas semanas, hasta convertirse en vino.

Pero para él, en aquella infancia inolvidable, el atractivo principal del cortijo residía en la persona de la abuela María de la Paz. Ella ocupaba con su desbordante imaginación el lugar primordial, la edición príncipe de todos sus cuentos, de casi todas las historias míticas que recordaba.

Para Soledad y para él, al oscurecer, después de la cena, sentados en la cocina frente al fuego, María de la Paz abría el caudal de su fantasía y dejaba correr el fluido encantador de sus ficciones inagotables.

Los embelesaba con historias que les atraían y les amedrentaban a un tiempo, impidiéndoles marchar solos a la cama, con los colchones henchidos con las sonoras envolturas de las mazorcas de maíz.

Durante semanas, las historias de la abuela impulsaron a Enrique, con José el Gazapo y otros chicos de los contornos, a buscar antiguos tesoros ocultos en lugares imaginarios: un perol de barro repleto de alhajas, enterrado por los moros al pie de una palmera —un «palmo»— que describía María de la Paz como si lo hubiera visto y tocado con sus manos—; un acetre colmado de monedas de oro escondido en la frente hueca de un toro fantástico de terracota, cuya boca abría paso a un manantial de aguas que hacían daño de tan puras, o una arqueta de hierro llena de duros de plata, enterrada en la tierra negra y untuosa, dormida bajo el aire encajonado de misteriosas cuevas, que habían sido cegadas no se sabía cuándo ni por quién, para impedir que las utilizaran los bandoleros como guarida.

La búsqueda del tronco muerto del palmo les entretuvo muchos días.

Sin conciencia de que aquella tierra era suya, recorrió junto al

Gazapo —algo mayor que él— toda la extensión de la hacienda.

Con él aprendió a trampear pájaros con perchas o con liga, con el engaño de la losilla o con la red de hilo fino arteramente oculta en el borde de un regatillo. También a distinguir las avecillas que apresaban. Logró apreciar la grandiosa belleza de las primeras tormentas del otoño. Cuando se presentaban, permanecían tendidos en los surcos del campo recién arado, cubiertos con grandes bloques de tierra, compactos como adobes, arrancados del suelo por la aguja firme de la vertedera, y allí, enterrados, se asomaban a los cielos furiosos, heridos por los rayos y las culebrillas, oyendo restallar secamente los truenos en el aire encendido, en el que dejaban un olor como de pedernal golpeado.

Enrique recorría aquellas páginas de su pasado al mismo tiempo que la hacienda, con una tristeza desprovista de dolor.

Más tarde, se le incorporaron el administrador y Mateo. Ambos puntualizaban con minuciosidad cada una de las reseñas y epígrafes de la relación del inventario, aunque él no se hallaba con ánimo de atenderla.

Incapaz de permanecer por más tiempo en la hacienda, en la que no dejó de sentirse como un extraño, cuando el sol comenzaba a caer hacia poniente y el disco de la luna se mostraba como una hostia traslúcida sobre el horizonte encrespado de las sierras, mandó a su cochero que preparase el coche y regresó a Morana.

XXVIII

Finalizaba el mes de octubre, cuando con una soirée —así aparecía escrito en el atento besalamano remitido a los invitados— fue anunciado formalmente el compromiso entre Constanza y Enrique.

Casualmente, aquel encuentro social al que concurrió lo más granado del partido conservador moranés, coincidió con la instalación de Martirio Galán en el cortijo.

De una parte, la verificación de los prolijos inventarios de la hacienda, varias veces aplazada, y de otra, el temor que infundía a Constanza el resultado del primer encuentro con el marqués, retrasaron un acto que don Jerónimo ardía en deseos de celebrar y que reiteradamente había procurado concretar sin llegar a conseguirlo.

Desde que conoció las intenciones matrimoniales de Enrique, Constanza vivió la espera de la primera entrevista con su amado, prisionera a partes iguales del temor y del deseo y, aunque procuró enfrentarse a la nueva situación y al proyecto vital que se le ofrecía con el mismo sosiego que hasta entonces había establecido en su existencia, sus pensamientos se soltaban de las ataduras con los que pretendía tenerlos sujetos y navegaban alternativamente desde la ribera donde arraigaba la certidumbre de su amor, hasta los abruptos acantilados alzados por la duda, en los que imaginaba temibles asechanzas para su matrimonio. En este caso era incapaz de evitar que entre sus más grandes temores se hallase siempre, atormentadora, la posibilidad de su fracaso como esposa y madre.

La ordenada monotonía de su vida anterior se había desbaratado y las largas noches del final de aquel verano estuvieron plagadas de insomnios. Era como si el velo del sueño se le hubiera llenado de agujeros. En su imaginación, desbordada por los desvelos, alcanzar el sueño venía a antojársele como una angustiosa travesía hacia una isla deshabitada, a cuyas orillas llegaba, exhausta, cuando ya amanecía, después de naufragar en el mar de la desesperación. Su ánimo tan pronto se desbordaba en una riada de optimismo eufórico, como se hundía en profundos abatimientos de los que sólo el recogimiento, asperjado con el lenitivo de las oraciones, repetidas mecánicamente como conjuros mentales, o la música de su piano, le servían de momentáneo refugio.

Debe ser el mal de amores —imaginaba como consuelo.

Tal desasosiego le provocaba la sensación de hallarse enferma. Notaba encendidos los ojos, anhelante la boca, abrumado todo el cuerpo, con una desazón que le revoloteaba por los adentros como un pájaro destemplado e inquieto. Sentía también cómo le recorrían de vez en cuando, por toda la extensión de su piel, unos agudos escalofríos que, según suponía, debían afectar a los amantes, antes de culminar satisfactoriamente sus ansias de encuentro.

No obstante, en los momentos en los que Constanza lograba superar aquellas indisposiciones de alma y cuerpo, que indefectiblemente desembocaban en un breve abatimiento, emergía de él, como el ave fénix, en una suerte de resurrección, aún más enamorada de Enrique, tan repleta de una felicidad liberadora, de una sensación de eufórico bienestar que, según escribió en su diario, aquella conjunción de contradictorios sentimientos y sensaciones no podía ser otra cosa que el efecto del poder creciente del amor en su espíritu.

Ello tuvo como consecuencia que, mucho antes de la llegada de los primeros fríos, momento impreciso del otoño en el que con su padre acostumbraba a abandonar El Gamonal para instalarse en Morana, Constanza decidiera el regreso. Le convenció la necesidad de recuperar la vida social, de la que había permanecido al margen en los últimos tiempos. Su decisión alegró a don Jerónimo, que, en alguna ocasión, había calificado las clausuras en las que su hija se sumía como de un malsano aislamiento que únicamente le aportaba, según decía, malos pensamientos y congojas, así como, últimamente, trabas imaginarias que impedían el avance de su felicidad.

Apenas ocupó su casa de la ciudad, Constanza se embarcó en una limpieza general, que pasó como una ventolera por estancias y patios, desvanes y despensas, sacando de los mismos para condenarlos al fuego, objetos y cachivaches que no recordaba haber visto nunca y de los que desconocía su utilidad.

Había en aquella purga una especie de buscada catarsis liberadora, como si con su desaparición tratase de borrar de su vida unos años que juzgaba inútiles en el bagaje de su pasado, sólo porque por ellos había dejado de habitar la sombra de Enrique.

Acometió también algunas mejoras en el inmueble, ya que, en caso de concertarse su boda, habría de ser el centro de distintos encuentros sociales inherentes al casamiento.

En primer lugar, los albañiles, los encaladores después y

finalmente las limpiadoras, tomaron posesión de la casa y, tal como Constanza había supuesto, la actividad a la que se consagró durante algunas semanas la distrajo de sus inquietudes, y el cansancio le permitió por fin conciliar cada noche un sueño espacioso y pacífico.

Don Jerónimo le acompañó en aquella retirada del campo, aunque acudía puntualmente a El Gamonal en días alternos, a fin de controlar los preparativos de la inminente recolección y molienda de la aceituna.

Con la finalidad de remediar el desencuentro físico entre Constanza y Enrique, como único cauce de comunicación se estableció entre ambos una corriente epistolar que, por parte de Constanza, llegó a ser diaria.

Aquellas cartas, que ella recuperó más tarde y guardó durante toda su vida, iban firmadas invariablemente con la afirmación de su permanente entrega —«tuya siempre»—. Prodigaba en ellas quejas nacidas por el temor de sentirse embarcada, sin posibilidad de retorno, en un amor no correspondido. Abundaban las invocaciones a un dichoso futuro común, aunque también estaban salpicadas de expresiones en las que manifestaba la persistencia de sus dudas y la amplitud inabarcable de sus miedos.

Cualquiera, excepto ella misma, hubiera advertido que en las misivas palpitaba un fondo de irrealidad que les restaba vida, como si su contenido hubiera sido disecado. Y era que la alucinación amorosa en la que había vivido hasta entonces, había convertido su amor por Enrique en una creación alejada de la verdad y sobre esta ficción todavía continuaba construyendo el edificio de su enamoramiento.

Solía enriquecer los párrafos de sus cartas con pequeños detalles a manera de ilustraciones sensoriales. Pretendía que Enrique conociera sus gustos con la mayor precisión posible. Con este objetivo perfumaba el papel con delicadas esencias de azahar, violeta, bergamota o sándalo; lo acompañaba a menudo con pétalos desecad0s de flores, normalmente de rosas rojas o de pensamientos y, a veces, la estrella azul de cinco pétalos, con su radiante centro claro, opalescente, del nomeolvides, e incluía también a menudo, pentagramas con algunos compases de apasionadas composiciones —que Enrique era incapaz de leer—, así como poemas o frases lapidarias, rotulados con paciencia infinita en pequeñas tarjetas.

Enrique ansiaba el encuentro con Constanza. Era consciente de que se trataba de una persona muy distinta a la que diseñaban sus

cartas perfumadas o a la que insinuaban los puntos suspensivos con los que culminaba a veces sus párrafos.

Anhelaba conocerla para apreciar y valorar a aquella mujer que declaraba amarle y que se confesaba entregada a él para siempre.

Enrique también deseaba mostrarle su realidad de hombre, tan distinto del que aparecía en el sueño con el que ella le identificaba.

Antes del encuentro oficial, en cuya culminación se afanaba don Jerónimo, hubo otros dos que pusieron al fin en contacto directo a la pareja: el primero, casual, y el segundo, consecuencia del anterior, resuelto en una inesperada cita en casa de Constanza.

Una apremiante carta de Pedro Arrasate, instándole en nombre de los acreedores de Madrid a que saldara urgentemente las deudas contraídas con ellos, condujo al marqués una mañana temprano al despacho parroquial, para entrevistarse con don Nicolás en su calidad de albacea. Forzado a esperar a que concluyera la misa, desde la puerta de acceso a la sacristía pudo ver a Constanza en el templo.

Se hallaba sentada en uno de los escasos escaños de la iglesia, absorta en el rezo de su devocionario, mientras el cura oficiaba.

Sin dudarlo, se acercó y se arrodilló a su lado santiguándose. Ella, sobresaltada, no pudo más que pronunciar su nombre con sorpresa, tapándose la boca con la mano enguantada de encaje negro.

—Por fin —dijo Enrique mientras se incorporaba—. Demasiado tiempo esperando verte, Constanza.

Pronunció su nombre con una dulzura consciente que, aunque él no alcanzó a advertirlo, consiguió conmoverla. Se había sentado a su lado. Hablaban en voz baja, mientras el clérigo recorría lentamente los tramos de la celebración eucarística.

—Te escribo todos los días —se disculpó ella.

Fijaba sus grandes ojos negros en los de Enrique con la atención y la intensidad que reclaman los encuentros larga y ansiosamente esperados. Y había en la mirada de Constanza tal deseo de descubrimiento que, en pocos instantes, los hallazgos resultaron mucho más valiosos que los que había podido deducir de los contenidos de las cartas recibidas.

—Tus cartas son muy bonitas, pero no son suficientes para

sostenernos —respondió Enrique.

Su voz susurrante sonaba empapada de una impaciencia inconcreta. Ella mantenía la mirada baja y las manos unidas sobre el breviario. El marqués musitó:

—Tenemos que procurar vernos, hablar… Sueño contigo todas las noches.

Ella cerró los ojos un momento, gozando de la confesión. Aquellas cinco palabras habían logrado acelerarle aún más el corazón.

—Yo también —repuso en un susurro.

—Entonces, ¿hasta cuándo vamos a continuar así?

Sonaron en aquel momento las campanillas en un unísono limpio y menudo, anunciando el momento crucial de la misa. Callaron los dos y se arrodillaron mirando al altar mayor. El párroco bisbiseaba los latines, inclinado sobre las especies del pan y el vino. Mientras, un acólito le sostenía el borde galoneado de la casulla. En el enorme templo, prácticamente vacío, se instaló durante unos minutos un largo silencio, terso y estremecedor, hasta que un nuevo revuelo de campanillas anunció el final del rito.

—Per omnia saecula saeculorum…

Gentilmente, Enrique le ayudó a incorporarse.

—¿Qué me contestas?

En el corazón de Constanza estallaba en aquellos momentos una tempestad.

—Ven mañana a mi casa —respondió sin mirarle.

Lo había dicho sin pensarlo, en un tono que reconocía la entrevista como una especie de acuerdo secreto para hacer cumplir un deseo compartido.

—¿A qué hora?

Ella dudó.

—A las cuatro.

Enrique le tomó la mano que sostenía el pequeño misal de cantos

dorados y aunque ella se resistió levemente, consiguió acercársela a los labios y besarla.

—Allí estaré.

Don Nicolás desembocaba ya en las frases finales de la liturgia eucarística y Enrique se dirigió a la sacristía para esperarle. Cuando entró, luego de inclinarse ante el crucifijo que presidía el mueble cajonera, le saludó efusivamente.

—¡Don Enrique! ¿Qué le trae por aquí? ¿Ha visto en la iglesia a Constanza?

Resultaba evidente que se hallaba al tanto del proyecto de relación que existía entre ambos.

—No. No la he visto —mintió—. ¡De haberlo sabido…! —añadió con fingida contrariedad—. Necesito hablar con usted un momento.

—Por supuesto —repuso el cura complaciente—. Ahora mismo. Vayamos al despacho.

Entraron. Olía a tabaco rancio. El párroco se sentó ante su bufete y Enrique tomó asiento frente a él. Por su gesto, era evidente que aguardaba expectante la palabra del marqués:

—Tengo un… —dudó buscando la expresión exacta—. Digamos que…, un problema económico —dijo.

Al rostro del cura se asomó un gesto de sorpresa.

—Necesito con urgencia disponer de cierta cantidad de dinero —añadió—. Y en tanto que usted y los demás albaceas no culminen su labor testamentaria, parece que no puedo disponer de lo que es mío.

—Hombre… —protestó débilmente el clérigo—. De no haber otros herederos, los albaceas seríamos innecesarios, pero no es así. Hay algunos trámites y plazos que es obligado cumplir. Aún no hemos concluido de hacer efectivas las mandas señaladas por su padre. Además… —justificó—, yo no soy el único responsable.

—Por esa razón le ruego que, por lo que a usted respecta, resuelva cuanto antes este asunto y que inste a don Augusto a hacer lo mismo. Yo me encargaré de convencer a don Jerónimo.

—¿Es mucho dinero?... —preguntó tímidamente don Nicolás.

—Bastante —repuso cortante el marqués—. Pero lo esencial es que se trata de una urgencia. Si no fuera así, evidentemente, no estaría aquí. Ya se lo he dicho.

—Tenga en cuenta que prácticamente no hay metálico.

—Entonces será preciso que yo pueda recurrir a una hipoteca o a la venta de algunos bienes de los que no están sujetos a ninguno de los extraños compromisos de mi padre.

El párroco procuraba fijar en su mente la cifra que pudiera necesitar Enrique con tanta premura. Entendía que no era preciso ser un lince para deducir que se trataba de hacer frente a una deuda.

—En ese sentido, ¿qué podemos hacer?

—Simplemente dar por cerrado lo antes posible el cumplimiento del testamento.

—Procuramos hacerlo lo mejor y más prontamente que nos permiten las circunstancias.

—De eso estoy seguro —repuso poniéndose de pie y esbozando una forzada sonrisa—. Bien, don Nicolás, ya sabe lo que quiero. En sus manos lo dejo.

Con la promesa de convocar a los otros albaceas para tratar el asunto, el marqués se despidió.

Al día siguiente, a las cuatro en punto, tocado por el ala de la inquietud, Enrique llamó a la puerta de la casa de Constanza. Abrió una sirvienta, casi una niña, que le introdujo en una sala en la que con todo primor había dispuesta una mesa para dos. La chiquilla le invitó a sentarse.

Todo en la estancia era antiguo, pero añadía a su vieja dignidad, la prestancia y el brillo de lo recién limpio.

Tenía una ventana a la calle, protegida por unos espesos visillos y una celosía de madera, situada detrás de la reja. También se divisaba el patio, adornado con viejas palmeras en macetones de terracota. Al fondo se veía el brocal de hierro de un pozo.

Al poco apareció Constanza. Se había engalanado discretamente para la ocasión.

Enrique se levantó al verla.

—La paciencia tiene su premio —exclamó tomando su mano blanca, suave y fría, para acercarla a los labios.

Ella no opuso resistencia, sino que procuró gozar del cálido contacto de sus labios.

—Hay quien ha dicho que la ilusión despierta el empeño y solamente la paciencia lo termina —repuso.

Enrique correspondió con un cumplido, que ella agradeció con una sonrisa.

Sobre la mesa, primorosamente dispuesta con un escogido servicio de café, se ofrecían en una bandeja unas doradas tejas de almendras. Había logrado conocer la afición de Enrique por el café. Sabía que lo prefería solo, espeso y bien caliente, con poco azúcar, y así se lo sirvió, mientras hablaba de cosas intrascendentes relacionadas con su llegada a la ciudad varios días antes.

Luego vertió en su taza, después de que reposara largamente en una tetera de plata, una dorada infusión de salvia, mejorana, tila y limón.

Mientras se marchaba lenta la tarde, en el recogido espacio de la sala, la conversación iba desplegándose como un abanico.

No se refirieron en absoluto a su intensa correspondencia de casi tres meses, como si no hubiera existido. Exploraron el pasado y conversaron largamente acerca de sus antiguos desencuentros. A medida que el tiempo discurría, Enrique pudo apreciar hasta qué punto, sin saberlo, había sido observado inquisitiva y enamoradamente por Constanza. Ella le recordó momentos de su existencia que había olvidado completamente, hasta el extremo de que llegó a dudar de haberlos vivido y que eran sólo efecto de su imaginación. No obstante, cuando le precisó pormenores, Enrique debió rendirse a la evidencia y reconocer que la vida los había hecho coincidir más veces de lo que había supuesto, empezando por la primera visita de Enrique al cortijo de El Gamonal, siendo niño, de la que no conseguía acordarse, pese a que ella la describía como si la estuviera viviendo en aquel mismo momento.

Se analizaban ambos. No eran ya las frases hechas, los párrafos meditados de las cartas que, tendidas como puentes sobre el vacío, habían ido y venido entre ellos. Ahora, con los sentidos abiertos de

par en par, podían percibirse: apreciar los matices de la voz, los apoyos de los gestos, los brillos fugaces, encendidos, de las miradas… Era posible y confortador reparar en el fulgor de los ojos y advertir la entregada sinceridad de las sonrisas…

Durante un instante guardaron silencio.

—Desearía que me quisieras, Constanza.

—Te he querido siempre —repuso ella bajando sus grandes ojos negros.

Enrique le tomó la mano y sintió cómo ella la abandonaba confiadamente entre las suyas.

XXIX

Para sobrevivir, Martirio debió ignorar sus escrúpulos; ahuyentar de su lado los miedos, fundados unos, imaginarios los más, que su situación de inesperada dueña de un prostíbulo había traído aparejada.

Apenas tomó contacto en Morana con la realidad que le había ofrecido el fallecimiento de doña Rosa Mena, su reacción fue la de regresar a su tierra inmediatamente. Sin embargo, conocer a Flora la Melliza, profundizar en las razones que justificaban las vidas vinculadas al establecimiento, frenaron su determinación.

Sin embargo, pasados los años, el propósito de volver a la isla se había instalado resueltamente en sus pensamientos. De hecho, aquella intención iluminaba su vida, con la remota claridad de un faro lejano, desde el momento que despidió la costa cubana, frente a la bahía de Santiago. La aplazó el hecho de haber conocido a don Alonso y, finalmente, le hicieron desestimar aquel propósito los sentimientos que su amor le habían inspirado. Llegado el momento, se sintió obligada a cumplir a todo trance y con sincera fidelidad los últimos deseos del marqués. Se enfrentó a ellos con la misma resolución con la que se cumple una promesa ofrecida a la divinidad: en una parte, como pago de una deuda contraída y en otra, como una ofrenda propia, particular y gratuita.

En consecuencia, puso en venta su casa y el Puerto Rico, y preparó su traslado a La Dehesa.

Tenía previsto vivir el tiempo necesario para estos trámites en una vivienda alquilada, mientras trataba de liquidar el negocio en las mejores condiciones posibles.

Sin embargo, Flora la Melliza, «comandanta» del local y mujer de su confianza, se empeñó en que debía albergarse en su casa, hasta que se trasladase al campo.

Don Alonso, con delicadeza, había evitado aludir con sus comentarios a la presencia de Martirio en el establecimiento legado por doña Rosa, nombrado entonces Café Córdoba, y al que, a instancias de Flora, ella rebautizó como Puerto Rico.

Martirio Galán había nacido en 1850 en San Salvador de Bayamo, en la provincia de Santiago, allí donde la isla de Cuba hunde su espolón en el Caribe del sur. Era hija única de un español de Granada

que, casi constantemente, con una nostalgia desgarradora, le habló desde que era niña de la nieve en las cimas de la sierra —su sierra—; de su delicada blancura posada permanentemente sobre la cúspide del Mulhacén, blanca como una nube, colmada de matices violetas durante todo el día, o como el chapitel de una torre fulgiendo al lento conjuro de la luz dorada de los crepúsculos. Aquella visión ideal le quedó a Martirio tan profundamente grabada en el alma que, en adelante, nunca perdió la ilusión de contemplar la nieve y de apretar entre sus manos el crujiente azúcar de agua —tal la comparaba su padre— completamente fría.

Marcial Galán regentaba La Bella Cachita, una taberna y casa de comidas de su propiedad, situada en el barrio de El Cristo, en una calle polvorienta, cerca de la catedral de Bayamo.

Caridad Lima —la Cachita del rótulo—, cubana mulata, era la madre. De ella, Martirio había heredado las gracias corporales con las que se adornaba, algunas de ellas, como el canela de la piel, el color café de sus ojos, la desbordada sonrisa o las redondeces perfectas de sus hombros y sus caderas, además de la prestancia noble de su andar, habían sido tomados del caudal apreciable de sangre africana que corría por sus venas.

Caridad, bella todavía en su madurez, se ocupaba de la mañana a la noche en el trajín incesante de su cocina, famosa en la ciudad y punto de encuentro no sólo de militares, empleados y propietarios afincados en Bayamo, sino de aldeanos, pescadores y campesinos del contorno, que se acercaban desde las poblaciones del interior: Cobre, Yara, o desde Pilón, Niquero o Manzanillo, asomadas a la orilla fragante del golfo de Guacanayabo; aldeas depositadas como un hilo de perlas entre la desembocadura del río Cauto y las ciénagas y bajíos del cabo de La Cruz.

Del prodigioso laboratorio culinario de Cachita Lima salían al mostrador y a las mesas de la taberna, en humeantes oleadas, sus más afamados guisos: los chicharrones o asado de puerco empapado en jugo de naranja amarga, los frijoles negros y brillantes, dormidos sobre el arroz blanco —arroz con moros—, la malanga o yuca con mojo, su fritura y la de plátano, los tostones, las chicharritas…, y como postres, remojados con el dulzor meloso del ron, la gloria de las dulcísimas melcochas, la mermelada de guayaba con lascas de queso amarillo, los cusubés de yuca en almíbar con anís y el majarete o dulce de leche.

Hasta los trece años Martirio acudió al colegio de niñas de las

monjas de Nuestra Señora de los Dolores y, a partir de entonces, con la adolescencia anunciando, espléndidas e inmediatas, sus hechuras de mujer, comenzó a ayudar en el negocio.

Allí conoció a su primer amor, el único de su vida. Así lo creyó durante los largos años que permaneció amarrada a la memoria de su apuesto teniente Mena, «muerto heroicamente, como todos los de su columna, en lucha con los mambises». Así rezaba el oficio que, firmado por el secretario del capitán general, recibió junto a la medalla al mérito militar, una cruz dorada de brazos iguales, pendiente de una cinta con los colores rojigualdas de la bandera.

Un mediodía de febrero de 1868, el teniente del ejército español Francisco Mena Moreno, de la división de Santiago en la provincia del mismo nombre, perteneciente al batallón del regimiento de Córdoba número 10, con algunos soldados de patrulla, destinado en Manzanillo apenas un par de meses antes, entró ante las repetidas instancias de la tropa, sudorosa y hambrienta, en la taberna de Marcial Galán, pidiendo algo que comer, antes de rendir jornada en el cuartel y tomar unos días de permiso.

Era todavía temprano y no había demasiada clientela en el local. Por seguridad, y siguiendo las instrucciones recibidas, los soldados agruparon tres mesas en una de las esquinas más discretas y, con evidente alivio, tomaron asiento en las banquetas. Fue el teniente Mena el que se acercó al tabernero para formular el encargo de la comida.

Al advertir el acento del oficial, resultó inevitable que Marcial Galán le preguntara por su origen.

—Córdoba es mi tierra —respondió el oficial.

—Granada…, Graná… —rectificó— era la mía hace mucho tiempo. Ahora supongo que será ésta de Cuba.

—España son las dos —afirmó el soldado con convicción.

Contaría unos veintitrés o veinticuatro años y tenía la piel curtida por el sol del trópico. Una barba de varios días y el pelo ensortijado y moreno, revuelto y seco ya el sudor, le proporcionaban un aspecto contenidamente feroz. Del grueso cinturón de cuero pendía el sable recto de labrada empuñadura de bronce y el revólver de reglamento, un arma de media docena de tiros.

—Es verdad, chico, España son las dos —aceptó el granadino con media sonrisa—. Pero la gente de aquí lo cree cada vez menos y hay quienes barruntan que se aproxima un huracán, cuyas consecuencias no pueden calcularse. Ya lo sabréis vosotros —en sus palabras se mezclaban sin demasiadas disonancias el habla cubana con algunos dejes granadinos.

Caridad Lima, alta, esbelta y todavía guapa, con el pelo oscuro, densamente ondulado, recogido en un apretado moño sobre la nuca, se asomó a la puerta de la cocina y, dedicándole una amplia sonrisa al oficial, exclamó dirigiéndose a su marido:

—Marcial… Esos soldados… ¿No ves el hambre que traen? Sírveles una sambumbia fresca para que vayan abriendo boca.

El teniente encargó la comida y regresó a sentarse con sus hombres a esperar el almuerzo.

Fue la niña Martirio la que acercó a la mesa un congrí de judías rojas y arroz con algunas magras de cerdo.

Diecisiete años habían hecho de ella una mujer rotundamente hermosa. Ya sabía hacer avanzar su cuerpo arrolladoramente, como una falange griega, asentada sobre unas largas piernas, adivinadamente morenas como la piel de sus brazos desnudos y se sentía capaz de rendir a cualquier hombre que se le pusiera por delante, merced a una sonrisa ante la que era imposible mantener firme la posición.

Una serie de mal encubiertos codazos, de suspiros no contenidos y de vivas a Cuba recorrió la pequeña tropa, ante la llegada de Martirio con la gran fuente con la comida.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —preguntó Francisco.

—Martirio —repuso ella sin mirar al oficial.

Ante el interés del teniente por la muchacha, a una indicación del sargento Molina los soldados cesaron en sus exclamaciones, dejando al jefe el campo despejado para efectuar algunos tanteos de conquista. Pese a todo, siguieron con fingida desatención la estrategia del teniente.

—¿Tienes novio?

—Puede.

Ella respondió sin mirarle, mientras colocaba sobre la mesa una cesta con grandes trozos de pan y un paño que envolvía cucharas y cuchillos.

—Eso es como decir que no tienes ninguno.

—Podría ser.

—Será porque tú no quieres.

—Es porque no quiero.

—¿Y a qué esperas?

—A que llegue el que tiene que llegar.

—A lo mejor lo tienes delante.

—Aquí, delante de mí, hay mucha gente.

Una perceptible chufla burbujeaba entre los soldados, y el teniente, a la vista de que la situación no ofrecía más posibilidades tácticas, planteó de inmediato la retirada, dando por concluida la escaramuza.

—Ya vendré solo —apostilló por lo bajo, dirigiéndose al sargento.

Martirio regresó hacia la cocina seguida sin recato por las miradas de los soldados que, a una señal y a la palabra Jesús del jefe, pronunciada como una bendición, se lanzaron ferozmente sobre la comida.

Media hora después, una vez repuestas las fuerzas, con la tropa ya en la puerta del establecimiento, el teniente Francisco Mena abonó en el mostrador el costo de la comida.

—Dígale a su mujer, doña Cachita, de parte mía y de los muchachos, que el mes que viene, durante los días que permanezcamos de patrulla en la sierra la echaremos de menos, y que nos verá de nuevo al regreso. ¡Ah!, y déle las gracias a Martirio por lo bien que nos sirvió.

—Lo haré —repuso el tabernero antes de desearle suerte.

Oculta tras una cortina, Martirio lo vio buscarla infructuosamente con la mirada, antes de salir con paso resuelto al sol de la calle, calándose el sombrero y terciándose el fusil del 59.

Las descubiertas en las que participaba el teniente Mena y su patrulla alcanzaban por el sur las alturas medias de la sierra. En su zigzagueante recorrido dejaban atrás los campos labrados de las grandes haciendas, rodeadas de sonoros maizales y de rojizos campos de algodón; también los espesos cañaverales de azúcar, en los que constantemente rumoreaba el viento con un sonido como de lluvia, los bosquetes de cacaos y los altos sotos de júpito rosa, de zarzas y añil silvestre.

Subían más allá de los poblados de Guisa y Buey Arriba,

siguiendo caminos de tierra de color ladrillo, salpicados aquí y allá de pobres conucos o bohíos, con menudos huertos sembrados de yuca, calabaza y tabaco. Y en todas las ocasiones, el teniente, siempre que pudo, halló ocasión para regresar a La Bella Cachita, sólo por el gozo de ver a Martirio.

Ella, rendida al fin al apuesto teniente, participaba del mismo deseo.

Caridad Lima, con infalible perspicacia femenina, advirtió rápidamente y con agrado la posibilidad de convertirse en suegra del apuesto oficial que hacía soñar a su hija.

Cuando, disfrutando de permiso, se presentaba solo en el establecimiento, le servía platos escogidos —sujetanovios los llamaba — y Martirio le acompañaba en la comida. Se sentaban en el rincón más discreto del local, aunque siempre a la vista del ojo de águila — de padre celoso de hija única— del señor Galán. En las largas sobremesas, Francisco compartió con Martirio unos sueños, que ella hizo de inmediato apasionadamente suyos, con un entusiasmo radical, de jóvenes enamorados.

En el dibujo de aquellas ilusiones que diseñaron ambos, habían decidido embarcar en Santiago con rumbo a Nueva Orleans y desde allí atravesar el Atlántico para visitar París, como escala previa antes de llegar a España.

Barcelona y Madrid se hallaban incluidas en aquel periplo que nunca llegó a realizarse, para recalar, finalmente, en Morana, la tierra andaluza de Francisco, próxima a Granada, acerca de la que él le hablaba con una agridulce y conmovedora nostalgia y que describía surcada de hileras infinitas de olivares y adornada de unos viñedos de color esmeralda derramados por las colinas, que Martirio era incapaz de imaginar con acierto.

Se extasiaba oyéndole evocar el blanco cegador del caserío de aquel pueblo lejano que le describía salpicado de viejas iglesias, y se quedaba embelesada al oírle hablar, engañado por la añoranza, de las calles, inundadas de unos aromas como regalos antiguos que, a Martirio, no sabía por qué, le anunciaban felicidad; olores a pan recién cocido, a luminoso aceite, a vino blanco escondido como un duende, diminuto y travieso, en las bodegas.

Vestido de paisano, Francisco comenzó a acompañarla en los recados y encomiendas que le hacía Cachita. Dilataban ambos todo lo

posible los itinerarios para disfrutar durante más tiempo del gozo de estar juntos.

Algunos viernes, a instancias de Martirio, acudieron a visitar la imagen de una Virgen dolorosa, mostrada a los fieles como una triste joya oscura en la hornacina enmarcada por el telón de fondo de su dorado retablo barroco.

Una tarde de finales de agosto, después de una repentina y breve lluvia, con el cielo del trópico vistiendo el ocaso de celajes violetas, pasearon hasta el río y allí, ocultos por una fronda de piñones floridos salpicados de altas varas de malvarrosa, se besaron largamente por primera vez. Luego, con una prisa ardiente como una fiebre que les encendía las pupilas y que les fue oscureciendo las ojeras a lo largo de algunos meses, decidieron casarse.

Lo hicieron una mañana de mayo, apenas amaneció, en la catedral, en la capilla de la devoción de Martirio, frente a la imagen doliente de la Virgen, circundada por las tallas minuciosas y ondulantes de aquel retablo que a Francisco le recordaba tanto los de su tierra.

Los acompañaron Caridad y Marcial como padrinos, y el sargento Molina y dos oficiales más del regimiento de Córdoba, que actuaron de testigos. Fue la primera vez que La Bella Cachita cerraba sus puertas desde hacía casi veinte años. Lo había hecho el día que Caridad Lima se había puesto de parto para dar a luz a Martirio.

Para compartir la ansiada primera soledad de las parejas, Francisco y Martirio pasaron unos días en Santiago y allí, en el estudio fotográfico de don Marcelino Albert, ante un decorado que recordaba un patio de la Alhambra, posaron para el objetivo de su cámara.

Francisco quería enviar una fotografía a su madre y lo hizo.

—Así te conocerá tu suegra. Le gustarás —aseguró con una sonrisa.

—Me conformo con gustarte, siempre, a ti —repuso completamente seria.

El relámpago del magnesio y la emulsión de plata los inmortalizó. Él, vestido de uniforme, y ella, de su brazo, con el traje de color gris perla que lució días antes, en la ceremonia, galoneado con un agremán con flores bordadas.

Al regreso, después de detenerse en el Cobre para visitar el santuario de la Virgen de la Caridad, rodeado de montañas siempre verdes, tras pasar unos días en Bayamo, marcharon a vivir a Manzanillo.

Alquilaron una casa pequeña, con vistas al mar, en una zona habitada casi exclusivamente por funcionarios y militares.

Tenía un jardincito en el que el anterior inquilino había dejado plantadas, precisamente, las flores que apasionaban a Martirio: arbustos de nomeolvides y pavoneas, cuyas flores agradaban a Francisco, porque componían los colores de la bandera española; un arbolito de yuramira, de grandes flores escarlatas y una pared tapizada de dondiegos de día, cuyas flores parecían dormirse con el sol y durante la madrugada, y que se despertaban en un bello acorde, blanco y rosado, para difundir generosamente la gracia de su perfume, cuando latían las luces indecisas del anochecer y de la aurora.

XXX

La patrulla al mando del teniente Mena, de regreso de su descubierta por las estribaciones de la sierra, se detuvo para almorzar en las márgenes de un bosquete de pinos, densamente aromáticos, agrupados en la parte superior de una meseta extendida en un suave declive hacia una barranca. Después de vivaquear durante siete días en aquellas alturas y de pasar la última noche en el resguardo de una cabaña repleta de insectos, regresaban a Manzanillo con un hombre enfermo, otro, un novato, acosado por una aventazón de vientre causada por comer frutas verdes, y el resto castigado por un cansancio infinito.

Faltaba el sargento Molina, rebajado del servicio a causa del insuperable malestar de unas fiebres que le agotaban hasta la extenuación con sus constantes tembladeras.

Bajarían hasta el poblado de Buey Arriba, donde pernoctarían, para alcanzar Bayamo al día siguiente. Luego, llegaría el ansiado premio de diez días de permiso.

Tras ellos, ocultando el mar, se alzaban las crestas más altas de la isla. El monte Real, escoltado por los picos Cuba y Suecia, aparecía coronado por densos e inquietos girones de niebla.

Desde el fondo del barranco inmediato, un torrente, cuyo caudal había incrementado la intensa lluvia nocturna, oculto por la espesa vegetación, levantaba en el paisaje la cortina espesa de un rumor incansable.

A lo lejos, hacia el sur, tras un conjunto de redondas colinas verdes, el paisaje resbalaba lentamente hasta el horizonte brumoso. Sobre la densidad arbórea de las ondulaciones destacaban las esbeltas palmas reales, con las melenas de las hojas siempre agitadas por la brisa.

Conforme habían ido descendiendo, el calor húmedo que acumulaban los llanos hizo recrecer la fatiga de la tropa, hasta el punto de que, como otras veces, no hubo nadie capaz de advertir la belleza del paisaje.

La ración de galleta húmeda y de tocino maloliente hizo bromear a algunos refiriéndose a la cocina de La Bella Cachita y a los añorados platos de las madres lejanas, allá en los hogares de la patria. A continuación, se sucedieron, entre chanzas, los más exagerados

propósitos al respecto de la comida y del sueño en los próximos días de permiso.

Después de apurar su ración, de fumar un cigarro y comprobar que no había por las proximidades hormiguero alguno de bibijaguas, las temibles hormigas rojas, el cabo Aranda buscó el respaldo de un enorme pino para dar una cabezada antes de continuar el camino. Preparó el sombrero, a fin de cubrirse con él el rostro para dormir, pero antes tomó un trago de agua de su cantimplora.

Fue entonces cuando sonó un disparo que dio paso a una nutrida descarga. La bala certera del primer tiro había acertado al cabo y atravesado la cabeza haciéndole rodar sin vida por la suave pendiente, hasta quedar inmóvil unos metros más abajo. Los disparos se reiteraban en las voces del eco, corriendo arriba y abajo por la barranca.

—¡Alarma! ¡Todos a cubierto! —gritó Mena, mientras sacaba el revólver y, disparando en la dirección del humo que levantaban las armas enemigas, corría al interior del pinar para ocultarse detrás de un tronco enorme.

El soldado Pereira no pudo hacerlo. Herido gravemente, ni siquiera conseguía arrastrarse para alcanzar la protección de los árboles.

El intento de los compañeros de acudir a su rescate fue impedido por una andanada de proyectiles y perdigones que zurrearon entre ellos, alejándose hasta perderse en la espesura o haciendo saltar astillas de los ásperos troncos de los pinos, tras un golpe seco.

—¡Viva Cuba en armas! ¡Viva la patria libre! ¡Abajo la tiranía! —se oyó gritar enfrente, entre la espesura de matorrales y caobos.

—¡Viva España! —replicó con ardor el teniente Mena.

El fuego de las armas había cesado. Pereira, con dos tiros en la espalda se desangraba sin remedio, manchando rápidamente la guerrera de rayadillo azul. Sus lamentos eran desgarradores y el teniente debió ordenar enérgicamente a sus hombres que permanecieran en sus puestos, pues no dudaba que los enemigos aguardaban tener bajo sus miras a cualquiera que se atreviese a auxiliar al compañero herido.

Pasaron unos minutos, que parecieron durar una eternidad. Pereira se quejaba cada vez más débilmente.

—¡Hijos de la gran puta! —gritó uno de los soldados— ¡Asomad la jeta que veamos qué clase de puercos sois! ¡Asomaos si tenéis cojones!

Resonó un solo tiro y la cabeza del herido rebotó bruscamente en la tierra. Los gemidos cesaron. Piadosamente, el tirador, encaramado a un árbol, le había acertado en la nuca. Era un compañero. Nadie pronunció una palabra, cuando descendió blasfemando del árbol.

Al disparo respondió el enemigo con una descarga, a la que replicó de inmediato la fusilería española. Entre las frondas del caobal se oyó un grito sordo y el ruido producido por la caída de un cuerpo sobre los matorrales. Luego, en la manigua se hizo de nuevo el silencio y el fragor desatado del torrente volvió a percibirse nítido. Pasado un rato, el teniente Mena se acercó hasta donde se encontraba el otro soldado herido en un brazo. Tenía orificios limpios de entrada y salida. La bala no le había interesado el hueso. El muchacho tenía el rostro desencajado. La barba de cinco días acentuaba aún más su palidez.

—Ánimo Ramírez. Te pondrás bien. Ya verás. Y a esos malnacidos les vamos a dar lo que se merecen. Muchacho: ¡viva España!

—¡Viva! —respondió el soldado sin demasiado entusiasmo.

Un compañero veterano le había obstruido la herida con unas hilas de algodón y vendado fuertemente el brazo colocándole un cabestrillo, con la recomendación de que no dejase de beber agua.

El teniente Mena regresó a su posición, después de hablar con los enfermos y de reorganizar la defensa al amparo de los gruesos troncos de los árboles. La espesa sombra del pinar les favorecía. La tarde se hallaba en todo su esplendor y en las cimas de la sierra la niebla había desaparecido.

Recordó a Martirio y la imaginó aguardándole en su casa de Manzanillo, frente a un mar verde y azul cabrilleando en los lejanos arrecifes, con un brillo de plata solar tendido sobre el agua.

Transcurrió un largo rato, sin que pudiera percibirse movimiento alguno del enemigo. Mena observó que los pájaros habían regresado a las frondas desde donde habían disparado. Con cautela, asomó el sombrero en la punta del sable para comprobar si atraía algún disparo y no hubo respuesta. Finalmente, se decidió a comprobar fehacientemente si el enemigo mantenía la posición.

Eligió a dos de sus hombres y, dando un largo rodeo, ocultos en la espesura, se acercaron al punto de donde habían partido los disparos. No había nadie. Un charco y un reguerillo de sangre les confirmaron la certeza de haber herido a alguno. Luego, después de avisar a los suyos, salieron al claro. A continuación, la mitad útil de la patrulla batió con precaución el contorno, mientras los demás cavaban una fosa para el cabo Aranda y el soldado Pereira. Al regreso, procedieron a darles sepultura. El teniente Mena guardó en su mochila la documentación de los muertos; además, de uno de ellos, una medalla de la Virgen del Carmen, y del otro, una carta dirigida a una mujer. Tras el entierro, como despedida rezaron una salve y lanzaron a la brisa de la tarde, un nuevo y triste viva a España.

Se anunciaba ya el ocaso de trópico, que desplegaba sus velos rosas y violetas. Después de mirar hacia el cielo de oriente, de donde vendría la noche, el teniente, con todas las precauciones posibles, ordenó reemprender la marcha hacia la aldea de Buey Arriba, con intención de alcanzarla con las últimas luces. En prevención, ordenó que se tuvieran las armas listas para disparar, y mandó avanzar delante, siguiendo los márgenes del camino, a dos de los soldados veteranos de la patrulla, alertas a cualquier indicio sospechoso.

Todo parecía tranquilo, el torrente se alejaba del camino que ondulaba, rojizo, en medio de la espesa vegetación del pie de los collados. En la creciente oscuridad de la floresta, los cocuyos comenzaban a lanzar sus esplendentes destellos, dispuestos a recorrer la noche con sus inquietas linternas. El poblado estaría todavía a una hora de camino, por lo que Mena estimó que, con suerte, probablemente llegarían antes de que les alcanzaran las tinieblas.

El enfermo, encendido de fiebre y agotamiento, caminaba con dificultad, ayudado por otro soldado. Al pasar ante un bohío abandonado rogó, alcanzado por una desesperación enloquecida, que le dejaran allí para morir. El teniente le mandó callar y le mintió sobre la distancia que restaba. Continuaron andando, hasta llegar a una fuente que manaba al pie de un cerro revestido de maleza. El caño de agua fresca surgía de unas musgosas rocas, entre los helechos y las zarzas. Hicieron alto un instante para llenar las cantimploras y refrescar. Fue en aquel momento cuando sonó una descarga en el camino y los dos soldados de la avanzadilla, que protegían el descanso, cayeron a tierra malheridos.

La patrulla no tuvo tiempo de organizarse. Súbitamente, desde detrás de los zarzales y los arbustos, un grupo de mambises prietos, que se habían mantenido ocultos hasta entonces, se lanzó en tropel,

gritando, contra los soldados. Empuñaban los afilados machetes de la zafra, gruesas porras y lanzas de madera dura. Tras ellos, desde una pequeña altura del cerro, varios blancos abrieron fuego con sus carabinas y escopetas de caza sobre la pequeña fuerza española.

El teniente Mena disparó a bocajarro un par de tiros de revólver sobre dos negros que se le venían encima gritando como posesos, mientras que a su lado caía muerto el soldado Ramírez de un machetazo en el cráneo. Sintió entonces el golpe seco y el empujón firme de un balazo en la espalda, a la altura del hombro, y el revólver cayó de su mano. Al mismo tiempo, vio que otro negro se le acercaba a la carrera, con el machete en alto. Alargó la mano armada con el sable hacia el asaltante que quedó ensartado y detenido en su loca carrera. Sus ojos se abrieron desorbitadamente, incrédulo de sentirse herido. Pese a ello, el teniente no pudo evitar recibir un golpe brutal en la cara con aquella arma, afilada concienzudamente para cortar de un tajo la correosa caña de azúcar. Ahora le castigaba el escozor ardiente de un dolor inmenso. La hoja le había cortado la mandíbula y la sangre le corría por el cuello hasta el pecho. Los disparos continuaban desde la altura, y Mena, que se tambaleaba con el sable en la mano y la cara ensangrentada, recibió ahora una rociada de perdigones en el pecho que le hizo caer.

Su última visión, antes de hundirse en la inconsciencia y advertir, sin poder reaccionar, que varias sombras se le venían ávidamente encima para rematarle, fue la de su adorada Martirio y su casa en la ladera de la colina, sobre el mar azul y verde del golfo de Guacanayabo.

XXXI

Menos de un año después de los sucesos acaecidos en el ingenio azucarero de la Demajagua en octubre de 1868, había ya quienes pregonaban que aquel alzamiento, entendido luego por los separatistas cubanos como el primer grito de libertad contra el coloniaje español, hizo abortar otro de mayor calado y de consecuencias favorables más inmediatas. Numerosas voces disconformes culparon del retardo en el logro de la independencia al precipitado alzamiento en armas del propietario ganadero Carlos Manuel de Céspedes, denunciando que con su acción sólo trataba de evitar la cárcel, acusado de traición a la patria.

Quizá no se trataba más que de comentarios, pero hacía tiempo que por la comarca de San Salvador de Bayamo corría el aire agitado de la revuelta contra la metrópoli, alcanzando con su aliento a poblaciones y bohíos, del mismo modo que llegaba el rugir sordo de las tormentas que, desde finales de junio, cada tarde, descargaban por las estribaciones recorridas en sus descubiertas por la infortunada patrulla del teniente Francisco Mena.

Iluminado por una fe que muchos juzgaron mesiánica y desequilibrada, el terrateniente Céspedes reunió a un grupo de adictos en su hacienda y, tras leerles una insólita proclamación de independencia, se declaró presidente de la república cubana en armas.

Asistieron a aquel cabildo treinta y siete propietarios rurales de los contornos, que aportaron incondicionalmente a la causa, con sus personas, las de sus parientes, criados y esclavos, hasta un total de ciento cuarenta y siete combatientes.

Los blancos iban armados con escopetas de caza y algunos fusiles y carabinas; los negros, sólo de machetes, garrotas y lanzas.

En los días siguientes, enfebrecidos por el anhelo de asentar su libertad sobre lo firme de la tierra, haciéndola descender desde el espacio de la utopía, un pequeño grupo de mambises, insurrectos negros, ocupó sin disparar un solo tiro la pequeña población de Yara, custodiada exclusivamente por los cuatro alguaciles de la municipalidad.

Casi al mismo tiempo, el aventurero dominicano Luis Marcano, al frente de una incontrolable hueste mambí, ocupó Jiguaní. Allí, los rebeldes hicieron pagar la primera deuda de sangre a la causa de la independencia. Sin otros trámites, el alguacil que tañía la campana de

la iglesia tocando alarma y un pobre sastre que se negó a gritar ¡viva Cuba libre! fueron balaceados sin compasión.

Una semana más tarde, después de una tempestad nocturna, en la que pareció que habían abierto de par en par los portones del cielo para dejar escapar un furioso turbión, la avanzadilla de la tropa rebelde se presentó en Bayamo recorriendo en las primeras horas de la mañana las embarradas calles de la ciudad vieja, sin que las autoridades realizaran el menor intento para evitarlo.

Asomado a la puerta de La Bella Cachita, Marcial contempló con inquietud el pasar de un compacto grupo de hombres a caballo, armados con fusiles y machetes. Algunos, con valiente descaro, a voz en grito, llamaban al vecindario a la lucha.

La tropilla hacía alto en los cruces de las calles principales e instaba a la población a tomar las armas contra los españoles, anunciando la promulgación inmediata de un decreto de libertad para los esclavos que se sumaran a la rebelión.

—¡Bayameses! —clamaba un jinete menudo con voz formidable —. ¡Nuestro libertador contra la tiranía, el general Céspedes, presidente de la República de Cuba en armas, se encuentra en la hacienda Santa Isabel y no tardará en hacer su entrada en Bayamo! ¡Uníos a él! ¡La patria os reclama! ¡Tomad las armas y sacudid el yugo de los opresores! ¡Venceremos! ¡Abajo los tiranos! ¡Viva la libertad! ¡Viva la justicia! ¡Viva Cuba!

Les seguía una pequeña cuadrilla enfervorizada, formada en su mayoría por negros esclavos, que coreaban con bailes las proclamas y los vivas, invitando con exagerados gestos a sumarse a la sublevación a los vecinos asomados a puertas y ventanas.

La ola rebelde creció con rapidez. Una hora más tarde muchos bayameses, con el más variopinto armamento, cruzaban el río para saludar y unirse a la avanzadilla de los sublevados, que acampaban a alguna distancia de la población.

Julián Udaeta, jefe militar de la plaza, llevaba unos días prácticamente fuera de servicio, con el cuerpo tan amargado como el carácter. Una inclemente úlcera de estómago le atormentaba hasta la desesperación.

Como masón ferviente, encuadrado en la misma logia que el rebelde Céspedes, había creído hasta entonces a pies juntillas en la fuerza invencible de la palabra y de la negociación para la resolución

de los problemas sociales, fueran cuales fuesen. Udaeta tenía una fe ciega en el poder imbatible de la paz ante cualquier tipo de violencia y hubiera jurado que, sobre este particular, los pensamientos del terrateniente insurrecto eran los mismos que los suyos. No obstante, la certidumbre inapelable de los hechos le sacó rápidamente de su error. De modo que, arrastrando un incapacitante dolor en la boca del estómago, sólo atenuado por la ingestión continua de pastillas de regaliz, abandonó su casa llevando el sable en una mano y el revólver en la otra para, ya en el cuartel, ordenar al corneta el toque de generala.

Con toda la guarnición sobre las armas, los algo más de cien hombres que la constituían ocuparon el edificio de la cárcel, más sólido y de mejor defensa que el cuartel. Al mismo tiempo, Udaeta mandó llamar a los soldados y oficiales que habitualmente pernoctaban fuera del recinto militar y, acto seguido, dictó un bando en el que amenazaba con colocar sumariamente ante el pelotón de fusilamiento a los sediciosos que no depusieran de inmediato su belicosa actitud, responsabilizando a los amos de las acciones de sus esclavos.

Con la protección de una patrulla de caballería fuertemente armada, entre lejanos silbidos y gritos de amenaza de algunos rebeldes ocultos, el impreso quedó fijado en las puertas de la catedral, en la del Centro Filarmónico y en las plazas de Isabel II y del Convento de Santo Domingo.

La pretensión intimidatoria del texto produjo sin embargo el efecto contrario: la todavía minúscula llama de la rebeldía prendió en buena parte de los barrios populares, para extenderse luego por haciendas y chozos diseminados por los campos de la ciudad.

Con el fin de proteger su posición, Udaeta ordenó levantar algunas barricadas en el exterior de la cárcel —la más avanzada asomando a la plaza de Isabel II— utilizando puertas, rejas, vigas y sacos de yute rellenos con escombros extraídos de algunas casas inmediatas en ruinas.

Aquel mismo día, a partir de las dos de la tarde, con estudiada cadencia, Céspedes remitió a su compañero de logia sucesivos mensajes, en los que le comunicaba que poseía el control de los puntos estratégicos de la población y de los caminos de acceso a Bayamo; y al final de la jornada, le instó a que rindiera la ciudad a la República de Cuba.

Udaeta sólo respondió, lacónicamente, a la última misiva, haciendo saber al jefe insurrecto que él, junto a todos los suyos, estaba dispuesto a vencerlo o a resistir hasta la muerte.

Por una u otra razón, pocos durmieron aquella noche en San Salvador de Bayamo.

La calma se rompió durante la madrugada en varias ocasiones, tanto a causa de la descontrolada exaltación de los rebeldes sitiadores como por la inquieta vela a la que estaban sometidos los sitiados. Aquí y allá sonaron algunos tiros de los rebeldes, a los que respondieron, sin consecuencias, nutridas descargas de fusilería de los militares.

Apenas cayó la noche, a cierta distancia de las barricadas fueron prendidas luminarias para alumbrar las calles y la plaza inmediatas, con el fin de advertir cualquier posible aproximación del enemigo.

A media mañana del día 18, con las luminarias ahogadas en una breve lluvia torrencial caída durante la madrugada, los insurrectos iniciaron los movimientos preparatorios del ataque. Las promesas de libertad para los negros, pregonadas repetidamente por las haciendas y poblaciones vecinas, habían dado abundante fruto. Blandiendo machetes y lanzas de dura madera de jiquí, la brillante carne morena acudió pródiga para sacrificarse en el altar de la libertad, ante la prisión de Bayamo.

No obstante, el primer contacto directo entre los contendientes tuvo lugar en la barricada de la plaza de la Reina Isabel II. Allí, las descargas de los fusiles hispanos hicieron retroceder el ataque abierto, entusiasta y enloquecido de los sublevados, que se retiraron desordenadamente, llevándose varios heridos por esquirlas y rebotes de balas.

Mejor suerte corrió la acción de los rebeldes en la plaza de la catedral, donde el insurrecto, recién ascendido a teniente general, Luis Marcano, convenció para que se rindiera con honor al brigadier Gómez, pariente suyo, que, según dijo, no había podido incorporarse a la guarnición.

Cuando lo supo, a Udaeta se lo llevaban los demonios.

—¿Ha sido capaz Gómez de rendirse a ese infame trotamundos sin patria? ¡Pedazo de cabrón! —mascullaba sus insultos, mientras se apretaba el hueco bajo el esternón con la punta de los dedos, buscando con la presión algún consuelo para el suplicio de la úlcera—. Le ha podido más la familia que la patria. ¡Hijo de puta! ¡Traidor! Si

alguna vez le pongo la mano encima, juro por Dios que le vuelo la tapa de los sesos.

Con objeto de desalentar a las tropas leales, las noticias filtradas por los rebeldes, empapadas de inexactitudes, se sucedían. Cerca de la medianoche, un emisario de los insurrectos, que enarbolaba una antorcha en una mano y un trozo de sábana blanca sujeta a una vara en la otra, pidió a gritos acercarse a la barricada para entregar un papel que traía enrollado. Cuando estuvo a unos veinte pasos, un sargento salió para recibir el envío.

El mensajero, un mozo de cuadra de Céspedes, lo entregó con una recomendación:

—Esto de parte del general Céspedes para entregar a Udaeta —dijo consciente de que ofendía con sus palabras.

—Dirás mejor de Céspedes para el teniente coronel don Julián Udaeta— repuso con enfado el sargento.

—Lo que sea, ya se verá. Dale esto, chico —concluyó el mensajero y le hizo entrega de un ejemplar del periódico «El Cubano Libre».

La tinta, todavía fresca, olía intensamente y manchaba las manos.

—¿Eso es todo? —preguntó el sargento.

—Eso es —repuso el enviado.

—Pues lárgate antes de que mande que te peguen un tiro.

El mozo se alejó rápidamente de la barricada, levantando ostensiblemente la bandera blanca. Luego, desde una prudente distancia, antes de arrojar la antorcha a un enorme charco para ocultarse en la oscuridad, se volvió para gritar: —¡Viva la República de Cuba en armas! ¡Viva la libertad!

Y echó a correr.

La segunda noche de asedio, por las embarradas calles de Bayamo, apenas alumbradas con los oscilantes resplandores de las luminarias encendidas en las encrucijadas, se oyó el himno de la Bayamesa:

—«Ya mi Cuba despierta sonriente,

mientras sufre y padece el tirano…».

A la mañana siguiente, los facciosos formalizaron el cerco a la cárcel. Desde entonces, hasta el momento en el que la bandera tricolor ondeó en el edificio, la causa rebelde contó con siete nuevos muertos, todos improvisados artilleros, que manejaban un cañón mandado traer por Céspedes para batir desde un cobertizo los fuertes muros de la prisión. Murieron de resultas de la explosión accidental de un barril de pólvora que manejaban.

Pese a ello, imperceptiblemente, tal como el comején actúa sobre la madera y la destruye, el desaliento comenzó a cundir en el ánimo de los defensores. La columna que, al mando del coronel Campillo, intentó auxiliarles, debió enfrentarse bajo una lluvia torrencial en las orillas del arroyo Babatuaba, con las reducidas fuerzas de Marcano.

La creencia de Campillo de hallarse ante un enemigo superior le inclinó a ordenar la retirada. Esta acción, magnificada por los insurrectos mediante panfletos y rumores, aceleró el propósito de rendición que anidaba desde unos días antes en la mente de Udaeta.

El golpe de gracia a la moral de los sitiados se produjo al conocerse la retirada del coronel Quirós, que intentaba llegar a Bayamo con setecientos hombres desde Santiago. Los caminos embarrados e impracticables por las incesantes lluvias y la imposibilidad de atravesar los crecidos torrentes le impidieron alcanzar su propósito.

Frustradas las ya escasas esperanzas de recibir ayuda, Udaeta negoció secretamente con Céspedes la representación de una parodia de asalto y de defensa, con el fin de justificar ante sus superiores una rendición que pareciera tan inevitable como honrosa. A continuación, entregó el edificio a los rebeldes, los cuales, de inmediato, haciendo caso omiso a los honores militares concertados, le recluyeron con sus hombres, sin más protocolos, en los calabozos.

XXXII

Tras la caída de Bayamo en poder de los insurgentes, la taberna La Bella Cachita debió permanecer abierta, día y noche, para, según notificó el flamante poder, permanecer «al servicio de la nueva patria en armas». Caridad Lima se vio obligada a admitir a dos mujeres, que le ayudaran en las tareas de la cocina.

Muchos de los oficiales rebeldes y de las nuevas autoridades bayamesas comenzaron a frecuentar el establecimiento y a disfrutar de la cocina de Caridad. Esta presencia, unida al deseo de hacer evidente al pueblo la realidad de la justicia democrática que pregonaban los insurrectos en sus arengas y proclamas, libró al establecimiento de los asaltos y abusos que se habían prodigado en comercios, tiendas y hogares de la ciudad.

El matrimonio Galán recibió la confirmación de la muerte en la sierra de toda la patrulla del teniente Mena, a manos de una partida de mambises, en aquellos primeros días de la ocupación. Sólo el sargento Joaquín Molina que, según se aseguraba, convalecía en Santiago, había conseguido eludir tan trágico final por encontrarse enfermo, desmadejado por unas fiebres.

Fue un conocido de la mayor confianza, quien les certificó el aniquilamiento de la patrulla. Según les comentó, los cadáveres habían recibido sepultura en el monte, y sus armas, insignias e identificaciones, traídas triunfalmente a Bayamo por los rebeldes.

La trágica suerte de su yerno y de los soldados a su cargo, a varios de los cuales conocía, acobardó a Marcial Galán, hasta el punto de hacerle rondar por su cabeza la posibilidad de huir con su mujer y su hija hacia Santiago para, desde allí, buscar el modo de regresar a España.

Era una huida imposible por el momento, pues lo impedía la situación de guerra abierta en la que se hallaba la región, pero, sobre todo, les mantenía atados a Bayamo la falta de noticias sobre la suerte de Martirio, y era ésta una incertidumbre que atenazaba sus corazones como una mordaza. El corte de las comunicaciones con Manzanillo, acentuado por las rabiosas lluvias que asolaban en aquellos momentos la provincia, impidió cualquier comunicación.

Ignorar la suerte de «su niña», viuda a los diecinueve años y medio, con apenas seis meses de casada, según repetía Cachita entre suspiros, les atormentaba, acentuando más su dolor la imposibilidad

de proporcionarle algún consuelo a su desventura.

La ocupación de Bayamo, proclamada capital de la nueva república, se prolongó hasta mediados de enero. Por esos días, las noticias de la llegada de una columna liberadora llenaron la ciudad a partes iguales de inquietud y de esperanza. Los rumores que propalaban los rebeldes acerca de lo que podía suceder se levantaban abultados e inconsistentes, semejantes a columnas de humo.

Los insurrectos, presos de una febril exaltación patriótica, acrecentada por el miedo y la desesperanza, recorrieron una vez más las calles, arengando a la población a la defensa hasta la muerte.

A mediados de enero, el general Balmaceda, conde de Villate, consiguió acercarse a Bayamo, después de cruzar el río Cauto. La ciudad llevaba ya tres meses en poder de los rebeldes.

La ardiente tarde en la que se anunció la inminente entrada de los españoles, grupos de sublevados recorrieron el centro de Bayamo dando vivas a la independencia y obligando a aquellos que se habían negado a hacerlo voluntariamente, a abandonar sus casas para, acto seguido, prenderles fuego.

Se trataba, decían, de demostrar a los opresores, según rezaba un bando firmado por Céspedes, «la capacidad de inmolación patriótica de que los verdaderos cubanos somos capaces en aras de la libertad».

A Marcial Galán no le dio tiempo a echar las trancas a la puerta de su establecimiento. Un grupo de mambises prietos capitaneados por varios blancos, con garrafas de alcohol de caña en las manos, entraron atropelladamente en el local. El que parecía ser el jefe, armado con una escopeta de caza, con fuertes voces le conminó a salir de detrás del mostrador.

Alarmada, Cachita Lima salió de la cocina limpiándose las manos en el delantal. Las mujeres que le ayudaban huyeron a todo correr hacia la calle.

—Esto es un atropello. No tienen derecho a entrar así en mi casa —protestó Marcial.

—Compadre, es inútil que berrees proclamando derechos—dijo el intruso sin dejar de encañonarle—. ¡Vamos! Háganme el favor de salir los dos a la calle inmediatamente, si no quieren morir achicharrados como curianas aquí dentro. No se me hagan de rogar —añadió mientras mordía el extremo de un largo cigarro.

Caridad terció:

—Pero ¿cómo podéis hacernos esto, hermanos? ¿Estáis quemaos? ¿Os habéis vuelto locos?

Marcial se creció en su protesta, acuciado por la actitud de su mujer.

—¡Repito que no hay derecho! ¡Estáis cometiendo demasiadas injusticias con el pueblo! —exclamó—. Somos tan cubanos como vosotros creéis serlo. Nosotros también queremos una Cuba libre.

El del cigarro se acercó a Marcial cogiéndole con fuerza de la pechera de la camisa.

—¡Está bueno ya, español! Si te crees cubano, eres un mal cubano que no merece vivir en la nueva patria —hablaba con lentitud, aportando el peso de la autoridad que le proporcionaba el arma que portaba a cada una de sus palabras.

—¿Qué he hecho yo contra Cuba?

—Tú —le colocó la boca del cañón de la escopeta bajo la barbilla — y ella habéis dado de comer a los soldados de la tiranía y no satisfechos con ello, habéis casado a vuestra hija con un oficial del ejército opresor. Te mereces la misma muerte que tu yerno, por pendejo y traidor.

Los ojos de Marcial se llenaron de miedo. De un salto, Caridad Lima se situó junto a su marido para rogar clemencia.

—¡Afuera! —ordenó, mientras uno de los negros mambises, capado de orejas en un antiguo ajuste de cuentas, rociaba el alcohol de su garrafa sobre el mostrador y los muebles del local, al tiempo que otros se afanaban en buscar dinero y en rapiñar botellas de licor de los anaqueles y comida de la despensa y la cocina.

—Sois todos unos ladrones y unos miserables. No os merecéis la patria que andáis buscando —se atrevió a decir Marcial en un arranque de ira.

Por toda respuesta el de la escopeta apretó el gatillo. El disparo a quemarropa lo mató en el acto, empujándole violentamente hacia atrás, contra el mostrador, con un enorme boquete abierto en el centro del pecho.

La impresión dejó a Cachita Lima tan sin aliento, que si no cayó al suelo fue porque el propio asesino de Marcial la sostuvo y la sacó a rastras a la calle.

Por ella pasaban, apresuradamente, hacia los campos, gentes huyendo de los incendios que se propagaban sin freno por la ciudad.

Caridad Lima intentó entrar en su casa, que comenzaba a arder con furia. Rebeldes y curiosos se lo impidieron. Luego, para alejarla de la asfixia del humo, la llevaron a la fuerza hasta una plazuela cercana. Allí perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, varios edificios más de las calles inmediatas estaban envueltos en llamas. La humareda se extendía por aquella parte de la ciudad. Una mujer conocida le ofreció un trago de agua y la instó a escapar. Cachita se levantó y, ayudada por aquella espontánea compañera de infortunio, se sumó a un grupo de fugitivos, que buscaban para sus vidas la seguridad abierta de los campos.

Se oían tiros dispersos que sonaban como los petardos de una fiesta.

Ya lejos de las últimas casas, Caridad se volvió para mirar la ciudad, casi oculta por el terreno y los árboles. La situación de Bayamo quedaba señalada por los densos tirabuzones de humo negro, que se elevaban en un cielo completamente azul.

Amortiguado por la distancia se percibió durante un buen rato el repique incesante de las campanas de la catedral, incendiada también.

Aquella hermosa mañana de enero, en el contorno del campo hasta donde alcanzaba la vista, otras humaredas procedentes de los incendios de ingenios y cafetales se inclinaban suavemente a una brisa que parecía concurrir para dar fe de tanta desgracia.

Dos semanas más tarde, una vez que los hombres de la rebelión fueron alejados de Bayamo, Martirio Galán consiguió llegar a la ciudad. Por doquier patrullaban los soldados, los «milrayas», a fin de impedir los saqueos y localizar a los insurrectos que no habían podido escapar a la sierra. Vecinos de vuelta de la salvaguarda de los campos recorrían los barrios, para apreciar la magnitud del desastre o para plañir su desesperación ante los escombros ennegrecidos de sus hogares.

El incendio de parte de la ciudad, que en algunos casos y a pesar de las lluvias se mantuvo durante varios días, se extinguió por fin,

pero en la atmósfera se mantuvo con molesta persistencia el olor acre de la madera y de las telas quemadas de los ajuares.

Del edificio que fue La Bella Cachita sólo se mantenía en pie la fachada. El fuego había dejado grandes marcas ascendentes de tizne sobre la puerta y las ventanas.

Las dos plantas del inmueble se habían desplomado y una lengua de negros escombros se derramaba hacia la calle, a través de la entrada y de los vanos. Por las ventanas altas se veía el cielo, enmarcado de hollín.

Martirio supo más tarde que el cadáver de su padre, medio consumido por el fuego, al que había delatado el hedor de la descomposición, había sido rescatado por los soldados y llevado a enterrar a una fosa común abierta en un rincón del cementerio.

Nada logró averiguar del paradero de su madre, por más que interrogó a las gentes del barrio.

Contrató una cuadrilla de hombres para que concluyeran el desescombro del solar de la casa, suponiéndola enterrada bajo el alud de cascotes y escombros.

La búsqueda infructuosa del cadáver, le permitió descubrir que no quedaba nada recuperable de lo que había sido su hogar y el negocio de sus padres. Los vidrios derretidos de las botellas aparecieron convertidos en una especie de babaza sucia y dura, incrustada de carbón, y los anafes y las sartenes de hierro, deformados a causa del intenso calor del incendio.

Desalentada, volvió a recorrer Bayamo, inquiriendo acerca del paradero de Cachita.

Por fin un día, por casualidad, logró saber que había sido vista con un grupo de mujeres, niños y viejos fugitivos que marchaba hacia el monte, aterrados por la violencia y por la determinación enloquecida de los insurrectos de incendiar la ciudad.

La noticia alimentó su esperanza y, con ella, la resolución de encontrarla. Dejó la pensión, se alojó en casa de una familia amiga y anunció mediante pasquines colocados en los sitios públicos de la población, la entrega de una recompensa, a cambio de cualquier información comprobable sobre su paradero.

Unos días más tarde se le presentó una mujer a la que conocía de

su antigua vecindad, para anunciarle que Cachita había fallecido de vómito negro hacía casi un mes cerca del poblado de Guisa.

—Allí nos refugiamos. Lo siento, niña —añadió mirándola fijamente, mientras que, en una especie de ademán orante, entrecruzaba los dedos de las manos—. A veces las ideas atropellan ciegamente las vidas. Tu madre era una buena mujer que no se merecía la muerte que tuvo: solita en el monte, agotada por el dolor, agonizando durante tres días en un jergón viejo relleno de hojas de maíz. La pobre perdió el habla. La enterramos al borde de un maizal.

—¿Está segura de que era ella?

—El sufrimiento y la enfermedad la avejentaron en pocos días, pero Caridad Lima era una mujer inolvidable… —sus palabras destilaban una sinceridad que Martirio agradecía—. Pocas podrían confundírsele. Toma. Aquí tienes su medalla de la Virgen de la Caridad del Cobre.

Del cuenco de aquella mano morena y arrugada, tomó el disco de plata gastado como una vieja moneda, con la efigie de la Virgen negra, que su madre había llevado al cuello prendido de una cadena desde que era una niña.

—No aceptaría el dinero que has ofrecido de no hacerme tantísima falta, niña Martirio. A mí también la libertad me lo ha arrancado todo.

—Quizá la libertad sea inocente —fue lo único que pudo responder Martirio, mientras, entre silenciosas lágrimas, entregaba la recompensa prometida.

XXXIII

Simón Espinosa pagó al contado y sin regatear un solo céntimo el valor tasado del bar-café Puerto Rico.

Lo adquiría, según rezaba la escritura, a doña Martirio Galán, su legítima propietaria, natural de San Salvador de Bayamo, en Cuba, con residencia en la Península desde el año de 1879. También hacía constar que el inmueble estaba libre de cualquier tipo de gravamen y que sólo tenía la carga de una misa rezada cada año en la parroquia, el día de los Difuntos en el altar de las Ánimas. El documento se refería a la actividad desempeñada por el Puerto Rico en términos de «servicios de repostería y alojamiento».

El carácter de la compra era —según insistió el intermediario— «a vara hincada», es decir, con inclusión de todo lo que el edificio contenía.

Después de negociar la venta, pero antes de llegar al acuerdo definitivo con el corredor, Martirio pidió hablar con Monsito. Quería conocer sus intenciones respecto al futuro del negocio, antes de cerrar la operación. Éste sólo accedió a visitarla con la condición de que la entrevista tuviera lugar temprano.

—Dice que no acostumbra a salir a la calle, salvo para gestiones muy precisas y que éstas las resuelve muy de mañana —aclaró el corredor.

Acababan de dar las siete cuando se presentó. Martirio lo recibió en su despacho. Tras los saludos, visiblemente incómodo, accedió a sentarse, pero se negó a tomar ninguna de las bebidas ofrecidas.

Martirio fue directamente a lo que le interesaba.

—Sé que usted puede considerar que no es asunto mío, pero me importa saber qué piensa hacer con el Puerto Rico.

—En principio reformarlo. Desde que murió doña Rosa Mena el mundo ha cambiado mucho. Nada más entrar me he dado cuenta de que al local, si queremos que sea rentable, se le deben efectuar algunos cambios. Mi intención es mantener…, digámoslo así, la empresa, aunque administrada por otras manos, no directamente por las mías. Cuestión de conciencia —aclaró tras una pequeña pausa con un amago de sonrisa—. Buscaré un arrendatario o… quizá mejor, un apoderado, todavía no lo tengo decidido, que gestione el

establecimiento como Dios manda.

—Si es así… —dijo Martirio sonriendo con malicia— podemos estar tranquilos.

Monsito advirtió lo inadecuado de su expresión y rectificó. Como tenía por costumbre, en todo momento evitaba mirar directamente al rostro de la interlocutora.

—Quiero decir, alguien que lo administre del mejor modo posible —sonrió él también brevemente, con una mueca perfectamente tasada.

—No debe ignorar que aquí viven y se ganan la vida varias personas… —puntualizó Martirio.

Se había impuesto como condición, al menos quería intentarlo antes de desprenderse del Puerto Rico, que se mantendrían los puestos de trabajo.

Sin embargo, él parecía más atento a ciertos detalles del escaso mobiliario que a la conversación. En realidad, estaba buscando la respuesta. Por fin dijo:

—Señora, sin ellos, pero especialmente sin ellas —precisó—, este negocio deja de serlo. A nadie engaño si afirmo que es exclusivamente por los beneficios por lo que lo compro. El campo ha dejado de ser un medio de vida para muchos en Morana.

Era la respuesta que ella esperaba. Sin embargo, en lugar de tranquilizarla, le inquietó el pragmatismo del que Monsito hacía gala, hasta el punto de que estuvo tentada de decirle que renunciaba a la venta. No obstante, se contuvo y, tras meditarlo un momento, repuso:

—Estoy de acuerdo, pero, si no le importa, desearía saber qué piensan mis empleados de todo esto.

—Yo no lo haría, pero… en fin…, eso es todavía asunto suyo. Allá usted. Lo que me interesa a mí es el tiempo. Le ruego que no tarde demasiado en decidirse —hablaba ya puesto en pie—. Creo, señora —añadió secamente sin mirarla—, que le va a resultar difícil encontrar compradores para el establecimiento y que no están los tiempos para perder las buenas ocasiones.

—Vuelva usted mañana —contestó ella en el mismo tono—. Tendrá una respuesta.

—De acuerdo. Pero no vendré yo. Enviaré a una persona de confianza en mi nombre. Señora…

Saludó con una pequeña inclinación de cabeza. Tomó el sombrero colgado de la percha y abandonó el cuarto. Martirio le vio bajar rápidamente las escaleras y luego, tras los visillos de su balcón, salir con paso apresurado del local. Después llamó a Flora la Melliza.

La gobernanta no tardó en aparecer. Era una mujer que aún sabía defenderse airosamente del estropicio de los años y conservaba cierto buen ver. De entre lo que habían sido sus glorias pasadas mantenía un andar elegante y una solemne prestancia, como de distante orgullo, tras la que solía parapetarse como en una trinchera.

Mantenía sin tintes su pelo crespo, de un negro cerrado y puro, y gustaba adornarse con alhajas de oro. Éstas, junto a una casa pequeña, constituían toda su riqueza.

Trabajaba en el Puerto Rico desde los tiempos de doña Rosa Mena.

Como la anterior propietaria, Martirio había depositado en ella toda su confianza, y en su desparpajo, fortaleza y gracia radicaba, y lo había demostrado repetidamente, la buena marcha del negocio.

—Niña Martirio, ¿es verdad que nos vendes?

Le habló sin rodeos, mirándola a los ojos, con una sonrisa claramente forzada, apenas entró y tomó asiento.

La pregunta, aguda como un dardo, dejó a Martirio perpleja. Necesitó un instante para reaccionar. Titubeó:

—Verás Flora, yo…, sólo quiero salir de aquí… Dejar esta vida que me incomoda. Para eso no tengo otra alternativa que vender.

La Melliza permaneció pensativa un instante, cabeceando levemente. Por fin, como desechando una visión amarga, enarboló otra vez una pequeña sonrisa, prendida en sus labios pálidos.

—Haces bien niña —contestó.

Luego, añadió con un tono de acibarada conformidad:

—Está claro que tú no eres como nosotras. Ojalá hubiésemos tenido tu misma suerte. Dar con un caballero andante que nos rescate

de este fango en el que vivimos y en el que sin duda vamos a morir. No es fácil encontrar el mirlo blanco de los sueños imposibles… Aquí donde me tienes, llevo aguardándolo inútilmente veinticinco años, y hace ya algunos, bastantes, que perdí la esperanza.

Martirio no halló respuesta para endulzar el desengaño que Flora expresaba. Al fin balbuceó.

—Sabes cuánto me gustaría…

Flora no la dejó justificarse. Sabía que no tenía por qué hacerlo. Se adelantó como había hecho otras veces:

—¿A qué perderse en buscar disculpas para lo que no es más que un derecho? El Puerto Rico es tuyo, niña Martirio, y puedes hacer con él lo que te venga en gana, sin dar más explicaciones a quienes no tienen por qué recibirlas, es decir, nosotras.

—Siento de veras haber tomado esta determinación, pero no puedo continuar aquí más tiempo —repuso bajando la mirada.

Aquella disculpa y la impotencia que la justificaba tenían un sedimento de sincera desolación. Martirio prosiguió:

—Ya he tomado la decisión, Flora. Era inevitable llegar a este punto. De todos modos, si no es ahora, será en cuanto tenga ocasión. Lo único que en este momento me detiene es que no sé qué clase de persona es ese Simón Espinosa.

Flora sí lo sabía. Contaba con información bastante, como para dibujar un retrato exacto del personaje. No obstante, eludió comunicar a Martirio los detalles.

—Tiene intención de mantener abierto el Puerto Rico. Lo hará un administrador en su nombre. Eso me ha dicho.

Aguardó en Flora un gesto de asentimiento, de conformidad con su determinación, pero sus revelaciones no produjeron efecto alguno. Insistió. Su voz estaba impregnada con la sordina oscura de la súplica:

—Quiero abandonar este sitio. Es como una condena injusta y pesa demasiado sobre mí. Se lo prometí a don Alonso. Él me señaló esta salida. Y ahora tengo la puerta delante de mí: abierta. Compréndelo. No puedo dejar pasar esta oportunidad. Sabes que fue el triste destino de mi marido el que me trajo aquí. De otro modo, mi casa estaría ahora en Santiago, en mi tierra, con mi esposo y con unos

hijos que ambos deseábamos con todas nuestras fuerzas. Un amor me trajo a Morana, aunque sé bien que nunca lo hubiera deseado, pero otro me redime y me saca de aquí.

Flora la miró. Luego, asintió otorgando su comprensión.

—Todas hemos tenido en nuestra vida ilusiones parecidas, amores decisivos, pasiones que encadenan y que, al mismo tiempo, otorgan la libertad —repuso con melancolía y tras una pausa añadió con amargura—. Tu suerte ha sido que esos sueños se han hecho realidad. Pero para la mayoría de las mujeres, ni aun con las ilusiones es justa la vida. Las mías, como las de las que aquí vivimos, como las de todas las que han pasado por el Puerto Rico, fueron derribadas por la fatalidad. Ya ves, la desventura vive conmigo desde que tengo uso de razón. Sin embargo, existe el consuelo de saber que lo que sucede, siendo malo, siempre puede llegar a ser peor. Esta vida es mejor que la calle, y la vida es, casi siempre, mejor que la muerte...

Martirio la escuchaba con profunda atención.

—Es verdad —continuó Flora— que en el sino de las personas se encuentra, irremediablemente, la muerte, pero éste es un espantajo con el que nadie quiere enfrentarse, aunque sea inevitable el encuentro, porque forma parte de la existencia. Aunque procuramos evitarla, se manifiesta continuamente, atenta a irse llevando trozos de nosotros. Mira, niña Martirio, a cada momento se nos mueren cosas. A ti se te murió, te mataron, la persona que amabas y que te amaba. Con él se acabó su amor, no el tuyo. Quedaste para llorarle como Dios manda. En mi caso, fue sólo el amor el que pasó a mejor vida, el mío y el de otro. No sé si la persona que me destrozó la vida continúa muriendo día a día, como yo. La verdad es que tampoco me importa —concluyó.

—Hay muchas maneras de vivir muriendo y de morir definitivamente… Y muchos sitios donde hacerlo —un rictus desconsolado se asomó a la boca de Martirio—. Cuando llegue mi último momento, yo quiero estar en Cuba, Flora, en mi tierra. Un lugar mucho más bello cuando él vivía, pero que lo tiene a él. Todo lo bueno con lo que conté, allí sigue, aunque sea convertido en cenizas. A veces oigo en mi corazón, como un susurro, la voz de mi país que me llama. Quizá algún día me decida a echar el cierre de mi vida aquí, para regresar, para estar junto a mis muertos, si Dios quiere, aguardando morir.

Tenía la mirada perdida y en su mente, grabada, la imagen de La

Bella Cachita, arrasada por las demenciales candelas de los insurrectos, prendidas por doquier para que el enemigo tuviera una idea clara de lo que debía ser, y era, la lucha contra la tiranía y el valor de la emancipación y la libertad de la patria.

La conversación había desembocado en el silencio. Lo rompió resuelta Martirio:

—El otro hombre que me amó, al que yo también quise aquí y al que la muerte impidió ser mi esposo, me reclama a vivir lejos del Puerto Rico. Y estoy decidida a cumplir su deseo.

—Te entiendo, niña Martirio. Tienes suerte. ¡Adelante! No lo pienses más. Vende esto, márchate y no mires atrás. Hay oportunidades que no se repiten nunca. Cualquiera de las que aquí estamos, de haber encontrado la coyuntura, hubiera hecho lo mismo. Puedes tener presente y estar segura de que, si en ello radica tu felicidad, todas nos alegraremos de corazón de que consigas ser lo más feliz que puedas.

—Gracias, Flora. No lo olvidaré.

Las dos mujeres se abrazaron. Mientras en el corazón de una se abría de par en par una ventana a la esperanza, en el de la otra comenzaban a labrar sus nidos el miedo a la pérdida de la proximidad cálida de Martirio y a la incertidumbre en su futuro.

Flora la Melliza regresó a su cuarto sintiéndose ya esclava de su temor.

XXXIV

A media mañana, Enrique encontró sobre la mesa de su despacho, en la bandeja en la que la servidumbre colocaba la correspondencia, la carta de Pedro Arrasate. La letra con la que aparecía escrito su nombre en el sobre le resultaba inconfundible. Era la tercera que recibía en veinte días y, molesto por la insistencia, desechó abrirla hasta otro momento. Estaba seguro de que no necesitaba leerla: podía garantizar con certeza casi absoluta su contenido. Sin duda Arrasate le reclamaba, una vez más, el dinero que, a su vez, a él le estaban demandando sus acreedores y que aún no había podido remitirle.

Distraído con otras ocupaciones, había olvidado la existencia de la carta y, varios días después, cuando subió de nuevo al despacho, la volvió a ver sobre la bandeja.

La luz del sol entraba de través por la ventana, estrellándose contra la pared de la sala. Marcaba en ella una línea, ancha, incandescente, de color escarlata.

Se asomó al balcón. El disco solar comenzaba a ocultarse tras un oscuro frente de nubes densas y bajas, como ribeteadas con un encaje carmesí. La ciudad toda estaba inundada de un intenso resplandor, que hacía más oscuras las zonas en sombra.

—¡Candilazo...! —murmuró Enrique con la carta en la mano, mirando el cielo encendido. Repetía un dicho de la abuela Teresa—. ¡Mañana lluvia!

Iluminado por aquel último resplandor fulgurante del día, de pie junto a la ventana, leyó la misiva.

Era el texto imaginado, aunque le inquietó el tono de su contenido. Había crecido en irritada desesperación respecto a cartas anteriores.

Arrasate acumulaba en aquella los más duros reproches. El principal consistía —culpaba directamente a su criado Gaspar— en haberle dejado en Madrid como referente para sus acreedores: «Son algunos más de los que tú me dijiste y todos, que están bastante soliviantados contra ti, lo pagan conmigo. Me he convertido en objetivo y víctima de un sinfín de enojosas molestias que, últimamente, han derivado hacia amenazas graves contra mi persona, hasta el punto de que me he visto obligado a cambiar varias veces de domicilio. Comprenderás que me sienta como un delincuente

perseguido. Pascual Miralles me busca con las peores intenciones. Ya sabes cómo se las gasta. Ahora estoy refugiado en casa de un amigo, pero con ese tipo detrás, aunque ande con cuatro ojos, no me siento seguro».

Los párrafos finales constituían la expresión más descarnada de la desesperación de su amigo y realmente preocuparon a Enrique: «Por los santos clavos de Cristo, busca una solución urgente para este problema que es exclusivamente tuyo. A mí, que soy el más perjudicado, sólo me vincula a él tu amistad, por ahora inquebrantable —el adjetivo estaba subrayado—, aunque no sé por cuánto tiempo».

Aquella noche, el sueño de Enrique no fue tranquilo; estuvo recorrido por aflictivas pesadillas. En los intervalos de desvelo, lealmente, se prometió acabar de inmediato con aquel problema enquistado, que gangrenaba su existencia. Temía que, si no conjuraba pronto la malignidad que aquel padecimiento iba acumulando, acabaría por provocar unos daños indeseados a su amigo y a él mismo como único responsable.

Al día siguiente, tal como había predicho, el cielo ennubarrado anunció, inmediata, la primera lluvia del otoño.

Poco antes del mediodía, Enrique se acercó a casa de Simón Espinosa. Un par de horas antes le había remitido una tarjeta anunciándole su visita, «para tratar de negocios», había escrito.

El emisario le trajo la respuesta: Espinosa le esperaba.

De nuevo le abrió la puerta doña Manolita, haciéndole pasar a la sala baja. La mujer, ahora sin duda advertida por Monsito, le había reconocido.

—Siéntese usted y espere un momento, don Enrique. Mi hijo estará ocupado todavía un momentito, pero no tardará en recibirle.

Desde donde permanecía sentado, a través de la puerta entreabierta, el marqués podía divisar, tras una cristalera, el largo pasillo que recorría el lateral del patio principal de la casa, dando acceso a varias habitaciones.

Súbitamente había comenzado a llover. La madre de Espinosa se afanaba en sacar apresuradamente al centro del patio algunas macetas para beneficiarlas con el agua, que empezaba a caer con fuerza en grandes gotas.

Por fin, pasados unos minutos, vio salir de una de las habitaciones del pasillo, seguido de Espinosa, a un tipo alto, con el rostro picado de viruela. Vestía un largo blusón oscuro, abotonado. Se detuvieron un momento ante la cristalera. Desde la sala, Enrique podía oír cómo Monsito le hacía unas últimas recomendaciones:

—Lo dicho, no levantes mano sobre ése… El Negro. Adviértele que ya me resulta imposible tolerar más aplazamientos, que tiene que pagar. Déjaselo bien claro: le doy tres días para cancelar el préstamo. Y a ti, si transcurre este plazo sin que haya liquidado sus cuentas, no se te ocurra asomar por aquí.

El sicario asentía con la cabeza a cada recomendación de Espinosa. Enrique lo divisaba, con el perfil centrado en el rectángulo que dejaba la abertura de la puerta. El individuo sostenía entre sus manos, a la altura del pecho, una gorra gris.

—Descuide usted don Simón —oyó que respondía—. Si el tiempo me deja, esta misma tarde finalizo el negocio. Ya sabe que pocas veces se me ha escapado un asunto de éstos, sin resolver a su entera satisfacción.

Untaba sus palabras con un tono servil que parecía molestar a Espinosa.

—Precisamente eso es lo que yo quiero —replicó—. Así es que ¡anda!, y no te escudes en el mal tiempo para cumplir con tu obligación, que para eso te pago.

Pasaron ante la puerta de la estancia donde se hallaba Enrique, uno insistiendo en sus advertencias y el otro en sus afirmaciones. Por fin, el individuo salió y Monsito, tras cerrar la puerta de la calle, se acercó. Desde el umbral de la sala, suplicó a Enrique, con un amaneramiento más evidente que el que había mostrado a su sicario, una disculpa por el retraso. Luego lo saludó, invitándole a acompañarle a una pieza situada al final del pasillo.

—Es mi despacho —dijo cediéndole el paso.

Sin tener claro qué tipo de negocios traían al marqués a su casa, Simón le atendía con desconfianza, a la espera de los acontecimientos. No obstante, le ofrecía una calculada sonrisa, que Enrique advirtió falsa, como el beso de Judas Iscariote. Descubría en él un talante profesional que desconocía.

La habitación recibía la luz a través de una ventana enrejada que

daba a un segundo patio, señoreado por un limonero cargado de frutos todavía verdes. El suelo, como el de toda la casa, era de losas de barro. Un sillón, un bufete y un par de sillas constituían el mobiliario principal. En la pared frontera a la puerta, algunos viejos libros, ennegrecidos por la humedad, ocupaban varios anaqueles. Detrás del sillón de Monsito, en un sencillo marco de madera oscura, tras un cristal, presidía la estancia el retrato al carboncillo de un hombre de aspecto joven, a pesar de la poblada barba y el bigote.

—Era mi padre —se sintió obligado a aclarar Simón—. Murió cuando yo tenía siete años.

Sobre la mesa aparecían una antigua escribanía, un velón de cuatro piqueras y un crucifijo de latón, con nidos de cardenillo en los pliegues de su torpe cincelado.

—Tú me dirás qué negocio te trae —dijo invitándole a sentarse.

—Necesito un préstamo —repuso lacónicamente Enrique—. Eres prestamista, ¿no?

En los hundidos ojos de Espinosa brilló una luz de inquieta sorpresa. Dicho de aquella manera, y por Enrique, el término le resultó ofensivo. Negó con la mano.

—No. Perdona, prestamista es una palabra un poco dura, ¿no te parece?

Se le advertía molesto. Durante un momento, movió, y volvió a situar en el mismo sitio, algunos de los objetos que había sobre la mesa. Al cabo añadió:

—Digamos que hago algunos favores, que saco de apuros a gente necesitada. Los tiempos no son buenos y alguien debe ayudar a sacar a flote lo que una tempestad inesperada, y por desgracia ya demasiado larga, ha echado a pique. Pero ¿un préstamo, para ti?... No lo entiendo —dijo cambiando radicalmente de tono.

Se encogía de hombros y negaba con la cabeza manifestando su incredulidad.

—Digamos que he de resolver un problema inmediato. Conseguir el dinero por otros métodos más ortodoxos resultaría, quizá, demasiado lento y, sobre todo, daría que hablar, cosa a la que no estoy dispuesto.

—Comprendo —repuso Espinosa adoptando un aire de confidencialidad, al que le había acostumbrado su negocio—. Pero antes disculpa que me haga a mí mismo algunas preguntas. Por supuesto, no tienes por qué contestarlas.

—Por supuesto —ratificó el marqués—. Acabas de decir que son preguntas que tú mismo te f0rmulas.

La respuesta desconcertó un momento a Monsito.

—¿Cómo se te ocurre pedir un préstamo que siempre resultará demasiado caro, cuando tienes a quien recurrir libre de compromiso? Sin ir más lejos —añadió—, tu futuro suegro, don Jerónimo, o tu abuela. Los dos te sacarían con gusto de cualquier apuro que, en tu caso y sin ninguna duda, es pasajero.

Como había asegurado, Enrique no estaba dispuesto a responder a aquellas preguntas. Pero más que la indiscreción de Monsito le sorprendió especialmente que estuviera al corriente de su intento de relación con Constanza.

—Prefiero que nadie, y mucho menos ellos, sepan nada de esto —replicó acompañándose de un gesto amenazante del dedo índice—. Así que —agregó— respecto a lo mío, a mis relaciones particulares y, sobre todo, a mi vinculación, profesional por supuesto, contigo, procura estar callado como un muerto desde ahora.

Espinosa se rebulló incómodo en el sillón. No estaba acostumbrado a recibir exigencias, sino a imponerlas. No obstante, con una sonrisa forzada, en la que hábilmente mantuvo ocultas las mellas de su dentadura, afirmó:

—El cliente siempre tiene razón. Puedes estar tranquilo a este respecto. Te aseguro que no encontrarás a nadie más discreto y reservado que yo.

—Eso espero.

—Bien. Vayamos al meollo del negocio: ¿cuánto necesitas? —preguntó dando un golpe suave con ambas manos abiertas sobre la mesa. Procuraba esquivar la mirada de Enrique.

—Quince mil pesetas, por lo menos.

El prestamista respiró hondamente.

—Eso es mucho dinero —replicó después de una breve y meditativa pausa.

Había cambiado ligeramente el tono de su voz. Enrique pensó que tal vez estaba calculando la posible dimensión de sus ganancias.

—Pues eso es lo que necesito —afirmó—. Además, cuanto antes mejor.

—No dispongo de tanto efectivo —repuso—. Como comprenderás, esto no es Madrid. En Morana las operaciones no suelen ser tan importantes, al menos las que yo realizo. La verdad es que no se me han presentado muchas ocasiones, pero por prudencia, mis préstamos nunca han superado la mitad de lo que tú necesitas. Imagina que la operación no sale bien. No se puede colgar toda la carne del mismo garabato.

—¿Entonces?...

Monsito suspiró. Tenía una mano en la barbilla y tamborileaba con la otra sobre la mesa. A Enrique le pareció que evaluaba las posibilidades de conseguir sacar adelante aquel préstamo, cuyas pingües ganancias sabía plenamente garantizadas.

—Veré lo que puedo hacer —dijo finalmente—. Pediré yo mismo un préstamo para completar la cifra que necesitas, claro que…

Suspendió intencionadamente el final de sus palabras. Continuaba evitando mirarle a los ojos.

—¿Qué?

—El problema estriba en que esta operación adicional, si es que sale adelante, ampliaría algo los gastos previstos. Entiende que yo tendré por mi parte que abonar los intereses.

—¿Hasta cuánto llegarían esos gastos?

Enrique se sentía incómodo. Tenía prisa por concluir.

—Déjame que haga algunas cuentas.

—Hazlas.

Afuera la lluvia arreciaba. Su fuerte rumor llegaba desde el patio.

Monsito tomó un lápiz y se afanó brevemente sobre el reverso de

una hoja de papel ya escrita. Al momento, sin apartar los ojos de la operación aritmética que acababa de efectuar, dijo:

—Tratándote como lo que eres, un amigo, en total, la operación alcanzaría unas veinticinco mil pesetas.

Esperaba una respuesta inmediata de Enrique, pero no la hubo. Lo miró:

—¿Bien...? —inquirió invitándole con un gesto a manifestarse.

—De acuerdo —repuso el marqués después de una pequeña duda —. Firmaré lo que haga falta.

—Perfecto. No puedes imaginar hasta qué punto me agrada servirte —su sonrisa era ahora perfectamente sincera, tanto que mostraba sin pudor la falta de sus dientes—. No obstante —añadió—, ya sabes: la costumbre exige concertar algunas garantías equivalentes al valor del préstamo.

—¿Pueden servir tres casas que tengo arrendadas en la calle de la Cruz Verde?

—Por supuesto, pero la cifra es alta y es necesario añadirle algo más. Quizá la viña o, mejor dicho, lo que queda de ella: cinco aranzadas, poco más o menos, de tierra calma que tienes lindera con otra mía en El Retamar. Sería suficiente.

—No me queda otro remedio que aceptar. He de remitir lo antes posible a Madrid ese dinero.

—¿A Madrid? Si lo deseas puedo lograr hacer una transferencia. Es la ventaja de los nuevos tiempos. Afortunadamente contamos con el telégrafo, pero especialmente con los contactos apropiados. Un pequeño incremento en los gastos te evitaría la complicación de buscar el modo de hacer llegar tanto dinero con seguridad a su destino.

—¿Y qué garantía tengo de que la operación se realizará sin problemas?

—Confía en mí. El préstamo no será efectivo hasta que, a vuelta de correo, tengas el recibí, firmado por el destinatario, por la totalidad de la cantidad remitida.

Enrique aceptó la oferta y Monsito Espinosa sacó acto seguido del

cajón del bufete una especie de formulario, tomó pluma y tintero y se dispuso a rellenar el contrato.

—El incremento del coste por la transferencia supone quinientas pesetas —dijo mientras escribía y dando por supuesto que Enrique aceptaba—. El efectivo del préstamo asciende a quince mil pesetas y el total a reintegrar veinticinco mil quinientas. Siempre, naturalmente, que su devolución se produzca dentro del plazo exacto de dos meses a partir de la firma.

Repitió el gesto de mirar al marqués, sin hacerlo de frente.

—¿Dos meses sólo? —repuso Enrique escandalizado.

No era la primera vez que se hallaba en el trance de solicitar un préstamo y nunca se había enfrentado con una presión tan rigurosa.

—Ampliar ese plazo incrementaría notablemente los gastos. Debes reconocer que el dinero cuanto más tiempo esté muerto se vuelve forzosamente más caro. ¿Firmas? —preguntó presentándole le hoja.

—Dame la pluma —pidió, y, decididamente, estampó su firma al pie del impreso, después de echarle una ojeada. Luego añadió—. Te mandaré los datos del destinatario del dinero.

—No hay nada más satisfactorio para mí que poder sacarte de un apuro —dijo recogiendo el contrato.

—Si no se tratara precisamente de un apuro, no hubieras podido perpetrar este robo —respondió secamente Enrique.

Aquellas palabras hicieron surgir súbitamente ante él a un Simón Espinosa que no conocía. Fulguró el fondo oscuro de sus ojos, habitualmente esquivos y el tono de su voz se volvió cortante como el filo de una navaja barbera, el mismo con el que había oído recomendar mano dura a su ejecutor contra Miguel el Negro.

—Nada te obliga a entrar en este juego —repuso secamente—. A nadie se engaña, porque las reglas están perfectamente claras. Aquí no se pone a nadie una pistola en el pecho. Nunca. Y menos a ti —concluyó.

—Pero sí un cordel al cuello —repuso mientras se dirigía a la puerta para salir de la casa.

Tras él, con una escueta sonrisa que Enrique no pudo ver, Simón Espinosa se encogió de hombros, como si con aquel gesto descargara sus responsabilidades.

Continuaba lloviendo, aunque con menor intensidad, y el marqués, calándose el bombín, se lanzó a la calle para dirigirse a su casa, determinado a escribir a Pedro Arrasate.

XXXV

Julián, el hijo mayor de José el Gazapo, había heredado de su madre la atracción irresistible por el río. El olor húmedo de sus orillas, al que se mezclaban los aromas de los mentazos, de las lentejas de agua y de los berros que tapizaban los fangales, le fascinaban.

Mientras el padre esperaba su turno para la molienda, sentado en las viejas piedras desechadas del molino, liando cigarros y conversando, Julián escapaba orilla arriba y se pasaba las horas mirando la corriente impetuosa, que se deslizaba hacia los hervideros con que el agua cercaba las grandes piedras que obstaculizaban su paso.

Más arriba, el fondo del cauce se alomaba y el caudal pasaba, ancho, lamiendo el lecho de guijarros brillantes. Era el vado. De vez en cuando, una recua o algún carro cruzaban aquella línea invisible que separaba dos provincias, ceñida exactamente al centro del río.

Julián contemplaba el paso de hombres y bestias por aquel límite imaginario, sintiéndolo inexorablemente adherido, como una rémora, sobre el lomo brillante, como de dragón, del río que, a veces, enfadado por aquella carga —se lo había contado la abuela María de la Paz—, intentaba cambiar su curso, por ver si se libraba del trazo que sentía sobre sí, aunque, realmente, sólo existiera en la cabeza de los políticos y sobre el papel de los mapas.

Lo llamó el padre desde la aceña por donde el agua penetraba haciendo remolinos para transmitir su fuerza a las ruedas de piedra. Antes de acudir a la llamada, Julián escogió dos cantos, aplanados por el frotar constante de las aguas, y los envió saltando al centro del cauce, como despedida.

—Éste pasó a Sevilla. Éste se quedó en Córdoba.

Ya se molían los dos costales de grano de José el Gazapo. Chirriaban, acometidos por el esfuerzo, los ejes de hierro de las piedras triturando las semillas morenas. Con una escoba fina reunía el molinero la harina y se aprestaba a cerner. José, abierto de piernas, doblado por la cintura, recibía en el harnero el polvo fino; caía en el lienzo extendido la harina blanca formando un montón cónico que se deslizaba sobre sí mismo. El salvado se guardaba en un saquillo que sostenía el chico. Como era costumbre, el Gazapo pagaba la labor en especie: harina para el molinero, el quince por ciento de maquila.

Julián ayudó a su padre a cargar y a amarrar los dos costales prietos.

Subieron luego por la senda empinada, árida, dominadora en su culminación de la cinta plateada del río.

A lo lejos, por encima del vado, en el espejo terso de las aguas que aguardaban lanzarse por hoces y gargantas, se reflejaba el pontón, cruzando lentamente hacia la otra ribera, llevando un rebaño de cabras finas, medrosas, arracimadas en el centro de las tablas.

La húmeda maroma que sujetaba el pontón brillaba al sol, verdosa de ovas.

Culminada la cuesta divisaron en su totalidad la aldea, apresada entre el cerro y el río. Su iglesia resultaba enorme en proporción con el caserío, que se dispersaba río abajo entre las huertas de la ribera derecha.

El niño arreaba de vez en cuando el mulo viejo. Atajaron por las lindes de las tierras labrantías del cortijo de La Dehesa.

El camino serpenteaba paralelo al cauce de un arroyo, ladrón empedernido de la tierra de los ribazos; obstinado constructor de barranqueras por las que afloraban a la luz, tan bellos como estériles, los brillos sedosos de los yesos.

En la solanera del mediodía, el camino blanqueaba en las rodaduras de los carros, con la franja central de hierba polvorienta.

De un cortijillo medio oculto entre los olivos, pegados sus muros de tierra a un vallado, bajaba una mujer gritando sobre los llantos desgarrados de tres chiquillos:

–¡Ay, por Dios que ya ha hecho la locura! ¡Que ha sido capaz de dejarnos solos a los cuatro! ¡Ay, Virgen Santísima, que me lo daba el corazón! ¡Que lo vi coger la soga y salirse!

Trompicaba buscando entre los olivos. Uno de los niños lloraba sentado en el suelo. Se añadían a su llorar, una y otra vez, los ayes de la madre.

Corrió José el Gazapo olivar arriba para calmar a la casera:

—¿Cómo va a ser eso? ¿Qué dices, mujer? ¡No tientes al demonio!

Ella insistía en su desconsuelo:

—Que sí. Que estaba desesperado. Que me lo dijo. Tantos años rabiando para morirse de hambre. Que me lo había dicho y yo no lo creía. Ayer vino uno a buscarle, a reclamarle unos dineros que no tenía.

Se deshacía en lágrimas y ahogos la casera:

—¡Que lo vi esta mañana coger la soga y salirse! El diablo me puso una venda en los ojos para que no me diera cuenta.

—¿Hacia dónde fue?

—No lo sé —hipaba la mujer—, a ver la viña como todos los días. A llorar la ruina que nos ha mandado Dios.

Y la casera corría bajando la ladera hacia un manchón ocre de resecos cardos y jaramagos.

Desde el lindero gritó prolongada, agudamente, a los aires, el nombre del marido.

Un gañán venía corriendo por un sendero de cabras, bordeando un montecillo cubierto de retamas, entre las hojas amarillas y secas, onduladas como cintas, del gamón.

—¡Carmen! —gritó, señalando con el brazo extendido—. Allí, en el cerrillo. ¡Corred!

Adelantóse el mensajero. José el Gazapo y la mujer tomaron la linde del viñedo muerto y traspasaron la besana de un olivar de estacada nueva.

En lo bajo de un vallado, a media ladera de la loma, se encontraba ya el gañán, vuelto hacia los que venían. En el suelo, desmadejado, se hallaba el cuerpo descalzo del hombre. Asomaba, bajo el pañuelo sucio con el que el pastor le había cubierto piadosamente la cara, el extremo cortado de la cuerda de esparto.

Llegó Carmen ahogándose, plañendo su dolor infinito, retrenzándose las manos, llorando reproches al difunto:

—¡Ay, Dios! ¿Qué mal viento te trajo a acabar de esta manera? ¿Cómo olvidaste el amor de tus hijos? —tornaba los ojos a los hombres que la miraban sin saber qué hacer—. ¡Si me lo daba el

corazón! ¡Que lo vi coger la soga esta mañana y salirse! ¡Virgen Santísima!

Se arrojó al suelo deshecha en un llorar entrecortado. Golpeaba con su frente el pecho del muerto. Quitóle el pañuelo del rostro. El casero tenía los ojos abiertos, desorbitados y vidriosos; la lengua fuera, seca, negra, enorme...

Gritó Carmen su espanto al aire dorado de la mañana y se quedó inmóvil sobre el cadáver del esposo gimiendo sordamente.

El gañán explicaba a José el Gazapo:

–Venía yo con las cabras por la cañada arriba. Le vi los pies. Se había quitado las botas. Míralas, están ahí, junto al tronco de ese olivo.

Se lamentaba a media voz el cabrero.

—¡Pobre Negro! No había una voz para cantar mejor que la suya. ¡Pobre!

Subían los niños gritando, llamando a la madre por el olivar. La mujer reinició los ayes.

—Quédate aquí con ella. Yo me llevo a los chiquillos. Voy a dar aviso a la aldea. Cuando se colgó Tomás Santaella, el del molino, hubo que avisar al juez.

El Gazapo deshizo lo andado, llevando a duras penas a los hijos del muerto, que berreaban contagiados del llanto de la madre.

En ese momento pasó por el camino, rumbo a La Dehesa, el sociable del marqués. A una indicación de éste, el cochero detuvo los dos caballos del tiro. Desde la sombra de la capota emergió el rostro de Enrique de Medina:

—¿Ocurre algo?

Se reconocieron de inmediato, pero ninguno lo demostró.

—Una desgracia, ahí en El Cerrillo. Un pobre hombre, Miguel el Negro, que no habrá querido seguir viviendo —hizo con la mano el gesto de apretarse la garganta—. Ahí, más arriba, en medio de esos olivos tenía su casa. Éstos son sus hijos. Voy a dejarlos y a dar aviso a la aldea.

El marqués se ocultó nuevamente en la sombra. «Vamos», ordenó secamente, y el cochero arreó el tiro, prosiguiendo su camino.

Algo más adelante, a la sombra de una higuera bravía, esperaba Julián, sin saber qué hacer. El mulo ramoneaba suelto la grama reseca de los taludes.

—Voy a descargar a la bestia. Dejaremos los costales en el cortijillo, mientras vuelvo a la aldea. Tú te quedas aquí.

Callaban ahora los niños. Tenían los ojos grandes y asustados.

José tomó ahora otro sendero. Avisaría a los cortijeros cuyos caseríos orillaban el camino. Las mujeres se santiguaban haciendo suyo al Dios que invocaban; los hombres corrían maldiciendo, blasfemando de aquel mismo Dios por los atajos hacia El Cerrillo.

Una vez en el camino real, José el Gazapo lo siguió hacia la aldea. Esperaba encontrar el coche del correo que diariamente hacia la carrera hacia Morana.

Poco antes de llegar a la cárcava enorme que el arroyo había labrado antes de arrojarse al río, se detuvo a esperarlo; se oían ya las voces del cochero y el cascabeleo alegre de las colleras de las mulas.

Bandadas de vencejos sobrevolaban el hondo cauce, rozando las paredes casi verticales del tajo. El carruaje subía penosamente la cuesta. En la culminación, el Gazapo lo detuvo con un gesto.

—¿Qué hay? —preguntó gritando el cochero, al tiempo que tiraba de las riendas.

—Uno que se ha ahorcado: Miguel el Negro, del cortijo de El Cerrillo. Es menester que des aviso en Morana para que venga el juez.

Algunos viajeros se asomaron, curiosos, a las ventanillas. Requerían noticias sobre el caso. Uno de ellos daba las señas del suicida:

—Bueno era, y honrado. Trabajo le costó tener lo que tenía. Un mal volunto le debió empujar a buscar su última hora.

—De acuerdo —concluyó el cochero—, daré la razón en cuanto llegue. Mientras, deberías avisar al alcalde y al cura. Si viene el juez o aparece la pareja de la Guardia Civil será esta tarde a la oración o mañana por la mañana.

Al restalle del látigo, el vehículo comenzó a moverse de nuevo, bamboleándose.

José el Gazapo subió al mulo y tomó un caminillo que bajaba hacia el arroyo y que luego se acercaba a la aldea más prontamente que la carretera. Junto al reguero de agua oculta, que secaría el primer calor del verano, se doblaban los cañizos con cada racha de viento que peinaba el cañaveral.

Recorrió la calle desierta flanqueada por pobres casas con pequeñas ventanas enrejadas, casi todas de una sola planta. Por el centro de la vía, terriza, corría un caño de aguas sucias, que recogía la que salía de las viviendas por un canalillo practicado en las gradillas o directamente por debajo de las puertas.

La casa parroquial estaba aneja al templo. José golpeó en la puerta con el aldabón de hierro. Al momento apareció el cura, don Cristóbal, alto, seco, nudoso…, de nuez prominente en el correoso cuello. Se abotonaba la sotana raída.

—¿Qué quieres?

Saludó el Gazapo y explicó el suceso. El clérigo contestó con malhumor.

—Claro que conozco a ese Miguel. He bautizado a sus hijos y he cazado por esos terrenos. Pero, hijo mío, yo no tengo vela en ese entierro. El Negro no puede recibir sepultura eclesiástica, porque se ha quitado la vida y eso es un pecado muy grave. En todo caso, avisa al alcalde; debe estar ahora en su huerta.

Mientras bajaba por la calleja, el Gazapo pensaba con desazón en la actitud del cura. Sabía que los suicidas recibían sepultura en el que decían «patio de los matados», fuera de las tapias principales del cementerio, sin pasar por la iglesia y sin la cruz sobre la tumba.

Todo ello le resultaba natural. Aceptaba que era la ley de un Dios al que era posible comprender, porque actuaba como los hombres.

Pensaba que, si el muerto fuera él, no le importaría aquel entierro al margen del suelo sagrado, porque —según razonaba— un muerto ni siente ni consiente, pero sufría vagamente por Carmen, la viuda, por sus tres hijos, a los que se negaba el consuelo de una visita, de unas palabras del sacerdote.

Junto al río preguntó por algún atajo para llegar más

prontamente a la huerta del alcalde. Caminó llevando la bestia cogida del ronzal por un senderillo umbrío, a orillas de un caz henchido de agua. Los álamos y algunos sauces ponían sombra al calor del mediodía. Se enredaban las hiedras en algunos troncos y subían oscuras a la luz de las primeras ramas. El camino serpenteaba al compás del reguero.

La primera autoridad de la aldea estaba haciendo faena de escarda, doblado sobre el bancal, cuando llegó el Gazapo.

Le sorprendió la noticia:

–Pero ¿qué dices, José? Si lo vi ayer mismo en la taberna. Charlamos un rato. No le noté nada raro —movía la cabeza con incredulidad y añadió perplejo—. ¡Parece mentira! Era un hombre a carta cabal, sí señor. Mal terminar ha tenido. Y malas averiguaderas tiene el porvenir de su gente. En fin, que se le cerraron los sentidos y...

Hizo ademán con la mano de cortarse el cuello.

El Gazapo afirmaba con la cabeza, mientras el hortelano limpiaba la tierra del escardillo con una espátula.

—Habrá que ir a ver. ¡Pobre muchacho! ¡Parece mentira!

Tornó el Gazapo al cortijo de el Negro. Habían traído al muerto en una manta a su casa. En la puerta, el cabrero explicaba una y otra vez a un grupo de hombres recién llegados las minucias de su hallazgo. Dentro, algunas mujeres consolaban a Carmen, mientras otras preparaban la cena funeral.

XXXVI

Pregonada por la gente, la noticia del casamiento de Enrique y Constanza se extendió por Morana como un suceso extraordinario, al que se le suponía un despilfarro tan repudiado por unos, como envidiado por otros; un acto que, ni siquiera como espectáculo, estaba al alcance de la inmensa mayoría.

Ver por fin a su nieto en el «estado de serenidad» que le deseaba, renovó en la abuela unas ganas de vivir y una ilusión desbordantes. La fuerza y actividad que derrochó en la preparación de la boda y el olvido de sus achaques fueron consideradas como un milagro derivado de su afán por colaborar en la felicidad de Enrique.

Con la intención de situarse en aquel feliz trance al frente de la casa, la abuela clausuró provisionalmente la suya y se trasladó a la mansión de los Medina, en la que nunca, mientras vivió su yerno, el viejo marqués, había querido permanecer más que el escaso tiempo que consideró como de estricto cumplido.

Con el sentimiento de hallarse en un territorio recuperado, al que añadía valor el hecho de ser el que anduvo su hija los últimos años de su vida, rogó a su nieto poder ocupar la alcoba donde había dormido su viudedad y había muerto don Alonso, cerrada desde entonces. Le proporcionaba una íntima sensación de triunfo ocupar aquel lugar privado y exclusivo del viejo marqués.

Enrique, por supuesto, accedió a su petición, aunque manifestó su extrañeza.

—No te preocupes —argumentó ella—, no me da ningún miedo ni me importa dormir allí las pocas horas que me vence el sueño. Tengo ya mi fin tan próximo y he visto actuar a la muerte tantas veces a mi alrededor, que estoy familiarizada con ella. A veces creo que la siento rondarme muy cerca, pero está claro que no me alcanzará, hasta que llegue mi hora. Es como un perro al que le falta todavía alargar un poco más su cadena para conseguir llegar a morderme.

En cuanto quedó instalada en la casa, con los gastos corriendo enteramente por su cuenta, mamá Teresa acometió en el inmueble unas tumultuosas limpiezas generales, como no se recordaban desde hacía más de treinta años. Se abrieron las estancias todas, incluso las no utilizadas desde los tiempos de los abuelos de Enrique. De repente, la casa dio la impresión de ser mucho más amplia. Incluso los últimos y más inaccesibles trasteros y desvanes fueron reorganizados a conciencia. También se desempolvaron escrupulosamente aquellos entresuelos en los que, muy de tarde en tarde, la servidumbre había penetrado sólo el tiempo indispensable para depositar en ellos, como en el varadero de lo innecesario, muchos objetos que prácticamente no habrían de utilizarse nunca más.

Para la abuela, el matrimonio de Enrique y Constanza exigía, además de un profundo aseo para eliminar cualquier mácula, la purga de lo viejo, la destrucción de lo inútil.

Estas labores, que supervisó personalmente mamá Teresa, registraron. no obstante, lamentables daños en aquellos venerables depósitos de memorias perdidas, aunque también, por fortuna,

algunos importantes rescates.

De aquel mar de olvidos ella recuperó los muebles, mandados retirar por el marqués, del comedor de nogal que su hija había llevado en el ajuar al matrimonio: el aparador de dos cuerpos, con su alacena adornada con tallas y finas columnillas entre sus puertas; la mesa extensible y espléndida con las patas torneadas, que nunca llegó a servir para más de dos comensales, y las ocho sillas de respaldos altos, prolijamente labrados.

Muchos lugares de la casa, sumidos en el silencio durante décadas, parecieron despertar entonces. Los enseres adquirieron la claridad y la apariencia de cosas casi nuevas, recién descubiertas. La mansión se colmó de una vitalidad joven aportada por las voces, los cantos y las risas de las gentes llamadas para realizar las faenas. Alarifes, carpinteros, ebanistas, deshollinadores, pintores y limpiadoras, pasaron por la casa como un oleaje de vida.

Hubo ventanas que por primera vez en mucho tiempo fueron abiertas de par en par y la luz y el aire se renovaron por completo en todos los aposentos. Pocas fueron las cortinas que no fueron reemplazadas. Los pomos, las clavazones de las puertas, los bronces todos, fueron concienzudamente bruñidos; abrillantados con gamuzas finas, los cristales de las lámparas adquirieron el lustre de lo recién estrenado. Se enceraron los maderas, fueron desempolvadas las alfombras y los altos de los muebles conocieron el paso de una tromba de sacudidores y bayetas. Por el ambiente de la mansión, ahora limpio, se difundieron los densos aromas de las pinturas de aceite de linaza extendidas sobre los herrajes, de los barnices aplicados a las maderas resecas, mientras que la calidez dulzona de la lechada de cal cubría, en ocasiones, por dos o tres veces, las paredes y techos de las habitaciones, de los pasillos y de los extensos muros de los patios.

Todo para los futuros esposos.

La abuela revolvió personalmente las viejas arcas, los cajones de las cómodas y los armarios, en los que halló, para su desencanto, muchos menos objetos pertenecientes a su hija de lo que había supuesto. Los buscó obsesivamente, no sólo para ofrecerlos a la nueva pareja, sino para tratar de percibir en ellos la voz lejana del cuerpo de su hija muerta. Ignoraba que después de su fallecimiento, don Alonso ordenó quemar entre otras muchas prendas, aquellas sábanas bordadas con diseños tan originales, como los puntos en los que habían sido elaboradas.

Determinada a someter las ropas blancas a la enérgica limpieza de la colada, organizó una cuadrilla de lavanderas. Del llamado cenicero, situado en un local del traspatio, las mujeres trajeron, desde las tinajas donde se almacenaba, baldes de ceniza fina para añadirla al agua hirviente de la gran caldera de cobre que colgaba sobre el fuego encendido en la chimenea. La pasta fluida, todavía caliente, se vertía sobre las prendas, cuidadosamente colocadas en canastas, cerca del caño del desagüe para, al día siguiente, proceder a un reiterado enjuague con agua clara, sacada del pozo, antes de tenderlas al sol.

Atraídas por la febril actividad de la casa, la puerta falsa de la mansión, con acceso al patio de la servidumbre, se convirtió en el rompeolas contra el que los malos tiempos arrojaban incesantemente a sus víctimas. Eran los náufragos de la extendida miseria de aquella castigada sociedad rural, acosada por las epidemias y hostigada hasta la desesperación por las hambrunas derivadas de la falta de trabajo; a menudo a causa de las inclemencias meteorológicas o, en aquellos momentos, por la plaga de la filoxera.

Como otras veces, la crisis empujó a muchas madres hasta las puertas de las casas pudientes para ofrecer a sus hijas, con apenas ocho o nueve años, para trabajar como sirvientas a cambio de la comida. Librar a la casa de una o dos bocas que alimentar constituía un alivio para la familia.

Al mismo tiempo, un número creciente de jornaleros se sumaba a las nutridas columnas de desempleados. Era una multitud famélica, en la que coexistían los fantasmas de la desesperación y los rencores, inflexibles, contra aquella sociedad injusta; enconos a los que, en ocasiones, contrapesaban sorprendentemente las más generosas solidaridades.

Hacía ya varios meses que, casi a diario, cada vez más nutridos grupos de jornaleros recorrían las calles céntricas o se estacionaban, taciturnos y amenazantes, en las plazas y en los paseos. Consumían así, desde bien temprano, sus largas mañanas sin trabajo en las que, a veces, se dejaban oír mensajes de activistas sindicales y políticos o se realizaban lecturas públicas de la llamada prensa social.

Con creciente ardor, fogosos oradores llegados de otros pueblos menos conformistas con la situación, llamaban a la huelga indefinida a los que aún mantenían su empleo. Reclamaban solidaridad con los parados y con este objetivo, desde sus panfletos, les dirigían arengas, incitando a una rebelión que nunca llegaba a estallar, porque la mayoría la consideraban tan inútil como imposible.

En ocasiones, obedeciendo a tajantes consignas, grupos de jornaleros sin trabajo permanecían en silencio desde el alba hasta el mediodía, haciendo plantones infructuosos en las puertas de las casas de los terratenientes, aguardando un contrato, siquiera efímero, para trabajar.

Sólo la relativa inmediatez del comienzo de la recolección de la aceituna, que se prometía abundante, apaciguó ligeramente el desasosiego de aquellas masas excitadas por la falta de empleo. Incrementaba su temor la llegada a las grandes haciendas del término de familias enteras, algunas con aspecto de famélicas tribus, llegadas desde otras poblaciones, rendidas a unos jornales más bajos que los que pedían los trabajadores locales.

La extensión de aquel drama social no afectó la desbordada felicidad de don Jerónimo por el anuncio oficial del matrimonio de Constanza y Enrique, previsto para el último viernes de octubre.

El mismo día, muy temprano, el marqués recibió, remitido por Simón Espinosa, un resguardo firmado por Arrasate, contra la entrega de las quince mil pesetas. Le acompañaba una nota: «Cumplido el compromiso sin novedad. Nada para mí más agradable que servirte. Estrecho tu mano. Simón».

Le sorprendió el envío. Poco antes había sabido que Espinosa se hallaba encastillado en su casa, de donde, según se decía, no se atrevía a salir por miedo a la agresión pregonada contra él por sus acreedores.

La noticia del suicidio de Miguel el Negro, tras la visita del ejecutor de los trabajos sucios para los que lo requería Monsito, había sido difundida y agitada ampliamente por una por entonces misteriosa célula anarquista local.

—Es totalmente falso. No existe la tal célula —había asegurado el alcalde aquella misma mañana para tranquilizar a algunos espíritus timoratos—. En Morana no ha habido nunca anarquistas. En todo caso, agitadores profesionales e itinerantes procedentes de otros pueblos; gentes que aquí tienen poco que hacer. Pese a todo, he ordenado —añadió— una discreta vigilancia a la casa del señor Espinosa.

A pesar de las categóricas negaciones de don Augusto, la difusión de un pliego titulado «Solidaridad Jornalera», impreso en un taller clandestino, había conseguido encrespar los densos corros de los desempleados. En ellos, lo mismo que en las tabernas de los barrios

extremos y en las tertulias de los casinillos del centro, fue leído atenta y repetidamente un incendiario artículo sin firma, titulado «Los verdugos de los obreros», en el que se hacía responsables de la muerte de el Negro a Simón Espinosa y a su cobrador y sicario, Antonio el Rizos, como fiel transmisor de sus inapelables exigencias.

Los acusaba de empujar a Miguel el Negro a acabar con su vida y, generalizando la denuncia, calificaba a otros conocidos usureros de la ciudad como —«sanguijuelas y asesinos»—, culpándoles de aprovecharse de las dificultades de los pobres, entre los que ahora se hallaba la familia del muerto, para cuyo auxilio reclamaba finalmente el solidario apoyo de la clase obrera.

Aquella misma mañana, Simón Espinosa, que regresaba a su casa después de asistir a misa en la iglesia del convento de San Martín, fue reconocido por un grupo de jornaleros, que se manifestaban pacíficamente por una de las calles principales de Morana.

Marchaban a una de sus habituales concentraciones en el paseo grande, después de haber ocupado pacíficamente las casas consistoriales. En su amplio vestíbulo reclamaron una vez más un puesto de trabajo y una entrevista con don Augusto Pantoja, al que el jefe de la guardia municipal, con una cara que dejaba traslucir la falacia de sus explicaciones, declaró ausente, no sólo del edificio, sino de la ciudad.

Identificado por la vanguardia del grupo de parados, sobre Simón Espinosa cayó inmediatamente una densa pedrea de insultos. Atemorizado, porque la situación tenía visos de pasar de las palabras a los hechos, consiguió refugiarse a la carrera en el zaguán de su casa, a cuyas puertas echó precipitadamente la aldaba y los potros, mientras desde fuera la turba furiosa las golpeaba airadamente.

Hoscos gritos de sayón, ladrón y asesino fueron coreados largo rato ante su domicilio, reiterándose los golpes en las puertas.

Finalmente, el grupo, al que observaban desde lejos varios guardias municipales, se retiró, derrochando amenazadoras advertencias contra Monsito y su sicario.

Días atrás, una vez que Enrique formalizó el préstamo con Espinosa, había escrito una escueta carta a Arrasate, anunciándole el envío del dinero y disculpándose por el retraso: «Todo ha ido peor de lo que imaginaba y me temo que no hemos tocado todavía el fondo del pozo. No obstante, al fin duermo tranquilo sabiéndote liberado de

una carga, que no debí nunca haber puesto sobre tus hombros».

Le comunicó asimismo la inminencia de su casamiento, con el ruego de que hiciera lo posible por estar presente en la ceremonia, ofreciéndose a correr con los gastos del viaje.

La tarde del anuncio de su matrimonio, asaltada por el cortante primer frío del otoño, fue especialmente luminosa. Apenas el sol comenzó a declinar, en la sala alta y en el corredor de la casa de don Jerónimo Andrade los sirvientes procedieron a encender en los candelabros y en las lámparas varias docenas de perfumadas bujías.

Sobre los veladores distribuidos por las estancias, a los que prestaban delicado adorno sendos ramos de rosas otoñales, se habían dispuesto licores y selectos vinos, dulces y viejos, junto a escogidos turrones y confites, mandados traer expresamente por Constanza desde la prestigiosa confitería de una población situada a tres leguas.

Poco a poco llegaron los invitados, seleccionados escrupulosamente por los novios. Por fin lo hizo Enrique, que accedió a la sala dando el brazo a su abuela.

Con su entrada, un silencio impregnado de curiosidad se instaló sobre las animadas conversaciones. Luego, con suave murmullo, levantaron el vuelo los comentarios femeninos.

El marqués tuvo la impresión de asistir al ensayo del enlace que aquella tarde iba a anunciarse oficialmente.

Don Jerónimo Andrade se adelantó a recibirles y, tras besar obsequiosamente la mano a la abuela Teresa, abrazó a Enrique con tal entusiasmo que éste no pudo contener un leve ademán de incómodo rechazo.

Luego, siempre del brazo de la abuela, con una simpatía castiza que a muchos les hizo recordar la del viejo marqués, fue saludando uno por uno a los concurrentes.

Apenas concluyó aquel protocolo, apareció Constanza, a la que había ido a buscar su padre. Su palidez hacía resaltar las oscuridades densas de su pelo y de sus grandes ojos, como de gacela herida.

Su entrada produjo un entusiasta aplauso de la concurrencia y las mujeres pudieron evaluar de inmediato los pormenores del atuendo de la novia.

Segura de sí misma, luciendo la belleza angulosa y algo marchita de las mujeres que traspasaron solteras las últimas fronteras de la juventud, cruzó el umbral de la sala con una sonrisa en los labios que todos entendieron como expresión de su alegría, pero en la que se incluía también la satisfacción de una victoria personal, largamente codiciada.

Enrique se le acercó y, tras besar su mano, murmuró un cumplido al que ella correspondió asintiendo risueña.

—Querida, nuestra hora se acerca —y añadió en voz baja—. Cumplamos como lo que somos.

Le ofreció gentilmente el brazo y Constanza lo enlazó con una inefable sensación de dicha. Juntos, se dispusieron a cumplimentar a los invitados, mientras don Jerónimo hacía lo propio acompañando a la abuela Teresa.

A partir de entonces, una pleamar de conversaciones inundó con sus crecientes el corredor y la sala, hasta el momento en el que don Jerónimo, después de rogar la presencia de la abuela a su lado, hizo tintinear su copa con una cucharilla, reclamando silencio. A continuación, alzando la voz, claramente engolada por el orgullo, solicitó un brindis general por los novios:

—Esta tarde, queridos amigos —dijo—, en la que nuestros hijos anuncian el comienzo de una vida que, sin duda, ha de ser plenamente feliz, quiero que llenéis vuestras copas y que, juntos, las levantemos para brindar por Enrique y Constanza.

De entre los círculos de invitados más jóvenes se alzaron repetidos «vivan los novios», que hicieron sonreír a Constanza y ceñirse aún con mayor intensidad al brazo de Enrique, al que no había abandonado en ningún momento.

—Y a mi querida Constanza —añadió don Jerónimo, una vez aplacados los vítores—quiero pedirle un pequeño favor.

Las miradas se volvieron hacia ella, que interrogaba a su padre con un gesto sorprendido. Don Jerónimo añadió:

—Hija mía, en muchas ocasiones has tocado tu piano sólo para mí. Sé que en el futuro lo seguirás haciendo para tu esposo. Te pido ahora que, aunque sólo sea por esta vez, hagas brotar esa música de nuevo para todos. Sería como un regalo que te pido para ellos.

Don Jerónimo se acercó al piano, levantó la tapa y brindó el asiento y el teclado a su hija, que no pudo negarse. Enrique también le instó a hacerlo con un gesto.

Con un ademán de alegre resignación, dejó el brazo de Enrique ofreciéndole antes la mejilla, que él besó con un leve roce de los labios.

Se sentó ante el piano. La expectación de los asistentes se resumía en el compacto silencio que se instaló en la sala.

Era creciente la oscuridad de la tarde, con el cielo teñido de colores rosas y violetas. El segundo nocturno de Chopin —para ella la más hermosa y anhelante canción de amor— se alzó, transparente, pero sólida, como una catedral de sueños, iluminando el ambiente cálido de la sala alta de la casa de don Jerónimo.

Las notas no sonaron esta vez como la expresión de una nostalgia imposible, derramada en tantas ocasiones por el aire cerrado de las habitaciones del cortijo de El Gamonal, sino como la muestra de una felicidad asentada y limpia, abierta a un tiempo nuevo, ansiosamente esperado por una mujer enamorada.

No pudo concluir la interpretación, porque un creciente rumor de voces que ascendía desde la calle se adueñó de la sala. El griterío arreció y algunos hombres, entre ellos don Augusto Pantoja, se asomaron al balcón, oteando desde el cierre de cristales.

Calle arriba avanzaba un grupo de gente.

—Son jornaleros.

—¿Qué querrán esos bergantes? —se oyó decir.

—Por lo que parece, nada bueno —murmuró fosco el alcalde.

Desde la vía pública subió la respuesta. Envueltos en el fragor de los gritos, se oyeron repetidos los nombres de Simón Espinosa y de Antonio el Rizos.

Procurando que su opinión resultase audible, el párroco aludió en voz baja a «doctrinas políticas destructivas, hijas del pecado y de la muerte, rotundamente anticristianas». Por su parte, el alcalde mandó llamar a su asistente, que se había quedado haciendo guardia en el portal.

Cuando éste subió, tras confirmar la intención que declaraba aquel tropel con sus gritos, le ordenó convocar urgentemente a los jefes de la guardia municipal, tanto diurna como nocturna, con todos los números que fuera posible localizar.

La preocupación descendió como una niebla espesa sobre los presentes y, aunque don Jerónimo se esforzó en alentar los ánimos, un disparo, que sonó lejos, acabó por disolver la fiesta.

XXXVII

Cuando la madre de Simón Espinosa, que dormitaba en su mecedora junto a la mesa camilla, oyó ruido y vio entrar en su casa por la puerta del patio a ocho o diez individuos —la cifra nunca pudo ser determinada con precisión, porque la señora fue incapaz de señalarlo—, sufrió tal impresión que durante varias horas permaneció en un grito de espanto, afilado e hiriente, que a veces perdía paulatinamente volumen para, tras una sucesión de hipos, volver a subir como la cresta de una ola.

Los asaltantes habían rebasado una tapia medianera con una vivienda deshabitada y logrado alcanzar el patio principal de la casa. Traían las caras tiznadas con hollín para no ser reconocidos.

No eran conscientes de que repetían la fórmula empleada más de dos siglos antes por los vecinos de Morana, cuando se sublevaron contra la crueldad impenitente del hambre y concretaron la furia de tantas indignaciones acumuladas por el pueblo en las personas de los recaudadores de los impuestos reales, que cada vez con mayor frecuencia aparecían por la ciudad, con la intención de colmar su insaciable codicia. El amparo del sagrado de un monasterio próximo permitió que los alcabaleros salieran indemnes de la cólera desatada del vecindario que, como apurado desahogo, realizó un apresurado auto de fe, con unas cuantas resmas de papel sellado con las armas reales de la majestad católica del rey —«que Dios guarde del diablo que, con toda razón, se lo quiere llevar a quemar al infierno»—, según deseó a gritos uno de los cabecillas del tumulto, pocos días más tarde ahorcado para escarmiento y ejemplo del vecindario.

Rápidamente, los atacantes echaron desde dentro llaves y cerrojos a las puertas de la casa e iniciaron la búsqueda de Simón Espinosa, acompañando su recorrido con una sañuda labor de destrucción de muebles y objetos.

Los gritos proferidos la tarde anterior contra Monsito se repetían ahora entre el ruido de los vidrios y los tiestos rotos y el estrépito de los muebles derribados por la furia incontenible de aquella horda.

—¿Dónde estás Espinosa, maldito ladrón? —gritaban mientras subían las escaleras y recorrían alcobas y desvanes, ya prácticamente a oscuras—. ¡Te vamos a encontrar, sayón, aunque te escondas en el final del mundo! ¡Te tienes que acordar de Miguel el Negro! ¿Dónde anda su hijo, señora? ¿Dónde se esconde esa sanguijuela; esa rata sin

vergüenza? —preguntaban a doña Manolita, que se ahogaba hipando fuertemente, sentada en una silla, incapaz de moverse, desencajada y al borde de un síncope.

Monsito había conseguido escapar saliendo por una ventana que daba al último patio, desde donde escaló la misma pared que habían saltado los que le buscaban.

Cuando éstos advirtieron la huida, trataron de alcanzarlo, pero se detuvieron en seco y corrieron a ponerse a cubierto, cuando Espinosa, sentado a horcajadas sobre la tapia, antes de desaparecer tras ella, disparó un tiro, que erró por muy poco, contra el más próximo de los perseguidores.

Mientras se producía el asalto, dos grupos de manifestantes se situaron a cada extremo de la calle, fingiendo bullas y peleas, con el objeto de atraer sobre sí la atención, que no la hubo, de la fuerza pública.

Los manifestantes se dispersaron una vez que los ocupantes abrieron la puerta y dejaron en la acera, sentada en un sillón, a la madre de Monsito, antes de regresar adentro para escapar por donde habían entrado, no sin antes haber atrancado nuevamente la puerta.

Poco después, un humo amarillento y espeso comenzó a surgir de la casa. Entonces, alguien, que los vecinos identificaron más tarde con uno de los manifestantes, pasó a todo correr calle abajo gritando: «¡Fuego! ¡Fuego!…».

La dueña, sentada en el sillón, sobre la acera, perdió el conocimiento en el momento en el que la retiraban. Frente a la casa se aglomeraba la gente mirando la humareda, sin intervenir. Un olor acre se extendía por la calle. Por fin, un par de hombres decididos, escalaron las rejas de las ventanas hasta el balcón principal y entraron en la vivienda, tras romper uno de los postigos. Luego abrieron la puerta para propiciar la extinción del incendio.

Horas después, ya entrada la noche, todavía humeaban los escombros. La parte de la vivienda afectada por el siniestro se había hundido. En el patio varios vecinos a los que podía afectar la reactivación del incendio se afanaban todavía en arrojar sobre los rescoldos cubos de agua sacada del pozo.

Un vientecillo que racheaba la calle levantando nubes de polvo acució el frío de la noche. El guardia municipal, que había quedado como retén en la puerta, acabó buscando refugio en el zaguán.

Acogida en el domicilio de una vecina, doña Manolita fue llevada a una casa de la vecindad. Allí, después de oler un pañuelo empapado en amoniaco, recuperó la consciencia y su entrecortado grito. Conforme pasaron las horas la queja se fue apagando y sufrió sucesivos y cada vez más dilatados vahídos. Aquella madrugada, por más cuidados que se le prodigaron, falleció.

Acerca del paradero de Monsito corrían por la ciudad los más diversos rumores, pero ninguno pudo ser confirmado por los agentes del orden.

En la alcaldía, don Augusto requería información pormenorizada sobre el suceso.

—Todo ocurrió en cuestión de diez minutos —le informó el jefe de los guardias municipales—, precisamente mientras aguardábamos aquí que vuecencia llegase.

La aclaración tenía la intención de descargarse de cualquier responsabilidad y molestó visiblemente a don Augusto, que no contestó.

Un ujier corrió las cortinas de las dos ventanas del despacho y encendió un par de quinqués y un candelabro de seis bujías. El despacho estaba inundado de humo de tabaco y de medias voces en las que se percibía el nerviosismo.

Cada vez que alguien entraba o salía de la pieza se colaban en ella, tal como escapaban, retazos de conversaciones, pues en la antesala, al tiempo que hacían guardia, celebraban su conciliábulo, con el portero mayor y otros funcionarios, una pareja de municipales.

A la vista de la gravedad del suceso, don Augusto había convocado a toda prisa a una especie de camarilla de emergencia, a la que se añadieron espontáneamente algunos concejales y varios destacados dirigentes del partido conservador local.

En un ángulo de la sala, un corrillo, a media voz, se refería al suceso en términos apocalípticos, postulándose el empleo radical de mano dura. También se anunciaba como inminente la ruptura irreparable del orden establecido, si aquella acción quedaba sin escarmiento.

—Señores, tengamos calma. No se pueden sacar las cosas de quicio —intervino apaciguador el alcalde—. Conociendo a Espinosa y sus actividades, lo que ha sucedido no ha sido más que un ajuste de

cuentas. Y no sabemos si merecido —matizó.

—El atropello que se ha vivido esta tarde en Morana no puede justificarse de ningún modo —repuso uno de los presentes, sentado en un rincón oscuro del despacho.

—La usura —replicó el alcalde— es un tumor maligno que causa dolor y añade desesperación a quienes ya están desesperados. Una calamidad que hace sufrir a mucha gente, especialmente a la más desamparada. No me puede negar que hemos conocido pocos momentos más comprometidos que éstos y más propicios para el abuso de esa clase de explotadores.

—Es verdad. Pero hay atentados que no pueden quedar impunes.

El interlocutor se había incorporado de su asiento. Obviaba dirigirse al alcalde. Lo hacía a los presentes.

—Señores, si dejamos pasar sin castigo lo que ha sucedido esta tarde; si los responsables de dar con los culpables y llevarlos ante la justicia se inhiben de su obligación; si todos permanecemos indiferentes ante el delito, cualquiera de nosotros puede ser el próximo en sufrir el asalto y el incendio de su casa.

Iba a responder el alcalde, cuando llamaron a la puerta. Se hizo el silencio y, después del «¡pase!» de don Augusto, penetró en la sala un guardia municipal que se cuadró ante él.

—Señor alcalde —dijo—, le hago saber que el incendio está ya completamente sofocado.

—¿Cuáles han sido los daños?

Hay varias habitaciones interiores, las que dan al patio, completamente destruidas: se han hundido. Una era la cocina y otra parece que un despacho. También han ardido completamente los trasteros del piso superior.

Uno de los presentes preguntó por Simón Espinosa.

El guardia se encogió de hombros y repuso que en aquellos momentos no se conocía su paradero.

—En un principio —añadió— se comentó que le habían pegado un tiro y que su cadáver se hallaba entre los restos del trastero, pero parece que no es verdad. También corren rumores de que en el

momento del asalto no se encontraba en la casa, que había salido de la ciudad. Ya saben que había sido amenazado el día anterior. En fin, otros dicen que escapó y que permanece oculto en casa de algún amigo.

—Ése no tenía amigos —aseguró alguien.

—Como no sea el capitán de caballería… —añadió un tercero, culminando su ocurrencia con una risa forzada.

Le desconcertó que nadie le acompañara en la burla.

—Su madre, doña Manolita —prosiguió el guardia— está acogida en la casa de enfrente, aunque me han dicho que se encuentra muy mal.

Las conversaciones renacieron nuevamente, y el despacho se anegó de confusión.

XXXVIII

Habían dado ya las once de la noche, cuando Enrique regresó a su casa.

Los incidentes que culminaron con el asalto e incendio del domicilio de Simón Espinosa, y que de un modo tan brusco malograron la velada organizada por Constanza para anunciar sus esponsales, lo retuvieron hasta entonces en casa de su prometida.

Junto a su suegro, se esforzó por consolarla de aquella contrariedad que pareció haberla afectado profundamente. Por fin, merced a su insistencia de que debía restar importancia a lo sucedido, ella se conformó.

—Teniéndote a mi lado, me da igual todo lo demás.

Por su parte, don Jerónimo, que había logrado ponerse al corriente de algunos pormenores del asalto, trataba ahora activamente de conocer lo tratado en la reunión, que aún a aquellas horas mantenían las autoridades en los locales del consistorio. Había acordado con uno de los asistentes que cuando el consejillo terminase se pasaría por la casa para informarle.

Se encontraban ahora, los tres solos, en el extremo del comedor bajo de la casa, sentados frente a la chimenea. Constanza había ordenado encenderla y servir vino generoso y algunas viandas. Una lámpara quinqué y algunas velas encendidas iluminaban la estancia. Todo en ella resultaba a Enrique tan agradablemente sencillo y acogedor, que disfrutó la sensación, para él insólita, de pertenecer a una familia.

Sentado en su sillón, don Jerónimo mantenía la conversación fija en el suceso de la tarde; retrocedía a veces sobre su desarrollo para hilvanar suposiciones acerca de sus causas, o aventuraba hipótesis, algunas inquietantes, sobre sus consecuencias. En la campechana familiaridad con la que trataba al marqués, era perceptible el orgullo de verle vinculado a su familia. El compromiso de aquel matrimonio le hacía sentirse elevado, casi gloriosamente, en el escalafón social.

En el sofá, junto a Enrique, a cuya mano enlazaba la suya, Constanza permanecía en silencio. Las divagaciones de su padre y de su prometido no lograban distraerla del gozo de estar junto al objeto deseado de sus sueños desde la adolescencia, al que estaba dispuesta a enamorar.

Por su parte, Enrique sentía la satisfacción de haber cumplido con un deber. Era la primera ocasión en la que percibía con claridad que formaba parte de una historia: la de la saga familiar, la realidad que su padre y su abuelo, y el abuelo de su abuelo, habían denominado «la casa». Se sentía firmemente vinculado a un destino del que Constanza formaba ya parte con una finalidad crucial. Por primera vez racionalizaba el sentido de clase al que su padre le había reclamado desde su carácter de titular de una casta, de la que él ocupaba ahora la cabeza.

Sin embargo, cegado quizá por el orgullo, no advirtió que, no solamente por su determinación, sino por la elección de ella, acuciada por el amor, era por lo que iba a resultar posible la continuidad de la saga de los Medina.

Don Jerónimo, con los ojos fijos en el fuego de la chimenea, razonaba en voz alta:

—Las personas de orden no pueden aceptar que los sucesos de esta tarde queden sin castigo, al margen de la acción de la justicia. Por muy malo que sea o que haya sido ese tal Monsito es intolerable que su casa sea asaltada, profanada, saqueada o destruida. Y lo dicho debe aplicarse a cualquier propiedad. ¡Faltaría más! «Dañada una pera, dañadas sus compañeras» —sentenció—. Abrir cauces que no sean las leyes para la solución de los problemas, constituiría un ejemplo nefasto en cualquier pueblo que se considere civilizado. Sin negar que algunas revoluciones fueron absolutamente necesarias, e incluso saludables para la sociedad, su tiempo va quedando ya lejos, afortunadamente.

—Tal vez las cosas no sean tan complicadas como a veces suponemos —repuso Enrique, al que proporcionaba seguridad el conocimiento de las actividades de Espinosa—. Lo más probable es que lo ocurrido sólo haya sido el fruto de una venganza derivada de la miseria que arrastran estos tiempos. La usura es un aspecto más de la injusticia; un mal que genera muchas desgracias y, consecuentemente, odios y vilezas. Echando mano a los refranes que tanto le gustan, ya sabe usted, don Jerónimo, que la avaricia rompe el saco.

Sonó con estrépito la campanilla del portal. Poco después, la niña sirvienta, con ojos somnolientos, anunció a don Jerónimo que había llegado la visita que esperaba. Como habían acordado, se detenía un momento, en el camino de regreso a su casa, para proporcionarle nuevos detalles del incidente, así como para informarle que continuaban, hasta entonces sin resultado, las indagaciones para

descubrir a los culpables.

Constanza y Enrique se habían quedado solos. Conscientes de haber embarcado en el mismo navío, les sobraban las palabras. Él le apretó suavemente la mano con la suya, y luego la acercó a los labios. Constanza sonreía mirándole tiernamente con sus grandes y melancólicos ojos negros.

Resultó inevitable que sus cuerpos primero y sus labios después se acercaran con fuerza para abrazarse atropelladamente. Unidos en un prolongado beso, no advirtieron la llegada de don Jerónimo que, feliz al verlos, discretamente no quiso interrumpir el momento, sino que retrocedió hasta la escalera.

Pasados unos minutos, regresó haciendo ruido para anunciar a la pareja su llegada.

—¡Parece mentira! Al final esto va a ser como Fuenteovejuna —exclamó—. Si es de todos la culpa, no hay culpa ninguna. Simón Espinosa, el agredido y perjudicado, está desaparecido; de doña Manolita, acogida en una casa extraña, se asegura que no saldrá con vida de esta noche, y la mitad de su casa ha sido consumida por las llamas, a pique de comunicar el incendio a la manzana entera. ¡Y no se sabe quiénes han sido los culpables!

Con aquel último parte de lo sucedido se despidió Enrique de su suegro y de su prometida. Don Jerónimo buscó un pretexto para dejarlos nuevamente solos un instante. Se besaron y fue aquel segundo beso el que aquella madrugada mantuvo largamente despierta a Constanza.

Enrique tuvo otros motivos para el desvelo.

Apenas puso los pies en la mansión, le salió al encuentro el joven cochero. Llevaba en la mano, tomado del asa, un pequeño fanal con una vela encendida. Hablaba intencionadamente en voz muy baja.

—Don Enrique. No hemos querido molestarle. Le aguardo desde hace varias horas. Debe usted saber algo.

—¿Qué ocurre?

—Tiene usted una visita.

—¿A estas horas?

—Lleva aquí casi desde que oscureció y no ha sido posible convencerlo de que se marchase ni de que nos permitiera avisarle.

—¿Y quién es?

—Simón Espinosa.

La sorpresa aceleró súbitamente los latidos de su corazón.

—No sabemos si hemos hecho bien en dejarlo estar aquí —dijo el mozo—. Pero insistió tanto en que era amigo suyo y que necesitaba verlo a la hora que fuese… No sabía a dónde ir y repetía que antes de que le echásemos a la calle se mataría.

—¿Dónde está?

—En el recibidor del rincón del patio. Estaba tiritando de frío. Le hemos llevado una manta y un brasero encendido, y le hemos dado un tazón de caldo, unos bizcochos y un poco de vino. Las criadas dicen que lo han oído llorar. Hemos sabido que le han quemado su casa esta tarde.

—¿Lo sabe él?

—No, señor.

En aquel momento, Enrique volvió a tener conciencia de pertenecer a una casta privilegiada, dueña de un poder que rebasaba con creces el del dinero, aunque también vinculada a unas obligaciones morales que sobrepasaban las de los demás.

—¿Te has dado cuenta de que hay dos columnas en la entrada, a cada lado de la puerta? —preguntó al criado.

—Sí, señor.

—Pues proclaman el derecho que asiste a esta casa para acoger y asilar a los perseguidos, aunque también la obligación de entregarlos, si se lo merecen, a la justicia.

Repetía las mismas palabras que había oído a su padre. Se acercaron al recibidor. Estaba oscuro. Enrique tomó la luz que llevaba el criado y después de mandarle retirarse, entró en la pieza. Simón se levantó de un salto.

—¡Enrique! ¡Perdona, perdona que me haya refugiado en tu casa! No tenía a dónde ir.

—Has hecho bien. Aquí estás seguro. Siéntate —dijo poniéndole la mano amistosamente sobre el hombro.

Monsito se sentó.

—¿Has visto? —exclamó—. ¿Has visto lo que han hecho conmigo esos canallas?

—Sí, es una ignominia incalificable —contestó Enrique tomando asiento y colocando el fanal encendido sobre la mesa. La luz agudizaba los contrastes del rostro sufriente del refugiado.

—Querían matarme —aseguró—. Ya me lo tenían anunciado esos miserables.

—¿Quiénes son?

—No lo sé. Eso es lo peor. Al escapar he visto a varios hombres, pero tenían las caras tiznadas. Podrían ser los mismos que me persiguieron ayer, cuando regresaba de misa.

—He leído un panfleto en el que te acusaban. Quizá has sembrado demasiados vientos de desesperación. Ahora te alcanzan.

Monsito asentía.

—¿Qué ha pasado con mi casa?

—La incendiaron. Afortunadamente, sólo se quemó una parte pequeña.

Espinosa abrió los ojos espantados. Como si de pronto la recordara, preguntó por su madre.

—Sólo sé que la acogieron unos vecinos.

Gimoteó un momento.

—¿Qué parte se quemó de mi casa? —preguntó.

—El ala donde estaban la cocina y el despacho.

La noticia pareció hundirlo en la desolación.

—En ese caso estoy arruinado, Enrique —sollozó—. ¡Malditos sean! Mis papeles, los recibos, el dinero… —alzó los brazos para dejarlos caer luego con desaliento—. ¿Qué hago yo ahora? Todo está

perdido ¡Me han destrozado la vida! ¡Me han hundido para siempre!

Lloraba con un desconsuelo pleno, inagotable.

—Estás vivo, por lo menos —repuso Enrique.

—No creo que puedas comprender mi angustia. Hace tiempo que debí marcharme de este pueblo de mierda, donde no hay más que hipocresía, miedo y desorden.

—Añadidos a la injusticia —dijo Enrique—. Son las frutas del tiempo que nos ha tocado vivir: frutas maduras, pero perniciosas. Y unos más y otros menos, las ofrecemos todos, y todos las consumimos, según nos toque: a veces como víctimas, a veces como verdugos.

Las palabras de Enrique no parecían calar en Espinosa, que permanecía hundido en su desolación.

—Por lo pronto —prosiguió el marqués—, voy a ordenar que te preparen una habitación y que te sirvan una tisana para aplacarte los nervios. Cuando se haga de día verás las cosas de otra manera. Puede que no sea tan grave.

Comprendió que poco más podía hacer por él. Salió y ordenó al criado el alojamiento de su inesperado huésped.

A la mañana siguiente, apenas se levantó, le informaron que Simón Espinosa había desaparecido.

XXXIX

Martirio Galán se trasladó al cortijo de La Dehesa, la tarde en la que Enrique y Constanza hicieron público su compromiso y anunciaron la inminencia de su boda. La misma en la que se produjo el asalto a la casa de Simón Espinosa.

Octubre culminaba, luminoso y limpio, mientras un inesperado viento frío de otoño hacía volar al aire, desde los ribazos y las orillas del camino, nubes de hojas amarillas desprendidas de las copas de los olmos y los álamos.

Varios días antes, una vez concluida la elaboración del inventario de la hacienda, el notario la citó en su despacho. Quiso acudir acompañada por Flora la Melliza, pero ésta se negó.

—Conmigo es inevitable que te señalen por la calle —le dijo—. Tienes que acostumbrarte de nuevo a hacer las cosas tú sola.

Tras un obsequioso saludo, el notario la invitó a sentarse. Luego le comunicó que podía tomar posesión del cortijo y le entregó una copia de la disposición testamentaria de don Alonso de Medina, adjunta a una extensísima relación de enseres. Finalmente, añadió algunas recomendaciones en el momento de la firma del recibo:

—Le aconsejo que compruebe la veracidad de los datos antes de firmar —insistió, mientras Martirio hojeaba con curiosidad el prolijo documento—. Con su firma se hace usted responsable de lo que se le entrega. Si lo desea, puede aplazar su conformidad, hasta haber realizado la comprobación.

—No se preocupe —repuso—. Confío en los que se han tomado tanto trabajo. Firmaré. Ignoro de qué manera podrían pedírseme responsabilidades, una vez que haya abandonado este mundo. Se trata de un usufructo vitalicio, ¿no?

Reía cordialmente, mientras el notario asentía y, sonriente, le preparaba los papeles para la firma.

—Lleva usted razón —otorgó con un gesto de resignación—, pero nunca se sabe. A mí, ya lo ve, me toca cumplir escrupulosamente con las formalidades.

Como anticipo de su llegada, Martirio remitió al cortijo desde la casa de Flora un baúl con su vestuario, dos maletas, una bolsa de viaje

y tres cajas de sombreros. Mateo se encargó de colocarlos en un rincón de la antesala, en la culminación de la escalera principal.

Previamente, a lo largo de la semana, Paulina había preparado cuidadosamente la casa para la nueva dueña. Le importaba mucho causarle buena impresión. Desde que supo que habitaría el cortijo, le embargaba la curiosidad por conocerla.

Mucho antes de la visita del joven marqués, se lo había anunciado Mateo una tarde, de regreso de sus faenas. Ella se encontraba en la cocina, sazonando el guiso de la cena.

—Paulina, tenemos un ama —dijo.

Y se quedó esperando una pregunta que no se produjo, porque Paulina, sorprendida, no acertaba a dar con la imagen de una mujer junto a don Alonso, teniendo en cuenta que éste llevaba ya varias semanas muerto.

—¿Un ama?

—Hay cosas que no tienen explicación —concluyó Mateo sentándose en una banqueta, que aproximó al calor de la chimenea. Miraba fijamente al fuego que danzaba bajo las trébedes, lamiendo el recipiente donde gorgoteaba el puchero y aquel día no dijo más.

—Es esa cubana de la que se oye hablar, ¿no?

La pregunta de Paulina no aguardaba contestación y se quedó flotando en el aire de la cocina. Había oído toda suerte de comentarios acerca de Martirio y ninguno bueno. Sin embargo, había llegado a la conclusión de que la mayor parte de aquellas disquisiciones eran producto, a partes más o menos iguales, del exceso de imaginación de algunos hombres en lo tocante a las mujeres y de la desconfianza de las mujeres entre sí.

A pesar de que le devoraba la curiosidad por conocerla, saber que la presencia de la cubana en el cortijo era inminente la sumió durante días en una permanente turbación. Le atribuía un poder superior que en el fondo temía. No obstante, deseaba saber en qué radicaba. No en vano, era hija de María de la Paz, cuyos dones extraordinarios habían sido reconocidos y proclamados con admiración. Trastornar a don Alonso, hasta el punto de hacerla dueña de aquella hacienda, constituía una hazaña que intentaron sin conseguirlo muchas mujeres.

Que se supiera, a don Alonso se le habían conocido, y disculpado

siempre, algunos reservados desahogos de viudo. Tiempo atrás, también se le atribuyó durante algunos años una discreta barraganía en una población inmediata. Todo ello había sido aceptado socialmente sin dificultad. Era lo habitual en Morana. Pero resultaba evidente que todos sus amoríos pasados se hallaban muy lejos de aquel último enamoramiento, que le había afectado en la edad en la que las locuras del amor quedan demasiado remotas.

Paulina y Rosario habían hablado de ello en los días que duró la limpieza de las estancias destinadas a la nueva dueña. La mujer del aperador llegó en sus elucubraciones mucho más lejos que Paulina. Aseguraba que el total rendimiento de don Alonso a la cubana, era debido más a las malas artes de Martirio para engatusarle que a un verdadero amor. Para ella, la debilidad sentimental del marqués procedía de su senectud.

—¿Puede explicarse —preguntaba mientras detenía un momento su faena— la decisión de cederle de por vida esta hacienda, lo mejor de su patrimonio, hurtándola a su sangre? Nada de amor: un antojo, capricho y debilidad de viejo.

Y regresando al trabajo, añadía con un hondo suspiro:

—¡Cómo me hubiera gustado que viviera tu madre, que santa gloria tenga! Estoy convencida de que ella pondría al descubierto las trampas de semejante diablesa.

Llamaba así a Martirio, porque la creía dotada de un influjo maléfico, que podía afectar a cualquier ser, viviente o inanimado, desmejorando su salud o inclinando sus voluntades hacia los peores propósitos.

—Me han contado que mujeres como ésa pueden, si se lo proponen, echar a perder el vino de una bodega o el agua de una fuente.

—Y la masa del pan en la artesa y las aceitunas aliñadas en la orza y los embutidos y las carnes de la matanza… —concluía con sorna Paulina.

Sin embargo, lo que tenía sin sueño a Rosario desde que supo que Martirio vendría a vivir al cortijo era la influencia que podría ejercer sobre los hombres.

—Dios nos asista si es como imagino. Hace unos años, la llegada de esa señora hubiera sido una desgracia. ¡Con la de hombres solteros,

o sin el arrimo de sus mujeres, que vivían en el cortijo durante las semanas de las grandes faenas! Gracias a Dios y por suerte, no habrá vendimia nunca más. No me negarás que la plaga que el Señor nos ha mandado como castigo por nuestros pecados, tiene su lado bueno: más de cuarenta varones venteando a una hembra como ésa, sería como mantener una caja de pólvora junto a la chimenea.

—¿Cómo puedes decir tales disparates, mujer? —replicó Paulina —, ¿creer esas cosas? Mujeres como las que imaginas no han existido nunca. Además, ¿sabes que creer en hechiceros es pecado mortal? El hecho de que se hayan perdido las viñas no puede ser un castigo divino. Dios no disfruta con las desgracias. Sólo se trata de una tremenda calamidad.

Rosario no respondió. Creía íntimamente que Martirio podía ser la antítesis de la abuela María de la Paz; su reverso, oscuro y maligno. Movió la cabeza como para apartar un mal pensamiento, luego apretó los dientes y se afanó en la tarea de limpiar los hierros del balcón, resuelta a no hablar más sobre el asunto.

Obedeciendo a Martirio, el cochero detuvo el carruaje en la larga cima de un pequeño altozano. Desde allí, el camino parecía descender suave y largamente hacia el río.

Deseaba disfrutar de una visión extensa de las tierras y de la casa que serían suyas mientras viviese.

La hacienda estaba situada en un suave declive, destacando en el reseco y pardo paisaje otoñal. El blancor de los grandes paramentos, sin apenas ventanas, fortalecidos por sólidos contrafuertes, contrastaba con el verdor grisáceo de algunas palmeras y el dorado marchito de un cúmulo de nogales.

Martirio descendió del coche. A lo lejos el cortijo le pareció dotado de una belleza melancólica, como la de un panteón imponente y antiguo.

A la izquierda divisó varios tramos de la sinuosa línea del río agrupando el espeso boscaje de sus riberas. Más lejos, por la tierra ocre de la dehesa se diseminaba el verde oscuro de las encinas.

Soplaba un viento suave y Martirio se dejó acariciar por él, hasta que sintió frío y regresó al carruaje. Poco después, el coche se detuvo en el patio cerca del blancor del brocal del pozo. Unos naranjos viejos, cargados de frutos amargos, adornaban las esquinas y, en un extremo, junto a los almacenes, un lustroso magnolio hacía contrastar su

satinado verde con la blancura de las paredes.

Martirio Galán, con la cabeza cubierta con un fino pañuelo, negro como su vestido, descendió del coche. Llevaba al cuello, prendido de una cinta, el corazón de filigrana y la llavecita dorada recibida con la última carta del marqués.

En contraste con la triste impresión que le había causado la visión de la hacienda desde la distancia, le sedujo de inmediato la sensación de entrega y de cálida acogida que la casa, su casa ahora, le brindaba. Prácticamente inexistentes en el exterior, ventanas y balcones, repletos de macetas pintadas de añil, se asomaban con una alegre unanimidad al patio.

Al instante salieron a recibirla. En primer lugar, Mateo y Paulina, que vestía un luto riguroso.

Martirio Galán les estrechó la mano esgrimiendo su mejor sonrisa.

—Viven ustedes en un lugar muy hermoso.

Sorprendía a los caseros su meloso acento cubano.

—Pero que está lejos de todas partes —replicó Paulina con un amago de sonrisa.

—Somos los caseros —aclaró Mateo–. Ella es Paulina, mi mujer. Llevamos aquí casi toda la vida —añadió después de decirle su nombre—. Estamos para servirle en todo lo que mande.

Latía en sus palabras un franco ofrecimiento de lealtad y, en el gesto, el de la entrega de la hacienda, como un don vivo.

—Yo soy Martirio Galán —repuso ella sin abandonar la sonrisa—. A pesar de mi nombre, pienso martirizarles con molestias lo menos posible. Estoy segura de que nos vamos a llevar muy bien.

Advertía una concordante curiosidad hacia ella en las miradas de los caseros, si bien impregnada la de Paulina con un matiz de desconfianza.

—¿Está de luto? —dijo dirigiéndose a Paulina, mientras se quitaba el pañuelo de la cabeza.

—Mi madre falleció hace poco más de dos meses.

—Lo siento. Una madre es insustituible. Lo sé por experiencia.

En aquel momento, la mujer del aperador se asomó a la puerta de su vivienda y se acercó. Vestía su sempiterno hábito morado nazareno. Fue Paulina quien la presentó a Martirio.

—Ella se llama Rosario. Félix, su marido, es el aperador.

—¿Qué quiere decir aperador? —preguntó.

—Así se nombra al encargado de los aperos…, los útiles de labranza —repuso Mateo.

Llenó entonces el aire limpio del patio un grito desgarrador, que no pareció afectar a los habitantes de la hacienda.

—¿Qué ha sido eso?

—No se asuste usted —repuso Rosario—. Es mi niña, Esperanza, que a veces grita así.

La aclaración sonó como una disculpa, adelantada a cualquier pregunta.

—Su niña ha cumplido ya treinta y cinco años —aclaró Paulina—. Nosotros estamos ya acostumbrados. De vez en cuando la pobre chilla de esa manera. No sabemos por qué. Nació poco antes de que viniera al mundo Soledad, nuestra hija mayor.

—En el parto, se hizo daño en la cabeza —explicó Rosario.

Esquivaba la mirada de Martirio Galán, como si no quisiera mostrarle la dimensión de lo que entendía ser su fracaso personal: aquella hija postrada y frágil que ocupaba, cual una llaga doliente, todo el espacio de su vida. Como el hábito morado que vestía, Rosario cargaba con la penitencia de un amargo sentimiento de culpabilidad, que le ensombrecía la existencia desde el momento de aquel parto aciago.

—¿Puedo verla? —preguntó Martirio.

La casera asintió sorprendida y la invitó a entrar en su casa con un gesto impreciso. Penetraron en el portal empedrado, adornado con algunas jardineras con macetas. En un cuarto al lado de la cocina, junto a la ventana enrejada que daba al patio, estaba Esperanza, sentada en un sillón de anea, entre cuyos brazos un travesaño impedía que cayese hacia delante. De un alambre anudado a la reja colgaba una jaula con un jilguero.

—Ésta es mi niña —dijo Rosario con un suspiro.

La presentaba resignadamente, como una desdicha ineludible.

Tenía hechuras de mujer, pero su cuerpo se hallaba encogido, deformado por años de forzada inmovilidad.

—Nunca ha pronunciado una palabra. Lo único que hace es gritar. Ya la ha oído usted —aclaró Paulina.

Esperanza tenía unos hermosos ojos verdes que, según la luz, tomaban tintes melados.

Martirio se acercó a la muchacha y ésta se encogió en su sillón con una desconfianza primaria. En el centro del bello color de sus pupilas se encendía un lejano punto de fiereza, rendida e impotente.

—Tiene unos ojos muy hermosos —dijo dirigiéndose a la madre —, del color de las palmeras de mi tierra, con el matiz dorado de la melaza.

Esperanza parecía atender ahora a la voz suave de la cubana, que le hablaba con ternura.

—Tienes unos ojos preciosos, aunque tal vez esté equivocada respecto a su color. Mirándolos bien, son como el trasluz de un vino dulce que yo conozco.

Tomó su mano angulosa y deforme, y musitó:

—Esperanza… ¡Qué nombre tan triste para alguien que ha perdido todos los sueños definitivamente! ¡Pobre niña! ¡Cuántas puertas hay cerradas para ti! —suspiró hondamente—. Todas, menos la del cariño —exclamó mirando a su madre, que no sabía qué responder.

Esperanza, angustiada, parecía aspirar ansiosamente el perfume delicado que impregnaba la mano de Martirio, en cuyo anular lucía la sortija que la acreditaba, aunque sólo para sí misma, como la viuda de don Alonso.

De pronto, le mordió.

Al pequeño grito de Martirio respondió la infeliz con un alarido desorbitado, que Rosario cortó de inmediato al propinarle un bofetón seco en la boca, haciéndola sangrar.

—¡No! ¡No le pegue, por favor! —rogó interponiéndose entre madre e hija—. La culpa ha sido mía. Mi mano olía tan bien, que seguramente creyó que se podría comer —bromeó—. ¡Pobrecita! —y limpiaba con su pañuelo, pese a su resistencia, la sangre del labio herido.

—Es mala —proclamó Rosario.

Los nervios le hacían temblar la barbilla.

—No diga eso, mujer. ¿Cómo puede tener maldad un ser tan inocente? Si no les importa, ya que voy a vivir aquí, bajaré a estar con ella todos los días. Voy a encargar un sillón como éste con unas ruedas para acercarla al jardín. Si es que hay alguno en el cortijo. En mi pueblo, allá en Cuba, había un niño igual que ella, y tenía un sillón como el que yo quiero que le hagan. En el jardín se acostumbrará a los perfumes. ¡Ya verás cómo te gusta! —añadió dirigiéndose a la inválida, todavía en tensión, como si aguardara un nuevo castigo.

Salieron de nuevo al patio. El último resol de la tarde se esfumaba rápidamente. Junto a la ventana, Esperanza, de nuevo sola, afirmaba su presencia con un lamento continuo y sordo, que Martirio relacionó con un llanto.

—No puede ser mala una niña todavía tan pequeña y tan desgraciada. Quiero intentar ser su amiga... Si usted me deja…

No encontró respuesta en Rosario.

—Bueno. Creo que antes de que caiga la noche será menester que conozca dónde voy a vivir.

—Venga usted conmigo. Mi marido ha colocado sus cosas en la antesala —dijo Paulina.

Rosario se quedó en su puerta mirando a aquella mujer y, pese a todas sus anteriores suposiciones, le pareció buena, además de hermosa.

XL

Como de costumbre, pasadas las diez de la noche, mucho antes de la hora fijada para la ceremonia nupcial, comenzaron a comparecer en la mansión de los Medina los convidados. Los caballeros, de etiqueta, ufanos de su importancia social, a la que había confirmado aquella invitación, y las señoras, visiblemente preocupadas por aparecer tan elegantes como entendían que requerían las circunstancias. Todas habían procurado añadir a los lustres de las sedas, y a los charolados brillos de las grandes ocasiones, los relumbres trémulos de sus mejores aderezos.

Entre los invitados, las cortesías entre las mujeres eran un derroche de fingidas modestias y sonrisas demasiado espléndidas para ser completamente verdaderas. Por su parte, los hombres daban la impresión de reiniciar conversaciones detenidas en un momento anterior.

Sobre el patio regado y fresco, unas guirnaldas de farolillos, tendidas de balcón a balcón, formaban un encendido dosel, que alumbraba las mesas cubiertas de manjares cuidadosamente preparados para el banquete. En el centro de cada una de ellas se había instalado un candelabro cuyas rizadas velas, traídas expresamente de París, como los bombones y el champán, difundían por el ambiente, además de su luz, un delicado y casi mágico aroma a jazmín, a benjuí y a canela.

Los corredores y las salas bajas, iluminadas con vistosos reverberos, habían sido despejados de su mobiliario para dar cabida a los invitados, y en el traspatio y las cocinas era febril la actividad de la servidumbre para atenderlos.

Por fin compareció el novio. Daba el brazo a la abuela Teresa, desde cuya casa llegaba. En la solapa de su traje negro lucía la joya que le había regalado su prometida, una corona de marqués, esmaltada y adornada con piedras.

En el portal les recibieron los dos hermanos de Constanza. Desempeñaban el encargo de actuar como comité de bienvenida.

La novia apareció cumpliendo fielmente el recomendado retraso. Vestía un elegante traje negro bordado con hilos de tisú de plata y una mantilla de encaje. Destacaban sus grandes ojos negros, a los que ni siquiera la felicidad de aquel día pudo desprender de su melancólica mirada. El cabello, recogido, mostraba el óvalo de su rostro, al que

adornaban unos sencillos pendientes de perlas. Prendido en el vestido, sobre el corazón, brillaba una letra E empedrada de minúsculos brillantes que, a sus ruegos, Enrique le había regalado, y que ella mostraba como proclamación de una entrega incondicional en todos los sentidos. Le daba su brazo, ufano y sonriente, don Jerónimo.

En el oratorio de la casa, iluminado con la luz de un gran número de velas, pasada la medianoche, comenzó la ceremonia. El altar estaba adornado con profusión de ramos de rosas blancas y de perfumadas varas, recién cortadas, de azucena y de celindo.

Los padrinos, los escasos familiares directos y el vicario don Nicolás Mínguez fueron los testigos de las palabras de compromiso matrimonial que se otorgaron Constanza y Enrique, mientras en la planta baja aguardaban los invitados.

Cuando los esposos descendieron solemnemente la escalera rica, con pasamanos de mármol blanco, bajo el cielo semiesférico de su cúpula barroca repleta de labradas yeserías y blasones heráldicos, un aplauso les recibió en el patio, que aquella noche semejaba un lugar de ensueño.

Días más tarde, Paulina, que fue llamada a la mansión para colaborar en las cocinas, contó a Martirio Galán, que los más jóvenes de los invitados llevaron la fiesta más allá de las primeras horas de la mañana siguiente; mucho después de que los recién casados se hubieran marchado.

Constanza y Enrique llegaron al cortijo de El Gamonal antes de que amaneciera. La luna, grande y limpia, que ya caía por el cielo de poniente, los acompañó. En el coche, él le pasó el brazo por el hombro y rozó con sus labios los labios de ella. Sintió que se le acercaba con un abandono rotundamente feliz.

Después de ayudarla a descender del carruaje, Enrique despidió al cochero.

En la puerta aguardaba Bernabé, a la espera de alguna orden que no recibió. Luego se retiró discretamente.

El campo estaba inundado de un fresco y limpio aroma a hierba, que Constanza, cerrando los ojos, aspiró con placer. Se acercaba ya el día, aureolando de luz las hileras de olivos que orlaban las crestas de los cerros situados a espaldas del cortijo. Juntos, como recogiendo una ofrenda sagrada, admiraron en silencio la gala de aquel amanecer y luego, Enrique, gentilmente, tomó a su esposa del brazo y la llevó

suavemente hacia la entrada de la casa, enmarcada por la apoteosis florida del rosal de pitiminí.

Habían preferido el retiro de El Gamonal para su primer encuentro como matrimonio. Subieron al dormitorio principal, que las amigas de la novia habían preparado. En los dos rellanos de la escalera, en búcaros de cristal, a manera de bienvenida, habían colocado fragantes varas de azucena intercaladas con ramas de naranjo cuajadas de azahar.

En la antesala, la claridad, que ya se colaba por la ventana del patio, y las bujías de un candelabro recién encendido por Bernabé les permitieron admirar el bello bodegón que se les ofrecía en una mesa repleta de manjares y bebidas, preparados para vigorizar y reponer las fuerzas perdidas por la pareja en la prevista contienda del tálamo. Sobre un delicado mantel de hilo, junto a un florero repleto de rosas, había un cuenco de cristal, rebosante de escogidas frutas, fuentes de peladillas y confites, dulces de miel, dedos de novia, mostachones, tortas, alfajores y bizcochos de cena, junto a licores y vinos dulces, así como un termo de porcelana con chocolate apenas recién hecho.

Sin proponérselo, coincidieron en que eran aquellos el lugar y el momento de su primer encuentro físico pleno, y allí mismo se besaron atropelladamente, embriagados con el ansia loca de una búsqueda a la que ella acudía cargada con un amor atesorado durante muchos años. Deseaba angustiosamente descubrir lo antes posible la clave de una felicidad soñada, a cuyo encuentro salía con una ilusión que nunca antes había siquiera imaginado. Por su parte, Enrique emprendía la aventura de dar con un amor que esperaba descubrir y hacer suyo en la costumbre de tenerla a ella cerca a partir de entonces.

Por primera vez, Constanza percibía el fragor sordo de la íntima proximidad de un varón y lo sentía como un vaho cercano y cálido, cuyo olor ligeramente ácido, atrayente y desconocido, le aceleraba los pulsos y la aturdía como para morir y resucitar luego, lanzada al vértigo de una entrega decidida y total.

Enrique la besó con una suavidad calculada en la mejilla y en el cuello, hasta sentir que se le rendía, y la empujó dulcemente hacia la alcoba. Fue entonces cuando ella, presa de un miedo que no era capaz de controlar, lo rechazó con una temerosa dulzura.

—Espera a que llegue la noche, por favor —suplicó—, creo que estoy demasiado cansada.

—Es natural —condescendió Enrique—. Será cuando tú quieras.

La luz del día colaba ya sus hebras, como un humo dorado, por las rendijas del cierre del balcón. En la penumbra del cuarto se advertía la gran cama de hierro, delicadamente revestida con la colcha de encaje destinada a las noches de boda, heredada por Constanza de otras mujeres de su familia.

Bajo ella, las sábanas de seda aguardaban a los recién casados.

Enrique se le acercó y dejó en su mejilla un beso suelto. No quiso forzar el hecho inevitable de su primer encuentro íntimo.

—No te preocupes —dijo—. Acuéstate. Si lo deseas, yo dormiré en tu habitación de soltera. Todo se hará cuando estés decidida.

Ella no contestó. Se debatía entre unos temores, que intentaba desechar racionalmente sin conseguirlo, y el deseo de sentirlo de nuevo cerca.

Con el pretexto de tomar una copa, Enrique salió a la antesala y se dirigió al balcón que daba al huerto, al final del corredor. Ya era completamente de día. A lo lejos, nítidas y limpias, de un azul tierno, se divisaban las sierras de Málaga.

Cuando volvió a la alcoba, más oscura para él, que venía deslumbrado por la claridad franca, desplegada por la mañana, Constanza le llamó desde la cama, con una voz quebrada, casi suplicante, en la que Enrique intuyó, enlazados el miedo y el deseo.

Se acercó. Ella lo tomó de la mano y lo atrajo hacia sí con resuelta ternura.

—Ven —dijo—. No te preocupes por mí. Acuéstate conmigo. ¿Por qué has tardado tanto?

Sólo ella sabía que aquella pregunta procedía de muy lejos; llegaba a aquella alcoba de El Gamonal, desde el momento inconcreto en el que por primera vez sintió en su corazón la punzante y única espina de su amor por Enrique.

Nunca hasta entonces había podido éste apreciar con tanta claridad la inmensa verdad enamorada que traslucía la urgencia de aquella llamada, la interrogación sobre su tardanza: una pregunta que no aguardaba respuesta.

Había en ambas, en la llamada y en la interpelación, tanta imperiosa necesidad de entrega incondicional como de avariciosa posesión.

Le pareció que jamás había sido reclamada su persona al amor de una manera tan pura, con semejante ansiedad tranquila y generosa.

Enrique se sentó en el borde de la cama para descalzarse. Ella le acuciaba:

—Amor mío. Llevo aguardándote toda la vida, toda la vida…

Lo repetía con la voz levemente ronca, quebrada por una emoción insondable, mientras le acariciaba el cabello, el cuello, los hombros…, asegurándose de que era real aquel instante tantas veces soñado en sus noches turbias, de las que, en la cosecha del amanecer, sólo recogía un amargo sabor en la boca y el nudo del remordimiento agarrotándole la conciencia.

Se incorporó apremiada por el deseo y le ayudó a desnudarse desabotonándole la camisa, mientras él se arrojaba ansioso a besar sus labios.

Estaba desnuda. La seda de las sábanas de novia siseaba al roce vivo de su piel pálida, más blanca aún que las telas que la envolvían, como si aquellos tejidos recobraran a su contacto una vida que había permanecido latente desde la última y ya lejana noche de otras bodas y que acababa de manifestarse ahora al conjuro de la pasión, al calor vivo de los fluidos que estaban a punto de desatar aquellos cuerpos arrojados a la hondura gozosa en la que, desde que la vida existe, se sumergen cada momento todos los amantes del mundo.

Antes de hundirse en el abismo de la entrega que le ofrecía de manera tan incondicional aquella mujer, atrayéndolo sabia y activamente hacia sí con una fuerza que sólo podía proporcionarle la seguridad de que únicamente ella podía ser el destino final de aquel hombre, Enrique tuvo la inquietante impresión de hallarse ante un ser al que apenas conocía, pero que, por el contrario, parecía conocerle a él perfectamente.

Y se dejó conducir por los caminos precisos que Constanza le fue señalando, hasta que ambos acabaron perdiéndose rumbo a lo más profundo de ellos mismos.

Mientras, afuera, también en el campo de mayo, el amor desatado, ciego y universal se convertía en la única fuerza que movía

la vida.

XLI

Martirio Galán no pudo olvidar jamás el invierno de 1886.

Transcurridos los primeros días de su estancia en el cortijo, el tiempo comenzó a pasar para ella con tanta lentitud que, sin explicación racional, temía la llegada de cada día, porque su transcurso se le hacía interminable. Los escasos aconteceres cotidianos de su existencia en la hacienda le proporcionaban motivos para la desesperación.

Llegó incluso a pesarle el silencio. Hubo momentos en los que tuvo la sensación de que inundaba sus habitaciones. Lo imaginaba como un vapor espeso e inerte, que se colaba en la hacienda desde la extensión del campo. Se angustiaba, porque podía oír en el aire los latidos de su corazón y a fin de evitarlo procuraba oponer sonidos a aquella marea silenciosa que la ahogaba: para ello tarareaba canciones de su tierra, se interpelaba y ella misma se respondía; invocaba a sus muertos más queridos, conversando con ellos, porque también dotaba de respuestas a sus imaginarias preguntas.

Para conjurar aquellos hondos silencios, Martirio también abría las ventanas de par en par, esforzándose en percibir la vida que latía en el exterior del cortijo. De este modo, llegaban hasta ella, y la tranquilizaban, los cantos de los pájaros, ocultos en la fronda de los nogales que el viento otoñal desmenuzaba; los ladridos de los perros, las vagas voces que en ocasiones traía la brisa desde lugares imprecisos.

A veces, el grito desgarrador de Esperanza rompía el silencio para afirmar su presencia viva y sufriente. Ella era, y lo proclamaba, el mayor dolor de la casa.

Sin embargo, pasados los años, Martirio pudo reconocer que también disfrutó de momentos hermosos, de los que gozó como de un grato licor bebido a tragos lentos y conscientes. No obstante, en su recuerdo, aquel episodio de su vida estuvo tan lastrado por tal cúmulo de malas experiencias que, por más que se empeñó, nunca consiguió acostumbrarse a aquella vida cuajada de soledades, de las que pronto deseó evadirse.

La tarde de su llegada, ajena todavía a la verdadera dimensión del encierro al que se entregaba, Martirio recorrió despaciosamente las estancias que ocuparía. La acompañó Paulina abriéndole puertas y ventanas, orgullosa de la integridad y la conservación perfecta de los

bienes que le habían sido confiados. Le mostró el interior de las alacenas, y el contenido de cajones y de arcas que, al abrirse dejaban escapar desde su aire cerrado, envueltas en el olor a alhucema, conservada en saquitos de lienzo, memorias guardadas hacía largo tiempo, mezcladas también con el aroma de las viejas maderas.

A cada momento la casera le requería con la mirada una aprobación que Martirio otorgaba gustosa. Eran ambos gestos un modo tácito de entrega y de toma de posesión.

La sala y las alcobas, los pasillos y las escaleras tenían un aire de cosa nueva, un olor y brillo de estreno que, pese a los esfuerzos derrochados, no conseguía ocultar la pátina de lo vetusto. Toda la vivienda estaba impregnada de la melancólica tristeza de lo escasamente vivido.

En el dormitorio, sobre la cama, lucía la colcha chinesca. Tenía el relumbre dorado de la seda antigua, y de ella surgían, irreales, diluidos en su propio brillo, que acrecentaba la luz del sol poniente, paisajes, flores y pájaros. Martirio se detuvo para admirarla.

—Era de la marquesa —aclaró Paulina.

A la casera, inevitablemente, la visión de aquella prenda le hurgaba con saña en la herida abierta de la ausencia de Adela, su hija perdida. Sobreponiéndose, añadió:

—También era suyo ese cuadro de la Virgen dolorosa que ve usted ahí, en la cabecera.

El marqués había evitado en todo momento hablarle de aquella mujer cuyas huellas Martirio encontraba ahora a cada paso, como vestigios de una vida breve, aunque colmada de sentimientos. Eran señales que le permitían imaginarla y en su pensamiento la hallaba tan delicada como dulce y distante.

—¿La conoció?

—Sí. Vino al cortijo algunas veces, pero siempre pocos días. Entonces… Todavía no tenía yo a Soledad. A pesar de todo, eran tiempos hermosos.

—¿Cómo era?

—La primera vez que la vi, tan elegante y guapa, me pareció una diosa, pero era una diosa enferma, frágil como la flor del celindo.

Dicen que se castigaba con penitencias y cilicios y que eso empeoró su mala salud. Siempre la conocí vestida de negro. El único vestido de otro color, blanco, fue el que llevó en su boda. Ese detalle fue para muchos una señal de mala suerte. El marqués la adoraba, la tenía en un altar. Traía sus propias criadas. Su muerte fue también un poco la muerte de don Alonso. Creo que le guardó demasiado duelo durante demasiado tiempo.

Paulina pareció arrepentirse de sus confidencias y buscó un escape:

—Ya sabe que lo habitual que ocurra es lo que se dice acerca del dolor del viudo: intenso, pero breve. Corren demasiadas habladurías. ¿Le gusta el aroma de las camuesas? —dijo señalando una cestilla repleta.

—Son parecidas a las manzanas —repuso Martirio.

—Es una fruta antigua. Como todo aquí —concluyó Paulina.

Sobre la tapa de mármol de la cómoda, las apretadas pomas perfumaban delicadamente el aposento. Aspiró su fragancia. El olor le trajo a la memoria las madrugadas claras vividas en su casa de Manzanillo. Sus inquietos desvelos de mujer de militar que, perdida por los insomnios de muchas noches, se asomaba a un mar que espejeaba a veces con la luna, mientras las flores del pequeño jardín perfumaban el aire tibio.

—También los años de mi juventud fueron tiempos hermosos —repitió suspirando Martirio.

Volvieron a la sala. En la chimenea ardía, recién estrenado, un fuego limpio, haciendo crujir y chispear los leños de olivo. Delante de ella, Paulina, con los brazos cruzados, sin saber qué más ofrecerle, dijo con un gesto ambiguo:

—Eso es todo, señora... —la palabra sonó extraña a la casera y a la propia Martirio. Hacía décadas que La Dehesa no tenía un ama—. Mañana, si quiere, podrá conocer el resto del cortijo. Ya irá acostumbrándose usted a esto. Le advertí que nos encontramos lejos de todas partes —añadió.

—Eso es bueno en ocasiones. De todos modos, gracias. Todo es de mi agrado Paulina, y puede estar segura de que me acostumbraré.

—Si le parece bien, le subiré la cena cuando oscurezca. En

adelante, me ocuparé de servirle.

Le hablaba ya desde el umbral del cierre acristalado que aislaba la sala de la antesala previa a la escalera. Luego, con cuidado, cerró la puerta.

La tarde otoñal caía lentamente. El reflejo del sol en la pared del patio encendía la sala con un relumbre irreal, que Martirio entendió como de buen augurio.

Cenó frugalmente, a pesar de la abundancia aportada por Paulina y luego, después de despedirla agradeciéndole el servicio, con la última luz que entraba a través de los vidrios emplomados de la ventana del dormitorio, distribuyó su ropa entre el armario y la cómoda.

El alto balcón enrejado de la alcoba se asomaba a los horizontes del poniente, mucho más allá de donde el río trazaba una amplia curva. Desde allí, cuando cayó la noche, contempló largamente el cielo, intensamente oscuro y estrellado. Procedentes del sur, unos tibios alientos de brisa recorrían el aire como ríos invisibles y, una vez más, recordó las noches de su tierra.

Desde el oscuro marco del balcón, abierto al campo y a la noche, sintió por primera vez, y como en pocas ocasiones lo había experimentado, el lento discurrir de las horas sobre un silencio todavía apacible para ella, roto por las palmas al frotarse entre sí, sonando como el correr del agua por las acequias.

Casi a medianoche salió la luna, arrojando a la tierra una luz amarilla que acentuó por contraste las sombras. El brillo lunar no tardó en crecer tumultuosamente. Por fin, en la madrugada, Martirio pudo ver pasar ante sus ojos el astro de la noche, solemne y espléndido, rumbo al ocaso, alumbrando el lado oscuro de la casa.

Cuando el campo comenzó a inundarse con el aliento frío de la noche, Martirio se retiró del balcón y cerró los postigos. A través de sus cristales la alcoba admitía tanta luz, que se percibían todos los muebles y objetos. Ella pasó suavemente la mano por la seda de la colcha y luego se acostó. Como consuelo para su soledad, se propuso rezar alguna de las oraciones aprendidas cuando era niña. Repitió mentalmente varias veces la del Justo Juez, sin lograr hilvanarla hasta el final. Se quedaba detenida en la primera estrofa:

Divino y justo juez,

hacedor de cielo y tierra,

protector universal

donde todo el bien se encierra...

Procuró dar con las palabras siguientes y, durante unos instantes, le inquietó no lograrlo. Sin embargo, acabó repitiendo el primer verso como una jaculatoria. Desde el fondo de su corazón, convertía sus primeras palabras en una apelación a la justicia:

—Divino y justo juez. Divino y justo juez…

En su invocación, con una intensidad que le hacía cerrar los puños hasta hacerse daño, reclamó a aquel juez intangible, que deseaba poderoso y situado por encima del tiempo y de las distancias, la justicia que no había encontrado para el asesinato de su padre, para Cachita Lima, muerta con la angustia de los huidos y enterrada en un maizal de la sierra; justicia para la muerte de su marido, para sus largos años de desamparo, para su soledad, para tantas incomprensiones como había sufrido…

—Divino y justo juez. Divino y justo juez…

Halló alivio rebuscando en la valija de los recuerdos y, una vez más, encendió la memoria de su primer amor, apasionado y cándido. La figura del teniente Mena había llenado completamente la primavera de su vida con recompensas de amor urgente. Lo recordaba en cada regreso desde la sierra, con olor a monte, a manigua, a cuero y a sudor. Pero también venturosamente vencido en las madrugadas anteriores al día de su marcha; en los titubeantes amaneceres embriagados con la fragancia de las flores de dondiego, recién abiertas, con el mar encendido y la brisa aventando en la noche el rumor y el gusto salino de las aguas del golfo.

De aquel periodo de su vida todo le parecía hermoso y perfecto, hasta que la llegada de la rebelión le robó la miel de los labios. En el fuego de su odio, en el horno de sus intereses, se consumió todo lo que amaba y tenía.

Como consuelo a tanta tristeza, acudía a consolarla la imagen, inmediata y entrañable, del marqués. Don Alonso sosegó sus últimos años con la hondura sincera de su cariño. Su recuerdo protegía ahora su vida, suavemente, como la colcha chinesca que cubría el lecho. Había venido a ser el deseado abrazo que transmite calor en un tiempo frío.

Sus dos melancolías tenían el punto final en una página triste.

Aquella noche Martirio no logró extinguir el fuego de sus nostalgias. El desvelo la acercó al primer resplandor de la aurora y la condujo a levantarse tarde. Y fue el silencio, aquel silencio que llegaría a obsesionarla poco después, el que la despertó por fin, bruscamente, con un sobresalto.

XLII

Con las formalidades requeridas, en la fecha y hora señaladas, el notario procedió a leer el testamento otorgado por Francisco Cerezo y su mujer Rosalía Lopera, a favor de Soledad Lozano Ríos. Se hallaban presentes en el acto, el marido de la interesada, José Expósito, y el padre de la misma, Mateo Lozano.

El notario, que leía con rapidez las fórmulas iniciales, ralentizó su velocidad para que la interesada percibiera con claridad que los finados la reconocían como heredera universal de sus bienes, consistentes en una huerta y suerte de olivar con casa, conocida bajo la denominación de Los Naranjos, en el partido de Arroyomartín; otra casa en la calle Aljibe, amueblada, de la cual, como la propiedad rural, se pormenorizaban los linderos; asimismo, una cantidad de dinero, hallada en la última vivienda referida, que ascendía a más de veinte mil pesetas, depositada, con las llaves de ambas viviendas, en el Juzgado de Primera Instancia e Instrucción.

El notario puntualizó exactamente la suma, después de consultar el documento.

El viernes anterior, el guarda rural Carmelo Barragán, de servicio aquella quincena por la zona de La Dehesa y las riberas del río, se había acercado al herradero, a un cuarto de legua del cortijo. Traía la escopeta de un solo cañón en bandolera, con la boca señalando la tierra, cargada con un cartucho de sal. Encontró a Mateo sentado en el cobijo de una choza de retama. Los dos hombres se conocían desde hacía muchos años.

Después de intercambiar saludos y beber el agua que le ofreció el casero, el guarda sacó de su morral y le entregó una carta.

—Lo siento. No es de Adela. Es del juzgado. Viene dirigida a Soledad Lozano. Tu hija también, ¿no?

Mateo se inquietó levemente.

—Claro que sí —repuso—. ¿Qué pasa?

—Nada que pueda preocuparte. En todo caso, creo que incluso pueden ser buenas noticias.

Le aclaró que, según había podido saber, era sencillamente una citación para el acto de apertura de un testamento.

—Se trata de las últimas voluntades de los guardeses de la casa del marqués; ya sabes que se quitaron la vida poniéndose en la vía del tren hace unas cuantas semanas. La ciudad permaneció varios días conmocionada a causa del suceso. Si os conocíais… Quizá por eso han beneficiado a tu hija con alguna manda.

—Nos conocíamos… —repuso Mateo, sin más explicaciones.

—Te encomiendo que lo entregues a Soledad.

Con el sobre en la mano, Mateo comprendió que había llegado la hora de que se cumpliera lo anunciado por el marqués en sus confidencias. Sus palabras le habían rondado desde entonces por la cabeza y había leído en varias ocasiones, siempre en la soledad del campo, la escueta nota que acompañó a los amadeos de oro.

—Descuida —repuso Mateo—. Si Dios quiere, mañana mismo estará en su mano. Y si es como dices…, mejor. Ya veremos de qué se trata. Me disponía a regresar ya al cortijo —dijo mientras doblaba y guardaba la carta—. Si llevas el mismo camino iremos juntos hasta allí. Tengo gusto en invitarte.

—De acuerdo, pero no quiero entretenerme. Otra vez será. El tiempo estará pronto revuelto y debo darme prisa. Las señas anuncian tormenta y me gustaría llegar a la aldea antes de que empiece.

El cielo estaba en buena parte despejado, pero un frente de nubes espesas y oscuras comenzaba a levantarse por oriente. Para confirmar la predicción del guarda, el sonido de un trueno muy lejano llegó rodando hasta ellos. «Ahí la tienes» —exclamó.

Durante la media hora de marcha hasta la hacienda, Carmelo no dejó de referirse a la miseria de los tiempos y a su íntima solidaridad con la turba de desgraciados que, según afirmaba, habían traído a partes iguales los malos tiempos y los políticos, para él unánimemente funestos.

—Hay mucha hambre y demasiada desesperación. Últimamente hemos retrocedido y tú, que vives aquí aislado, seguramente, no sabes hasta qué punto. Por culpa de la miseria y por la crueldad de un usurero, aquí cerca, el pobre Miguel el Negro, el del cortijillo de La Higuera, se colgó hace unos días de la rama de un olivo.

—Me lo contó mi yerno. Tuvo ocasión de vivirlo de cerca —respondió Mateo—. Con tres hijos pequeños. ¡Es una lástima! Las tragedias, como las maldades, vienen inevitablemente de la mano de

la penuria de los tiempos y ésta, a su vez, multiplica las calamidades. Uno de estos infortunios, el de los prestamistas sin conciencia, ha sido en otras épocas, es ahora y me temo que lo será durante mucho tiempo.

—Pues ya hay quienes andan detrás de los que llevaron al Negro hasta tal punto de desesperación, que no le quedó otra solución que quitarse la vida. Un tal Simón Espinosa y su rufián de confianza son los culpables de esa muerte.

El guarda hablaba con dureza. Los dos hombres se habían detenido. Carmelo Barragán añadió:

—A esa clase de alimañas conviene hacerles pagar como se merecen la dureza de su corazón. Se trata de darles un escarmiento urgente y necesario. Si no se corta, medra la mala hierba. La avaricia en medio de la necesidad es un crimen, una injusticia que clamaría a los cielos si allí hubiera alguien, y fuese capaz de interesarse por nosotros. Quizá por su maldad, para compensarla, anoche le quemaron su casa.

La pareja había continuado el camino.

—¿Y las autoridades? —preguntó Mateo.

—Como es lógico buscan a los culpables, pero hay tantos que no darán con ninguno. La unión es la única defensa que pueden emplear los que no cuentan con otra riqueza que su trabajo. ¿Conoces algún caso en el que, sin nada a cambio, los ricos ayuden a los pobres? El gobierno emplea a presidiarios para abrir carreteras, y los jornaleros, esa gente honrada que sólo vive para preocuparse por sus familias, envidian el mísero rancho que los malvados se comen cada día. ¿Cuándo se han visto semejantes desafueros?

Callaba Mateo. El estampido de los truenos les seguía, todavía lejano. Caminaban de prisa.

—Amigo mío, es verdad que, como dices, los males se suceden, pero siempre contra los pobres. Supongo que sabrás que hace unos días unas mujeres, desesperadas por el hambre de sus hijos, asaltaron la tahona de la calle del Tinte. ¡Menudo alboroto! Hubo guardias que por arrancarle de las manos a una pobre viuda un pan de dos libras la arrastraron por el barro, sin saber que lo que arrastraban era algo mucho más importante que el valor de su autoridad: la dignidad de las personas. Al día siguiente, los jornaleros ocuparon el ayuntamiento y estuvieron a punto de arrojar por un balcón a una pareja de

municipales.

—Las noticias tardan en llegar aquí, si es que llegan —repuso Mateo.

Se encontraban ante la puerta del cortijo. En un tono confidencial, casi de invitación, el guarda dijo:

—Esta noche celebramos una reunión en la aldea. Han venido unos compañeros desde Sevilla para animarnos.

—¿Animaros?

—Sí, a la lucha. Al combate por la justicia. Algún día llegará la victoria —exclamó convencido.

Sacó del fondo de su morral unas hojas impresas y se las ofreció al casero.

—Sabes leer. A ver si estas páginas te abren los ojos. No más amos, Mateo. Y de haber leyes…, que sean las estrictamente necesarias. Ojalá que ese testamento traiga algo bueno para tu hija, pero, sobre todo, si lo trae, deseo que sepa compartirlo.

—Ojalá —deseó el casero.

—De haber vendimia, esta agua que se anuncia sería una desgracia —dijo el guarda como despedida.

—Hoy, la desgracia es que no haya vendimia —repuso Mateo alzando la voz.

—Hay otras calamidades peores —contestó Carmelo a voces, mientras se alejaba.

En el horizonte opuesto crecía, como un muro de pizarra, la nube que traía la tormenta.

Aquella noche se desató la tempestad. Con su estrépito como fondo y los relámpagos ensartando a través de las rendijas de la ventana sus luces fulgurantes, Mateo refirió a su mujer lo ocurrido, la afirmación hecha por el guarda acerca del contenido de la carta, la confesión de don Alonso. Incluso le repitió fielmente —lo sabía de memoria— el texto de la nota que acompañaba el regalo de las monedas de oro.

—Las monedas están ahí, guardadas en uno de los tubos de la

cama, junto a tu cabecera —confesó—. Ha llegado el momento de que se las entreguemos a Soledad. Son suyas.

Durante el relato de aquellas confidencias, Paulina no pronunció palabra, hasta el punto de que un par de veces Mateo creyó que se había dormido.

—La huerta de Los Naranjos va a ser de nuestra hija. Creo que se merece vivir mejor de lo que vive. Debemos estar contentos. Es lo menos que unos padres, si pueden, deben hacer por sus hijos —sin hablar de Adela, la tenían ambos y al unísono, presente—. ¿Qué dices tú? —preguntó Mateo.

El silencio de Paulina se mantuvo un momento. Se oía ahora llover caudalosamente.

—¿Qué piensas? —insistió él.

—Que los padres de Soledad somos nosotros —dijo por fin—. Si ellos han necesitado aquietar sus conciencias antes de morirse, por algo será. Pero la justicia de Dios se cumple siempre.

—Así debe ser. A veces es la única justicia que nos queda —repuso él recordando al guarda.

Pasaron unos minutos. La intensidad de la lluvia se incrementó; luego, por un instante, amainó levemente para recrecer luego, antes de cesar. Los truenos volvieron a oírse lejos.

—Mateo —dijo Paulina en voz baja.

—¿Qué?

—De haberte pasado algo… Si hubieras perdido la cabeza o te hubieras muerto de pronto, ¿quién habría podido aprovechar ese oro que tenías escondido?

Mateo no contestó. Ella añadió:

—Hubiera sido una lástima. Así que no lo vuelvas a hacer.

Soledad escuchó atentamente la lectura del testamento de Frasquito y Rosalía. Se sentía confusa. Era como si lo que estaba ocurriendo en aquel momento no le incumbiese. Por su parte, José el Gazapo, aturdido y nervioso por la dimensión del legado, trataba de valorar sin conseguirlo, la nueva propiedad de la familia.

Tal como prometió al guarda, Mateo se había acercado el día anterior al cortijillo de el Gazapo para entregar la citación a su hija.

Como la jornada anterior, la tarde volvió a anunciarse tormentosa y gris. Desde levante, se alzaba nuevamente el muro de nubes de color plomo.

Con las puertas atrancadas, Soledad realizaba labor de costura, repasando la ropa, mientras el niño pequeño —el quinto y esperaba que último— dormía la siesta y los mayores copiaban unas planas de caligrafía. El veranillo de San Miguel, cuya llegada se había retrasado aquel año más de veinte días, se hallaba en la hora de mayor sofoco. Desde la ventana enrejada de la sala baja podían verse de vez en cuando, alzándose entre las camadas de olivos, los agitados remolinos, como oscuras y enloquecidas torres salomónicas, en las que se resolvía el calor del suelo. En algunos lugares imprecisos de los contornos, las postreras cigarras lanzaban al aire cálido, ardorosa e intermitentemente, su canto.

José se lo había repetido: «Procura tener la casa cerrada cuando estés sola. Además, ya sabes dónde está la escopeta».

Aunque nunca fue testigo de su presencia, Soledad había oído frecuentes rumores, acerca del repetido paso de bandidos y cuatreros por aquellas inmediaciones. Perseguidos a veces por el ejército, la proximidad de los límites con otras provincias permitía cierta movilidad a los que, seguramente acosados por el hambre, acababan por delinquir y ser perseguidos por la justicia.

No faltaban noticias de pequeños hurtos por parte de muchos arruinados por la crisis, pero sólo de leña o comida: frutos aún verdes, alguna gallina, huevos, aceituna… Ella misma había experimentado a veces la sustracción de algunas frutas, pero últimamente había oído insistentes comentarios sobre asaltos violentos, incendios de cosechas y pajares, y robos en las grandes haciendas de los términos limítrofes o en los territorios situados más allá del río.

En su infancia y en su adolescencia, la inagotable imaginación de la abuela le había relatado múltiples historias de bandidos antiguos.

Conocía, y en el fondo la admiraba, la historia de María Contreras, una viuda, con tres hijos, que habitó muchos años atrás el ventorrillo del cruce, cuya existencia denunciaban todavía las paredes de tierra medio derruidas, en medio de unos olivos junto a la intersección de dos caminos. Se decía que una noche, la viuda, que

estaba acostada en su cuarto, oyó cómo intentaban forzar la puerta de la casilla. Se levantó y, a oscuras, tomó la vieja escopeta que había sido de su marido y que estaba cargada desde que murió. El asaltante se afanaba en abrir, mientras ella, sigilosamente, se acercó y asomando el cañón por el hueco que dejaban las dos hojas de la puerta, disparó, matando de un tiro en el pecho al que intentaba entrar. Era Custodio el Loco, un bandido sin escrúpulos, famoso y temido por sus fechorías.

El resto de la madrugada se le fue a María Contreras en enterrar a Custodio y en borrar las huellas de su muerte. Al día siguiente, abrió su tenducho como si tal cosa y una semana más tarde, tomó a sus hijos, cerró las puertas, arrojó la llave al pozo de agua salobre que había junto a la casa y emigró a la República Argentina.

Al suceso, la abuela María de la Paz aseveró que aquella muerte, pese a su trágica violencia, había permitido que por fin se cumpliera la justicia de Dios para tantos crueles desmanes de el Loco, pero que el alma del bandido, cuyo cuerpo nadie echó de menos, había sido rechazada por Satanás en el infierno y que por eso continuaba rondando en torno a las ruinas del ventorrillo y por el olivar en el que María Contreras le había dado sepultura.

La fantasía de la abuela María de la Paz era tan extensa e irrefrenable, tan adornada de sucesos apasionantes e increíbles, que Soledad nunca llegó a saber si aquellas historias habían ocurrido realmente o si los bandoleros de los que contaba hazañas tan caballerescas habían existido en realidad. Mientras remendaba algunos trapos, pensaba que hubo un tiempo en el que llegó a soñarlos, siempre valientes, generosos y guapos, incluso elegantes y simpáticos, pero que su padre, por el contrario, le había proporcionado una visión diferente acerca de aquellos malhechores tenidos a menudo por generosos. «Gentes de mal vivir», eran los términos con los que los definía.

Recordó que en una ocasión en la que ella le preguntó al respecto, él contestó que se trataba de simples malhechores, «necesarios para que nada cambie; delincuentes cobardes, a los que menudo se les va la mano con los pobres a los que conviene tener sujetos. Si causan algún daño a los ricos es porque existen otros motivos. Recuerda que son agentes a sueldo, protegidos por los políticos; canallas que ayudan a los poderosos a amordazar las protestas de los desgraciados, y también a ganar las elecciones. No se extinguirán jamás, porque son la mano izquierda de los caciques. Y como mal camino no puede llevar a buen lugar, así nos va; que no hacemos otra cosa que dar tumbos».

Incluso le dijo que el hecho de no haber sido molestados nunca en La Dehesa, era gracias a la sombra amparadora de los Medina.

A Soledad le inquietó el ladrar insistente de los perros que, luego, callaron de pronto.

Se asomó a la ventana y vio acercarse a su padre, cabalgando una

mula. Avisó a los niños y éstos abandonaron su tarea para correr a abrir la puerta y abrazarle en cuanto descendió de su montura.

—¿Cómo se le ocurre a usted venir a estas horas con el calor que hace? —preguntó Soledad—. Se acerca una tormenta como la de ayer.

—Lleva la mula a la cuadra, Julián —dijo a su nieto mayor—. Y tú —añadió dirigiéndose a Soledad—, en vez de regañarme, ofréceme un trago de agua fresca.

Acariciaba a los nietos, mientras entraban en la casa. Soledad le ofreció un búcaro, mientras le interrogaba con la mirada por la causa de su visita.

—Traigo una noticia para ti. En realidad, una noticia para todos. Y creo que es buena —dijo ante el gesto de sorpresa de Soledad—. ¿Dónde está José?

—Salió esta mañana a trabajar. Le llamaron para sacar las cepas de una viña muerta y preparar la plantación de un olivar. Regresará esta tarde, poco antes de que oscurezca.

El niño pequeño se había despertado. Soledad lo tomó en sus brazos, todavía soñoliento.

—Toma. Es una citación del juez. Para ti —dijo Mateo ofreciéndole el sobre cerrado, membreteado con el escudo de la ciudad.

—¿Del juez? Me asusta usted, padre —se resistía a cogerlo—. ¿Qué quiere el juez de mí?

—Te he dicho que se trata de una buena noticia.

Soledad entregó el niño al abuelo. Con manos temblorosas, abrió el sobre. El escrito era rigurosamente escueto: «Como heredera de los bienes de Francisco Cerezo y Rosalía Lopera, convoco a Vd. el próximo lunes a las once de la mañana, para proceder a la apertura del documento testamentario y conocer sus últimas voluntades».

—¿Heredera? ¿De qué? ¿Qué tengo yo que ver con ellos?

Mateo ordenó a los niños que volvieran a su tarea. Luego, cogió a Soledad del brazo y la llevó al jardincillo que anticipaba la huerta. Se sentaron en sendas sillas bajas, a la sombra que proyectaba un laurel. Su contorno estaba impregnado de un suave aroma a canela,

acrecentado por el calor de la tarde. Mateo no supo dar muchos rodeos a la cuestión.

—Hija mía, tu madre y yo nunca te hemos ocultado cómo llegaste a formar parte de nuestra familia. En cuanto tuviste edad suficiente para comprender, sin que la verdad te hiciera demasiado daño, te lo dijimos. Creímos que era lo mejor para ti. No hace falta añadir, porque tú lo sabes, que te hemos querido y que te queremos como si yo mismo hubiera hecho que Paulina te concibiera en su vientre.

—De eso he estado siempre segura —repuso Soledad.

En su mente se encendió una luz, que en ciertos momentos de su vida había deseado ver lucir con claridad. Ahora le causaba miedo.

—¿A dónde quiere usted llegar, padre?

—A que esa Rosalía que se nombra en la carta del juez fue precisamente tu madre, tu madre natural. Falleció hace unos meses. Te ha dejado en su testamento algo que ella había recibido de tu padre expresamente para ti.

Soledad se quedó desconcertada un instante, golpeada por la realidad que su padre le presentaba. Era evidente su turbación.

—Había conseguido creer que jamás llegaría este momento, que no podrían dar conmigo —exclamó con voz velada por la emoción—. A pesar de que más de una vez soñé con ellos, con esos padres míos que nunca lo fueron de verdad, logré imaginar que no habían existido.

—Eso es imposible, hija mía. Existieron. Y a veces estuvieron muy cerca de ti.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo sé desde hace poco.

Quedaron en silencio un momento. Hasta ellos desde oriente, llegó el tronar de la tormenta. Soledad parecía pensar en voz alta:

—Muchas veces deseé ignorar de dónde había venido. Ojos que no ven… —esbozó una leve sonrisa y quedó un instante pensativa. Luego añadió sin rencor–. Reconozco que una mentira o, al menos, la ocultación de la verdad, me habrían evitado algunos malos sueños.

Soledad se había visto en las repetidas pesadillas que aún le

mortificaban de vez en cuando, como una niña pequeña que caminaba dando la mano a una mujer, a la que sentía como su madre, hasta que descubría espantada que se trataba de una desconocida. Soltaba entonces su mano y huía sin encontrar dónde esconderse. Cuando despertaba, le resultaba imposible recordar el rostro de aquella mujer.

Comprendió que aquella tarde, gracias al papel que sostenía en su mano, había llegado el momento de poner facciones a la madre de su sueño.

—Se llamaba Rosalía... –se dijo a sí misma, con la voz atravesada por la aguja de la incredulidad.

—Sí. Tu madre fue Rosalía Lopera. La casera, hace más de treinta años, de esa huerta de Los Naranjos, que ahora es tuya. Más tarde, pasó a ser la guardesa de la casa del marqués.

—Rosalía…

Soledad pronunciaba aquel nombre, como si evocándolo le fuera posible hallar su rostro en la memoria.

—¿La conoció usted? ¿Cómo era?

—Sí. De joven fue muy guapa, pero en los últimos tiempos en los que vivió en la huerta y luego en la casa grande era difícil verla. Siempre me pareció una mujer triste. Tal vez porque te había perdido a ti —aventuró a decir Mateo.

—Ahora está muerta. Y yo no la he querido. No he necesitado nada de ella.

Mateo entendió aquella afirmación como un halago hacia su mujer.

—¿Y mi padre?

—No fue su marido. A Frasquito lo conocí mucho mejor.

Mateo sacó la cartera y rebuscó en ella.

—Lee esta tarjeta —dijo ofreciéndole el pequeño rectángulo de cartulina.

Soledad la tomó y leyó en voz alta: «Llegará un momento en el que por mano de su madre natural reciba lo que como hija, también mía, le corresponde».

—Tu padre fue el autor de esas letras: el marqués don Alonso —dijo Mateo.

Soledad no pudo reprimir un gesto de sorpresa. Se pasó la mano por la frente, como tratando de arrancarse un velo de incredulidad. Aturdida, se sostuvo el mentón con la mirada fija en algún punto impreciso. Al cabo, afirmó, mirando a los ojos a Mateo.

—Mi padre es usted.

Hablaba con la voz quebrada, afirmando con la cabeza. Era incapaz de aceptar otra paternidad, que la del hombre que tenía frente a ella.

Mateo tenía los ojos acuosos, arrasados de lágrimas.

—Tengo ese orgullo, hija mía. Toma. Don Alonso dejó esto en la bodega. También es para ti.

Sacó el estuche conteniendo el cilindro brillante de los amadeos de oro. Lo abrió y lo puso en la mano de Soledad.

—Tómalos. Son tuyos.

XLIII

Con voluntarioso entusiasmo, Martirio Galán trató de acostumbrarse a la vida en el campo. Antes de ahogarse en la soledad y en el silencio de la hacienda, durante las primeras jornadas de su estancia se dedicó con entusiasmo a descubrirla. Le acució tal curiosidad por conocerlo todo, y aquel afán no le permitió por entonces otras cavilaciones.

En su recorrido por la hacienda, en los primeros momentos, fue acompañada por Mateo, que actuó como un paciente cicerone, y por Paulina que, celosa, no estaba dispuesta a dejar a su marido a solas con la cubana.

Atendiendo a sus vehementes requerimientos de conocerlo todo, en la visita a la bodega Mateo le informó amplia y detalladamente acerca del cuidado que exigían los vinos, «delicados como una primeriza, pero agradecidos como los buenos hijos, cuando están arropados por una buena crianza» —explicó.

«Desde la embriaguez primera, que asumió Noé, el del arca», le refirió escuetamente la historia del vino, vinculado en todos los tiempos al gozo de los hombres, sin un pasado claro y, tristemente, entonces sin futuro; y concluyó hablándole de la delicada alquimia que ejercía el tiempo sobre los durmientes caldos que reposaban en los bocoyes, caldos a los que —según dijo— era preciso despertar de vez en cuando, aunque sólo los instantes necesarios para acercarlos paulatinamente al nivel más fresco y umbrío de las soleras, donde reposarían, si había suerte, cumpliendo años, y manteniéndose siempre en ese filo milagroso del tiempo, en el que es posible preservar a salvo la plenitud perfecta de la edad.

Ella aceptó catar el vino que el casero le ofrecía. Le convencieron más las palabras que el deseo.

—Es el último que quiso probar don Alonso —le dijo mientras tendía la copa, mediada, con el dorado líquido espumeando levemente.

Martirio lo llevó a los labios y lo paladeó. Luego, con un mohín, rechazó el resto.

—¿No le gusta? —se sorprendía Mateo.

—Quizá no esté acostumbrada. Las mujeres preferimos el dulce —

repuso sonriente, buscando con la mirada hallar la complicidad de Paulina.

—A mí, la verdad, no me gusta ninguno —repuso ésta agriamente.

Entonces, Mateo, de un barril pequeño situado en el centro de la bodega, allí donde se cruzaban las calles mayores formadas por las andanas de barriles, le sirvió una copa reservada, hermosa como un cáliz, de un moscatel oscuro, atravesado por dardos de dorados brillos, como arrancados de las tallas de un viejo retablo.

Reclamados por aquel sabor, que parecía derretírsele deleitosamente garganta abajo, se le renovaron, nítidos, los recuerdos de las visitas del marqués, siempre cargadas de anhelantes aspiraciones que, en principio, parecieron poder ser verdad, pero que después, invariablemente, resultaron imposibles.

Martirio regresó varias veces, sola, a la soledad sombría y aromática de la bodega. Y sus pasos, perdidos por las calles almenadas de oscuros toneles, reencontraron, también desde su nostalgia, las ocasiones en las que el teniente Mena, en las tardes en las que se quedaban solos en un rincón del comedor de La Bella Cachita, con un vaso de ron dulce en la mano, se esforzaba en hacerle imaginar el adormecedor aroma de las silentes bodegas de su tierra, al tiempo que le expresaba su melancólico deseo de llegar a mostrarle alguna vez el lugar en el que había nacido.

—Llegará el día en el que tendrás ocasión de conocer Morana —repetía embriagado de una nostalgia tan extensa, que le había hecho olvidar los momentos malos que le empujaron a abandonarla. Y añadía—. Si tuviera que describirla en pocas palabras, te diría que su corazón se me antoja de pan blanco, tierno y caliente, su sangre de vino oloroso y su alma de aceite recién salido de la prensa. Regresaremos juntos —concluía— y podrás comprobarl0 por ti misma, pero luego volveremos para quedarnos a vivir aquí, en Cuba. Si puede ser, en Santiago. Para siempre.

Cuando, unos días más tarde, Martirio concluyó su recorrido a través de los espacios delimitados por los encalados murallones que cercaban la hacienda, sin nada más que hacer, se dio de bruces con la soledad. La percepción del cortijo como un mundo cerrado, le recordó la sensación de aislamiento absoluto, sin posibilidad de huida, que le atenazó en su largo viaje en el Apolo, el barco que la condujo a España.

Antes de embarcar, Martirio hizo lo posible por dejar en el puerto, como un equipaje olvidado, las dudas que acerca de su futuro habían abrumado su sueño y su vigilia durante semanas. Habían vencido sus recelos, el deseo de dejar atrás las desoladoras últimas páginas de su existencia y el anhelo de emprender una vida nueva. También, en alguna medida, le empujó la curiosidad de encontrarse con el pasado de su marido. Pensaba que le ayudaría a completar el retrato de aquel a quien había amado con toda su alma, y que no había llegado a conocer del todo.

El Apolo levó anclas poco antes del ocaso. La bahía de Santiago semejaba un espejo que relumbraba como el nácar rosa. Lo enmarcaba, extendido por la trémula e imprecisa línea que parecía separar la tierra y el agua, el denso verde de las colinas que descendían hacia el mar.

Desde la cubierta del barco, Martirio siguió con la sorprendida atención de los neófitos las maniobras de la tripulación preparando la partida.

La última visión que tuvo de su tierra fue la de la fortaleza de El Morro, con sus bastiones almenados custodiando la estrecha bocana de la bahía. Luego, frente a la proa no tardó en extender su oscuro azul el océano abierto, con la plenitud desafiante de su vacío.

La noche del trópico cayó con rapidez. En la cubierta, sobre el rugido constante de la inmensidad, Martirio percibía el golpe persistente y rítmico del tajamar cortando las invisibles ondas. Para ella, el barco iba abriendo el mar para ofrecerle un nuevo destino en la ciudad lejana de la que tanto le había hablado su marido. Luego, bajó al camarote que compartía con otras mujeres y niñas, acuciada por el fresco nocturno y por la sensación de mareo.

Entonces no hubiera podido imaginar que su vida culminaría siendo la señora de una enorme hacienda, a la que, por más que lo intentaba con el mayor de los empeños, no conseguía sentirse vinculada en absoluto.

Aquel otoño halló motivo para romper los muros de soledad que la envolvían. Tal como había prometido, Martirio se empleó ardorosamente en descubrir primero y en procurar alentar después algún asomo de entendimiento y de voluntad en Esperanza, la única hija de Rosario.

Le hizo compañía durante varias semanas y porfió con tesón en la

tarea de comunicarse con ella.

Cuando Rosario concluía los cuidados cotidianos que dedicaba a su hija, Martirio acudía para impregnarle el vestido con su más fresca agua de colonia. Después, sentada a su lado, tomaba entre las suyas aquella mano depositada siempre en un doloroso escorzo sobre el regazo de la muchacha y endulzando la voz, le narraba los mismos cuentos que a ella le había contado su madre.

Cada día aguardó un milagro que no se produjo. A veces, Esperanza se volvía para mirarla, pero sus ojos verdes como los paisajes por los que anda a menudo la lluvia le entregaban una mirada mate, que no aguardaba respuesta.

Una tibia mañana de finales de noviembre, con el campo anegado de un sol limpio, Martirio logró hacer acercar a la muchacha a la esquina del huerto inmediata a la casa. Florecían espléndidos los crisantemos blancos; los árboles de palosanto se habían vestido de rojo y mostraban, anaranjados, sus satinados frutos, mientras los demás frutales comenzaban a deshacer en el aire sus últimas frondas. La luz del día proporcionaba a la escena una pureza casi virginal, como de estampa. Una vez más, Martirio aguardó el prodigio.

Esperanza, sentada en su sillón de anea, sumergida en la caricia de un aire endulzado por el sol del otoño, debió, de pronto, sentirse aterrorizada por un mundo que no reconocía, y se echó a morir. Con los ojos desorbitados, comenzó a debatirse en un oleaje de convulsiones, que ni Martirio ni Paulina ni Rosario pudieron contener y que desembocó en un llanto sin lágrimas, culminado por aquel salvaje grito suyo, ahora abrumador e inagotable.

—Nunca la he visto así —repetía la madre. Eran sus palabras un angustiado reproche hacia Martirio.

—Lo siento. Lo siento de verdad —fue lo único que pudo responder.

A todo correr, Esperanza debió ser recluida de nuevo en la sala baja de su casa, y colocada ante su paisaje conocido de la reja sobre el patio, con las macetas pintadas de añil adornando el alféizar y el jilguero enjaulado moviéndose incansable, derramando sus entrecortados gorjeos.

Pese a ello, todavía conmocionada y trémula, atacada por una histeria irreductible, la muchacha mantuvo los llantos y los gritos, hasta que la madre le propinó un radical bofetón. Entonces la criatura

respiró aliviada de la tensión y volvió a ser la de antes.

Martirio se retiró a sus habitaciones inmensamente triste, cargada con un cansancio casi doloroso. Al día siguiente, cuando quiso volver a verla, Rosario le suplicó:

—Déjelo, señora. No se moleste más. Nunca conseguirá nada de ella. Le agradezco su voluntad, pero es un trabajo vano.

No supo qué responderle. Salió de la vivienda de la casera y durante varios días permaneció encerrada, oyendo de vez en cuando el grito desgarrador de Esperanza.

Nuevamente volvió a hablar sola y a perderse por los tortuosos caminos de la melancolía.

Una mañana, una vez más, comprendió que debía zafarse de aquella pesadumbre que comenzaba a hacerle daño. Lo consiguió aprovechando los días bonancibles del final del otoño para realizar largas caminatas por los campos de la hacienda. Marchaba temprano y, al principio, sin rumbo, y los primeros paseos estuvieron animados por el deleite del descubrimiento. Los paisajes por los que se adentraba le iban mostrando facetas, siempre distintas, de sí mismos, aspectos desconocidos e inesperados. La inmediatez le permitía sorprender paisajes menores, instalados dentro de otros que había divisado desde lejos, y en su interior lo mismo descubría un rugoso tronco de árbol que un cielo a través de su copa; un macizo de plantas en flor o la huella de un ave en el barro seco; un senderillo ondulante o una roca emergiendo de la tierra… Martirio encontraba repletos de sencilla belleza todos aquellos detalles mínimos.

Las salidas la condujeron inevitablemente hasta la ribera frondosa del río. La vegetación, de tarajes, cañizos y zarzas, bajo los altos álamos blancos y las mimbreras, se extendía como una espesa empalizada, que parecía proteger celosamente la cinta líquida, impidiendo el paso hasta ella.

Para la contemplación del cauce, Martirio escogió una altura despejada que descendía abruptamente hasta el agua. Allí pasaba largas horas. Había sido aquel también —ella nunca lo supo— el lugar preferido del marqués en sus recorridos por la hacienda. Desde aquella atalaya, Martirio, como don Alonso, admiraba sin cansancio el pausado andar del agua, brillante a veces, como una lámina de plata tendida entre los muros verdes de las orillas. Por allí el río se deslizaba lentamente, hasta ocultarse en la oscura galería abierta entre

los árboles de las riberas, a veces recorrida por el canto, lírico y casi líquido, del ruiseñor.

En otras ocasiones, sus paseos le acercaban a los confines de la dehesa. Se detenía siempre, como invocando la protección que en su lejana tierra se reclamaba a la sombra de las sagradas ceibas, bajo una enorme encina, hermosa como una catedral. Desde aquel lugar divisaba la yeguada, con las madres de la manada alerta ante su figura, temerosas por los potros.

Sin embargo, su curiosidad por el mundo circundante se agotó poco a poco, fue menguando, como se debilita la llama de un velón a punto de consumir su provisión de aceite. Al mismo tiempo, la cortedad de los días y la llegada de los rigores invernales la obligaron a prolongar la duración de los retiros en sus habitaciones.

Martirio nunca había sido una gran lectora; sin embargo, el aislamiento la impulsó a descubrir los universos secretos que intuyó que contenían los libros. Buscó encontrar en sus páginas la compañía que echaba de menos. No le interesaron los volúmenes que el marqués conservaba en su despacho; viejos libros de historia antigua desechados de la casa grande. Con gran esfuerzo consiguió, después de un mes de espera, que le trajeran de la capital novelas modernas y revistas. Las páginas, todavía con olor a tinta de «La Ilustración Española y Americana» la hicieron soñar con lugares que ella juzgaba hermosos, dejándose llevar tan sólo por la sonoridad de los nombres. Construyó así para muchas de las ciudades a las que aludían los textos o las imágenes de las revistas, una red de vínculos entre sus nombres y las sensaciones a los que, para ella, el sustantivo evocaba: un mundo aparentemente fuera de toda lógica, recorrido de aromas, sabores, colores y formas.

Viena se le antojaba como una espuma de niebla tendida sobre un bosque; un grabado de la medina de Tánger le evocaba una música serena en un atardecer dorado; Lisboa le aportaba un olor a vino dulce o un aleteo de pájaros; Toledo tenía un tacto y un crujir de seda; Atenas un aroma de almendras, y el nombre de Samarcanda, aun en medio del desierto, le traía aromas de brisa marina, impregnados del perfume de las madreselvas, aunque el texto que la nombraba rezaba solamente: «Samarcanda. Cúpulas de color azul turquesa de la mezquita de Bibi-Chanum»; La Habana, a donde, según se decía, siempre se busca regresar, era para ella un brillo tenso, acostado sobre las olas; Paris, un verde de acacia con flores rosas; Estambul, el inolvidable sabor de las melcochas, dulces como besos, y Santiago y Granada, indistintamente, un frío, un espejo, un olor a membrillo…

Por encima de todo le atraían los lugares, para ella privilegiados, en los que la presencia de la nieve era un rito anual; sitios que consideraba premiados por el cielo, a los que éste entregaba la bendición del agua en su estado más espiritual y delicado, cubriéndolos —así lo veía ella— con una sombra como de encaje blanco.

Los grabados y daguerrotipos que ilustraban las páginas de las revistas le permitieron imaginar recorridos por las calles y plazas de lejanas ciudades, tan sonoras a músicas distintas como luminosas y perfumadas, de las cuales, sobre todas, prefería aquel París moderno, que anheló visitar con su primer amor.

También halló en «La Ilustración», conducida por autores desconocidos, interminables novelas sentimentales, cuyas entregas leyó con avidez, todas con su continuará final, repleto de incógnitas, que le dejaba el corazón traspasado por la incertidumbre del desenlace y que ella remediaba imaginándolo a su antojo.

Agotadas las revistas, con el temor de los principiantes, se arrojó a la lectura de las novelas. Sin embargo, de inmediato y gozosamente, comprobó que las historias que contaban sus páginas le atrapaban en sus redes. A lo largo de muchos días, seducida por la voz de los libros, se dejó conducir hacia los mundos de ficción de Eugenio Sue y de Alejandro Dumas.

El primero consiguió mantenerla en vilo desde los torrenciales capítulos de «Los misterios de Paris», que recorrió enfebrecida. Le hizo admirar la figura del joven Rodolfo de Gerolstein —un príncipe al fin —, siempre generoso, noble, abnegado, galante y justiciero, pero cargado de enigmáticas amarguras. Martirio sufrió el desvalimiento de los pobres y de los débiles que desfilaron por sus páginas, y en la misma medida se indignó con la maldad de los prepotentes.

«La Dama de las Camelias» la hizo llorar algunas tardes, largamente y en silencio, con una tristeza casi liberadora. Aquella novela, que en algunos momentos llegó a reconciliarla con la vida en el campo, le hizo echar de menos la cercanía de una amiga, como la Julie Duprat de la obra, siempre fiel a Margarita Gautier.

Quizá hubiera deseado ser la propia Julie, la compañera leal que alentó constantemente el amor desmesurado de Margarita por Armando, cuando ésta ocupaba ya el lecho de su agonía, e incluso hasta después de muerta.

Ensimismada con historias tan conmovedoras, sentada ante la chimenea, Martirio dejó transcurrir muchas de las largas jornadas de aquel invierno, mientras las heladas lluvias descargaban sobre los campos o el frío se abatía sobre la tierra, perpetuando durante semanas la escarcha en las umbrías.

La novela «Las redes del amor» la atrajo hacia los oscuros paisajes interiores de un mundo en el que los personajes accionaban a impulsos de sentimientos desmesurados. Martirio coincidía con ellos en que la vida empleada en amar, a pesar de hacerlos cautivos de su pasión, lograba elevarlos hasta el éxtasis.

Las lecturas llenaron sus soledades durante las largas horas de un tiempo inclemente. Las luces de tantas quimeras alumbraron la negrura del aislamiento, pero con una claridad a menudo tan melancólica y enfermiza, que nuevas sombras se incorporaron a su cada vez más sombría esperanza.

Una inesperada nevada vino a sacarla del ensimismamiento literario en el que se hallaba.

Una mañana, después de pasar la mano sobre el vaho de los empañados cristales del dormitorio, le sorprendió la visión del campo cubierto con un manto blanco. Le pareció un regalo maravilloso. Inmediatamente en su pensamiento surgió la imagen de su padre, aquel granadino que tanto echó de menos la nieve desde Cuba.

«Es el azúcar frío de Fermín Galán» —se dijo— y, apenas se vistió, salió de la hacienda para recoger algunos puñados de aquella alfombra helada que el cielo había extendido por el campo en el silencio de la madrugada.

Le agradó sentir su frío derritiéndose lentamente en la boca y en las manos. Dibujó hileras de huellas con sus pasos por el camino, oyendo crujir la nevada bajo los pies y, finalmente, la admiró viéndola caer suavemente, en un chaparrón sordo y tierno, que súbitamente amortiguó los ruidos y borró de inmediato todos los rastros de su deambular.

Volvió a su casa cuando dejó de nevar y el resto del día lo pasó asomada a las ventanas para contemplar cómo, poco a poco, se disolvía la nevada, oyendo caer las gotas desde los aleros, como si lloviera intensamente. La tierra oscura volvió a mostrarse, recuperó su espacio y cercó a la nieve en los lugares más sombríos. Al día siguiente, aquel manto, encantador para Martirio, había desaparecido.

Mucho después, ella llegó a considerar que aquel acontecimiento pudo haber sido el sueño de un milagro.

XLIV

Aquel invierno, fuera de la evasión que le brindó la literatura, incluso los momentos gozosos —en ningún caso felices— vividos por Martirio, pasaron, dejándole un poso de tristeza.

Evocados muchos años después, aquellos meses quedar0n en su memoria, como un tiempo vacío en el que física y mentalmente llegó a sentirse prisionera de sus circunstancias.

La decisión de recluirse en el cortijo, que aceptó de buen grado y que una y otra vez formuló ante el altar del recuerdo del marqués con el carácter de una promesa solemne, tropezó en todo momento con la extensión de la soledad, hasta el punto de que llegó a percibir a los habitantes de la hacienda, incluso a la pobre Esperanza, como náufragos solitarios, habitantes de un archipiélago a los que, a pesar de su proximidad, separaban insalvables simas oceánicas. Reconoció que ella misma se había convertido también en la única moradora de su propia isla, aunque más incomunicada y aislada que los demás. Lo reducido de su mundo, que al principio le pareció controlable por cercano, acabó abrumándola.

La noche de Nochebuena quiso invitar a su mesa a los caseros. Deseaba obsequiarles con platos de su tierra. Se dispuso a preparar un lechón asado y dio instrucciones a Paulina para que cocinara un buen congrí. Asimismo, encargó a Mateo que trajera de Morana, frutas confitadas y los mejores turrones de Jijona y de Alicante.

—Ese congrí que usted quiere no es más que un arroz con habichuelas —repuso Paulina secamente, cuando Martirio le proporcionó la receta—. Si cuento con los avíos, no tengo inconveniente en preparárselo, pero esa noche cenaremos con José, Soledad y los niños en Los Naranjos. Nos esperan. Si usted no dispone otra cosa, nos iremos por la mañana y regresaremos al día siguiente por la tarde. De veras que lo siento.

Tampoco Rosario y Félix se mostraron dispuestos a subir a cenar en su compañía. Alegaron como excusa la imposibilidad de dejar sola a Esperanza, cuya salud se recuperaba hacía varios días de un riguroso nudo de tripas. Tampoco ofrecieron trasladar la cena a su casa, propuesta que Martirio no se atrevió a formular, pero que, sin dudarlo, hubiera aceptado. Finalmente, desechó reclamar a su lado a Flora la Melliza, aun a sabiendas de que sin dudar hubiera acudido a verla.

A mediados de enero, un suceso inesperado vino a arrojar una luz nueva, casi liberadora, sobre su Martirio. Descubrió por casualidad una colección de cartas del marqués.

Meses antes, a finales de septiembre, la misma tarde de su llegada al cortijo, cuando acompañada de Paulina recorrió por vez primera sus aposentos, tuvo la seguridad de que en algún lugar de aquellas estancias debía hallarse un espacio, cuyo descubrimiento sólo a ella estaba destinado por don Alonso, aguardando ser abierto por la llave que, en una cadenita de oro, pendía de su cuello. Entonces la había mostrado a la casera y ésta, tras examinarla con atención, reconoció que no conocía cerradura con la que pudiera casar. «Es demasiado pequeña».

Durante las jornadas posteriores, Martirio persistió en la búsqueda. No obstante, pasados varios días, la falta de un resultado positivo mermó la firmeza de su porfía, hasta que finalmente, convencida de la inutilidad de las pesquisas, dejó caer la llave en el olvido de uno de los cajones del tocador.

El hallazgo se produjo una tarde en la que fue al despacho en busca de papel para escribir. No había penetrado allí desde que lo hizo para rastrear infructuosamente en su mobiliario la cerradura correspondiente a la llave y, luego, para hojear algunos libros que no llegaron a interesarle. En el tablero lateral del escritorio, junto al marco de la puerta que lo cerraba, advirtió por casualidad una menuda bocallave, practicada en la chapa de una bisagra.

Corrió a buscar la llavecita y, apenas la introdujo y la giró, una de las tablillas que separaba las dos tandas de menudos cajones del mueble, saltó impulsada por un resorte. En el hueco abierto, atados cuidadosamente con cintas rojas, encontró tres mazos de cartas. Cada una de ellas estaba cuidadosamente doblada dentro de su sobre y en todos aparecía su nombre como destinataria.

Las misivas, cronológicamente ordenadas, y en su totalidad timbradas con la corona marquesal, estaban redactadas con la letra menuda y regular de don Alonso.

Extrajo algunas de sus sobres y leyó sus encabezamientos. Todos eran idénticos: «Querida y dueña mía». Aquel saludo, que nunca había escuchado de labios del marqués, la emocionó. Le resultaba una invocación inédita y hermosa. Había echado de menos expresiones semejantes en sus encuentros con él.

El hecho de que las palabras que debían haber adornado su amor, llegasen demasiado tarde, disecadas por el tiempo, cuando ya no tenían posibilidad de respuesta, le hería suavemente el corazón.

La luz del crepúsculo se atenuaba rápidamente. Martirio tomó una caja de fósforos y encendió el velón, situado en una mesa baja, frente a la chimenea. Pese a sus esfuerzos, no consiguió proseguir la lectura. Optó por atar las cartas de nuevo y volvió a colocarlas en su escondite. Nuevamente la llave, ahora útil y llena de sentido, colgó de la cadena que rodeaba su cuello.

El resto de la tarde fracasó en su intento de mantener sus escasas rutinas. Entre ellas, el ejercicio de los recuperados rezos de su adolescencia con las monjas y algunos otros que recordaba en parte y que había aprendido de su madre. Se lo impedía la obsesiva búsqueda de justificaciones para el enrevesado ocultamiento de aquel legado epistolar, cuya existencia había ignorado siempre. Finalmente, acabó por admirarse de la confianza del marqués en que ella lograría encontrarlas.

Durante la noche, su sueño estuvo recorrido por vertiginosas pesadillas, en las que se contempló a sí misma apoyada en la baranda del corredor de una casa blanca, disfrutando del aire cálido de su tierra, junto a un jardín repleto de flores, aguardando inútilmente encontrarse con el marqués, que no llegaba nunca, porque estaba muerto —y ella lo sabía—. Era, en su lugar, el cartero, el que llamaba a su puerta, un joven que tenía los ojos del teniente Mena, y que le entregaba innumerables manojos de cartas, todas ellas en blanco.

Amanecía cuando se despertó con la boca reseca, pensando en las cartas. Tras vestirse rápidamente, recuperó los mensajes y, llena de curiosidad, se empleó rendidamente a la lectura de aquel apasionado monólogo.

En ello se embebeció de tal modo que no se detuvo hasta concluirlas.

Cualquiera que hubiera tenido acceso a ellas, reconocería que aquel conjunto epistolar constituía un ejemplo paradigmático de la evolución de un corazón que discurrió por el amor, sin haber llegado a ser totalmente feliz.

En el primer contacto con sus párrafos, Martirio halló lugares conocidos del paisaje sentimental del marqués, pero también le sorprendió encontrarse con otros ignorados, a través de los cuales la

condujeron aquellos textos, tocados por una pasión insólitamente joven.

Las cartas constituían, en su totalidad, una especie de diario íntimo cuajado de fugaces entusiasmos, el conmovedor y a veces patético cuaderno de bitácora de un periplo que se había iniciado con la incertidumbre de sentirse correspondido y que, después de describir momentos alentados por la ilusión o contrariados por los vientos de la desesperación, relataba la gozosa arribada al destino en el que suponía que se hallaba la felicidad.

—«Tú que recuerdas constantemente tu tierra verde, rodeada por un mar azul, salpicado de espumas; que me dices que sueñas con regresar a Cuba, has sido una isla providencial en el mar amargo de mi vida, la tierra bendita donde he encontrado mi felicidad».

Martirio dio con un universo fascinante de sentimientos, que sólo había logrado intuir oscuramente, pero que resultaba ser la cabal expresión de un amor poderoso, palpitante y vivo, para el que no sabía si había tenido la respuesta adecuada.

—«Tu voz, tu sonrisa me alimentan; llenan todos los confines de mi vida. Cuando estoy contigo, amor mío, aspiro tu presencia como un sediento bebe el agua fresca.

Y aunque después de verte, de haber estado a tu lado, me marcho convencido de regresar plenamente confortado a mis soledades, apenas te abandono, tan pronto como me alejo unos pasos de ti, me siento tan solo que no pienso más que en volver.

L ejos de ti no existe la vida…».

Las cartas derrochaban ternura y pasión, como los que retrataban las novelas y los folletines que apilaba sobre una mesita de la sala. El suave papel de arroz en el que el marqués había dejado sus palabras, traía mensajes con los que Martirio consiguió llenar los silencios que a menudo ocuparon sus encuentros con don Alonso durante casi cinco años.

Entonces, él había preferido escucharla, para tomar de su existencia —como escribía— «la vida que necesito para vivir».

Todo aquel conjunto epistolar constituía una especie de corolario sentimental de cada una de sus visitas al Puerto Rico o a la casa de Martirio, excepto las iniciales y las últimas, en las cuales don Alonso vertió la expresión de sus desesperaciones y de sus esperanzas más

íntimas, algunas nunca confesadas.

—«He llegado a la conclusión de que debo dejarlo todo y marcharme contigo si quiero ser feliz. En cuanto regrese mi hijo y se ocupe de mi hacienda, nuestras vidas serán nuestras de verdad. Nos casaremos. Conseguiré que puedas tocar la nieve y, juntos, recorreremos París, antes de embarcarnos hacia Cuba.

Necesito recuperar ese tiempo del amor y de la belleza que sólo en ti se encuentra, antes de que la vida me abandone.

Hoy tus besos me han decidido definitivamente».

Con la llegada de abril, salpicado de lluvias menudas y de limpísimas tardes, Martirio volvió a leer, una vez más, las últimas misivas. Sentada en la puerta del cortijo, se dejaba envolver por el aroma del azahar de los naranjos amargos. Eran ocho textos breves y tristes que le emocionaron, especialmente las alusiones a la distancia entre ambos que el marqués reconocía, un trecho que sólo había establecido el tiempo, pero que él, reconociendo su decadencia física, consideraba insalvable. En sus pensamientos, definitivamente prisioneros en el fino papel de aquellas cartas, el futuro carecía de espacio y sus párrafos estaban recorridos por una desilusión frente a la cual, cada vez más débilmente, se mantenía la esperanza: «Amor mío, me faltan fuerzas y tiempo para hacerte feliz y mía, pero estoy dispuesto a intentarlo. Una hora a tu lado justifica mi vida».

Eran las últimas palabras escritas.

Quince días después del hallazgo, una tarde, casi ritualmente, Martirio procedió a quemar las cartas. Había llegado a la conclusión de que valía mucho menos aquel rimero de cuartillas que su memoria, en la que también habían quedado, y en la que conservaba, unidos a la imagen de aquel hombre, sólo suya, los instantes de rendida proximidad que con él había gozado, el obsequio de su ternura y la amorosa compasión de su debilidad.

Sabía que, cuando faltasen el remitente y el destinatario, las cartas de amor sólo podían servir, caso de no resultar indiferentes a los demás, para provocar burlas o satisfacer curiosidades morbosas. «En el amor, únicamente los cómplices, aquellos que, juntos, lo sufren y lo gozan, son capaces de comprender y apreciar su propio lenguaje», se aseguró Martirio a sí misma, en el momento en el que las arrojaba a las llamas.

El fuego convirtió rápidamente en cenizas los testimonios de una

pasión que Martirio consideraba ya imperfecta por imposible, pero que quería preservar de cualquier profanación. Después, sintió liberada su alma. Renunciar al Puerto Rico meses antes, le había proporcionado una serenidad semejante.

Aquella noche quiso justificarse íntimamente una vez más, como si él estuviera allí y pudiera escucharla.

—No necesito ya tus cartas. Todo lo que debo conocer de ti, lo aprendí a tu lado y lo guardo en mi corazón. Lo demás me sobra.

En cierto modo, aquel suceso se había repetido en un momento preciso de su pasado, a bordo del vapor que la traía a España: después de siete días de travesía, sentada en un banco de la cubierta de pasajeros, a sotavento, Martirio aguardó a que el ocaso cayese sobre la inmensidad gris del océano y luego arrojó por la borda, en una caja, los testimonios que conservaba de su pasado: sus recuerdos de niña, las apasionadas misivas de su amor muerto en una emboscada en la sierra, la condecoración póstuma con la cruz de latón oxidada por la humedad y la medalla de plata desgastada de la Virgen de la Caridad del Cobre, que había pertenecido a su madre.

Luego, se acercó a la proa. Frente a sus ojos se levantaba ya la noche, como una pared oscura alzada sobre las tinieblas vagamente fosforescentes del mar. Hacia él señalaba como una aguja, el bauprés del buque.

Con la espalda apoyada en el mamparo de la toldilla, permaneció largo rato, bañada por la brisa, atendiendo sólo al rítmico corte de la roda contra las olas, aguardando un día nuevo que, en la dirección de aquel rumbo, deseaba recibir como un regalo.

XLV

Desde que Martirio Galán vendió el local, ninguna de las reformas previstas por Simón Espinosa para el Puerto Rico fue llevada a cabo.

En Morana se hacían conjeturas acerca de los motivos que llevaron a Monsito a adquirirlo. También sobre su paradero. Había desaparecido, después de que un grupo de incontrolados, aún no identificados, asaltaran e incendiaran su domicilio, provocando como consecuencia de su acción la muerte de su madre.

El entierro de doña Manolita, que se celebró con una infrecuente solemnidad, dio también mucho que hablar. Se criticó la ausencia de Simón, aunque concurrieron, como expresión de solidaridad con él y de rechazo a los acontecimientos que habían provocado aquella muerte, la corporación municipal y las fuerzas vivas de Morana, arropadas por una multitud curiosa.

No obstante, hubo quienes afirmaron que el hijo de la difunta había asistido disfrazado al entierro; oculto bajo una peluca, tras una barba postiza y unos anteojos oscuros, confundido entre la concurrencia, en tanto que otros sostenían que durante la ceremonia se hallaba en el coro, confundido entre los músicos de la capilla parroquial.

El Puerto Rico permaneció cerrado solamente durante quince días, tiempo necesario para efectuar una intensa limpieza y algunas pequeñas mejoras. Los preparativos para reabrirlo fueron organizados y dirigidos por un administrador, un tal don Miguel, que, con plenos poderes, actuaba en nombre del propietario. Ello hizo pensar que Monsito debía encontrarse en la capital o en alguna de las grandes poblaciones próximas a Morana.

Según Flora la Melliza, los esperados grandes cambios del negocio resultaron ser exclusivamente el del propietario y el del administrador.

Para el personal de la casa, que continuaba encabezando y dirigiendo la Melliza, la llegada de don Miguel constituyó una conmoción. Se diría que, por su aspecto físico, el administrador era la reencarnación, la rediviva imagen, en hombre, de doña Rosa.

Obeso, casi lampiño, de tez blanca y sonrosada, jadeaba al menor esfuerzo y, como la desaparecida propietaria, tenía una enfermiza obsesión por la higiene personal. Lavarse las manos era en él una

manía irreprimible; constantemente se sacudía con el dorso de éstas las posibles motas de polvo que pudieran haberse depositado sobre su ropa. Procuraba no tocar nada y señalaba tanto a las personas como a las cosas con un fino bastón de junco, que manejaba como un director de orquesta.

Como la suegra de Martirio, desde el primer momento también exigió a los empleados que le antepusieran el don a su nombre. Obedecieron todos, aunque para compensar lo que creían ser un exceso, minimizaron el nombre con el diminutivo, con lo que, entre ellos, el administrador quedó como don Miguelito.

La reapertura del Puerto Rico se efectuó una vez transcurridas las festividades de la Semana Santa.

Don Miguelito, soltero pese a sobrepasar la cuarentena, pasó a ocupar las habitaciones de Martirio, y Flora fue confirmada en el ejercicio de la función de tutora y «comandanta» del local.

La inauguración constituyó un éxito. Pocas veces se había visto aquel local tan repleto de público. Dos factores influyeron en la dimensión de una afluencia que llegó a ocupar parte de la plazuela en la que se encontraba el establecimiento: la incorporación de la cerveza al servicio del mostrador y, especialmente, la expectación levantada en Morana por la furibunda campaña orquestada por el clero, en contra del local y de su reapertura.

Coincidiendo con las vísperas del Miércoles de Ceniza habían arribado a la ciudad varios misioneros jesuitas, con el encargo, según proclamaba el párroco, dictado por el celo apostólico del prelado de la diócesis y su acendrado amor a la localidad, de evangelizar a la creciente facción «descarriada» del vecindario. Significativamente, las imágenes del Buen Pastor y de la Divina Pastora, pinturas que fueron colocadas en sendos altares en el presbiterio de la parroquia, se convirtieron en el símbolo elegido por los responsables de la misión.

Junto a la intensa predicación, encomendada a los clérigos en posesión de una oratoria más encendida y convincente, los medios misionales de aquella campaña fueron elegidos con el mayor cuidado y, básicamente, consistieron en la celebración de unos estremecedores ejercicios espirituales, en la revitalización, alentando todos los entusiasmos posibles, de viejas asociaciones religiosas cuyas devociones y cultos venían languideciendo desde tiempo atrás, y en la multitudinaria participación popular en actividades pías, en aquellos momentos casi olvidadas: procesiones, rosarios de la aurora, viacrucis

y autos sacramentales.

La corrección de los vicios públicos constituyó el objetivo fundamental de varios sermones. Y en el punto de mira de los misioneros estuvo situado el Puerto Rico, entre otras conocidas como «casas de trato», prostíbulos de mediana o poca monta concentrados en algunas zonas de la ciudad.

Había corrido el rumor de que el administrador tenía previsto reabrir el denostado establecimiento el día de Pascua de Resurrección.

La fallida esperanza de que continuara cerrado provocó que la inflamada elocuencia de uno de los padres, arrebatado de santa y justa ira al decir del párroco, clamara insistentemente contra el mantenimiento en la ciudad de un motivo provocador de pecados y escándalos.

Con el apoyo de un auditorio femenino que crecía de día en día, sus imprecaciones cayeron furibundas sobre el local, su personal y, especialmente, sobre la clientela, toda ella «extraviada del camino de la salvación, a causa del veneno de los deleites carnales», según pregonaba con ardor desde los púlpitos.

Tantos iracundos anatemas, tan insistentes llamadas a la conversión, resultaron baldíos. El día anunciado, el local se llenó hasta rebosar, a pesar de los rosarios de rogativa dedicados a impetrar el cierre definitivo del establecimiento y la conversión del propietario, de su administrador, de los dependientes y, en general, de todos los usuarios.

Nuevamente corrió el rumor de que Monsito había asistido de incógnito al acontecimiento.

En cuanto a la cerveza, la bebida fue casi unánimemente rechazada. Dos argumentos básicos fundamentaron tan drástico repudio: era indigna de sustituir la nobleza ancestral del vino «propio de mesas regias y altares divinos», según proclamó un erudito local, y para mayor inri fue considerada por una mayoría aplastante de bebedores como brebaje propio de bujarrones y hombres de tres al cuarto.

Cuando Martirio preguntó por el carácter y la persona de don Miguelito, Flora contestó con una estrepitosa carcajada:

—¡Le gusta la cerveza! ¡No bebe otra cosa!

Estos acontecimientos y otros más fueron el motivo de la inacabable conversación entre Martirio y Flora durante la tarde y parte de aquella noche.

La regente o comandanta del Puerto Rico había llegado a La Dehesa antes de la diez de la mañana, mientras Martirio efectuaba una de sus caminatas por las inmediaciones del río.

La primavera le había hecho disfrutar del paseo. Por todos los rincones del campo se derramaba generosamente un bullicio de alegre vida. Las yemas desplegaban ya sus verdores con una urgencia perceptible y, en el huerto, los habares floridos exhalaban un aroma dulce, que se añadía al que, desde el sur, bajo un cielo como de raso, traía la brisa tibia, desde los herbazales que tapizaban los prados.

Apenas traspasó los umbrales de la puerta del cortijo, con sus naranjos cuajados de azahar, Paulina, que acechaba su llegada, le salió al paso para advertirle:

—Señora, han venido dos mujeres. Llegaron en un coche poco después de que usted saliera de paseo. La mayor dijo que se llama Flora. Me insistió que necesitaba verla y que era amiga suya. Por eso las hice pasar a la sala.

Luego, en un tono confidencial, añadió:

—Una de ellas, la más joven, a la que no he podido ver bien, porque se ocultaba la cara, parecía lastimada.

Se apresuró a subir. Detrás de la puerta, apenas la abrió, se encontró con la Melliza que, atenta a su llegada, la había oído hablar con la casera.

—Lo siento niña Martirio —sus brazos se abrían expresando impotencia—. No he tenido más remedio que venir.

El semblante de Flora y el tono de su voz patentizaban su empeño en que Martirio disculpara su presencia, pero también su temor al rechazo.

Cualquiera que fuese el motivo de la presencia de Flora en el cortijo, Martirio hubiera sido incapaz de cerrar la puerta a aquella mujer, a la que la vida había hecho, por tantos conceptos, su acreedora. Por el contrario, aquel reencuentro inesperado la vivificaba, llenándola de satisfacción.

—¡Qué alegría verte de nuevo! —repuso.

Y añadiendo un pequeño reproche a su sonrisa agregó:

–Podías haber venido antes.

Flora se encogió de hombros y Martirio entendió el gesto:

—Tienes razón. Lo correcto hubiera sido que fuese yo quien te invitara a venir. Siento no haberlo hecho. Casi siempre somos culpables de nuestras propias soledades… Déjame que te dé un abrazo.

Se abrazaron larga y fraternalmente. Luego, tomadas de las manos, la cubana se retiró para contemplar a quien había sido el consuelo de sus cuitas, el parapeto de muchos de sus problemas, su mano derecha y su mano izquierda en el negocio oscuro que había heredado.

—Déjame que te mire —repetía.

A pesar del escaso tiempo transcurrido, la encontraba con peor aspecto. Por encima de la sonrisa que dedicaba a Martirio, se asomaba a su rostro un rictus de amargura.

Se obstinaba en excusar su presencia:

—De no tratarse de una cuestión de vida o muerte, te juro niña, que no me hubiera atrevido a venir a importunarte.

—¿Cómo debo decirte que no me molestas? Nunca lo has hecho; todo lo contrario. Lo que de verdad lamento es que no hayas venido antes.

El gesto amargo de Flora frenó la alegría de Martirio.

—Pero… ¿qué ocurre? ¿Qué barretín te trae? —el habla se le escapaba a Cuba cuando se alteraba.

Martirio advirtió entonces, en el rincón más oscuro de la sala, a otra mujer e intuyó que había dado con la respuesta. Lo aseguró con un gesto, al que respondió el asentimiento de Flora.

—¿Quién es? —dijo bajando la voz.

La Melliza se mantuvo aún ante ella.

—Pensarás con toda razón que me he tomado demasiadas libertades… —y añadió—. Tienes que hacernos un favor, por lo que más quieras.

Unió sus manos, suplicante. Martirio recordó el lienzo antiguo con la imagen de la dolorosa, que presidía la cabecera de su cama. La mujer, envuelta en la penumbra, se mantenía obstinadamente de espaldas.

—¡Por Dios, Flora! ¿Quieres decirme de una vez qué es lo que ocurre?

—Se llama Lucía. Un cobarde sin sentimientos le ha dado una paliza terrible. Quiero que le ayudes —declaró por fin.

Martirio se acercó a ella.

—Lucía...

—No es del Puerto Rico —explicó Flora—. Si le hubiese pegado allí; si algo parecido le hubiera ocurrido a una de las mías…, niña, tú me conoces, podrías estar segura de que el miserable que la ha destrozado no se hubiera marchado de rositas. Pero ella ya llegó así, buscando amparo, como un perro de nadie, en mitad de la noche. Había encontrado todas las puertas cerradas. El Puerto Rico fue el único cobijo que halló. Y esta casa es el único refugio que encuentro capaz de protegerla. En la mía no es posible, porque ese rufián daría con ella.

La muchacha se resistía a mostrarse. Al fin se volvió con lentitud. Un cabestrillo le sostenía el brazo izquierdo. Trataba de ocultar parte de la cara con la otra mano.

Flora insistió:

—Si tú no la amparas...

—Vas a conseguir hacerme perder los estribos. Por la Virgen de la Caridad del Cobre, si es necesario la ampararé —repuso secamente.

Suavemente, Martirio le retiró la mano con la que la muchacha escondía parte del rostro. Se resistió ligeramente, pero la dejó caer al fin. Se avergonzaba de mostrar las pruebas de su humillación, más hiriente que el dolor de sus lesiones, así como la dimensión de su desamparo.

Tenía un ojo prácticamente cerrado, tumefacto, y en su contorno, un enorme derrame cárdeno. Los labios igualmente hinchados y rotos y, pese a que trataba de ocultarlo con la disposición del peinado, le había sido arrancado un gran mechón de pelo, sobre la oreja izquierda.

Martirio, horrorizada, se santiguó.

—¡Pobre niña! —exclamó—. ¿Quién sin corazón ha podido tratarte así? ¡Divino y justo juez! En algún lugar debe haber justicia contra esta sinrazón.

La muchacha lloraba silenciosamente. Era la alegoría perfecta del desvalimiento y del dolor.

—¿Quién ha sido? —preguntó volviéndose hacia Flora.

—Díselo tú —animó ésta a Lucía.

Ella negaba moviendo la cabeza con desolación. El gesto resumía tanto la determinación de mantenerse en silencio como la resistencia a aceptar su destino. Flora asumió las explicaciones.

—Lleva tres meses casada con alguien que dice que la quiere, pero que, al parecer, necesita verla muerta para quedarse tranquilo. Los celos y el alcohol reunidos son como fuego y yesca. Y lo peor es que, ahora que conoce que ella encontró refugio en el Puerto Rico, anda por Morana proclamando su deshonra y anunciando la justicia de su venganza de dueño y señor de la vida y de la muerte de ésta. Ha jurado que la matará. Y ha ido a hacerlo delante de la propia casa de sus padres.

—¿Quién sabe que estáis aquí?

—Sólo el cochero que nos ha traído. Creo que es de confianza.

—Entonces, descuida. Por ahora puedes estar tranquila —dijo Martirio dirigiéndose a Lucía—. Ese bruto no conseguirá su propósito. Aquí no dará contigo. Tú necesitas protección y a mí hace tiempo que me hace falta compañía.

XLVI

Hacía meses que Martirio albergaba el pensamiento de regresar a Cuba. La idea había ido abriéndose paso cada vez con más fuerza. Aun antes de que Flora le encomendase la protección de Lucía en el cortijo, la determinación de abandonarlo había crecido hasta el punto de que, a mediados de mayo, lo tenía decidido.

A lo largo de los seis meses y medio que duraba ya su estancia en la hacienda, había procurado, a veces obsesivamente, proporcionar un sentido a aquella fase de su vida y a pesar de la búsqueda nada halló que justificase mantenerse anclada en un espacio que se le había quedado vacío. Al principio, el amor que le inspiró el marqués y la aflicción por su muerte sostuvieron su voluntad y le permitieron aferrarse al mundo sellado de la hacienda, anegada de soledades. Luego, por más que la buscó, hasta el punto de extraviarse en el laberinto de sus propias preguntas, no consiguió dar con una razón íntimamente satisfactoria, que la animara a continuar en el destierro que ella misma había elegido.

Flora regresó a la ciudad al día siguiente. La acercó Mateo. Y la muchacha quedó bajo la salvaguarda de Martirio, en la que la decisión de regresar a Cuba se consolidó. La justificación concluyente que se había exigido para decidirse a dar el paso, se la proporcionó la obligación moral de librar a Lucía de un destino que presentía funesto. El temor que advertía en la muchacha a ser encontrada y a sufrir maltratos se convirtió en el mayor acicate para la marcha.

A pesar de su insistencia, Lucía siempre se negó a unirse a Martirio en las caminatas campestres y, al regreso, a menudo la oía llorar en su alcoba.

En la precaria comunicación que logró establecer con ella, Martirio notó cómo ganaba terreno en la muchacha la duda de si había hecho lo correcto abandonando a su marido. Ella la invitó a acompañarla en su viaje de regreso a Cuba y una tarde alcanzó la respuesta afirmativa, hecho que acució aún más su deseo de abandonar el cortijo, por lo que se dispuso a desatar los hilos de la red de sus vínculos con aquella casa y con sus gentes.

A manera de adiós para el marqués, cuyo cariño había iluminado sus últimos años en Morana, redactó una larga carta que depositó en el lugar secreto del escritorio en el que halló las suyas. Aunque reconocía que el gesto era del todo inútil, no quiso dejar sin respuesta

los mensajes que él le había dirigido. Quería dejar así saldada cualquier posible deuda de conciencia.

Pese a su intención, el texto estaba lejos de ser una confesión íntima; era sencillamente la expresión sincera de sus sentimientos. De haberla leído alguien alguna vez —cosa que nunca sucedió—, no hubiera podido deducir de sus párrafos la verdadera dimensión del amor de la protagonista. Martirio hablaba de amor, pero no de su amor, y cualquier persona capaz de amar y susceptible de ser amada hubiera podido suscribir sus palabras. Dedicó las últimas líneas a justificar su marcha con la expresión de su anhelo de libertad y el deseo de dejar discurrir sus últimos días en la tierra que la vio nacer y que contempló el morir de los suyos. Concluía proclamando la promesa de mantener para siempre vivo el recuerdo del marqués en su corazón.

Sólo a partir del instante en el que encerró en el lugar secreto del escritorio su declaración de sentimientos y de propósitos, tuvo la certeza de que había comenzado a clausurar la puerta a una década azarosa y tensa, a la que sólo había conseguido poner luz el cariño y el respeto que le había ofrecido don Alonso.

Años atrás, como símbolo de su ansia de vivir el futuro, había arrojado al océano los lastres que anclaban su vida anterior. Gracias a aquel gesto le había quedado, transfigurada y pura, sólo la memoria.

A menudo repetía un monólogo mental, en el que aparecía como destinataria de sus pensamientos la imagen de don Alonso: «El pasado crece como avanza la vida; constituye ya casi la totalidad de mi tiempo, pero está muerto y a los muertos corresponde. No es posible olvidarlo sin mutilar la existencia; sin que en la acción perdamos una parte de nosotros mismos. Pretenderlo es inútil. Sólo cargar con él, aceptarlo, suaviza y da conformidad a las tragedias. No puedo ni deseo olvidarlo, porque en una parte de ese pasado se encuentra usted, pero necesito escapar de esta soledad que me mantiene tan firmemente amarrada a su ausencia, que he llegado a perder la esperanza en el futuro. Deseo volver a ser yo misma, acarreando como todos el peso de mi tiempo pretérito, pero también mirar hacia adelante, existir, vivir…».

Por esa razón repitió el rito, simbólicamente liberador, de aquella noche lejana en el Apolo, en medio del océano.

Escogió un día bello, casi culminada la tarde, para bajar al patio y arrojar al pozo, dentro de una bolsa de tela, como una mortaja, el

revólver de cachas de nácar y la llave que le había permitido descubrir en el secreto del escritorio las cartas de don Alonso. Reservó las dos fotografías de su marido, halladas sobre la cómoda de su suegra.

Desde la hondura, oyó la voz del agua al acoger su envío. Con aquel gesto Martirio tuvo la impresión de que en el edificio de su vida cerraba ahora otra puerta. Y se sintió ligera, liberada, en el final de una etapa vencida.

Luego se acercó a la casa de Rosario. Quería decir adiós a su hija. Desde el umbral, llamó a la casera. Ésta salió al momento.

—Me gustaría ver a Esperanza.

—Está enferma. No he querido levantarla de la cama.

Martirio dudó un momento.

—Pero pase usted —rogó—. No se quede en la puerta.

En la vivienda de Félix y Rosario, en contra de lo habitual, el dormitorio estaba situado en la planta baja. Se trataba de una pieza relativamente grande, con el techo bajo y el pavimento elaborado con una mezcla de yeso y grava, pintado de roja alcaparrosa. Entre las vigas, perfectamente encalado, se advertía el esterado de cañizo. Con objeto de evitar humedades, el cuarto contaba con un alfombrado de esteras de pleita. Junto a la cama matrimonial, separado por una mesilla, estaba el lecho de Esperanza. Una cortina tamizaba la luz del poniente, que se colaba desde el huerto por una ventanita enrejada. A aquella hora, el aire del cuarto estaba teñido con el carmín del último sol de la tarde.

Sobre la pared desnuda, entre las dos camas, un fino marco oscuro encuadraba una lámina con la imagen coloreada de Jesús Nazareno cargado con la cruz. Colocado sobre el cuadro, como una ofrenda, había un hacecillo de espigas de oscuras barbas, atado con una cinta morada.

En su cama de hierro, Esperanza parecía más pequeña y desvalida, menuda y mate bajo la extensión blanca de las sábanas que dibujaban su cuerpecillo. Respiraba fatigosamente y sus ojos cerrados ocultaban sus hermosas pupilas verdes.

—Siéntese si quiere, señora, ahí junto a ella. Yo tengo que hacer, pero vuelvo ahora mismo. Perdone.

La casera salió y Martirio tomó asiento en la cabecera.

Esperanza, arrebatada por la fiebre, le pareció en aquel momento, como nunca hasta entonces, crudamente real, maltratada patéticamente por la vida.

Compasivamente tomó con suavidad su mano entre las suyas, deformada, blanca, helada… de la muchacha. Sentía sobre el rumor de su respiración, el fragor sordo de la fiebre brotándole del cuerpo. Como si rezara, desde su pensamiento hablaba con ella:

—Vengo a decirte adiós… Llegué aquí por mi gusto, en cumplimiento de un voto, pero he acabado siendo prisionera de este lugar y deseo, como no he deseado jamás, recuperar la libertad. Te lo digo, aunque tú nunca podrás saber qué es la libertad, porque estás prisionera de ti misma, eres a la vez guardián y recluso. Intenté abrirte una ventana y no fue posible. Lamento que no puedas escapar. ¡Pobre niña! Te echaré de menos y no te olvidaré mientras viva.

Le apretó levemente la mano intentando transmitirle su cariño y, por un instante, tuvo la vaga impresión, como si se hallara ante un fugaz espejismo, de que se había producido una respuesta.

No supo cuánto tiempo permaneció en la cabecera de la muchacha. La tarde caía pausadamente y, en la habitación, largo rato repleta de luz dorada, algunas sombras arrinconadas comenzaron a levantarse.

Regresó Rosario. Entró secándose las manos enrojecidas en el delantal. Se inclinó sobre su hija posando los labios sobre su frente.

—Está ardiendo —comentó.

Salió y volvió al instante con un dornajo de agua fresca y un paño que humedeció y pasó con una soltura, que a Martirio le pareció brusca, por el rostro de la muchacha. Ésta comenzó a quejarse débilmente. Rosario aclaró sin mirar a la cubana:

—Cogió frío, ¿sabe usted? Quizá una mala corriente de aire. Le prepararé una tisana espesa de flor de tila, hojas de malva y corteza de sauce, y mañana, si Dios quiere, estará mejor.

Esperanza continuaba quejándose fatigosamente.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Martirio, nerviosa.

—Nada, señora. No se inquiete. Ya le he dicho que mañana estará mejor.

Regresó a sus habitaciones. El crepúsculo rebosaba de alborotados píos, de agitados revuelos por los nogales y las palmeras. Martirio abrió la ventana para oírlos mejor. Parecían traerle arrolladores, los anuncios de su libertad, pero no se sintió feliz. No conseguía apartar de su mente la imagen, triste e indefensa, de Esperanza.

Era temprano cuando se levantó. Lucía, su distante protegida, dormía aún en su alcoba. Procuró no hacer ruido. Acababa de asomarse a la sala, cuando oyó que llamaban suavemente a la puerta. Abrió. Era Paulina. Traía el rostro serio y los ojos enrojecidos.

—Señora —dijo—. Le traigo una mala noticia: Esperanza ha muerto esta madrugada.

Quedó impresionada. Fulminantemente le recorrió la espalda un frío seco, hasta quedársele quieto, como un nudo, en la garganta. Bajó inmediatamente. Necesitaba acompañar y consolar a Rosario.

En la sala baja, sentada junto al sillón vacío de Esperanza, la casera recibió la condolencia de Martirio como algo que le pertenecía, cual si el dolor, todo el dolor reconocido por los demás por la muerte de su hija fuera exclusivamente suyo, y ella se encontrara allí para recogerlo. Su habitual gesto adusto no había variado, pero por primera vez Martirio la encontró con un atuendo diferente. No llevaba su acostumbrado hábito nazareno. Vestía de luto.

—Nuestro Padre Jesús ha querido por fin recogerla y la tendrá en su gloria —declaró con aire convencido—. Por fin me escuchó. Yo he cumplido mi promesa hasta el final.

Félix pasó más de una hora elaborando el ataúd en el almacén del cortijo. Lo colocó sobre la cama. Mientras tanto, con Martirio y Paulina como testigos, Rosario amortajó el cuerpo de Esperanza, ahora aún más menudo y débil. Luego, entre ella y su marido, depositaron en él el cadáver, envuelto en la mejor sábana de la casa. Con pétalos de rosa, traídos de uno de los setos del huerto, la madre rodeó el cuerpo yerto de la muchacha y, a sus pies, atado fuertemente con los cordones amarillos, colocó su hábito morado, de hermana de Jesús.

Soledad y José el Gazapo llegaron por la tarde desde la huerta de Los Naranjos. Traían para Esperanza una cruz hecha de gayomba trenzada, adornada con rosas. Al ver a Soledad, de sus ojos enrojecidos por el dolor y la noche en vela, Rosario dejó asomar unas

lágrimas. Era la primera vez que se la veía llorar.

—Ya se fue tu hermana —exclamó—. Compartió mis pechos contigo y nunca supo que te tenía. Podías haber sido aún más hermana para ella, pero Dios no lo quiso. ¡Bendito sea!

Martirio quiso acompañar a Félix y a Rosario en el entierro.

Para no dejar desamparada la hacienda, Mateo la encomendó al guarda Carmelo Barragán, de servicio por aquellos territorios; le informó que en la casa de la señora quedaba alojada una amiga.

Partieron antes del amanecer. Era la primera ocasión a lo largo de siete meses que Martirio regresaba a la ciudad. Ocupó el viejo coche, tirado por dos mulas de la hacienda, junto a Rosario, Paulina, Soledad y José el Gazapo, que llevaba las riendas. Delante, dirigido por Mateo, con Félix a su lado, marchaba el carro que portaba el ataúd, cubierto con una lona. Casi una hora después de la partida, el alba comenzó a derramar su suave fulgor por los campos. Poco a poco, en la claridad que iba ganando el día, el paisaje parecía estrenar belleza. Se diría que, al paso de los dos carruajes, se iban encendiendo los márgenes del camino con todo el esplendor de la primavera madura, los olivares, cargados de menudos frutos y los majuelos incultos, invadidos por oleadas granates de amapolas. La hierba joven desprendía un olor inaugural y fresco.

Antes de las ocho llegaron a una altura del camino que dominaba la ciudad. Desde allí se divisaba Morana casi enteramente. La ciudad se extendía por la extensa y suave ladera. Las hazas de los ejidos, sembradas de cereal ya dorado, rodeaban la ciudad cuyo caserío aparecía ceñido por el denso cerco de árboles de su ronda: viejos olmos, moreras, árboles del paraíso, acacias, entonces cuajadas de racimos blancos... Se alzaban, verticales, las humaredas de las chimeneas de los hornos de pan.

No entraron en la población. La rodearon para llegar al camposanto. Se hallaba situado en la cima de una pequeña colina. Desde lo alto, los jóvenes cipreses se asomaban por encima del cerco de las tapias. Después de ascender la suave cuestecilla pedregosa, los dos carruajes se detuvieron ante la puerta. La reja estaba abierta. Los tres hombres entraron y, pasados unos minutos, regresaron. Los acompañaba el enterrador.

—Ya está. ¡Vamos! —dijo Félix a las mujeres—. El cura espera.

—Aguarde un momento —dijo el sepulturero.

Sólo cuando la campana comenzó a voltear en la espadaña que coronaba la capilla del camposanto, confirmó:

—Ahora.

Ayudados por el sepulturero, los hombres descargaron el ataúd y, tomándolo de las asas de cuerda, entraron en el primer patio del cementerio. Junto a la cruz de piedra que santificaba la necrópolis, unos albañiles se afanaban en edificar un panteón de piedra gris. El pequeño cortejo se detuvo ante la oficina aneja a la vivienda del capellán. Poco después salió el clérigo, revestido para rezar un responso ante el féretro, depositado en el suelo. Luego, ordenó abrirlo; «Para certificar» —aclaró—. Y añadió antes de regresar al interior: «Tengo que rellenar la partida. Al salir, pasaos por aquí para darme algunos datos más de la difunta».

El sepulturero les encaminó hasta el sitio y, después de desbrozar de maleza el espacio suficiente, señaló un rectángulo en la tierra con la azada y comenzó a cavar. Tuvo que mudar de lugar y repetir la operación, hasta que al tercer intento encontró por fin un espacio vacío, donde inhumar los restos de Esperanza. Abierta la fosa, el ataúd fue depositado en su fondo.

—Adiós, hija mía —exclamó entonces Rosario—. Mucho te ha costado el premio del cielo que alcanzas, pero ya estás viendo a Dios. ¡Alabado sea!

Y sobre el ataúd arrojó la cruz de rosas y gayomba traída por Soledad.

Entre el enterrador y José el Gazapo devolvieron al agujero la tierra extraída. Luego, aquel apisonó con el plano de la azada el alargado montículo con el que quedaba señalado el lugar. Félix le entregó una cruz de madera que llevaba en la mano, en la que había escrito el nombre de su hija y las dos fechas que señalaban la longitud de su vida. El sepulturero la clavó en la tierra y, a continuación, sin mediar palabra, se marchó.

Tras él, también en silencio, el grupo abandonó el lugar.

Llegaron de vuelta al cortijo bien avanzada la tarde. El guarda, que los había visto llegar desde lejos, se acercó a los carros, ya detenidos ante la puerta.

—¡Por fin regresan, Mateo y la compaña! —saludó.

—¡A la paz de Dios, Carmelo! ¿Alguna novedad?

—Ninguna importante, la casa ha estado guardada, pero antes del mediodía rondó por aquí un tipo que había llegado en una jaca. Cuando le pregunté qué quería me dijo que venía a recoger a su mujer, la amiga de la señora. Sabía que estaba alojada aquí. Vino conmigo hasta la puerta de la hacienda, gritó su nombre: Lucía —aclaró obviamente—, y cuando apareció le dijo que preparase sus cosas para volver con él a la ciudad. Ella obedeció. Al poco bajó y se fueron juntos. Eso fue todo.

Martirio no dijo nada. La expresión de su rostro traslucía preocupación. De pronto se sintió presa de un cansancio inmenso. Acordándose de Flora, se retiró llevándose en el cáliz del alma, para beberlas en silencio, dos amarguras: la que le causaba la desaparición de Esperanza, suavizada por el sentimiento de liberación que llevaba implícito, y la marcha de Lucía, para la que temía lo peor.

XLVII

Inmediatamente después de su boda, ya embarcada en las rutinas de la casa, Constanza buscó con ahínco convertir cada uno de los momentos de su vida, en especial aquellos que compartía con Enrique, en un acontecimiento gozoso. Quería disfrutar plenamente de su matrimonio en lo que significaba de entrega absoluta, de mujer enamorada, agradecida al amor. Al mismo tiempo, estaba dispuesta incondicionalmente a aceptar y a recoger el cariño que le brindaba su marido, como una ansiada cosecha que entendía merecida, dichosa en su reciprocidad.

Por eso, buscó colmar cada día con las señales tangibles de su amor, y puso todo su empeño en hacer patentes los símbolos que el cariño necesita para ser comprendido.

Los signos constitutivos del armazón que dio consistencia a su religiosidad en el solitario retiro de El Gamonal, habían sido sustituidos por las evidencias de su entrega, que Enrique iba encontrando por doquier.

Como en una liturgia, Constanza ritualizó sus encuentros con Enrique, hasta el punto de que incluso los almuerzos se convirtieron en una ceremonia instituida a la que, salvo causas graves, no estaba dispuesta a renunciar. En el comedor de nogal, recuperado del ajuar de su suegra, ordenaba diariamente disponer la larga mesa para los dos, como si cada día fuera fiesta de guardar.

Se hallaban ya a los postres, cuando Enrique comentó sin mirarla:

—Martirio Galán me ha remitido una nota esta mañana. Dice que quiere verme.

Hablaba con un tono de indiferencia tan artificial, que su mujer lo descifró de inmediato. Y él se sintió descubierto en el momento en el que sus miradas se cruzaron.

—Lleva en Morana varios días —añadió—. Parando en casa de una tal Flora la Melliza.

A Constanza no le pasó desapercibida la cantidad de detalles que aportaba su marido, aunque pareció ignorarlos.

—Supongo que nada la obliga a mantenerse encerrada en la finca —alegó—. ¿Te ha dicho qué quiere?

Enrique negó con la cabeza.

—En todo caso, debe tratarse de algo importante… Para ella —puntualizó.

—Quizá dinero —aventuró Constanza, después de una pausa con cuyo silencio interrogó a su marido tanto como a sí misma.

—No lo creo. Tiene de sobra. Sé que la venta del Puerto Rico y de una casa le han proporcionado capital suficiente, como para vivir con comodidad el resto de su vida. Y ya ha cobrado media anata de los esquilmos del cortijo. En fin: ¿qué más da? —replicó encogiéndose de hombros, al tiempo que dejaba los cubiertos sobre el plato—. Lo que sea respecto a lo que quiere sonará pronto.

—No me agrada su presencia en esta casa. Ya has sufrido bastante por su culpa. Lo mejor que esa mujer puede hacer es quedarse en el campo y dejarte…, dejarnos —puntualizó— en paz de una vez…, y para siempre.

Un denso silencio ocupó momentáneamente el comedor.

—Ya le he contestado que la espero y vendrá esta tarde —afirmó Enrique sin mirarla, tras dar un largo sorbo a una copa de oscuro moscatel—. Querida, me temo que, a estas horas, mi encuentro con ella es irremediable.

Su expresión era de todo punto una frase hecha. No temía en absoluto entrevistarse con Martirio Galán. Al contrario. Desde que recibió la nota, le acuciaba el deseo de que llegase el momento de encontrarse con ella. Conversar con la mujer que había sido la amante de su padre le excitaba. Tenía curiosidad por vislumbrar siquiera los motivos de aquella pasión que, estaba seguro, había logrado enloquecerlo. Sólo ello justificaba algunas importantes decisiones que habían perjudicado a su casa. Ansiaba conocerla fuera del Puerto Rico, en el que, sólo en una oportunidad, en una turbia escena, intercambiaron algunas palabras. Esperaba poder recordarle aquella ocasión, en la que su apasionada insistencia fue detenida por la negativa de Martirio, avalada radicalmente por el diminuto cañón de un revólver de cachas de nácar.

—En ese caso —afirmó con rotundidad Constanza— me quedo en la casa. No me moveré de aquí. Mandaré aviso a mi padre. No le acompañaré a El Gamonal. Pensándolo bien, no hace ninguna falta que yo vaya.

—¿Qué crees que puede ocurrir? ¿Acaso que me afectará el maleficio de esa mujer, como afectó a mi padre?

Pronunció la palabra maleficio con sorna, pero ella no pareció apreciarlo, como tampoco el tono cómico que imprimió a sus preguntas. Con total seriedad respondió:

—Cuando os conviene, los hombres confundís maleficios ajenos con debilidades propias. Sólo tengo curiosidad por conocerla. Indirectamente, ha formado parte de tu existencia. Y de tu vida me interesa todo. Me quedaré —concluyó dando por acabada la cuestión —. Ante todo, quiero saber cómo es esa mujer y luego…, le pediré a Dios que se vaya pronto —afirmó con una forzada sonrisa.

Ocultando su contrariedad, Enrique aceptó la decisión y, dada la insistencia de Constanza por estar presente en la entrevista, a lo que no accedió en manera alguna, le otorgó permanecer oculta en la habitación inmediata a la sala de visitas.

—De todas maneras, me parece una desconfianza por tu parte — insistió enfadado.

Ella, por primera vez, no se mostró complaciente.

—No me importa lo que pienses. Tengo muy claro lo que debo defender. Al menos mientras sepa quién es y donde está el enemigo. Déjame que satisfaga mi curiosidad. Yo también quiero intentar descubrir el hechizo que sedujo a tu padre.

Hablaba ya en otro tono, ahora clara y medidamente conciliador.

Martirio Galán llegó a la hora anunciada. Vestía de negro y llevaba recogido el pelo en un moño, lo que acentuaba el óvalo perfecto de su rostro, la gracia de su cuello. Había elegido a propósito la hora más favorable, procurando la máxima discreción para su visita.

Aguardó un momento en el zaguán, hasta que apareció una criada que, advertida, la hizo pasar a la sala situada en un rincón del patio, destinada para atender a las visitas reservadas y de cumplido. Mientras esperaba, se distrajo contemplando la serie de cuadros que decoraba las paredes, así como un pequeño grupo escultórico de bronce situado sobre una consola. Las pinturas mostraban paisajes andaluces románticos, con imaginarias y agrestes serranías, frescas riberas cuajadas de álamos o luminosas marinas por las que navegaban, ceñidos a suaves soplos de brisa, elegantes y empavesados

veleros, dibujados con precisión en todos sus detalles.

Enrique apareció poco después.

—¿Le gustan? Estos cuadros eran de mi madre —dijo a manera de saludo—. Era una gran aficionada a la pintura.

Martirio le tendió la mano y Enrique, tomándola, se inclinó sin llegar a besarla. Ella le buscaba parecidos con su padre.

—Por lo poco que he podido saber de ella, era una mujer que tenía muy buen gusto.

—Es verdad. Lástima que no contara con el tiempo suficiente para disfrutar de tantas cosas bellas como proporciona la vida.

Martirio pasó suavemente los dedos por el bronce de las esculturas.

—Representan al dios griego Apolo y a Dafne, una ninfa —aclaró Enrique—. Conozco su historia. Mi padre me la contó. ¿Quiere conocerla?

—Me encantaría.

—Por culpa de Cupido, Apolo se enamoró de ella. La seguía a todas partes, pero Dafne, que había conseguido de su padre la promesa de que no la obligaría a casarse y que la libraría de cualquier acoso, creyéndolo un vulgar campesino, huyó. No obstante, Apolo no cejaba en su apasionada persecución. Sintiéndole cada vez más cerca, la angustiada muchacha reclamó la ayuda de su padre que, de inmediato, la convirtió en un árbol, en un hermoso laurel. El enamorado Apolo, desolado por haber perdido a su primer amor, pasó muchas horas aferrado al tronco del árbol, besando su corteza. Nunca logró olvidarla. Con su madera confeccionó un arpa y flechas, y con sus más finas ramas tejió una guirnalda con la que ciñó su frente. Como ve, el mundo está lleno de amores imposibles.

—Es verdad. Pero, aunque triste, es una historia muy hermosa.

La invitó a sentarse. Quedaron ambos frente a frente, separados por un velador de tapa circular.

Enrique bajó la voz. No quería que le oyese Constanza desde la habitación inmediata.

—Debo confesarle que estaba deseando encontrarme con usted. Nos hemos visto antes. Creo que lo recordará. Una noche en el Puerto Rico en la que yo... —buscaba dar con las palabras—, intentaba conocerla mejor. Sólo su revólver pudo detenerme.

Hacía gala de una sonrisa a la que ella no correspondió. Le resultó evidente que anhelaba conseguir una respuesta afirmativa, aunque no sabía si para satisfacer su vanagloria.

Lo miró fijamente, con un medido desprecio. No estaba dispuesta a complacerlo:

—No lo recuerdo —repuso—. Además, nunca he tenido revólver. Debe usted estar confundido.

El rostro de Enrique mostró el asombro que le causaba la respuesta.

—¿Qué me dice? ¿Cómo es posible que niegue algo que realmente pasó?

—Le insisto en que no lo recuerdo. Pero si quiere quedarse tranquilo al respecto, le diré que es probable que hubiera usted bebido entonces más de la cuenta y confundiera el sitio y la persona. A veces suele pasar.

Enrique desistió de continuar porfiando en el tema y dirigió la conversación por otro rumbo. Ahora el tono de su voz permitía ser oído en la habitación inmediata.

—Estaba seguro de que no podría usted resistir la tentación de aparecer algún día por esta casa. De aquí salió lo que ahora disfruta. Veo que le está sentando bien.

Martirio Galán ignoró la afirmación. Rebosaba de tan descarada suficiencia, que le podía advertir la considerable distancia de clase que la naturaleza había establecido entre Enrique y su padre.

—Sepa que hace sólo unos días, no tenía la menor intención de venir a visitarle.

—Pero se encuentra aquí. Y no habrá venido sin tener un motivo.

—Por supuesto. Para hacer lo que quiero, no era en absoluto necesario que yo estuviese aquí esta tarde, pero he deseado manifestárselo personalmente.

—Usted dirá.

—Vengo a decirle que me marcho, que regreso a mi tierra.

Percibió la sorpresa que sus palabras causaban en el marqués.

—Nada me retiene aquí. Regreso a Cuba —continuó—. Es curioso que un barco de nombre Apolo me trajese a España y que hoy, cuando anuncio mi regreso, lo vuelva a encontrar. Me parece como si Dafne volviera a la vida, como si dejase de ser un laurel, para convertirse de nuevo en una mujer. Una mujer sin miedo.

Luego, como quien se desprende de algo que ni le sirve ni estima, añadió con cierta buscada solemnidad:

—Le devuelvo a usted el cortijo de La Dehesa. Hace tiempo que no me está sentando bien.

El aire de fatuo engreimiento en el que Enrique se había envuelto hasta entonces desapareció. Su arrogancia se había venido abajo de pronto.

—Si no he tomado antes esta decisión, ha sido por el gran respeto y el amor que me inspira el recuerdo de su padre —prosiguió Martirio —. Realmente, no se parece usted en nada a él. Mañana mismo renunciaré formalmente al usufructo del cortijo. Eso es todo.

Se levantó. Enrique le tendió la mano para despedirla. Ella ignoró el gesto y se dirigió hacia la puerta.

—Supongo que he de darle las gracias —dijo confuso, caminando tras ella.

—No lo sé. Tenga presente que no lo hago por usted —respondió sin volver la cabeza.

—¿Entonces…?

—Lo hago por mí. Sencillamente. La libertad vale mucho más que su cortijo.

—De todos modos, se lo agradezco —respondió todavía aturdido.

—No quiero que pierda más tiempo.

Se volvió y le miró por fin, fijamente, a los ojos. Al cabo, añadió con una sonrisa:

—Ya está todo dicho. ¡Quédese usted con Dios!

Sin una palabra más, le dio nuevamente la espalda, y poniendo en su porte toda la seguridad en sí misma de la que era capaz, abandonó la casa.

XLVIII

Tras su visita a Enrique de Medina, Martirio acudió a renunciar formalmente ante el notario al legado recibido del marqués don Alonso. Durante los pocos días que permaneció en Morana preparando su marcha, hasta que llegó el momento de la despedida, se alojó, como había hecho meses antes, cuando vendió el Puerto Rico, en casa de Flora la Melliza.

El regreso de Lucía con su marido, claramente forzado por el miedo, había puesto un inquietante punto final al proyecto de compañía con el que Martirio se había ilusionado. Buscando su conformidad para el suceso, se repetía que probablemente hubiera sido para ella un sufrimiento constante, pensar que por su culpa se hubiera deshecho un matrimonio.

Cuando comentó este pensamiento a Flora, ésta repuso con pasión:

—Pero vamos a ver, niña Martirio, ¿qué clase de matrimonio crees que puede existir entre una víctima y su verdugo, si el marido acabará matándola cualquier día?

—¿Quién sabe si este incidente no sirvió para que rehagan su vida juntos?

La pregunta, impregnada con el deseo utópico de la cubana, no halló eco en la mentalidad realista de la Melliza que, mirándola con un gesto de desaliento, replicó:

—Mira: viven de alquiler en una casa de vecinos en la calle Larga y por ahora parecen llevarse bien. Pero, debes reconocer que ¡el que nace lechón…! ¡Hay que desengañarse, niña! Esa paz en la que ahora viven es como una nube de verano, que se esfuma en un instante en el aire. Por desgracia para ella, su suerte está echada desde el momento en el que regresó con semejante patán. Ten la seguridad de que habrá tragedia más pronto que tarde. No es la primera ni será la última en Morana. El derecho ignora a las mujeres como personas. La desventurada, como otras muchas, está tan encandilada por el amor, y se siente tan obligada por su compromiso, que no es capaz de advertir que al lado de ese individuo que se nombra su marido está en peligro de muerte. Es incapaz de darse cuenta de que ya tiene firmada su sentencia. O quizá sí… Me recuerda a esas mariposas nocturnas, que mueren abrasadas en la misma llama que las atrae.

Un silencio opaco llenó la pequeña estancia en la que se encontraban las dos mujeres. En la baranda del balcón, abierto, cuajado de macetas, las distrajo un momento un pájaro. Las dos mujeres se quedaron mirándolo, hasta que emprendió de nuevo el vuelo.

—En fin. Estaría escrito. Estaría de Dios, como decimos aquí. Cúmplase con lo que se manda: lo que Él ha unido, que no lo separe jamás nada más que la muerte. Y así sea —concluyó Flora besando una cruz hecha con los dedos.

Martirio compartía el desánimo de la Melliza, aunque estaba convencida de que en el pesimismo de Flora pesaba el hecho de que «el patán borracho», como llamaba al marido de Lucía, hubiera llegado al Puerto Rico unos días antes, con unas copas de más para amenazarla.

No obstante, la comandanta no se achicaba ante las intimidaciones y cuando el camarero, que era hábil en quites de aquel género, inició la maniobra de sacarlo a la calle, Flora lo contuvo un momento para encararse con él, desafiante:

—Mira muchacho, a mí me trae sin cuidado lo que dices que quieres hacerme, porque sé que eres incapaz de enfrentarte con quien los tenga mejor puestos que tú, que resulta que son casi todos los hombres y muchas mujeres, entre ellas yo. Es el aguardiente el que habla por ti. No tienes más que boca y hay quien te la puede partir. Así es que, ¡largo!

—¡Has deshonrado a mi mujer y te tienes que acordar! —amenazó.

—A tu mujer la deshonras tú, cada vez que le pones la mano encima, ¡mal hombre!

Forzado por el gesto del camarero, que le señaló la puerta, el individuo salió del local mascullando maldiciones y advertencias contra Flora.

Pese a que el incidente le había preocupado, era la inminencia de la marcha de Martirio, la causa del desánimo y de la melancolía de la comandanta.

Más que en otras ocasiones, se veía prisionera de sí misma, encadenada a un modo de vida al que le habían empujado las circunstancias. Estaba desconcertada, perdida en un laberinto de

contradicciones, convencida de no tener escapatoria y de que ni tan siquiera merecía la pena esforzarse en dar con un resquicio por donde escapar.

Como a Lucía, repetidamente y desde tiempo atrás, Martirio le había propuesto que la acompañase en su regreso a Cuba. La tarde de la víspera de su partida insistió:

—Acompáñame. Empezaremos una vida nueva.

Flora la miró largamente y Martirio pensó por un instante que iba a responder afirmativamente, pero no hubo coincidencia entre lo que dijeron sus ojos y lo que proclamaron sus labios:

—¡Ay, niña! ¡Qué cosas se te ocurren! ¿A qué sitio quieres trasplantar a este carcamal?, si yo soy más de aquí que los olivos —su boca amagó una sonrisa—. Ya es demasiado tarde. Además, no estoy acostumbrada y ese viaje me mataría. Me muero sólo de pensar que tengo que permanecer más de un mes, ¡cuarenta días!, en medio del mar, pisando sólo las tablas de una artesa, que eso será el barco por muy grande que parezca, antes de que llegue el momento de poner los pies de nuevo en la tierra. Además, no estaría bien que mi vida dependiera de ti, hasta que Dios quisiera recogerme.

—No serán cuarenta días de travesía como dices, sino muchos menos. Respecto a depender de mí, tengo lo suficiente para comprar una casa y vivir con desahogo el resto de nuestras vidas —insistió Martirio.

—Gracias..., pero no. No puede ser —afirmó.

Se esforzó en que su respuesta pareciera inapelable y, sin embargo, desde el fondo de su corazón era consciente de que, a partir de entonces, muchas veces se arrepentiría de haber rechazado la propuesta.

—Esos barcos de madera me causan mucho miedo —alegó—. Se me encoge el corazón con sólo pensar en subir en uno.

—No son de madera, mujer, sino de hierro.

A Flora, que nunca había visto el mar, no le cabía en la cabeza que un barco de hierro pudiera flotar.

—Pues flota.

—Pero una servidora no, así que se queda aquí. El mar me asusta y sólo me siento segura en la tierra.

Golpeaba el suelo con los pies para reforzar sus palabras.

—Lo siento, Flora… Por ti y por mí —dijo Martirio con desaliento —. En la vida hay oportunidades que sólo se presentan una vez. Está visto que he de regresar a mi tierra tal como vine: sola como el as de bastos. Lo que no puedo entender es que sea el miedo el que me arrebate tu compañía. En cierto modo entiendo a Lucía, porque se envuelve en el temor a que su propio amor, un amor sin respuesta, se muera. Pero tú te niegas a acompañarme, por la aprensión que te infunde algo que no conoces. Para mí no hay nada más hermoso que el mar.

No hablaron más del asunto. Su conversación discurrió a partir de entonces por el cauce de las trivialidades.

A la hora convenida, apenas amaneció, el carruaje que había de llevarla a la estación de ferrocarril se detuvo en la puerta. Entre la ciudad y aquella mediaban casi cuatro leguas. Más de dos horas de camino. Allí tomaría un tren expreso hasta la capital, donde haría noche para coger otro al día siguiente hacia Cádiz.

En un momento, el cochero cargó el equipaje y aguardó sentado en el pescante a que las dos mujeres se despidiesen.

Lo avanzado de la primavera había vuelto los días suavemente cálidos, pero la mañana era todavía fresca. Nubes de vencejos entrecruzaban el aire con sus vuelos bajo un terso cielo azul y las gentes comenzaban a asomarse a las calles. Olía a café, a anís, a ramón de olivo quemado en los hornos, a pan. A lo lejos, una campana llamaba a la primera misa.

Flora la abrazó con fuerza, prolongadamente, como si no quisiera dejarla partir. Luego, con los ojos arrasados de lágrimas, exclamó:

—Bueno, niña, adiós. Creo que no nos volveremos a ver nunca. Pero, aunque sea así, lo que me quede de vida puedes estar segura de que aquí cuentas con una amiga de verdad, que te recordará todos los días.

—Lo sé —respondió emocionada Martirio— y lo mismo te digo. Te escribiré de vez en cuando y esperaré tu respuesta. Creo que no resistiría un solo día en Bayamo o en Manzanillo, así que me quedaré a vivir en Santiago. Ya lo sabes: Santiago de Cuba, por si alguna vez decides visitarme… A pesar del mar.

Subió al coche. Flora se retiró apresuradamente al interior de su casa. Huía de su deseo de decir que sí, que aceptaba marcharse con ella, que deseaba ardientemente conocer el mar e, incluso, que se sentía capaz de cruzarlo, sin miedo, a bordo de una artesa, con tal de huir de la prisión en la que el mundo había confinado su vida. Pero era demasiado tarde. Cerró y se quedó, sin comprender su negativa, con la hiel de la amargura derramándosele por los sentimientos, con la espalda apoyada en la puerta, oyendo alejarse el carruaje que se llevaba calle abajo, buscando la salida de la ciudad con su amiga, la posibilidad de escapar de sí misma, de encender una luz nueva en su oscuro vivir.

Martirio estaba resuelta a que el viaje hasta Cádiz para embarcar con rumbo a Cuba tuviese el valor de una despedida, de un largo adiós agradecido hacia la tierra que le había acogido durante diez años. Y lo expresó de la única manera que le resultaba posible: poniendo toda la ternura de que era capaz, en la mirada dirigida al mundo que se le iba ofreciendo.

De alguna manera, en el viaje de regreso hasta llegar al mar, trató de besar con sus ojos los paisajes, y al mismo tiempo dejarse acariciar por la luz cambiante de las campiñas que se mostraban por la ventanilla del vagón, antes de dejarlas suavemente atrás.

Llegó a la capital con la primera hora de la tarde y se alojó en una pensión cercana a la estación del ferrocarril. Después de almorzar, sin nada que hacer, dio un largo paseo por la ciudad, para llegar, como solía en La Dehesa, a encontrarse con el surco del río. La tarde estaba radiante, con un toque dorado disuelto en el azul. El aroma a azahar de los naranjos se extendía, embriagador, por el aire. Caminó,

tranquilamente, dejándose llevar por la suave pendiente de las calles que, cada vez más claramente, le anunciaba el río, hasta que, por fin, tras pasar junto al viejo muro almenado, colmado de puertas cerradas de la vieja mezquita, alcanzó a verlo, enlazadas sus orillas por el vetusto puente de piedra, en cuyo centro, posado sobre el pretil, la imagen de un arcángel custodiaba a los pasajeros que lo atravesaban.

El cauce estaba salpicado de islas llenas de juncos, en las que pastaban algunos ganados. Río arriba, una barca cargada de muebles cruzaba, lenta, la anchura del río. Como las golondrinas, un viento suave corría sobre el agua haciendo temblar a intervalos unánimes, con un rumor denso, las hojas de los álamos de las riberas. Algunas recuas de asnos, cargados de costales, se acercaban por un caminillo a una de las aceñas.

Unas horas más tarde, acompañada por un lento crepúsculo, Martirio retornó a la pensión. Mantenía la misma impresión que la ciudad le causó, cuando hizo el camino inverso al que ahora realizaba. Había transcurrido una década y, pese a su hermosura, la capital seguía pareciéndole una ciudad melancólica, avara de sí misma, oprimida por sus circunstancias, como esas personas que, después de haber vivido un pasado opulento, habían venido a menos. Semejante fijeza en el paisaje, le sirvió para advertir cuánto había cambiado ella misma.

Llegó a la estación muy temprano, media hora antes de la señalada para la partida del tren. Un mozo de la pensión porteó su equipaje hasta el vagón y lo colocó en la red extendida sobre su asiento. Varios pasajeros de aspecto cansado ocupaban ya el coche. Parecían venir de lejos. Luego subió un viejo canónigo con manteo y sombrero de teja, que eligió el asiento frente al que ocupaba y se enfrascó en la lectura de su breviario.

Se sentía nerviosa y anhelante a un tiempo. Buscando una distracción, se levantó y se mantuvo asomada a la ventanilla contemplando el andén, convertido en un hervidero de gentes.

Tras el aviso del factor, banderola en mano, y el largo silbido de la máquina, regresó a su asiento para sentir el breve tirón y el sonar del hierro forzando el arranque del convoy. Por fin vio moverse lentamente hacia atrás las columnas de hierro de la marquesina de la estación. Muchos de los que quedaban en los apeaderos, quizá conscientes del vacío que dejaba el tren, se detuvieron un momento para verlo partir.

Hacia el mar, fue el viejo río que visitó la tarde anterior el que, durante un largo trecho, señaló el camino al ferrocarril. En las cercanías del cauce se sucedían, serpenteando respecto a la línea férrea, los cañaverales espesos, las rumorosas choperas, en las que el vehemente sonar de la locomotora se amplificaba en múltiples ecos.

En su asiento, a través de la ventanilla, de espaldas al sentido de la marcha del tren para evitar las nubes de carbonilla que, de vez en cuando, arrojaba la máquina, la mirada de Martirio, a veces sin obstáculos, se alejaba a través del paisaje para divisar desde las pequeñas alturas por las que avanzaba el tren, las formas de las orillas, densamente pobladas de vegetación, salpicadas por luces de espejeante plata, tendida sobre el agua verde del río.

Antes de que hubiera transcurrido media hora, el clérigo ya había descabezado el sueño tres veces.

Apenas quedaron atrás las sombras morenas de la sierra, acostadas sobre el horizonte norteño, los olivares comenzaron a topar con las líneas color esmeralda de las plantaciones de naranjos, con las tablas de huertas como jardines, con líneas de agua de regadío brillando fugaces al paso del tren.

Arrastrando un largo penacho de humo, entre profundos jadeos de la máquina, el convoy se separaba a veces del cauce para adentrarse por el corazón de dilatadas dehesas alfombradas de flores, a modo de tapices extendidos en todas las direcciones como una espuma blanca, amarilla, azul, morada, rosa…, bajo el verde de las encinas también en flor.

A todo ello dedicó Martirio desde sus ojos el más íntimo adiós.

Por fin, en la plenitud del día, el tren alcanzó Sevilla. Martirio, que hacía diez años había pasado por ella de noche, la admiró, asediada por palmerales y huertos de naranjos, desplegando sobre el llano su extenso caserío como una mantilla de encaje, aureolada en el esplendor solar de la jornada, alzando a lo lejos la orgullosa aguja de su torre, en un temblor inquieto, sobre la calima.

Allí el río se despidió definitivamente de la línea férrea. Poco después, Martirio comenzó a intuir el mar. Primero como una realidad vaga, que manifestaba su presencia a través de la difusa lejanía llana de las marismas, bajo un cielo de húmedo nácar. La intuición no tardó en convertirse en una certidumbre otorgada por haberse sentido siempre enamorada de su inmensidad.

Caía la tarde, cuando por fin el tren comenzó a sumergirse en el aroma salino del océano. Una vez más, Martirio se asomó a la ventanilla. La tierra compartía ya espacio con el agua, en un laberinto de arroyos y esteros, empapados con la luz rosa del comienzo del crepúsculo. La tierra estaba entonces envuelta en el aliento de la mar.

En el vagón, alguien lo anunció como un descubrimiento:

—¡Mirad! ¡El mar!

Lentamente, haciendo sonar el silbato, después de ceñirse a una pronunciada curva, el convoy se adentró en la lengua de rocas que unía como un débil puente la tierra firme y la isla. El estrecho istmo se tendía entre el mar abierto y la bahía, y la marea baja salpicaba con los reflejos granas del ocaso el agua atrapada entre médanos y bajíos.

El aire húmedo que se colaba por las ventanillas traía el vaho del océano. Por un instante, Martirio se sintió transportada al mar de Manzanillo, con el cayo Perla y los islotes agrupados que formaban los Jardines de la Reina haciendo cabrillear a lo lejos, en sus arrecifes, espumosas e inquietas, las aguas perpetuamente azules del golfo de Guacanayabo.

Por fin, entre resoplidos y chirriar de hierro, el tren puso punto final a su recorrido.

Ya estaban encendidos los faroles de petróleo de la estación.

En el andén, a gritos, algunos mozos ofrecían alojamiento a los viajeros y Martirio requirió a uno de ellos. Era casi un niño.

—¿Está muy lejos tu pensión?

—No, señora —su hablar comenzaba a recordarle el suave deje de su tierra cubana—. Está ahí al lado, en la Cuesta de las Calesas. Es la posada Bellavista y, si se aloja, comprenderá por qué la llaman así.

—De acuerdo, toma mi equipaje. Veré si es verdad.

XLIX

Los últimos acontecimientos le habían proporcionado suficientes motivos para sentirse dichoso. Reconocía que era feliz y su estado le otorgaba una sensación de poder y de plenitud que, anteriormente, en pocas ocasiones había experimentado. Su matrimonio prosperaba en todos los sentidos: las perspectivas de rehacer su hacienda eran cada día más prometedoras. A ello se añadía que, llegado el momento, y además de la dote, su mujer aportaría a la casa un rico patrimonio, al que, asimismo, se acabarían sumando los bienes de la abuela Teresa. Ésta le recordaba a menudo que le tenía declarado su heredero universal y que, sólo pensando en él, llevaba toda su vida conservando y acrecentando «como una hormiga», caudales y bienes, todo con una avaricia justificable sólo desde el inmenso cariño que sentía por él.

Al día siguiente de que Martirio le hiciera saber su renuncia al usufructo del cortijo, Enrique quiso personarse en la hacienda. Aquella misma noche ordenó al cochero tener aparejado para las cinco de la madrugada el carruaje victoria, de un solo eje, tirado por un caballo. Partió apenas comenzaba a despuntar la primera indecisa claridad del alba. No había podido dormir pensando en la entrevista con la cubana y en el inesperado cambio de su suerte.

Su aparición no sorprendió a los caseros. De hecho, le esperaban de un día a otro. Martirio los había puesto al corriente de su decisión antes de despedirse.

La visita fue breve: el tiempo suficiente para llevar a cabo lo que, como dueño, creía su obligación y que consistía fundamentalmente en testimoniar su regreso, y recorrer y reconocer el cortijo como algo propio. Permaneció en la hacienda apenas un par de horas y anunció un pronto retorno. Aclaró que lo haría acompañado por Constanza, la marquesa, «la señora» —insistió—, para pasar una larga temporada.

Aunque fugaces, aquellos instantes le hicieron disfrutar, como si degustase un manjar prohibido durante largo tiempo. A la vuelta, con el blancor del camino abierto como una herida en el verdor florecido del campo, a solas con sus pensamientos, reconoció que la recuperación de aquella propiedad constituía un premio que, por suerte, pero con toda justicia, le otorgaba su buena estrella.

Aunque durante un tiempo la pérdida de la huerta le hizo sentir en su corazón un escozor sordo y porfiado como el de una mordedura, aquella mortificación se suavizó, una vez que conoció la personalidad

de la última beneficiaria del testamento. Entonces no le resultó difícil intuir la relación de su padre con la persona que aquel legado reconocía implícitamente, ya sin ninguna duda para él, como su hija natural, luego adoptada por Mateo. Se lo confirmaron tanto la infalible perspicacia de la abuela Teresa como algunas confidencias, que se le ofrecieron sin pedirlas, tan cargadas de fundamentos que no le quedó otro remedio que aceptarlas. Dedujo sin dificultad que la madre no podía ser otra que Rosalía, la guardesa. Sin embargo, fue incapaz de imaginar el desarrollo del proceso de adopción, aunque le resultaba evidente que la acogida de aquella niña por los caseros de La Dehesa había sido propiciada y dirigida por su padre, con el fin de mantener a la niña a una distancia prudente, pero próxima, de su mirada protectora.

Sabía de sobra que no era aquella la primera vez, ni sería la última, que alguien segregaba una parte de sus bienes para otorgarlos a favor de un hijo natural. Incluso había comenzado a aceptar que la acción pudo estar alentada por el cariño, pero que, básicamente, obedecía a la obligación de un caballero de mantener la conciencia tan limpia como su prestigio, aun después de muerto. Finalmente, le prestó definitiva conformidad saber que, al fin y al cabo, él no había sido el único heredero en la historia de la familia que se daba de bruces, sin esperarlo, con alguna secreta bastardía, sólo reconocida post mortem. «No eres el único —le consoló la abuela— al que se le aparece el fruto de un desliz, para restarle parte del patrimonio. Procura tú no repetir la hazaña de tu padre».

Si Enrique hubiera sido capaz de leer las cláusulas de los viejos testamentos familiares conservados en el armario del despacho, como ratificación a las palabras de la abuela, se habría topado con mandas de todo tipo a favor de inesperados sobrinos, de secretos ahijados o de sirvientes favoritos de los finados, a los que destinaron en sus últimas voluntades importantes beneficios, siempre, según reconocían, para testimoniar «el fino aprecio que le tengo» o «para descargo del ánima», en los momentos en los que la certeza del inminente encuentro con la eternidad aviva la lumbre de los remordimientos y apela a la cancelación de las deudas.

Íntimamente, le incomodaba el encuentro, a aquellas alturas de su vida, con una hermanastra y determinó ignorarla. Su padre no la había reconocido como hija y sólo beneficiado de un modo indirecto para protegerlos a ambos y evitar enfrentamientos entre herederos.

Otro acontecimiento que le liberó de preocupaciones fue la destrucción, en el incendio de la casa de Simón Espinosa, de los

documentos con los que había comprometido otra parte de su hacienda. En ningún momento había puesto en duda devolver, en la primera ocasión en la que le fuera posible, aquel préstamo gracias al cual había podido cancelar sus deudas en Madrid, pero, dadas las circunstancias, no estaba dispuesto a reintegrarlo con unos intereses por encima de lo razonable y tampoco en el plazo improrrogable que le había impuesto Monsito.

Sin embargo, nada le había producido tanta dicha como haber conocido el embarazo de Constanza.

Ella se lo había comunicado hacía dos semanas. Su alegría de mujer albergadora de vida, en la plenitud gozosa de su ser, se le manifestó entonces de una manera tan pura que se sintió partícipe de ella, embargado por una felicidad que nunca había podido imaginar.

—¿Sabes?, ya he conseguido el segundo de los propósitos importantes de mi vida —le dijo de improviso una tarde.

Sus palabras sorprendieron a Enrique, que preguntó intrigado:

—¿A qué propósito te refieres?

—El de proporcionarte un heredero —repuso.

Se le había acercado con una sonrisa radiante, con los brazos extendidos para abrazarle, y él, todavía incrédulo, se dejó abrazar y la besó en los labios que le ofrecía con los ojos cerrados. Notó cómo ella se dejaba rodear, aproximándose firmemente a su cuerpo. Así, enlazados, en un recíproco y puro intercambio de gratitudes, él le preguntó al oído, casi en un susurro:

—¿Cuál fue el primero de tus propósitos?

—Vivir contigo —respondió ella.

Enrique sintió entonces, con claridad, que la amaba.

Era algo más del mediodía, cuando descendió del carruaje que le traía de La Dehesa. Inmediatamente, uno de los criados le anunció una visita y le entregó una nota en la que figuraba el nombre: «Pedro Arrasate».

El corazón le dio un vuelco. La presencia de su amigo le resultó tan absolutamente inesperada como jubilosa. Últimamente, había llegado a recordarle muy de tarde en tarde. Releyó dos veces el

nombre escrito en el papel para asegurarse de que era el de su camarada. Hacía más de seis meses que carecía de noticias suyas y, algunas veces, las había echado de menos.

—Me dijo que era amigo suyo.

—Claro que sí. ¿Cuándo ha llegado?

—Hace unas horas. Le acompañaba otra persona, cuyo nombre no mencionó. Dijeron que regresarían más tarde.

—¿Sabes a dónde fueron?

—No, señor.

—Está bien. En cuanto lleguen los haces pasar al recibidor y me avisas.

Por el pasillo que comunicaba con las cocinas, entró en el patio principal desde el fondo de la casa y subió decididamente por la escalera rica, para buscar a su esposa. Al pasar comprobó —lo hacía siempre—, que el gran reloj de péndulo continuaba funcionando correctamente.

En el corredor, una sirvienta se acercó para informarle de que Constanza no se hallaba en casa.

—Esta mañana vinieron a decirle que su padre se encontraba indispuesto y salió de inmediato. Dijo que regresaría poco después del mediodía para el almuerzo y que, de no poder hacerlo, avisaría.

—¿Lo ha hecho?

—No, señor.

—Está bien. La esperaré —contestó.

El comedor se hallaba ya dispuesto para el almuerzo. Entró y de la licorera se sirvió una copa de vino. En el centro de su color limpio, amarillo algo verdoso, brillaba, dorada, la luz que entraba por la ventana.

Se encerró en el despacho para ojear un informe acerca de los injertos de cepas autóctonas sobre pies de vides americanas. El documento procedía de la Escuela Agrícola, creada por el Gobierno para luchar contra la filoxera. Lo juzgó esperanzador. Pero fue en sus conclusiones donde encontró nuevos motivos para la confianza en el

porvenir. Aseguraban que, de comenzar de inmediato la replantación de los nuevos viñedos con las vides silvestres, la recuperación del cultivo podía ser una realidad en escasos años.

Aunque no se atrevía a desechar por completo sus dudas acerca del rescate de las virtudes de los viejos caldos, se sentía satisfecho. Paladeó el aromático vino y, una vez más, reconoció que la vida le sonreía. Llamaron entonces a la puerta y el criado le anunció la llegada de Pedro Arrasate.

—Como usted ordenó, lo he hecho pasar al recibidor —dijo.

Bajó rápidamente. Casi le hacía correr la alegría por el reencuentro con el amigo fiel, con el que había transitado buena parte de la que llamaba su etapa de hijo pródigo.

Le aguardaba en la misma sala donde días antes había recibido a Martirio. A través de los cristales de la puerta, lo vio sentado en el sillón de madera oscura. Le pareció que estaba más delgado y que presentaba peor aspecto. Entró pronunciando su nombre y buscó un abrazo amistoso que no se produjo. Su amigo hizo ademán de levantarse, sin llegar a hacerlo.

—¡Buenas tardes, señor marqués!

El saludo surgió a sus espaldas. Enrique se volvió para darse de cara con un viejo conocido que, revólver en mano, a escasos centímetros, le señalaba el centro del pecho con el cañón del arma. Era alto y seco, de ojos oscuros como el cabello lacio, como el bigote y la barbita que enmarcaban su boca.

—¡Pascual Miralles! —exclamó Enrique sorprendido. Su mirada incrédula iba de uno a otro de los dos recién llegados—. ¿Qué es esto? ¿Qué haces aquí?

—Quizá te lo pueda explicar tu amigo —repuso Miralles con visible ironía.

Enrique indagó en los ojos de Pedro Arrasate.

—¿Qué pasa, Pedro? —preguntó.

Arrasate se encogió de hombros con desolación y guardó silencio. Tenía la mirada extraviada y un sombrío gesto de pesar en el rostro. El del revólver intervino:

—Lo he necesitado para que me traiga a tu casa. Y ciertamente que me ha costado.

Enrique se volvió hacia Miralles, que ahora le apoyó con fuerza el cañón del arma en el centro del pecho.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

Miralles respondió despacio, marcando con intención cada frase:

—Quiero lo mío. Lo que te presté y que me debes. Supongo que con todo lo que tienes no te resultará difícil devolver lo que no te pertenece, ¿no, señor marqués? Siéntate —ordenó cambiando de tono y empujándole con el arma—. Ahí, al lado de ése. Vamos a ajustar las cuentas pendientes. Las mías y las de otros que me esperan en Madrid para percibir también lo suyo. Dirás que lo olvidaste, ¿verdad?, pero aquí estamos nosotros para recordártelo y para explicarte algo que tú sabes de sobra: que los préstamos llevan implícitos los intereses. Comprenderás que uno no tiene espíritu de hermana de la caridad.

Con la incredulidad reflejada en el rostro, el marqués obedeció y se sentó en otra butaca igual a la que ocupaba Arrasate, al otro lado del velador.

En su cabeza daban vueltas agitadamente dos pensamientos: o Espinosa incumplió el compromiso de remitir el dinero, o Arrasate no había llegado a saldar sus deudas. Estaba pálido y visiblemente nervioso. Se pasaba repetidamente la mano por el pelo y por la cara, sin comprender aquella situación. Fuertemente alterado, cogió con fuerza el brazo de Arrasate para preguntarle:

—Pedro, no entiendo lo que está pasando. Quiero que me des una explicación.

Arrasate se removió en el asiento y resopló, ostensiblemente incómodo, pero se mantuvo en silencio. Evitaba mirarlo y de un violento tirón retiró el brazo que le asía el marqués.

—Mírame, ¡por favor! —insistió Enrique con ansiedad—. Escucha: me consta que hace ya algunos meses recibiste el dinero que te envié para que saldaras todas mis deudas. ¿No lo hiciste? ¿No las pagaste? ¡Contéstame!

Arrasate agachó la cabeza, negando porfiadamente. Enrique exclamó:

—¡Por Dios, Pedro!, ¿puedes decirme qué has hecho?

En aquel momento, desde el otro lado de la puerta acristalada se asomó con curiosidad Constanza y, después de dudar un instante, entró en el recibidor con su más amplia sonrisa. Enrique le había hablado en ocasiones de Pedro Arrasate —«mi amigo del alma en aquel destierro de Madrid»— y estaba ansiosa por conocerlo. Sin embargo, la alegría se le heló en el rostro: la escena que se le presentó ante los ojos resultaba bien distinta a lo que esperaba. Jamás hubiera imaginado encontrar a su marido con la boca de un oscuro revólver colocada sobre la sien. La visión la paralizó.

—¡Constanza! ¿Por qué has entrado aquí? ¡Vete, por Dios!, ¡por lo que más quieras! —gritó con desesperación.

Miralles no le dio tiempo siquiera a pensarlo. La tomó con violencia del brazo y la sujetó a su lado.

—¡Vaya! —exclamó apretando la boca—. Apareció la marquesa. Encantado, señora —dijo adornándose con una sonrisa forzada, sin dejar de apuntar a Enrique con el arma—. A partir de ahora, las cosas serán más fáciles para todos. A ti —dijo dirigiéndose al marqués— para devolver lo que me adeudas, y a mí y a éste para escapar. Usted será, señora, la garantía de nuestra seguridad.

—¡Por favor! —suplicó Enrique—, ¡suéltala! ¡Déjala que se vaya! Te daré lo que quieras.

—Ahora no puedo hacerlo. Ya te he dicho que se ha convertido en la garantía que necesitamos para salir de aquí

—¡Eres un canalla!

Enrique se incorporó de un salto y con desesperación tomó el cañón del arma tratando de arrebatársela a Miralles. El disparo retumbó en la habitación y le empujó con fuerza contra la pared. Quedó con la espalda apoyada contra ella. Tenía la mano sobre el pecho y los ojos muy abiertos, llenos de incrédulo miedo. Por su camisa se extendía rápidamente un manchón de sangre. Luego lentamente, resbaló hasta el suelo, arrastrando en su caída el bronce de Apolo y Dafne. Estaba muerto. La blancura del muro quedó marcada con una línea, ancha y vertical, de sangre caliente y oscura.

Constanza no llegó a gritar. Sintió que de pronto el mundo se ensombrecía a su alrededor y cayó al suelo sin sentido, mientras Pascual Miralles y Pedro Arrasate salían de la casa, a todo correr.

L

La pensión Bellavista se hallaba en la culminación de la Cuesta de las Calesas, dando frente al puerto y a la bahía. Muy cerca, a sus espaldas, señalando los límites urbanos, se alzaban orgullosamente compactas, abiertas en las murallas, las Puertas de Tierra. Martirio se alegró de haber elegido aquel alojamiento. Lo encontró limpio y acogedor.

Había oscurecido completamente, cuando tomó posesión de una de sus habitaciones. Sobre una cómoda, ante un espejo con el azogue algo apulgado, un quinqué ya encendido iluminaba un pequeño escritorio, así como la cama, grande, de hierro. En un rincón, tras un biombo de tela, se encontraba el lavabo. Se trataba de un escueto mueble, con un espejito ovalado, que sostenía las toallas y la palangana. Colocada sobre ella, había una jofaina de loza blanca llena de agua.

La pieza se asomaba a la calle a través de un balconcito. Sus estrechos postigos abrían hacia fuera para defenderse del viento. Desde allí Martirio pudo ver la luz de las farolas que señalaba en parte, a sus pies, el contorno del puerto y de la estación del ferrocarril. No eran muchas, pero proporcionaban al paisaje nocturno un aire de modernidad que la maravillaba. Todo lo demás estaba oscuro y en las tinieblas, a lo lejos, a intervalos regulares, destellaba un faro.

De vez en cuando algún carruaje subía o bajaba por la suave cuesta. Desde los baluartes se oyeron a cortos intervalos los toques de retreta y, al cabo de un rato, los de silencio. El aire era limpio y fragante. En su aliento salino, impregnado de fuerte olor a algas, se adivinaba la presencia viva del mar, tan atrayente para Martirio; un aroma espeso que hacía fulgurar indistintamente, en la llama de sus recuerdos, las visiones de la bahía de Santiago y la de la costa agreste de Manzanillo, salpicada de manglares.

Mezclado con el olor del mar, llegaba también hasta ella una delicada fragancia, que le recordaba al limón y al azahar.

Al día siguiente, la casera le informó que aquella esencia procedía de una flor blanca y delicada, de rizado cáliz. «

—Se llaman lirios de mar, señora —le dijo mostrándole un ramito puesto en un vaso con agua—. Quizá se nos antojan más hermosas, porque sólo duran un día.

A Martirio le parecieron bellísimas.

—Son dignas de adornar un sagrario —comentó.

Al balcón alcanzaban también otros olores que procedían de las viviendas adyacentes y del ambiente de la ciudad y que le recordaban su niñez y su adolescencia en Bayamo: a huerto, a guisos, a madera, a tabaco, a vinos embodegados...

A pesar del cansancio, Martirio permaneció todavía un rato en el estrecho balcón, tratando de vivir serenamente la espera del momento de embarcar. Su ilusión se había trasladado al otro lado de aquellas sombras, por cuyo extremo sabía que aún navegaba la luz. Presentía que por donde el sol ahogó hacía unas horas su brillo postrero, ya estaba dispuesta a abrirse para ella, la estela que marcaría su regreso.

Apenas durmió. La despertó a menudo la inquietud que conlleva la inmediatez de un viaje.

Deseaba que el de su partida fuera un día especial, más lleno de esperanza que todos los anteriores. Muy temprano, con la ciudad humedecida por un brillante rocío, salió para adquirir el pasaje. Se detuvo a contemplar el puerto, convertido en un hervidero de vida y trabajo. Los muelles enmarcaban el mar, confinado en un rectángulo mate, rayado por un espeso enrejado de mástiles y cordajes pertenecientes a los barcos atracados o fondeados. Una espesa bruma impedía a la vista llegar más lejos, pero el olor del océano, como el de un animal grande y frío, lo impregnaba todo.

Martirio zigzagueó al azar por un dédalo de calles estrechas, hasta desembocar en la plaza, abierta frente al puerto. Allí encontró, tal como le había indicado la fondista, las oficinas de la compañía naviera. Tras el mostrador, en la pared, algunas litografías de acuarelas representaban airosos navíos con todas las velas desplegadas y vapores que avanzaban contra el viento sobre la redondez de las olas, dejando atrás el denso humo de sus chimeneas.

Adquirió un pasaje de primera clase en el vapor correo Catalina.

Le informaron que se trataba de un moderno buque, recién adquirido por la compañía para cubrir la ruta entre Barcelona y Nueva Orleans. Haría escala en las islas Canarias y, tras una breve parada en San Juan de Puerto Rico y en Santiago de Cuba, continuaría su derrotero hacia La Habana para rendir viaje en la ciudad norteamericana, varada en las pantanosas orillas del Mississippi.

La llegada del navío estaba prevista para el día siguiente, pero le advirtieron que zarparía dos días después, antes del mediodía, tras tomar carga y pasaje.

Martirio aprovechó aquellas dos jornadas para pasear por la ciudad, cercada por el océano, impregnada por una luz difusa, plateada en las primeras horas de la mañana y áurea en torno al ocaso.

La tarde de la víspera, tras comprobar que cinco o seis periódicos se ofrecían a los gaditanos en imprentas y librerías, adquirió algunas novelas para distraerse durante el viaje. A su regreso a la pensión, la dueña le tenía preparada, en un tiesto, una planta de lirio del mar.

El día de la partida, embarcó antes de las diez. La recibió con amabilidad el sobrecargo. Tras consultar el rol de pasajeros, ordenó a un sirviente que le señalara el camarote.

Lo siguió a través de un estrecho pasillo. Era un hombre de cierta edad, moreno, casi de la misma morenez mestiza de Martirio. La guayabera cruda que vestía hacía destacar aún más el color canela del rostro y de las manos. Por fin se detuvo ante una puerta.

—Aquí es, señora. Aquí tiene la que será su casa durante quince días. Si Dios quiere.

Sonrió con franqueza. Repetía una frase aprendida. Después, introdujo las maletas en la reducida pieza y le entregó la llave.

—Cómo me complace oír ese acento suyo, habanero. ¡Llevo tanto tiempo...!

El camarero sonrió aún más ampliamente.

—Usted es de Santiago, sin duda —dijo.

—Se equivoca —repuso Martirio con orgullo—. Soy bayamesa.

El sirviente le comunicó el horario de comidas, hizo algunas recomendaciones para evitar el mareo y, tras ofrecerle sus servicios, se despidió deseándole una feliz travesía.

Cerró la puerta del camarote. El olor, a madera limpia y barnizada, era muy diferente al que recordaba del viaje que la trajo a España. En esta ocasión, gozaría además del privilegio que le proporcionaba un ojo de buey. Su redondo cristal le permitiría divisar

retazos de las dos infinitudes que le ofrecería la travesía: el cielo y el mar.

Regresó a cubierta después de distribuir parte de su equipaje en arcones empotrados que servían de asiento. Estaba nerviosa y buscó distraerse observando el embarque de otros viajeros, así como el animado ambiente portuario. Algunas carretas de bueyes acercaban toneles, bultos y mercancías que las grúas subían al Catalina y a otros barcos menores surtos en el mismo muelle.

El avance del día acabó por disipar la bruma. Muchos de los edificios de la ciudad se asomaban ya limpiamente a la bahía. Sobresalían las torres de la catedral, como enormes garitas de piedra blanca; también su media naranja de azulejos amarillos. Los miradores acristalados, altos asimismo como torres, escalaban el aire, diseminados por el caserío blanquísimo. Desde ellos se oteaba el mar para divisar con antelación la llegada de los navíos. También para despedirlos, después de tenerlos prendidos de la mirada en un largo adiós, hasta que traspasaban la línea del horizonte. La ciudad combinaba sutil y bellamente los esplendores de su vegetación: de las distintas palmeras, de la hirsuta cabellera de los dragos, de los brillos satinados y oscuros de los ficus y la esbeltez de las araucarias, que prestaban al aire el encaje de sus ramas, levantadas como verdes pirámides escalonadas.

La llegada a la dársena de un contingente militar aceleró los pulsos de su corazón.

Eran soldados de reemplazo de las tropas de ultramar, vestidos con sus característicos uniformes de dril de rayadillo azul. Se cubrían con sombreros de jipijapa, en cuyas cintas lucían las escarapelas azul turquí de la infantería. Hacía años que no había visto aquel uniforme, tan cercano a los momentos más intensos de su vida en Cuba, tanto por felices como por amargos. La visión le proporcionó la evidencia de que se hallaba allí para dirigirse precisamente hacia aquel pasado que la atraía y la repelía al mismo tiempo, aunque no en igual medida. La nostalgia había logrado dulcificar, borrar incluso, muchos malos recuerdos.

Al otro lado de la reja que cerraba el recinto portuario, se agolpaban los curiosos para ver evolucionar a la tropa. Serían unos ciento cincuenta hombres.

—Una compañía —comentó un hombre alto y fornido, con frondosas patillas y pinta de militar retirado que los contemplaba.

Manejaba el bastón de nudoso bambú como si fuera un sable.

Martirio los vio formar en la explanada. Maniobraban siguiendo las órdenes del cornetín y de los oficiales, cuyas voces se percibían a lo lejos. Tras permanecer unos minutos atendiendo a las que sin duda debían ser las últimas instrucciones de sus jefes, rompieron filas y se acercaron al Catalina. Poco a poco, subieron a bordo cargados con los petates. Algunos pasajeros aplaudían. Incluso llegaron a oírse algunos vítores a España.

En Martirio los sentimientos eran contradictorios: a la ilusión que le ofrecía la partida se sumaba, creciente, una incómoda angustia.

—Ahora podemos viajar tranquilos. Nos protege el ejército —oyó decir a una señora acompañada por una jovencita, seguramente su hija.

El caballero con aspecto de militar, con la certeza de contar con la atención de otros viajeros, aclaró, sin dirigirse a nadie en concreto, que, por necesidades estratégicas, la compañía iba a ser trasladada a su destino —no decía si a Cuba o a Puerto Rico— en el Catalina, pese a ser un transporte civil.

—Ocuparán los pasajes destinados a los emigrantes. Es una suerte para ellos viajar en este barco tan moderno —aseguró.

Los soldados eran muy jóvenes. A Martirio le parecieron casi niños. Los observó embargada por un sentimiento de compasión, mientras accedían al buque. Podía percibir su inquietud, su atropellada incertidumbre, incluso el ahogado miedo que debían sentir al verse ante un destino temible, no buscado, plagado de riesgos, al que la imaginación hacía aún más aterrador. Su desasosiego trascendía —Martirio lo advirtió— en su agitación, en la alegría forzada con la que procuraban animarse unos a otros, en la torpeza nerviosa de muchos de sus gestos...

La visión de los militares continuaba haciendo bullir en ella emociones contrapuestas. Sentía ahora, en lo hondo del alma, que su tierra la llamaba con una urgencia inaplazable. Pero con ella le alcanzaba el recuerdo de la muerte de su marido, sobre el que flotaba, pálida, la última imagen que de él conservaba. Y como si fuera posible reencontrar aquella visión, arrebatada por el anhelo, buscó el rostro del teniente Mena entre aquellos jóvenes que, con el temor oculto en el petate, levantando como un banderín un entusiasmo inconsciente, abordaban el buque.

La tripulación inició los preparativos para zarpar. La compañía de soldados se había agrupado a popa, aguardando nuevas órdenes antes de descender a los camarotes situados en los niveles inferiores del buque, justo encima de las bodegas.

Llegado el momento, el Catalina lanzó por tres veces al aire el aullido de su sirena. Una tras otra las estachas cayeron al agua, desenlazadas de los norays, y la nave se despegó solemnemente del cantil del muelle. Luego, con suavidad, abriendo las aguas quietas, enfiló la proa hacia la abertura del puerto y buscó, a través del Canal Hondo, la salida a las aguas profundas, teñidas de azul oscuro.

A lo lejos, sobre el blancor de los arenales y la línea, como una bruma verde de los densos bosques de pinos, se divisaban los puertos. Alguien, a su lado, melancólicamente, los designaba: San Fernando, Puerto de Santa María, Rota…

En la popa, algunos pasajeros y la mayoría de los soldaditos del reemplazo tendían hacia tierra firme sus miradas de adiós. Martirio entendió que en todos los corazones, a excepción del suyo, se hallaba implícita la esperanza de volver.

Tras dejar por la banda de babor los fuertes de la Candelaria y de San Sebastián, asomados por encima del cerco oscuro de murallas y bastiones de Cádiz, cortados sobre el mar, el Catalina dejó sentir ahora el latir acompasado de sus máquinas y puso franco rumbo hacia el sudoeste por un mar de brillo casi metálico. Un haz de dorados cirros, como plumas, parecía señalar en el cielo el derrotero del vapor.

Poco a poco, muchos pasajeros abandonaron las cubiertas a la busca de cobijo y acomodo en el interior, y unos minutos después, al anunciado repique de una campana comenzaron a afluir hacia los comedores.

Martirio lo hizo al de primera clase. Ocupó un asiento en una mesa para seis comensales. En la situada en el rincón opuesto departían amigablemente algunos oficiales de la compañía embarcada, un capitán y tres tenientes, con distintivos de metal en cuellos y bocamangas. Los bancos y las mesas de hierro con tapas de madera estaban fijos al suelo.

El salón no tardó en llenarse casi por completo. Algunos viajeros exhibían el aire suficiente y resuelto de las gentes acostumbradas a viajar; otros, por el contrario, se mostraban incómodos, situados a una temerosa distancia de los demás que, seguramente, estaban deseando

romper. Buscando acomodo, parecían andar al encuentro de las afinidades con otros pasajeros.

La señora que viajaba con su hija adolescente, tras preguntar si los asientos estaban libres, se sentó junto a Martirio. Indudablemente, ambas mujeres necesitaban compañía y estaban dispuestas a otorgársela.

LI

La noticia de la detención de Miralles y Arrasate cundió veloz por la habitualmente adormecida Morana, conmoviendo a sus habitantes hasta el punto de que, casi de inmediato, un número de más de un centenar de personas, indignadas por el crimen, a los que se fueron añadiendo los inevitables curiosos y otras gentes mal entretenidas, se arremolinó ante el cuartel de la Guardia Civil, en cuyos calabozos habían sido recluidos.

El tumulto creció de manera acorde a la densidad del grupo de los congregados, cuyos gritos se multiplicaron. Varios exaltados, a los que algunas mujeres jaleaban con feroz entusiasmo, reclamaron la entrega de los presos para aplicarles —así los proclamaban— «la justicia del pueblo». Exigían su ahorcamiento inmediato. Allí mismo. Y para confirmar su determinación, habían pasado dos cuerdas por los barrotes del balcón de una casa frontera, y amarrado firmemente los extremos a la reja de una ventana baja.

Ante el cariz que iba adquiriendo la situación, el comandante del puesto se vio forzado a salir a la puerta. Flanqueado por dos números armados con fusiles, esgrimía en cada mano un revólver de reglamento. Su presencia acalló de inmediato el vocerío y un silencio turbio se instaló entre la multitud. El oficial, con su charolado tricornio calado firmemente hasta las cejas, dirigió de lado a lado de la calle una mirada intimidatoria y luego, con voz ronca y enérgica, exhortó a los congregados a que dejasen actuar a la justicia, invitándoles a abandonar el lugar y a regresar tranquilamente a sus casas.

—¿No es precisamente eso lo que queréis? —preguntó—. Pues a la verdadera justicia, no al tumulto y la venganza, es a quien a su debido tiempo se entregarán los prisioneros. Aquí no se puede pasar. Nadie entrará en el cuartel. ¡Ya lo saben ustedes! ¡Cada uno a su casa! ¡Vamos!

Un confuso murmullo de disconformidad se alzó en una parte del grupo.

—De nada servirán las protestas —agregó—. Por mí, podéis continuar vociferando, hasta el día del juicio final, pero estad seguros de que los presos permanecerán en este lugar, hasta que el juez decida otra cosa. Eso es todo.

Y con un gesto ordenó la retirada a los números que le

acompañaban y, tras ellos, sin dar la espalda a la calle, regresó al interior del cuartel, mandando cerrar y atrancar las puertas, al tiempo que decretaba redoblar la guardia.

Al ruido de las aldabas y los potros afianzando el cierre de los portones, la masa humana concentrada en la calle comenzó a removerse. Algunos se retiraron de inmediato. Otros, con decreciente entusiasmo, continuaron profiriendo gritos. Media hora después, el calor tórrido que difundía el inclemente sol del recién comenzado verano se abatió sobre el gentío, disolviéndolo por completo.

En el primer interrogatorio, los detenidos declararon que, tras escapar de la casa de los Medina, permanecieron escondidos varias horas en el cementerio, y que desde allí salieron, saltando las tapias, en cuanto oscureció. Su detención se produjo al amanecer del día siguiente, cuando, exhaustos, con las carnes destrozadas por las caídas, y abiertas por las heridas de los zarzales de los arroyos y las ramas con las que tropezaron repetidamente en su huida campo a través, estaban a punto de alcanzar una vía férrea principal, distante casi cuatro leguas de Morana, la que, según imaginaban, les hubiera permitido alejarse definitivamente del lugar del crimen.

Pascual Miralles fue sincero al manifestar los motivos de su presencia en la mansión del marqués y sostuvo, con invariable tenacidad, la misma declaración en todas las instancias. Confesó que se habían trasladado a Morana, con el único fin de reclamar a Enrique de Medina una deuda ya percibida.

—Se trataba de un simple engaño, que luego derivó en un intento de chantaje, al que me indujo Arrasate. Sólo pretendíamos hacerle pagar dos veces la misma deuda —repitió en todas las ocasiones.

Con idéntica desesperada firmeza, Miralles sostuvo que la muerte de Enrique de Medina se había debido a un lamentable accidente, provocado por la reacción violenta e inesperada del propio fallecido.

—Nunca tuve la menor intención de hacerle daño. Él mismo, al agarrar el cañón del arma, provocó el disparo —repitió en todas sus declaraciones.

Pedro Arrasate se mantuvo igualmente, ante un Miralles exasperado que lo acusó de farsante y traidor, en negar haber tenido que ver en el asunto. Insistió en todo momento que había sido forzado por aquel a acompañarle. Los careos entre ambos terminaron en tormentosas acusaciones recíprocas, que en todos los casos se

mantuvieron invariables.

Tres días después del multitudinario entierro del marqués, llegó una carta a él destinada, remitida por Gaspar, el sirviente madrileño del difunto, en la que le daba aviso de la inminente llegada y de las intenciones de Arrasate y Miralles. Aquella prueba, y los antecedentes delictivos de Pascual, que incluían varias agresiones sangrientas con arma blanca, fueron cruciales en el dictamen de los jueces.

En señal de duelo, las grandes puertas densamente claveteadas de bronce de la casa solar de los Medina fueron entornadas, aún más de lo que se hallaban desde el fallecimiento de don Alonso. Así permanecieron todos los años que duró la vida, nuevamente claustral, de Constanza.

Durante las siguientes semanas, el homicidio proporcionó un caudaloso tema de conversación a todos los estratos sociales de Morana.

En el balcón principal del edificio de la Sociedad, por acuerdo unánime de la junta directiva, fue colocada una colgadura con crespones negros durante diez días —número de jornadas que algunos socios consideraron injusta por exagerada.

La truculencia del crimen y la categoría social de la víctima, cuya vida había sido truncada en su plenitud, cuando acababa de incorporarse al disfrute de una posición y de unos bienes envidiados, consiguió exacerbar los sentimientos de conmiseración pública y desbordó la imaginación popular. Corrieron de boca en boca las más diversas y contradictorias elucubraciones, acerca de los motivos y de las circunstancias del crimen. Al bullir de las distintas opiniones con las que se agitaban las tertulias, se sumó la prensa más proclive al tremendismo. Las portadas de repetidos números fueron rotuladas con grandes titulares impresos en tinta roja. Muchos moraneses llegaron a guardarlos para perpetua memoria del crimen, junto a otros ejemplares que narraban sucesos considerados históricos en la localidad, como el temblor de tierra del día de Navidad de 1884, la epidemia de cólera del año siguiente, la destructiva invasión de la plaga de la filoxera o la riada que segó varias vidas y causó importantes daños el año de 1889. Asimismo, periódicos de todos los signos y de tirada nacional incluyeron una importante esquela necrológica y ocuparon parte de sus páginas con informaciones sobre el suceso.

Por fin, el paso del tiempo hizo decrecer el interés por lo

acontecido y por sus consecuencias, distraído ahora con las noticias bélicas que llegaban de ultramar. No obstante, algunas páginas de la prensa moranesa continuaron albergando folletinescas crónicas y apasionados artículos de opinión, sobre las incidencias que jalonaron el desarrollo del proceso contra Arrasate y Miralles. En el decenario conservador «Morana» fue publicada una encuesta, a partir de cuyos resultados se reivindicó con vehemencia «el derecho irrenunciable del lugar en el que se había perpetrado el delito a que fuera el mismo donde debía juzgarse y, llegado el caso, proceder allí mismo a la ejecución de la pena capital solicitada para los autores del crimen».

La indignación popular generada por el homicidio alcanzó los mismos niveles que los de la lástima que inspiraba la viuda, cuyo estado de embarazo acrecentaba aún más la compasión de las gentes. Las simpatías se volcaron incondicionalmente hacia ella y el heredero aún non nato, a cuyo nacimiento y destino se buscaban paralelismos con los del monarca reinante, cuyo candoroso perfil de infante se repetía en los duros de plata que circulaban desde hacía seis o siete años.

Don Jerónimo Andrade había decidido pernoctar en la casa para no abandonar en ningún momento a su hija, postrada por el dolor. Él debió ocupar los lugares que correspondían a la viuda y a la abuela Teresa, pues ninguna de las dos mujeres tuvo fuerzas para recibir las condolencias que se volcaron caudalosamente sobre la mansión de los Medina. En esta labor, que se prolongó hasta entrado el mes de agosto, no tardó en resultarle especialmente molesta la morbosa curiosidad que, tanto el crimen como la situación de Constanza, buscaban satisfacer las visitas que desfilaron por la sala baja habilitada para recibir los luctuosos cumplimientos.

Las muestras de condolencia se sucedieron sin pausa durante muchos días. Y todas ellas dejaron en el aire cerrado de la casa espesas nubes de confusas lástimas, de untuosas conmiseraciones, así como un tropel de repetidas preguntas acerca de los autores del crimen, de sus motivos, o de los pensamientos y sentimientos de Constanza.

Una tarde, previo anuncio, cumpliendo con el protocolo del pésame —aunque ya lo habían hecho a título personal—, le visitaron corporativamente los más destacados miembros del partido conservador, a los que acompañaban sus respectivas cónyuges. Encabezaba el grupo el alcalde.

Cuando les despidió, don Jerónimo, hastiado de tantas

compasiones que suponía en buena parte hueras, decidió dar por concluida la recepción de condolencias y ordenó cerrar definitivamente las puertas de la casa.

—A partir de ahora —advirtió a la servidumbre—, se usará exclusivamente la puerta falsa que da a la calleja.

A continuación, subió al despacho y redactó una carta dirigida al alcalde, en la que le daba cuenta de su determinación inapelable de causar baja en el partido conservador.

La misiva, más que la decisión, constituyó para don Augusto una sorpresa, no tanto por la expresión de tristeza que contenía y que podía comprender, sino por las divagaciones que don Jerónimo había añadido; pensamientos de los que él participaba, pero que, como político, había aprendido prudentemente a ocultar.

«La desgracia que nos aflige, especialmente a Constanza, jamás podrá encontrar consuelo —había escrito don Jerónimo—. Pero no pierdo la esperanza de que la criatura que nacerá, deseo fervientemente que sea para bien, aunque sin duda acrecentará la dimensión de nuestra tragedia, traiga siquiera un rayo de la esperanza que hemos perdido».

Antes de guardar la misiva con otros papeles personales, don Augusto subrayó con un lápiz varios de sus párrafos:

«Pobre pueblo nuestro, ignorante y crudo todavía a pesar de los tiempos. Sólo capaz de movilizarse a impulsos de infortunios y de tragedias, pero no para intentar superar las desdichas, sino para hurgar en la herida, para satisfacer enfermizos curioseos.

Sólo fastos religiosos, supersticiones incomprensibles, desastres y desgracias son capaces de despertarlo, de sacarlo de su atrasado sueño, aunque sólo sea un momento, antes de regresar nuevamente a ese estéril letargo secular que lo mantiene en la mayor postración.

Hoy toca hablar de la desgracia de esta familia, como se ha hecho antes de la corrida de toros de las fiestas de San Juan. Mañana se hablará de algún suicidio —otro más—, o de cualquier otro crimen atroz…».

Aquella noche, la abuela Teresa y Constanza se asustaron al oír a don Jerónimo hablar solo. Leía en alta voz la carta. Ambas pensaron que había perdido la razón.

Cumplido el tiempo, la parte de la sociedad de Morana que se mantenía interesada en el asunto sufrió una pequeña decepción. Cuando Constanza puso punto final a su triste embarazo, dio a luz una niña, hermosa y perfectamente sana, a pesar de quienes sostuvieron que la terrible impresión recibida por la pobre marquesa, había debido dañar irremisiblemente y causar malformaciones al ser que llevaba en el seno.

La niña, a la que en la pila de cristianar se le impuso como principal nombre el de Enriqueta, en memoria de su padre, recibió además una larga retahíla de otros, invocados para respaldar y proteger a la criatura, merced al poder de los espíritus familiares.

Había cumplido ya tres años, cuando Constanza conoció la muerte casi simultánea de Miralles y Arrasate. Para ella y para la abuela Teresa, ambos fallecimientos le parecieron un estricto acto de justicia divina, que por fin se cumplía.

El recluso Pedro Arrasate había muerto en la mañana del sábado 19 de septiembre de 1896. Fue la primera víctima de una epidemia que, poco después, causó estragos en los barrios humildes de La Habana y que arrastró hasta las turbulentas orillas del amotinamiento a una multitud de presos, que malvivían purgando penas por delitos comunes o políticos en la cárcel de San Carlos de la Cabaña.

El acta de defunción, extendida por el facultativo del penal, de la que tiempo después Constanza pudo lograr una copia literal certificada, hacía constar que el fallecimiento se produjo en la madrugada anterior, a causa de una afección de vómito negro o modorra, como señaló en su breve informe el carcelero.

En aquellos momentos, la enfermedad se extendía como un fuego por los arrabales de la capital, haciendo una extensa limpia de la gente que habitaba los pobres conucos de los barrios extremos, chozas de palma y caña a las que las autoridades señalaban con banderas amarillas, en alusión al calificativo de aquellas fiebres. Apenas dos semanas después, el mal afectó a algunas zonas del establecimiento penitenciario, que fueron declaradas en secreta cuarentena. La inquietud entre los reclusos por la extensión de la enfermedad podía percibirse cada vez con mayor claridad, hasta el punto de que las medidas de control se endurecieron contundentemente. Nació entonces el mito de que eran ya ochenta los fallecidos por el vómito y que los afectados superaban los trescientos. En realidad, el número exacto de los muertos, que nunca llegó a ser conocido, no pasó de una docena.

Con rapidez, procurando que la maniobra resultase inadvertida a los prisioneros, el cadáver de Arrasate fue retirado de su celda y sepultado, cubierto de cal viva en un extremo del alejado foso de Los Laureles, lugar de ejecuciones de presos. Sus escasas pertenencias quedaron depositadas en una caja de cartón, a la espera de ser remitidos a su familia —caso de dar con ella—, hecho que nunca se produjo.

Dos años y medio antes, había sido condenado a pena de deportación de la Península y a cumplir treinta y un años de reclusión mayor en la prisión en que se había convertido la vieja fortaleza de San Carlos, con forma de estrella de piedra alzada sobre la bahía de La Habana. Los cargos que, según la sentencia, fueron sobradamente probados por el fiscal, habían sido de robo y de colaboración necesaria, con premeditación y alevosía, así como de negativa al auxilio en el homicidio del marqués, llevado a cabo, como único autor material, por Pascual Miralles Sebastián, soltero, vecino de Madrid, de treinta y cinco años, condenado en última e inapelable instancia a la pena capital.

De haber tenido posibilidad de escoger su final, una vez que conoció su destino, Arrasate hubiera elegido sin dudar el de Miralles. «Un mal trago —pensaba— el de la corbata de hierro, pero rápido y liberador. Sin embargo, yo permaneceré treinta y un años enterrado en vida, antes de que me entierren muerto».

Durante los primeros meses de su condena, antes de ser deportado, recluido en el penal de Jerez de la Frontera, sus atormentados pensamientos derivaron de manera enfermiza hacia la oscura búsqueda de lo que llamaba «la solución final», y pese a que contó con ocasiones para llevarla a cabo, jamás tuvo el valor de quitarse la vida.

No lo intentó durante su penoso traslado desde Cádiz hasta la capital de Cuba. Con desesperante lentitud, anulado en las primeras jornadas de travesía por el mareo, cruzó el Atlántico en un mercante armado. El viaje superó veinte enloquecedores días, que él sintió transcurrir encadenado, recluido en la lóbrega estrechez de una celda, de donde sólo le sacaban a cubierta media hora diaria. Y aunque en los primeros días se sintió morir, deseó ardientemente, con la misma intensidad con la que odiaba a la sociedad que le había condenado, continuar viviendo para escapar de sus designios.

Creía que sus posibilidades de huida serían mayores en el penal de San Carlos, fortaleza militar edificada más de un siglo antes para

proteger la bahía. Saber leer y escribir le hizo ascender rápidamente en el escalafón de los empleos ejercidos por los presos. La redacción de cartas y memoriales, así como la lectura de las que recibían los reclusos, fue su principal actividad y fuente de algunos ingresos. Muy pronto, Arrasate tuvo ocasión de relacionarse con algunos presos políticos, convictos de estar embarcados en la marea nacionalista cubana, empeñada en una empresa de independencia de cuyo triunfo estaban absolutamente convencidos.

Una América libre, al margen de la influencia colonialista europea, y con ella Cuba, era la base ideológica de aquel movimiento, que no desdeñaba ningún tipo de medios, ayudas y esfuerzos, vinieran de donde vinieran, para lograr el triunfo de su causa.

Pedro Arrasate vio en su adhesión a aquel proyecto, cuyo inicio se anunciaba con tantas señales, la posibilidad de restar muchos lustros a su condena.

Obsesionado con ello, empleó todos sus esfuerzos para vencer las reticencias de los independentistas, prudentemente herméticos y siempre distantes de los demás reclusos. Miraban el acercamiento del deportado español, con la desconfianza otorgada a los sospechosos de ser agentes infiltrados.

Arrasate era consciente de que se jugaba la vida, que en aquella tierra de nadie —ni española ni cubana—, caminaba por el filo de una navaja, que en cualquier momento podía cortarle el cuello, pero no le importó.

Estaba a punto de darse por vencido, cuando comenzó a advertir algunas señales, mínimas, de aceptación. Durante la larga espera, en las noches ardientes del trópico, comenzó a alentar en él el irreductible empeño de abandonar, primero la prisión, y luego, lo antes posible, la isla, para largarse a los Estados Unidos.

En los paseos diarios por los profundos patios de la fortaleza, cercados por altos muros de piedra, entre los corrillos de los presos políticos iban y venían furtivamente panfletos y páginas de periódicos editados por los separatistas e introducidos en la prisión por trabajadores y funcionarios, visitantes ocasionales o proveedores. Su tenencia era castigada con varias semanas de permanencia en una celda de aislamiento.

Con el fin de demostrar su lealtad a la causa, y de vencer en la batalla que continuaba manteniendo contra los recelos y suspicacias

de los independentistas, Arrasate se ofreció a distribuir ejemplares de «El Cubano Libre», que ostentaba como subtítulo el de «Patria y Libertad», y era el órgano oficial de los radicales patriotas de la provincia oriental de Santiago.

Nunca supo cómo, pero una mañana encontró debajo de su colchón, con algunos periódicos, varios panfletos impresos que distribuyó de inmediato durante el recreo.

Cuando culminaba el reparto, fue sorprendido con varios ejemplares y, tras un breve interrogatorio ante los funcionarios, en los que se declaró seguidor de la causa independentista, fue internado en el temido calabozo de castigo.

Cuando cumplió la pena, pasadas tres semanas, al salir de la oscuridad absoluta de la celda, la luz del sol le maltrató cruelmente los ojos, hasta el punto de hacerle gritar, aun después de que los guardias se los cubrieran con un pañuelo. A pesar de aquella consoladora venda, permaneció veinticuatro horas viendo brillar en el fondo de su retina, acompañadas de un dolor sordo, ondulantes luces irisadas y círculos de colores brillantes, que se dilataban y contraían al ritmo de los latidos de su corazón.

Había adelgazado notablemente y gemían, también doloridas, las articulaciones de sus rodillas y la cadena de huesos de la espalda. El espacio de su reclusión le había impedido erguirse.

Pero estaba satisfecho. Unos días más tarde tuvo la certeza de haber vencido nuevas desconfianzas y, poco después, con satisfacción, comprobó que sus esfuerzos no habían sido en vano. Un recluso, con la S cruzada por un clavo marcada a fuego en la mejilla, le comunicó que estaba a la espera de ser inscrito en una célula patriótica constituida en la prisión. De ella, Arrasate llegó a conocer tan sólo a dos miembros, ambos enlaces con otros para él desconocidos.

—Recuerda que eres observado permanentemente —le advirtió—. Ahora mismo te consideramos un mero aspirante. Cuba necesita a mucha gente; también a ti. Aquí no rechazamos a nadie capaz de luchar sinceramente por la libertad, no importa con qué medios, pero antes debes demostrar que eres merecedor de ser cubano, ciudadano libre de este país.

Un jueves, su contacto le apartó a un rincón del patio y le comunicó la inminencia de un levantamiento general. El plan consistía, llegado el momento, en reducir a los guardias, sublevar a los

prisioneros prometiéndoles la libertad y, una vez con el control del penal, abrir sus puertas a los sublevados de la ciudad. Desde allí era posible dominarla y controlar casi la totalidad de la bahía.

Le hablaba casi en un susurro. Era el mismo moreno prieto de otras veces, que mostraba como signo de triunfo de su libertad, aun siendo prisionero, la infamante señal de esclavo sobre la mejilla.

—El plan está ya en marcha, hermano. Recibirás órdenes y armas cuando llegue la hora. Debes estar atento —le dijo antes de despedirse con el grito, en una enérgica voz baja, de: «¡Viva la patria cubana libre para siempre!».

Arrasate nunca llegaría a comprobar que la tela de araña de aquel proyecto estaba ya hecha jirones, y que sus más activos tejedores se encontraban encarcelados o muertos.

El domingo por la mañana, antes del desayuno, y después de escuchar la misa obligatoria de campaña en el patio grande de la prisión, Pedro Arrasate regresó en cuanto pudo al calabozo para arrojarse en el camastro, presa de un demoledor cansancio. Le afligía un frío agudo como un estilete, nacido del tuétano de los huesos. Sufría fuertes dolores en la cabeza y en la espalda.

Aquella noche fue incapaz de recoger el rancho de la cena que le dejaban en el suelo en un plato de metal, introducido a través de la gatera o trampilla que se abría en la parte inferior de la puerta. La noche la pasó tiritando, acosado por continuas y delirantes tembladeras de fiebre. Cuando llegó el amanecer, y la primera luz penetró por la ventana enrejada del calabozo, los compañeros de encierro, que habían protestado durante la madrugada por no poder dormir a causa de sus lamentos, le anunciaron atemorizados que el color de su piel y la postración en la que se hallaba sumido no podía ser otra cosa que fiebre amarilla, la temida modorra.

Uno de ellos, un viejo desdentado, convicto de haber matado a su mujer durante una borrachera, le dijo sin aproximarse al catre:

—Mala cosa, hermano. Si lo que sufres es lo que parece..., vas a tener que pelear con todas tus fuerzas para escapar vivo de esta encerrona.

Luego, antes de situarse prudentemente en el rincón más alejado de la celda, añadió con cruel ironía, quizá para ahuyentar su propio miedo:

—Tienes suerte, español del demonio: a lo mejor has pillado ya lo que todos queremos: el pasaje para salir de este agujero. Dentro de cinco o seis días, con suerte, te entregarán el pasaporte.

El carcelero, de acuerdo con el médico, le quitó públicamente importancia al mal de Pedro Arrasate, pero decretó de inmediato su aislamiento.

Lo encerraron en una celda más pequeña y oscura. A lo largo de los días siguientes aumentaron las náuseas y los dolores. La fiebre continuó restándole las fuerzas que necesitaba para levantarse y en ocasiones sangró por la nariz y las encías. Al cuarto día vomitó sangre oscura digerida y comenzó a sufrir convulsiones. Nadie fue capaz de acercarse a él en aquellos momentos.

Su última noche deliró largamente, antes de sumirse en una agitación violenta. Murió apenas amaneció y no llegó a saber que en la garita del carcelero se encontraba, desde hacía varios días, una carta a su nombre, remitida por Pascual Miralles, aquel al que un odio, que era recíproco, le impidió olvidar.

La noche del día de su entierro, los látigos de viento de un huracán, impregnados de furia, fustigaron la costa norte de la isla. Al amanecer, aquel leviatán cuya llegada habían anunciado los huesos de los más viejos, hizo virar su ojo maligno y se alejó golfo arriba a hacer daño en territorio yanqui.

El temor a la malicia de la tempestad consiguió borrar casi totalmente de la cabeza de los que le habían conocido en la prisión, presos y guardianes, cualquier memoria del recluso Pedro Arrasate.

No fue así para Constanza, pues un interés que su padre consideró malsano, la impulsó a recopilar los documentos relacionados con la muerte de Enrique y con el proceso judicial y el destino de sus autores. A tal efecto, preparó una carpeta, que etiquetó con el nombre del marido, donde los fue archivando cuidadosamente. Abría aquel conjunto de papeles la solemne carta mortuoria del marqués, de anchos bordes negros; continuaba con las notas necrológicas que el suceso había generado en diferentes periódicos, incluidos los de Madrid. Luego, por riguroso orden cronológico aparecían las numerosas cartas de condolencia recibidas.

Incluyó asimismo en el cartapacio sendas copias de las pruebas documentales unidas al sumario, así como un extracto del proceso mismo y de las sentencias. Finalmente, con la ayuda de su padre,

logró comprar información acerca del comportamiento carcelario y de las últimas horas de las vidas de Pascual Miralles y de Pedro Arrasate.

Aquella colección no sólo mantuvo abierta voluntariamente la llaga dolorosa de los recuerdos, sino que sirvió para alimentar durante el resto de su vida el fuego frío de una venganza que, a pesar de todo, siempre consideró insuficiente y que acabó por enquistársele en el corazón, como un tumor feroz, que no le abandonó, hasta el momento mismo en el que fue convocada por la vida para traspasar la oscura línea del último horizonte.

A ella llegó invocándolo, pero con el temor de no encontrar al otro lado a su adorado Enrique.

LII

En el momento en el que el sargento Heliodoro Trucios, uno de los suboficiales de la guardia del penal de la Cabaña se disponía a dar cuenta, en su fiambrera, de la comida del almuerzo, un aromático plato de quimbombós con arroz, recibió, traída por un ordenanza, de parte del «señor alcaide de la cárcel», una carta, cuidadosamente abierta con el puñalillo de acero que había visto en el escritorio del secretario, escrita a lápiz y dirigida al preso Pedro Arrasate.

El sargento recorrió con el índice la larga nómina de los reclusos custodiados en aquel pabellón, hasta llegar al número ciento ochenta y siete.

—¡Mala suerte, hermano! ¡Se pifió el tiro! Ése se enterró anteayer por la mañana, bien tempranito —dijo al portador—. Con entierro de capas y música por la calle —añadió burlón—. Como comprenderás, le llega tarde.

—A mí qué me cuentas —replicó el emisario tendiéndole la misiva—. Tal vez alguien la entretuvo entre otros papeles. Yo te la entrego, que es lo que me han dicho, y tú haces con ella lo que te dé la gana.

Tomó la carta con desgana, pensando que, de haber llegado antes, por lo menos la hubiera podido poner dentro de la mortaja de Arrasate. Luego rectificó: no en cualquier caso. Sólo lo hubiera hecho de haberse tratado de una carta de su madre.

En el sobre, de papel azul, aparecía escrito por encima del nombre del destinatario, el nihil obstant carcelario, la frase escrita por el secretario del alcalde: «Vista. Entréguese».

Prendida a la misiva con un alfiler, se acompañaba una cuartilla que Heliodoro Trucios leyó:

Cárcel de Córdoba, 6 de agosto de 1897.

Sr. Alcaide-director de la prisión de San Carlos de la Cabaña.

La Habana. Cuba.

Ilustrísimo señor director:

Le ruego que, si es posible, haga llegar la carta que le adjunto, al

recluso de esa prisión Pedro Arrasate. Estoy condenado a muerte y la entrega puede entenderla como un deseo de última voluntad.

Dios guarde a V.I. muchos años.

Su seguro servidor: Pascual Miralles Pérez.

—¡Vaya! Me río yo de las últimas voluntades —murmuró—. ¡Todo lo que uno no se lleve en el cuerpo…!

No obstante, previendo una improbable reclamación, el sargento colocó la carta junto a otros papeles antiguos, en uno de los casilleros de un mueble colgado de la pared ante su mesa. Luego el arroz de la comida le hizo olvidarse de ella.

Unos meses después, apaciguada la epidemia de fiebre amarilla, en medio de una lluvia torrencial que empavonaba con sus humedades todas las superficies, volvió a encontrarla.

Tras comprobar que todo estaba en orden en la zona de la prisión cuya custodia tenía encomendada, Heliodoro Trucios contempló atentamente desde la ventana de su estrecha garita, la espesa cortina de agua que se derrumbaba sobre el mar y la tierra, ocultando completamente ambos territorios. El trozo de bahía, como un triángulo azul o verde, recorrido por las líneas paralelas de espuma del oleaje, que solía ofrecérsele entre dos baluartes, era ahora una especie de telón de cambiante niebla gris.

Aburrido, aprovechó la tarde para hacer limpieza en su tabuco. «Ya le estaba haciendo falta» –se dijo—. Desenvolvió los cajones, ahuyentó el polvo y los insectos, expurgó los papeles y ordenó ligeramente los escasos elementos que constituían el mobiliario. También halló la carta de Pascual Miralles, en su sobre azul, en el casillero donde la había depositado.

Respecto a su destinatario, el sargento Trucios conservaba con toda precisión el recuerdo de la mañana de su entierro en el foso de Los Laureles.

—La primera víctima de la epidemia de modorra… Enterrado a todo correr —pensó, con el cielo señalando claramente la llegada de un huracán.

Antes de convertir las dos hojas rayadas, menudamente escritas, que constituían la carta, en una bola arrugada que introdujo con acierto en la papelera, Heliodoro, esta vez con toda la tarde por

delante, se entretuvo en su lectura:

A la atención del recluso Pedro Arrasate.

Cárcel de Córdoba, 6 de agosto de 1897.

Pedro:

Supongo que no te importa lo más mínimo la forma en la que a ti me dirijo, pero empleo tu nombre a secas, porque no puedo ni quiero llamarte amigo. Me resulta imposible denominar así a quien ha sido en buena parte la causa de mi desgracia y de mi perdición.

Sé por experiencia que compartir las pesadumbres reduce su tamaño y su intensidad. Con ello se descarga uno de un peso muchas veces excesivo. Por eso te escribo. Me he decidido a hacerte partícipe de mis últimos días. Quizá por ver si consigo hacerte compartir conmigo —cosa que dudo— la carga de alguna de las cruces que soporto, aunque sea solamente la de los remordimientos.

Me han dicho que los hombres que se encuentran al borde de la muerte son incapaces de saber si se encuentran en razón o si se ha apoderado de ellos la locura. Yo ignoro si, en mi caso, esta situación me hace desvariar, pero si, como algunos aseguran, es cierto que el espíritu de las personas es capaz a veces de salir de su cuerpo, y desplazarse y viajar; si eso es posible, yo puedo asegurar que anoche logré hacerlo.

La cuestión es que no estaba dormido. Me resultaba imposible conciliar el sueño y pude oír, hora a hora, el grito de todas las alertas de los centinelas en sus garitas, aguardando sin duda la entrada en ellas de algún soplo de aire fresco en este tórrido agosto.

Permanecía inmóvil, tendido en el catre, tratando de olvidar el calor sofocante de la noche, cuando me sentí elevado en el aire. Era como si mi consciencia se hubiera escapado de mí, pues vi cómo mi cuerpo inerte permanecía en el camastro, mientras yo podía traspasar los muros de la celda y salir de la prisión. No era como si volase, sino que volaba en realidad. Y la atmósfera en la altura era fresca, casi fría, y limpia como el agua de un manantial.

Muy lejos, por la línea plana del horizonte, pude advertir cómo se acercaba el nuevo día, anunciado por un tenue rasgo encendido entre lo oscuro. Avancé hacia la noche y recorrí como en un sueño, las miles de leguas que nos separan. Penetré en el aire fétido del penal en el que pagas la parte de culpa que te ha correspondido por nuestro delito; me

acerqué hasta la puerta de tu calabozo y me asomé por la mirilla. Pude verte tendido en tu camastro, cubierto completamente con una manta. Me resultó extraño, pero tuve la certeza de que estabas muerto. Y como si aquel viaje sólo hubiera tenido como objetivo comprobarlo, regresé.

Después de pensarlo mucho, he llegado a la conclusión de que acaso se trate de una alucinación originada por mi deseo de que tú también seas partícipe de este extraño olor a muerto que ya percibo en mí mismo, como si mi carne estuviera preparándose, macerándose, para morir, entregada sin condiciones a la corrupción que le aguarda. No hay nada, a mi pequeño alrededor, que no me lo recuerde constantemente. Aguardar sin esperanza es un suplicio insufrible. Es curioso que mi única seguridad, el lugar donde sé que me sentiré a salvo de esta tortura, se encuentre ahora en la muerte, en acabar cuanto antes con el martirio de esta espera que me consume.

Esto es algo que tú no sufrirás, aunque te lo merezcas tanto como yo. A pesar de tu condena, siempre aparecerán en tu vida algunos resquicios por donde se te entrará al alma la luz de alguna ilusión.

La soledad no deja también de afligirme. Me trae, y los hace vivir en mi cabeza, infinidad de fantasmas.

Sábado 7 de agosto.

Hace ya tres días que conozco la fecha de mi ejecución. El director del penal vino personalmente a comunicármelo. Es uno más de los formalismos de la justicia. Le acompañaban nada menos que cuatro guardias. El carcelero me dijo al día siguiente que otro paisano que vino con él, y que se mantuvo en segundo término, era el médico. Pienso que temían que la noticia me afectara, hasta el punto de hacerme enloquecer de furia o de abatimiento. No necesité ninguna ayuda. Sabía que el momento tendría que llegar y estaba preparado. Procuré ausentarme de aquella ceremonia inhumana y conseguí tener la sensación de que no estaban dirigiéndose a mí.

La cuestión es que —empleando sus propias palabras, que traía escritas— se me aplicará la pena capital el viernes día 17, al amanecer. Así que me quedan diez días de vida. Cuando ésta llegue a tu poder como espero, yo ya me habré visto otra vez con tu maldito marqués cara a cara, si es que eso es posible, que no lo tengo muy claro.

La casualidad o la suerte es la que marca el destino de las

personas. En mi caso está clara mi mala fortuna. Cruzarme con un vividor sin escrúpulos como tú, con un rico tan fatuo y a veces tan torpe como el marqués, no podía terminar bien. La avaricia no sólo ha roto el saco, sino que también me romperá, sin piedad, el cuello.

Domingo 8 de agosto.

Me han trasladado a una celda especial. Es la destinada a los condenados a la última pena.

—Aquí entrarás en capilla —me aclaró el nuevo carcelero.

Me parece una persona educada, con una amabilidad distante y fría. Me custodia, reservándome para la muerte. Es lógico que actúe siguiendo el ritual estricto que señalan estos casos.

La celda, no el calabozo, es todo lo confortable que puede ser. Está más limpia, y tiene más luz, pero su única ventana está tan alta, que sólo alcanzo a ver un trozo minúsculo de cielo.

Nunca imaginé que un pedazo tan pequeño de aire azul pudiera llegar a proporcionarme tanta ansia imposible de libertad como para hacerme daño.

Lunes 9 de agosto.

Ahora que mi vida tiene plazo, la certeza del fin ha mantenido mi alma en vilo todo el día. Creo que, por eso, esta noche apenas he pegado ojo. Pese a que, en mi situación, lo que me gustaría es dormir continuamente y no pensar en nada, no he conseguido dejar de remover angustiosamente los pensamientos y de dar vueltas en el camastro. Creo que estoy empezando a volverme loco.

Martes 10 de agosto.

Hoy ha venido a verme el cura. El carcelero me preguntó previamente si quería estar a solas durante un rato con él. Le respondí que no me importaba. Me ha parecido un hombre simpático. Se sentó conmigo en el borde del camastro y fumamos juntos un par de cigarros. Desde la puerta, mi guardián no me quitaba ojo.

Por un rato me ha distraído. Me preguntó por mi familia y por mi pueblo. Él también me contó cosas de los suyos.

Aunque toda mi vida he sido muy poco religioso, he procurado escucharle con la mayor atención. Se esforzó cuanto pudo en

proporcionar consuelo a lo que llamaba mi desventura. Algo ha conseguido. Se conoce que tiene oficio en este menester.

Me habló de otro juicio, «pero éste de verdad justo» —eso me dijo —, en el que, según aseguró, basta con arrepentirse para ser totalmente perdonado.

Le contesté que se lo contase al juez que me condenó.

Y él, con una sonrisa, me ha dicho que Dios es ese justo juez, y que su justicia es, precisamente, el amor infinito que tiene a todos sus hijos.

Luego me ha preguntado si estaba arrepentido de la muerte del marqués.

Le respondí la verdad: que sí, que no fue mi intención matarlo, que todo había sido un accidente.

Repuso entonces que no me preocupara, que ya estaba previsto mi perdón.

Me gustaría creerlo. Esas cosas de los curas: misas, sermones y rosarios, siempre me han parecido sólo para distraer a las viejas y a las gentes de cerebro endeble, pero tengo tanto tiempo vacío —casi todo el poco que me queda—, que me ha complacido, incluso al intercambiar palabras y pensamientos con él, he llegado a olvidarme un rato de mi destino.

En cuanto a lo que me ha dicho acerca de una felicidad eterna para los afligidos, los que lloran, los que sufren persecución a causa de la justicia, seguramente para confortarme, ojalá fuese verdad.

Viernes 13 de agosto.

A pesar de que me lo había propuesto, han pasado dos días sin que me apeteciera escribir una sola palabra. Estuve a punto de romper esta hoja escrita. Tampoco probé bocado. Sufría tal pesadumbre, que no fui capaz de incorporarme de la cama. Me asaltaron las ganas de llorar y me tapé la cabeza y lloré hasta que no pude más.

De parte del alcaide, el carcelero me ha amenazado con cosas terribles si continúo sin comer. Les preocupa que no llegue vivo al suplicio. Todo un detalle por parte de este mundo hipócrita.

También les intranquiliza que no me reconcilie con Dios. Hasta

ahora me he negado. Si Dios es infinitamente bueno, y el mal que he hecho y por el que me condenan no ha sido intencionado, no creo que haga falta. No obstante, si al final me decido, le pediré perdón personalmente. Supongo que será mucho más efectivo.

Sábado 14 de agosto.

El carcelero me ha comunicado que ya me encuentro en capilla y que el verdugo ha llegado ya a la prisión para preparar el instrumento. Así lo llaman.

—Conoce su oficio —me ha dicho—. Puedes estar tranquilo de que no fallará.

Es curioso que estas palabras hayan podido aliviarme, pero ha sido así.

—Amigo: la muerte no duele. Duele la vida —añadió.

Me ha informado que quizá venga a verme la víspera para pedirme perdón y fumarse, si me apetece, un cigarro conmigo.

No sé si quiero conocerle.

Domingo 15 de agosto.

Esta mañana muy temprano vino el barbero de la cárcel para afeitarme la barba y la nuca. Me ha dicho que es lo acostumbrado. Le he pedido que me rasure también el cráneo. Traía, además de un maletín con los avíos, un sillón plegable de hierro en el que me senté.

—Es un asiento de campaña, de los que usa el ejército —me aclaró el carcelero mientras lo desplegaba.

Luego, pretextando evitar cualquier intento por mi parte de aprovechar la proximidad de la navaja barbera a mi cuello para lesionarme, me rogó que me dejara esposar las manos a los brazos del sillón.

A mí no se me había ocurrido, pero no tuve inconveniente.

El barbero tenía las manos muy frías y, al contrario de otros que he conocido, era poco hablador.

—Ya está hecho. Hay que facilitar las cosas y procurar que cada uno cumpla con su obligación sin impedimentos —fue lo único que dijo cuando concluía, dándome unos golpecitos en el hombro.

No sé qué aspecto tendré.

Por la tarde vino de nuevo el cura. Hablamos durante mucho tiempo.

Esta noche he soñado que el barbero era en realidad el verdugo que, con el pretexto de afeitarme, había acudido para analizar mi cuello.

Lunes 16 de agosto.

Tengo entendido que puedo expresar un último deseo. He decidido pedir un par de botellas de coñac o de ron para embriagarme. El carcelero me lo ha insinuado discretamente. Prefiero enfrentarme al garrote algo aturdido. Y no es porque tenga miedo a dejar el mundo, que no lo temo, sino porque no quiero que en el último momento me traicionen los nervios y no me comporte como tengo pensado.

Quizá algún día, si es que te interesa, haya quien pueda contarte cómo me enfrenté a la muerte. Pero lo más probable es que lo que a mí me suceda no le interese absolutamente a nadie. Por si acaso, ten por seguro que lo haré con la mayor dignidad.

P.D.

He decidido creer firmemente en Dios en mis últimos instantes. Cuando esté frente a él, no sé si pediré perdón. Es la única posibilidad que me queda de comprobar que, de verdad, sufres como yo en el infierno.

Aquella misma tarde, poco antes de la hora del relevo, cuando el cabo Trucios agotaba su turno, se le presentó Daniel, el ordenanza.

—Compadre, antes de que te vayas —le dijo—, necesito que me devuelvas algo que te dejé hace unos meses. La reclaman —añadió sin más explicación.

Le replicó el gesto de extrañeza del cabo.

—Se trata de una carta destinada a un preso fallecido —aclaró—. Recuerda que te la dejé. Un sobre azul.

Heliodoro esbozó una sonrisa.

—Amigo, las casualidades existen. Por suerte. Ahí debe estar —

dijo señalando la papelera—. He hecho limpieza general, y dado que el destinatario hace ya tiempo que está criando ortigas, supuse que lo mejor era destruirla.

—Menos mal —dijo el ordenanza resoplando con alivio, mientras Trucios tomaba la papelera y extraía la bola arrugada de papel, en la que había convertido sobre y cuartillas.

—Aquí la tienes. Espero que sirva.

—Servirá —afirmó el ordenanza contento, pues ya sentía en su bolsillo los cinco duros de plata que le tenía ofrecidos el director si conseguía recuperarla.

Dos meses después, con las huellas de sus arrugas, la carta, junto al certificado de defunción de Arrasate, se hallaba en manos de Constanza.

LIII

Martirio Galán permaneció durante tres días recluida en su camarote, completamente aniquilada por el mareo.

Desde el momento mismo de la partida, puso en práctica los métodos ya conocidos para eludir los vértigos y las náuseas que atormentaron su viaje desde Cuba. Había hecho provisión de limones, cuyo jugo le habían aconsejado beber, y de hojas de menta seca para aspirar su olor.

Renunció a cualquier tipo de comida que no fuese fruta. Pidió infusiones suaves en lugar de café y mantuvo en la boca durante todo el tiempo que pudo, como si se tratara de un caramelo, un trozo de raíz de jengibre. A pesar de tantas prevenciones, todo resultó inútil. No consiguió librarse de aquel temido enemigo que, de nuevo, la secuestró durante los primeros días de viaje.

Comenzó por sentir cómo, inexorablemente, un turbio vahído se apoderaba de ella. Avivaban aquella sensación el notorio balanceo del buque y el movimiento de la línea del horizonte, que podía divisar desde su asiento en el comedor, a través de un acristalado mamparo. A la primera acometida desistió de subir a cubierta para lanzar la aconsejada mirada al infinito y recibir el consuelo del frescor del aire marino.

Empeoraba rápidamente, así que, tras excusarse con sus compañeras de mesa, que empezaban a mostrar parecido malestar, buscó el amparo del camarote.

La cabeza le daba vueltas y el suelo esquivaba sus pasos y, aunque sintió la inminencia de los vómitos, apenas consiguió ausentarse dignamente del comedor.

En vano le ofrecieron algo de comer. La camarera, una muchacha mestiza como ella, retiraba los platos tal como los traía.

—Es un tributo que irremediablemente hay que pagar, señora —dijo al verla postrada, mientras retiraba la bandeja intacta—. Si es usted cubana habrá oído hablar de Yemayá, la diosa del mar, aunque también del amor. No se preocupe, su misericordia hará que pasado mañana por la mañana pueda usted pensar en salir del camarote. Para entonces, seguramente, se sentirá bastante restablecida.

—¡Ojalá! —repuso débilmente Martirio desde el bucle de un

vértigo sin fondo.

Así fue. Tras una noche plagada de pesadillas verticales, a través de las cuales cayó interminablemente, al tercer día despertó sin fuerzas, con la boca seca, pero liberada del mal del mar. Se levantó con la lentitud de los convalecientes y, después de asearse y tratar inútilmente de proporcionar a su rostro el aspecto habitual, sin apenas fuerzas aguardó a que le trajeran el desayuno.

—¡Santa María de la Caridad del Cobre bendita…! ¡Yemayá se apiadó por fin de usted! —exclamó sonriente la camarera—. Coma algo para tomar fuerzas. Ya puede decir que vuelve usted a la vida.

Martirio asentía débilmente.

—Cuando pueda, si quiere ser agradecida, llévele al mar de Cuba algunas rosas blancas —dijo la muchacha, tras dejar la bandeja antes de salir.

Comió y bebió un zumo de naranja. Después, subió hasta la primera cubierta y desde allí alcanzó la superior. La reanimó el fresco soplo de la brisa. Apenas llegaba hasta allí el golpear tenaz y rítmico de los émbolos de la máquina que empujaba al Catalina. Lo encubrían, al unísono, los sordos estruendos del mar y del viento.

Aquella mañana, las aguas del océano eran grises, del mismo color del cielo, y el sol se advertía, sin brillo, tras una capa delgada de nubes quietas.

Al día siguiente, Martirio se sintió ya completamente restablecida. Buena parte de su vida a bordo comenzó a transcurrir en la cubierta superior. Leía y a menudo conversaba con sus compañeras de mesa. Supo que eran la esposa y la hija de un almacenista y exportador tabaquero que residía en Guane, en Pinar del Río, y que regresaban a la isla, después de asistir a una despedida triste y definitiva.

Contemplaba sin cansancio el mar, ahora, día tras día, invariablemente, de un azul profundo y bello, como el de una piedra fina, bajo un cielo limpio. En los dos elementos dejaba el buque las huellas efímeras de su recorrido: desde los cilindros levemente inclinados de sus dos altas chimeneas lanzaba las columnas salomónicas de humo gris, que brotaban de sus calderas, y desde la hélice dibujaba la línea blanca, también como un tirabuzón de espumas, de su larga estela.

En aquellos momentos, la proa señalaba en la dirección precisa en

la que se encontraba la caída del sol.

—Rumbo sur suroeste, señora —oyó decir a sus espaldas—. Luego, directo al oeste, declinando suavemente sólo cuatro grados al sur, hasta dar con Santiago de Cuba. ¿No es así?

Se volvió. Un rostro moreno, curtido por el sol, la miraba desde debajo del ala del jipijapa.

—Disculpe que la asalte de este modo. Llevo varios días aguardando verla, pero me informaron que se hallaba indispuesta. Soy el capitán Molina y estoy seguro de que nos conocemos.

Martirio lo miraba sorprendida. Buscaba la imagen de aquel hombre en los espacios de su memoria. Él se quitó el sombrero; con su gesto trataba de ayudarle en su esfuerzo. A la vista de su notorio desconcierto, continuó abriéndole ventanas hacia el pasado:

—Usted es Martirio Galán. De La Bella Cachita… En Bayamo.

Los ojos de Martirio afirmaron la certidumbre del reconocimiento y su rostro, poco antes incrédulo, se alumbró con una sonrisa. Murmuró:

—Joaquín… —pronunció el nombre con la satisfacción del que se reencuentra con alguien apreciado.

Por fin había dado con él en lo oscuro de su memoria, en un capítulo poblado de uniformes de dril de rayadillo azul.

El oficial proseguía encaminándola para que ella asistiera, ahora bajo una nueva luz y el punto de vista de aquel hombre, a otras escenas de su vida.

—Efectivamente, Joaquín. He temido que no me reconociera. Soy… Mejor dicho, era el cabo Molina, asiduo de su comedor en Bayamo y, alguna vez, de su casa en Manzanillo. ¡Ah, las inolvidables melcochas suyas…! ¡Y aquel ron con menta!

La desconcertó el súbito encuentro con algunas escenas felices de su pasado. Molina prosiguió:

—Recuerde que también fui testigo de su casamiento, una noche, en la capilla de la Virgen de los Dolores. Pero, sobre todo, era amigo de todo corazón del teniente Mena, su marido —suspiró hondamente —. Tuve la suerte de llegar a conocerla muy bien, a través de sus

confidencias de enamorado, en las largas noches de acampada por la sierra. En fin, soy…, alguien que debió estar a su lado en la emboscada… cerca de Buey Arriba.

Le tendió la mano. Martirio la estrechó complacida. Había ido asegurando con pequeños gestos cada uno de los detalles de su exposición, reconociendo las coincidencias de la vida de aquel hombre con la suya.

—No estaría escrito que le acompañara en aquella descubierta —alegó Martirio—. Él sería ahora capitán… —dijo mirando su uniforme.

Joaquín Molina no le soltaba la mano todavía.

Tal vez comandante —repuso.

Martirio suspiró. Aquellos recuerdos, a pesar de la distancia, eran demasiado amargos todavía.

—Es un agua pasada que todavía mueve mi molino —exclamó—. La vida me empujó hacia los dos extremos: fui tan feliz con él, como desgraciada cuando lo perdí.

—Estoy seguro. Quizá no tuvieron tiempo para amarse plenamente. Dicen que no hay vida bastante para acabar de conocer y de amar a una persona. Y debe ser así. Probablemente… —dejó la frase prendida en el aire.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Si hubieran tenido más tiempo…

Por primera vez, la mente de Martirio voló más allá del momento preciso en el que la vida de su marido quedó violentamente truncada, en la fuente del Cañuelo Caobal, a tres cuartos de legua del poblado de Buey Arriba.

El capitán soltó la mano de Martirio y agitó la suya como para apartar un pensamiento molesto. Luego añadió:

—Tengo que decirle que el amor que nació entre usted y Francisco me produjo mucha envidia. Una envidia limpia, casi unos pequeños celos, que no me llegaron a hacer daño, pero que me castigaron…, perdóneme usted, hasta hoy mismo.

Sus palabras estaban impregnadas de un tono confidencial.

Parecía solicitar disculpas con una sonrisa tímida.

Martirio se sintió turbada por la confesión.

—La vida es completamente ciega —repuso—. Da traspiés, cae, golpea sin sentido, se extravía, hace daño… y se pierde. A veces sin que sea posible comprender por qué.

—Lleva razón, pero también avanza irresistible, con la fuerza con la que la empuja el cariño, acaricia, supera las dificultades, aporta felicidad y otorga como un premio vidas nuevas…

—A mí me lastimó con crueldad, robándomelo todo… Deseé morir muchas veces —confesó Martirio. Tenía la voz oscura e íntima.

—Era usted demasiado joven para esa hora.

— Hoy ese momento está más cerca. Quiero encontrarme con él en Cuba. En Santiago, donde él quería…

—Es curioso. Yo había planeado hacer el camino contrario. Un militar viudo, sin hijos, entrado en años, cuenta con escasas perspectivas hacia la ilusión. Sólo piensa en el retiro, en el pueblo, en olvidar…

—¿Lo hará?

—Tal vez. Seguiré pensándolo. Ahora no estoy seguro. Cuba lleva ya muchos años siendo un lugar peligroso.

—¿Tanto como entonces?

—Más. Los intereses se han sumado ahora, sin tapujos, a los ideales. Mire —le mostró en el antebrazo el círculo morado de la cicatriz de un balazo—. En la batalla de los potreros de las Guásimas de Machado, cerca de Camagüey, faltó muy poco para que nos aniquilaran a todos. Por muy poco pudimos alcanzar Puerto Príncipe.

—Se firmó la paz.

—La paz del Zanjón nos embaucó con un sonar de esperanzadas alharacas, pero en Baraguá se alentó de nuevo el fuego y hoy Cuba arde por los cuatro costados, porque hay quien desde fuera alimenta una hoguera ya tan extensa que resulta imposible de apagar. Cada día que pasa se exige más y más sangre. Como despedida, a esos pobres chicos que llevo, seguramente a la muerte, en Cádiz, un comité

patriótico sólo supo añadir con el «detente bala» en forma de corazón, nuevos escapularios y medallas a las medallas y escapularios que sus madres ya les habían colgado al cuello. La distancia entre Cuba y España es hoy aún mayor que la anchura del Atlántico. Sólo nos mantiene el honor. Y no sé durante cuánto tiempo más.

—Yo soy cubana y española. Mi padre me enseñó a creerlo.

—En ese caso, la odiarán muchos cubanos.

Era sombrío y compacto el silencio que se instaló entre ellos. Lo rompió Martirio.

—A pesar de todo, quiero vivir en Santiago. Y morir allí también.

Él la acompañó hasta la puerta del camarote y le besó la mano que ella le tendió al despedirse.

—Mañana llegaremos a Santa Cruz. Si lo desea, puedo mostrarle la ciudad —dijo Joaquín.

—Estaré encantada —repuso.

Al día siguiente, entrada la mañana, Martirio presenció la arribada al puerto de Santa Cruz de Tenerife, sin la compañía del capitán Molina. La inminencia del desembarco obligó al oficial a permanecer junto a la compañía bajo su mando.

Desde el mar, un denso frente de nubes quietas le impidió contemplar la nieve que le dijeron aparecía tendida en las laderas del volcán, y durante los dos días que el Catalina permaneció en la isla, atracado al muelle Ribera, el Teide se negó tercamente a mostrar la grandiosidad helada de su altura.

A lo largo de las dos jornadas, Martirio y Joaquín buscaron ocasión para pasear juntos por la ciudad en la que, adornada de buganvillas, madreselvas y jazmineros, asomaba el verdor de los campos inmediatos.

Al aliento de un aire embalsamado de fragancias redescubiertas, Martirio sintió que todo en aquella isla coronada por un volcán invisible, se convertía para ella en el augurio de su isla verde.

—Todo me evoca a Cuba —repetía.

La noche de la partida, desde el buque pudieron reconocer juntos las estrellas del sur, encendidas en torno al Teide, por fin desprovisto de la veladura de las nubes, levantado como una sombra cónica más oscura que el firmamento. Y eran aquellas luminarias celestes, fielmente, las mismas que muchos años antes le había ofrecido, al lado del teniente Mena, el oscuro cielo nocturno de Manzanillo.

Se siguieron viendo cada atardecer, siempre en la segunda cubierta, asomados a la proa, cuya roda sajaba incansablemente el mar.

En sus largos coloquios recorrieron aquellos rincones de la memoria de ambos, por los que caminaban junto a ellos las figuras de los ausentes.

Martirio pudo conocer los lugares en sombra en los que habitó su marido antes de abandonar Morana. Supo que lo había hecho con la resolución de librarse de la mancha añeja de una vergüenza, a la que estaba destinado desde antes de su nacimiento por carecer de padre conocido y que agotó su rebeldía, ante las continuas ofensas dirigidas contra su madre.

Asimismo, conoció los remordimientos que laceraron su alma por el dolor que causó a su madre con su marcha, y el deseo, tan ansiado como temido, de regresar.

—Me juró muchas veces, por lo más sagrado, que la rescataría del ambiente en el que se hallaba. Que la traería con él a Cuba y le

ofrecería una nueva vida.

—A ese ambiente acudí yo, sin saberlo. Ahora me rescata Cuba. Espero ser feliz —añadió después de un pequeño silencio.

—Me gustaría ayudarla —dijo él.

No dijeron nada más. Simplemente, se sintieron cerca.

Los días siguientes, bordeando ya la línea del trópico, cada tarde, con el oscuro océano tachonado de trémulas escamas doradas, reunidas por la red del brillo del sol, se dieron cuenta de que habían vaciado ya por completo las alforjas de los viejos recuerdos. Entonces comenzaron a hablar exclusivamente de ellos mismos. En aquella plática, casi siempre les alcanzaba, súbita, la noche.

Por fin, bajo un sinfín de estrellas encendidas, buscándose el calor para enfrentarlo en común al frío de la brisa, Joaquín Molina preguntó:

—¿Por qué no vienes a vivir conmigo? Te gustará mi casa… Te aseguro que procuraré con todas mis fuerzas gustarte.

Ella se quedó callada. Por fin dijo:

—No lo sé. Tengo que pensarlo.

—Debes saber que siempre soñé con ello.

Las olas fosforecían. Por el mar de popa, iluminando la estela del barco y abriendo su reflejo como un abanico de plata, se levantaba lentamente la luna.

—Los dos estamos solos —insistió él—. Nuestras vidas sólo nos tienen a nosotros. Afuera, el vacío.

Lo dijo con una tristeza sincera, que le salía del corazón.

Martirio calló. Reconocía la verdad de aquellas palabras. Él preguntó:

—¿Cuándo me contestarás?

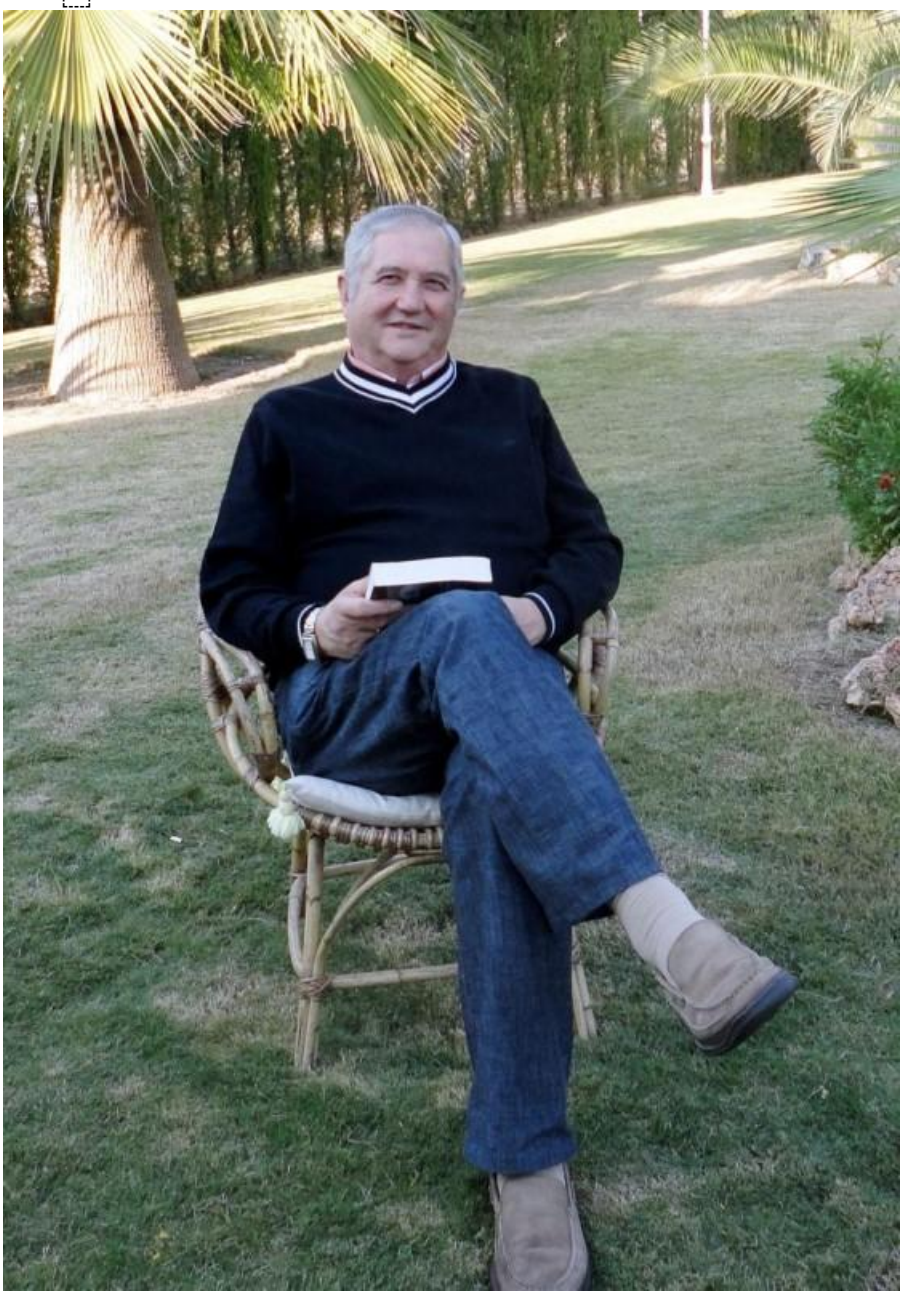
Podía percibir su ansiedad. El anhelo de una respuesta esperanzadora.

—Antes de que lleguemos a Santiago —repuso al cabo de un

pequeño silencio.

El capitán Joaquín Molina enlazó suavemente su talle. No advirtió que ella extraía de su dedo anular la sortija aderezada con la esmeralda grande, regalo del marqués, y que, como una ofrenda nueva a Yemayá, la diosa del océano y del amor, a la que prometió ofrecer el primer lirio del mar que le floreciera en Cuba, la dejaba caer a las aguas.

Acerca del autor



Francisco López Salamanca, cronista oficial de Lucena y miembro correspondiente de la Real Academia de Córdoba, es autor de varios libros de poemas, entre ellos el titulado «Luces», así como, además de

«Café Puerto Rico», dos novelas aún inéditas tituladas: «Memorias de Eliossana» y «Siete días de octubre».

Ha dado a conocer parte de su quehacer literario en revistas y otras publicaciones. Su producción teatral, propiciada por una vida dedicada a la enseñanza, ha obtenido varios premios, siendo destacable su labor en el ámbito del teatro infantil y juvenil, con obras como «Esto es Troya» y «Destino el vellocino». Como cronista de su ciudad y académico ha publicado numerosos libros dedicados básicamente a la historia y al patrimonio artístico local, labor complementada con un gran número de artículos y conferencias.